UN PAÍS AL SUR

por

A. R. Almodóvar

Este libro contiene una selección de artículos aparecidos principalmente en la edición andaluza del diario EL PAÍS (se indica cuando fue en la nacional); la mayoría en formato de columna, los jueves o miércoles de cada semana, y en el periodo que va de Septiembre de 1997 a Mayo de 2004, más otro texto publicado con anterioridad a la primera fecha.

A Román Orozco,
que descubrió al columnista que yo desconocía.

INDICE

A MANERA DE PRÓLOGO Y DISCULPA 10

A MANERA DE PRÓLOGO Y DISCULPA 10

SUJETO Y SISTEMA 14

CINCO AÑOS YA 16

CUENTO DEL HOMBRE GOL 18

MÁLAGA Y EL AVE 19

LAS TRES PRINCESAS ALCALDESAS 20

EL PLACER DE LA CIENCIA 22

TRES PRINCESAS ALCALDESAS (2) 23

ESTADIO (PRESUNTAMENTE) OLÍMPICO 24

OJOS VERDES 26

MEMORIAS DEL SUBSUELO 27

EL AÑO DE CAPERUCITA 28

CUENTOS DE NAVIDAD 32

Y OTRA NAVIDAD PASÓ 33

FRANCISCO RIVERO 34

GULLIVER EN ANDALUCÍA 35

ARZALLUZ 36

FISCHLER 38

LINCE IBÉRICO 39

ANDALUCÍA ROMANA 40

ELOGIO DE LA TABERNA 41

LA MIRADA EXTRANJERA 43

CATACLISMOS DE IMPRUDENCIA 44

TIEMPO DE LIBROS (I) 46

TIEMPO DE LIBROS (y II) 47

EL SALTO 48

ENTRE LO CULTO Y LO POPULAR 49

ARIAS MONTANO, ANDALUZ Y HETERODOXO 51

EL CENTAURO DE ORCE 53

CATALÁN *ONLY* 54

EL PAN Y OTROS ENGAÑOS 56
AGOSTO, 1936 57
SIMÓN PERES EN SEVILLA 58
ALTA POLÍTICA 59
AVES MIGRATORIAS 61
BIENAL 62
UN NOBEL CERCANO 63
MUERTE LABORAL 64
LOS TELEHUMANOS 66
DESEOS 99 67
TRES PRINCESAS ALCALDESAS (III) 68
EXPO 92, ADIÓS DEFINITIVO 69
"INGLEZE" 71
BASURA DEL CORAZÓN 72
ESPLENDOR DE CÁDIZ 73
UN MISTERIO LLAMADO TABLADA 75
ALBORES DE MARZO 78
HABLA ANDALUZA Y CINE 80
GRANADA A REBOSAR 81
LA TÍA MARGARITA 82
TRASIEGO DE DIFUNTOS 83
ROMERÍAS 85
UNA DE GATOS 86
POLLO NACIONAL 87
GENTES DEL SUR 88
AMOR FUTURO 90
LA AMANTE 91
EL REGRESO 93
EL CIELO 94
FÚTBOL, RELIGIONES. 95
LA REVOLUCIÓN 97
TOMAS IGLESIAS Y EL GENERALISIMO 98

EL ANTICRISTO 99
POBRE GUADAÍRA 100
¿BORGES CIEGO? (I) 102
¿BORGES CIEGO? (y II) 103
LA LLANURA INFINITA 104
BÉCQUER, EL RIGOR Y EL AMOR (1) 106
EL JUEZ EN LOS INFIERNOS 110
HOMOLOGACIÓN 111
LAS BICICLETAS SON PARA EL INVIERNO 112
FIERAMENTE MILENIO 114
LA MANIPULACIÓN DE LA INOCENCIA 115
MEMORIA DEL OLVIDO 116
DIVINAS PALABRAS 118
HOMENAJE Y CLAMOR 119
HUMANIDADES PP 120
LITERATURA ANDALUZA, UN MITO DESARRAIGADO 122
PUPITRES 125
RODIN EN ANDALUCÍA 126
UNIVERSIDAD 127
GARCÍA CALVO 129
SANTOS DINEROS 130
CIUDAD DESMESURADA 132
SER COMO UN DIOS 133
SEVILLA, LA CIUDAD DE LOS EXCESOS 134
MALDITO TABACO 137
PETIT PRINCE / PETER PAN 138
GORDOS 141
EL SOSPECHOSO 142
GORRILLAS EN LA NIEBLA 143
ISMAEL III 145
BIENAL A LO GRANDE 146
EL REGRESO DE NIETZSCHE 147

LAS ORILLAS DEL MIEDO 149
LAS BOMBAS, LA MILI. 150
¿FUMABA CARLOS V? 151
NOTICIAS DE BARBATE 153
LA CIUDAD INEXISTENTE 154
CORAZÓN TAN GRANDE 155
LA COMPASIÓN 157
EL INDULTADOR (I) 158
EL INDULTADOR (II) 159
YAGO DEBE MORIR 161
EL HÍGADO INMADURO 162
FANTASMAS EN EL ALCÁZAR 163
ANDERSEN EN SEVILLA 165
NAZARENAS 166
GRECO INSÓLITO 168
HOMBRES, MONOS, DIOSES 169
FRAGA 170
OLAVIDE EN SU OLVIDO 172
CHAVES NOGALES 174
JILGUEROS 176
ANDALUCÍA CASTELLANA 178
DIARIO DE MOHAMED (1) 180
DIARIO DE MOHAMED (2) 182
INTOLERANCIA 184
"CLASES" DE RELIGIÓN 185
LOS INVENTORES DEL TÓPICO ANDALUZ 186
A LA MANERA DEL HOMBRE 189
PAZ EN LA GUERRA 190
GONZÁLEZ / CEBRIÁN 191
"ESPAÑOLISMO DE IZQUIERDAS" 193
EL ESPÍA QUE SURGIÓ DEL TIMO 194
POLÍGONO SUR 196

AZNARÍN RECAPACITA 197
CUENTO DE REYES 199
CERNUDA, EL INCIENSO Y LA PÓLVORA 200
UN CURA ´GUAY´ 201
CUENTO DE AMOR 202
HACIA UNA MEMORIA VERDADERA DE LA GUERRA CIVIL 204
AZNARÍN CUMPLE 6 AÑOS 206
DIALOGAR HASTA MORIR 207
LA PROCESIÓN VA POR DENTRO 208
CAVILACIONES MONÁRQUICAS 210
LA INSOPORTABLE LEVEDAD DEL PER 211
´SPANGLISH´ GIBRALTAREÑO 212
LEY DE (PRESUNTA) CALIDAD 214
ELOGIO DE LA CLASE OBRERA 215
LA PEREZA ANDALUZA: 216
CÓRDOBA, ROMANA Y SOLA 219
ANDALUCÍA Y MARRUECOS 220
LITERATURA Y SUPERCHERÍA 221
AVENTURAS FONÉTICAS DEL EURO (I) 223
AVENTURAS FONÉTICAS DEL EURO (y II) 224
PLAYAS AÑO 3000 225
UN LINCE, 20 PTS. 227
¡QUE BAILE LA MINISTRA! 228
AZNARÍN Y HARRY POTTER 229
AZNARIN Y HARRY POTTER (II) 231
AZNARÍN Y HARRY POTTER (y III) 232
“VESTIDOS DE ANDALUCES” 233
MÁS ANDALUCÍA ROMANA 234
AZNARÍN POETA, 1 236
AZNARÍN POETA, Y 2 237
LA CIUDAD Y LOS PERROS 238
GRANADA PROFUNDA 240

SANTO RICO, SANTA POBRE 241
MARISMA Y GUERRA 242
FOLCLORE VIVO 244
EL ELEFANTE Y EL RATÓN 245
SEMANA ¿SANTA? 246
SEVILLA, FULGOR Y TEMBLOR 248
DESPUÉS DE LA BATALLA 249
ISABEL I, A LOS ALTARES 250
ROCÍO: ¿DIANA O AFRODITA? 251
PUES ENSEÑEMOS RELIGIÓN 253
ÚBEDA, BAEZA 254
CARMEN BERNAL 255
TUMBA VERDADERA A FEDERICO 257
SUBCONTRATAR LA VIDA 258
EL CARDENAL 259
PICASSO, LOGRAR LO IMPOSIBLE 260
¿UN PRÍNCIPE DE IZQUIERDA? 262
ANDALUCÍA FEDERALISTA 263
SEVILLA Y LOS MACHADO 264
MARIANÍN NO SABE 266
DOÑANA 267
MACHADO VUELVE 268
VOTAR CON LA CABEZA 270
UN SUEÑO ATROZ 271
“LO QUE HA PASADO” 272
RELIGIONES 273
AZNARÍN EN GEORGETOWN 275
1979 276
PRINCESA DE ROJO 278

A MANERA DE PRÓLOGO Y DISCULPA

Un buen día, de los últimos de agosto de 1997, me llamó a mi casa de Galaroza Román Orozco, director de la sección andaluza del diario El País. Sin más preámbulos, me dijo que si quería escribir una columna semanal para el periódico. Yo, naturalmente, le dije que sí (quién hubiera sido tan loco de negarse a semejante proposición), aunque le expresé mis dudas acerca de si podría sostener un empeño como ése, y que los compromisos a plazo fijo en la escritura me daban un poco de miedo. Ambas cosas eran verdad entonces, pero de las dos me he curado con el tiempo, a lo largo de estos ya casi siete años que llevo sacando mis columnas, sin faltar una semana, además de otros artículos que han ido apareciendo esporádicamente. Tan sólo me he escapado cuando el día fijado, que antes era el jueves y ahora es el miércoles, ha caído en uno de esos tres o cuatro del año en que no hay edición. Ni siquiera me he puesto enfermo una sola vez cuando tenía que abrir el ordenador para acudir a la cita, y no será porque el desafío algunas veces no lo hubiera justificado. Escribir para un periódico como El País, uno de los diez mejores del mundo, como todo el mundo sabe, es algo que haces porque en realidad no te lo planteas cada vez, pues entonces seguramente no te sentirías capaz.

Pero nada de esto tiene demasiado interés. Lo interesante sería analizar por qué exactamente a Román Orozco –con el consentimiento de sus superiores, naturalmente- se le ocurrió hacerme aquel encargo. Yo ya había publicado algunas cosas en El País (lo primero fue algo sobre flamenco, allá por 1983, si mal no recuerdo), y por otra parte el periódico, he de reconocerlo, siempre me ha tratado bien en mis diversas aventuras literarias. Pero no venía de ahí la cosa. Venía de unas buenas relaciones que Román y yo habíamos empezado a fraguar en mi etapa de Primer Teniente de Alcalde del Ayuntamiento de Sevilla. Él escribía entonces para Cambio 16, y vivió muy de cerca aquella peripecia de las primeras elecciones municipales de la democracia, las del 79, cuando un acuerdo político de ámbito regional permitió que las ocho alcaldías principales de Andalucía quedaran en manos de una coalición de izquierdas, formada por PSOE y PCE, más PSA, los andalucistas de entonces. En el malabarismo de aquellos pactos yo me quedé sin la alcaldía de Sevilla, pese a haber sacado tres mil votos más que el candidato del PSA. A cambio, mi partido, el PSOE, se hacía con las de Granada, Málaga y Huelva, y el PCE con la de Córdoba. Un pacto del que, dicho sea de paso, los andalucistas no se han recuperado nunca en la parte oriental de la región, y que

otorgó muy buenos dividendos políticos, en cambio, al PSOE. Pues bien, Román Orozco estoy seguro de que sacó sus conclusiones acerca de la actitud con la que yo acepté aquel acuerdo, y de mi compromiso con los electores, probado en el simple hecho de quedarme al pie del cañón aquellos cuatro años, inventando democracia todos los días, y sin un duro en las arcas municipales -algo que para mí se queda-. Muy pronto Román dejó Sevilla y emprendió su aventura americana. Cuando regresó, yo ya estaba fuera de la política, pero nuestro reencuentro, en el 97, tuvo algo de "decíamos ayer". Es decir, que aquel largo paréntesis no destruyó la idea fundamental en la que creo descansaban, y descansan, nuestras relaciones: que hacer un trabajo de izquierda en este país, desde cualquier ángulo de la intelectualidad, sigue siendo una tarea desalentadora, en la que te vas a encontrar con muy poca gente capaz de aguantar, con convencimiento y con unas inevitables dosis de desánimo, la que se te viene encima. Y que a esa poca gente más te vale cuidarla, para no sucumbir en el intento.

Así de sencillo. Algunas personas, cuando vieron mi firma asiduamente en el periódico, pensaron que esto se debería a algo así como a un compromiso de la empresa editora con el PSOE, para que esta organización tuviera una voz fija entre sus colaboradores. Nada más lejos de la realidad, como ya voy contando. Es más, estoy seguro de que a algunos dirigentes socialistas se les alteró ligeramente el pulso cuando vieron que yo iba a escribir cada semana en El País, nada menos, y de lo que me pareciera bien, dentro de un orden, naturalmente; el orden del periódico, en clave andaluza, y en el marco más amplio de su filosofía, que no es otra, según entiendo, que la independencia crítica por el progreso, la justicia y la igualdad.. Más el orden –seguramente el desorden- de mis ideas y principios: el socialismo democrático -verdaderamente democrático- en primer lugar, más otras cuantas cosas que me atrevo a creer comparten la mayoría juiciosa de los lectores de El País, como el carácter universal de los derechos humanos, la necesidad de combatir toda suerte de discriminaciones, especulaciones y miserias sociales, la defensa del desarrollo sostenible, de la cultura como fuente de emancipación - no como un adorno-, entre otras.

No creo que pensaran aquellos dirigentes que yo iba a revelar portentos o interioridades escabrosas de la organización –de las que, realmente, poco he sabido nunca, y de eso me he librado- sino que sabían muy bien que no iban a poder influirme en manera alguna, y que cuando tuviera que criticarlos, lo haría. Como así ha ocurrido en no pocas ocasiones. Nunca he sido "intelectual orgánico", nunca estuve en la famosa bodeguilla de La Moncloa, aunque oportunidades no me faltaron, por mis buenas relaciones entonces con

Carmen Romero y Felipe González, y nunca he tenido nada que ver con ´lobbies´, promociones o grupos de presión de escritores, intelectuales o artistas ligados al PSOE. A alguien le podrá parecer incluso excesivo por mi parte, y probablemente lo sea. Pero he tenido siempre un concepto tan claro, tan camusiano, del libre compromiso del escritor con la verdad, que jamás lo hubiera puesto a disposición de nada ni de nadie, y he preferido no verme en la tentación. Por eso, además, no he sido nunca ni felipista, ni guerrista ni cosas por el estilo. (Y así me ha ido, claro).

Pero este no es un libro exclusivamente político, ni mucho menos. En esos centenares de artículos hay de todo, como podrá ir viendo el lector, o recordando el que ya lo fuera en la edición cotidiana. Hay asuntos de actualidad cultural, de ecología y medio ambiente, de señas de identidad, de escándalos sociales, como el de las Cajas de Ahorro o la especulación en torno a Tablada... (Y eso sin incluir aquí los espacios que he dedicado a habla andaluza o a cultura de raíz, que se van editando aparte, porque aparte salieron en el periódico)(1). Bien es cierto que abunda la actualidad política, y a menudo con un cierto sesgo narrativo-humorístico que espero haya entretenido a los lectores, como me divirtió a mí mismo escribir las hazañas de Arznarín y su fiel escudero Arenín, de Chavelón el Malo o de Zapatón el Bonito, o las cuitas de mis tres princesas alcaldesas (Solinda, Celinda y Teofinda), de las que sólo me queda en activo la tercera, y bien que lo siento. Pues no sé si me creerán si les digo que he llegado a cogerles cierto cariño a esos monigotes de mi invención, probablemente enraizados en la compasión que siento a menudo por mí mismo, cuando me recuerdo implicado en las penosas lides de la política. Pero eso son cosas íntimas.

Mas como no muchas veces tiene uno la oportunidad de curar su espíritu en confidencias, siquiera sean parciales, no quiero privarme de manifestar aquí que esto del periodismo de opinión ha sido, además de divertido y excitante, una de las experiencias más ricas de mi vida de escritor. Tal vez porque no me lo esperaba en absoluto, y porque me fui metiendo en ello poco a poco, hasta quedar atrapado por completo. Tanto que hasta llegué a hacer de arúspice o apostador, y menos mal que acerté, en vaticinios o premoniciones varias: así, cuando intuí que Felipe González abandonaría el primer plano de la política; el éxito de Borrell en las primarias aquellas del PSOE, o lo propio de Sánchez Monteseirín (pobres primarias, dónde estarán ya). O en que el sucesor de Arenas, tras su doble fracaso como aspirante a Presidente de Andalucía, no sería uno, sino una, y hasta apunté la posibilidad de Teofinda, perdón, de Teófila Martínez, como así fue. Particularmente orgulloso me siento de

haber apostado fuerte por el AVE a Málaga, cuando el Príncipe Aznarín lo denostó, burlándose, en un primer momento, para luego claudicar y tener que tragárselo (como se tragó después lo del subsidio agrario y otras cosas). No sé si los malagueños me lo agradecerán algún día, ni falta que hace. Y no saco este ejemplo a humo de pajas. Pues lo mismo que con Málaga he actuado con todas y cada una de las demás provincias y capitales andaluzas, ensalzándolas cada vez que ha merecido la pena, y no por execrable oportunismo, sino porque debo de ser uno de los pocos convencidos que hay en esta complicada región en punto a creerse, de verdad, la unidad cultural y política de Andalucía. Y no hay cosa que más me entristezca en este aspecto que ver las mezquinas envidias de que son víctimas unas y otras ciudades por parte de sus propias hermanas, algo que no entiendo y creo que no entenderé nunca. Muchos políticos y publicistas, de todos los colores, no son ajenos a esta miseria.

En fin, y concluyo, que este humilde cuentista no sabe cómo agradecer a cuantos le han leído, animado o criticado en esta apasionante tarea. Y a la Diputación de Sevilla y a la Caja de Ahorros San Fernando, sin cuyo generoso consurso este libro no existiría. A todos, gracias de corazón.

Antonio Rodríguez Almodóvar.

---

(1) La serie de artículos sobre habla andaluza que aparecieron en agosto de 1999 han sido publicados por esta misma editorial en 2002, con el título *Abecedario andaluz.* En preparación se encuentra *Del balcón de tus ojos*, que recoge los referidos a literatura popular encaluza.

SUJETO Y SISTEMA

La singularidad de la situación política española, que obliga a entenderse a varias formaciones de derecha, pese a ser discrepantes en casi todo y, desde luego, en lo fundamental: la idea de España; teniendo enfrente a un Partido Socialista que a ratos parece que ni siquiera ha perdido elecciones, más una aglomeración de izquierdas erráticas, desarboladas, que sin embargo reclama en la opinión pública el espacio de un gran partido, viene produciendo un *statu quo* muy resistente a los análisis en profundidad. Es como si, en su nueva acomodación, el sistema se sintiera a gusto consigo mismo. Y que, una vez reajustados los signos, a nadie interesaran ya diferentes lecturas. Así las cosas, y partiendo del axioma de que la realidad nunca es lo que parece -y menos en política-, se necesitarían otros elementos, indicios por lo menos, y de una elocuencia no prevista, para entrar en tan aguerrida fortaleza semiótica.

Para mí, uno de esos "descuidos" lo constituyen las declaraciones de Felipe González, de allá por el mes de diciembre, hechas en tierras extranjeras, del siguiente tenor: "Si Dios no lo remedia, volveré a ser candidato en las próximas elecciones". Quien no lo conociera, hasta podría pensar que se trata de un verdadero desliz, y no de un auténtico aviso, revestido de esa autoconciencia irónica tan del gusto del líder del PSOE, como cuando dijo: "los socialistas podemos morir de éxito", y a punto estuvo de acertar. Lo curioso es que lo de ahora haya pasado casi desapercibido para columnistas y editorialistas. (Con la aguda excepción, como de costumbre, de Santos Juliá, en El País, 15.12.96). Curioso, pero no inexplicable, a la vista de aquella seguridad implícitamente pactada sobre el nuevo modelo político, en el que en modo alguno está previsto que González no sea otra vez candidato. Ni se le iba a consentir, faltaría más.

Entre aquel muchacho rozagante y weberiano del 82, que se prometía estar poco tiempo en La Moncloa, y este otro ya del 97, que confía en la intervención divina para no repetir -lo dice él- han debido de ocurrir muchas cosas. Y, en efecto, han ocurrido. Pero no seremos nosotros quienes hagamos el recuento, ya bastante fatigoso, de aciertos y de errores, sino que trataremos más bien de encontrar el marco teórico donde pueda inscribirse un

proceso de tan vertiginosa complejidad. Y lo intentaremos ahora que no urge ninguna llamada a las urnas y que la estabilidad del sistema parece fuera de toda duda. Tan sólo anotaremos este último dato, y su origen real, que no es otro que la victoria electoral de un partido de derechas en un régimen de libertades: prueba de fuego de la democracia española. Pero no la única. Otra hay, a mi entender, que queda pendiente, y es que el PSOE vuelva a ganar unas generales sin Felipe a la cabeza. Ardua cuestión.

Dicen los expertos que la conciencia de los límites es lo primero que caracteriza al declive de la modernidad y, por ende, al comienzo de la posmodernidad. Claro que antes habría que ponerse de acuerdo en qué sean una cosa y la otra. Cuestión ésta nada fácil tampoco. Para entendernos, diríamos que moderno, al menos en política, es aquello que se sustenta en un programa racional, con ambición de sentido y de eticidad para todos. Posmoderno sería, por el contrario, una simple agregación de medidas circunstanciales, confiadas a la inercia del sistema para dotarse de algún sentido, y sobre una ética ignota o camuflada. Exacerbación de la modernidad serían todas las dictaduras -mi maestro García Calvo decía que fascista es todo aquel que sabe exactamente lo que hay que hacer-; y exacerbación de la posmodernidad sería esa fuerza disgregadora de lo universal que tiende a fragmentar cualquier proyecto, en lugar de reconocer la fragmentariedad de las teorías. (Algo como lo que está haciendo el gobierno del PP, dejándose arrastrar, además, por la peligrosa corriente de los nacionalismos). Al fondo, naturalmente, están los modelos de pensamiento que tratan de sustentar lo uno y lo otro: habermasianos, neokantianos, neoilustrados, por un lado; deconstructivistas, anarco-esteticistas y neoliberales, valedores del pensamiento único, por otro. Lo malo -para la epistemología, se entiende-, es que hay zonas de penumbra donde la coexistencia plural de teorías que han demostrado alguna validez se puede confundir con la mera acumulación de instrumentos de origen dispar. Pero es que incluso pueden darse coincidencias entre unas actitudes y otras. La principal, y más equívoca, es la que dicta la conciencia leal de los límites. y que nos lleva, a los demócratas de hoy, a constatar que ya no es posible un modelo que lo abarque todo. (¿Acaso lo fue alguna vez?). Que todos hemos perdido la llave de la razón global, de las categorías programáticas y de lo transcendental. Y todavía: que un proceso racional deviene en su contrario a poco que te descuides. El propio Habermas nos avisó hace tiempo: “En cada nueva etapa de ilustración, la ilustración fatalmente se torna mitología”.

No tengo ninguna duda de que la ironía de González, al anunciarse como posible candidato a la fuerza, revela una leal conciencia de sus propios límites. Me atrevo a más: encubre el temor a que su proyecto político pueda convertirse en mitología: la de su magnética personalidad, por exacerbación del modelo que lo tenía como sujeto central de un proyecto, de un sistema, que ha ido perdiendo coherencia y racionalidad, y que por eso mismo tiende a convertir al líder en su rehén, su garantía. De ahí que, en el PSOE, nadie se haya hecho eco de su insinuación (formulada, además, desde el extranjero, donde los políticos suelen deshinibirse), cuando yo creo que debiera tomarse muy en cuenta. Por mi parte, entiendo que éste sería mucho mejor momento para que el propio González reorganizara, renovara y limpiara definitivamente el partido, dejándolo preparado para recuperar el liderazgo social (y acaso para compartir el de la izquierda, cuando los disidentes del comunismo logren superar sus propias dificultades), y no sólo para preparar el retorno al poder, como dan la impresión muchos de sus dirigentes. A éstos habría que recordarles que es a la Historia a la que gusta, de vez en cuando, crear el espejismo del eterno retorno, para perdición de los incautos, y que vale más un partido fuerte y saneado, capaz de generar muchos y buenos candidatos, y para mucho tiempo, que una formación demasiado pendiente, y dependiente, de una sola persona.

17.1.97

CINCO AÑOS YA

Dice Julien Green que la imaginación es el recuerdo de lo que aún no ha sucedido. Lo contrario, cabría deducir, es la entelequia, vaticinio de lo que nunca ocurrirá. Del conflicto entre una cosa y otra se derivan no pocas enseñanzas, me parece, para entender de muchos acontecimientos de este siglo. Lo malo de las entelequias -que algunos, arteramente, confunden con las utopías-, es que suelen derivar en radicalismos, mesianismos y otras catástrofes de nuestro tiempo. Lo bueno de la imaginación es que mantiene tensa la virtualidad de las cosas posibles, aunque parezcan fantásticas.

Traigo a cuento esta distinción para iluminar, si puedo, lo que ya va siendo historia de la Exposición Universal, Sevilla 1992. Quienes tuvimos la suerte de conocer, y sufrir, desde sus

primicias, aquella singular ocurrencia, nos solíamos dividir en dos bandos. Unos pensaban que era puro y temible desvarío, es decir, entelequia. Otros, que se trataba de un sueño verosímil. Entre los últimos me cuento. Pesaba en los primeros el temor a una quiebra en el orden de lo conocido. (El alcalde Del Valle declaró a la Cartuja "territorio exógeno"; vamos, como si no existiera. Y agoreros oficiales que anunciaron su seguro fracaso). Nos animaba a los demás el deseo, tal vez inconfesable, de esa misma ruptura. Mas, comoquiera que fuese, en el cielo de Sevilla aparecía un nuevo astro con luz propia. Preferible dejarse seducir por ella -pensábamos-, que negarla; permitirla, incluso en sus excesos, que ignorarla.

A cinco años de entonces, ya nadie descree de todo aquello, aunque sigue habiendo nostálgicos del desastre que finalmente no tuvo lugar; analistas de no sé qué espanto. Por estas fechas, ya todo en marcha, el mundo se admiraba de tan notable fábrica de ingenios, artes magistrales, iris multicolor del alma humana. Pero es curioso que ha caído sobre la Expo un raro silencio, un velo empañador, una suerte de conspiración entre los jerarcas de hoy para no referirse demasiado a ella. Será porque pronosticaron su desastre, o se la encontraron casi hecha. Todos, sin embargo, se apretujaron en la foto. En suma, no pueden rentabilizar su éxito, y el fervor popular que tuvo anda un poco a la deriva, huérfano. ¿De quién será? ¿De los dioses? ¿De algún mago Merlín que nos encantó a todos con sus embelecos? Debe ser locura pensar que, tras todo aquel esplendor, hubo alguna decisión política; que algunos abrigaron la idea, y por fantástica precisamente le dieron forma, la impulsaron y la ejecutaron. ¡Qué simpleza!

Lo cierto es que se acometieron las grandes, descomunales obras; se trazó la nueva estampa de la ciudad, por muchos años. Se agigantó para Andalucía su condición de tierra de esperanzas; se renovó, a las puertas del tercer milenio, su mítico alveolo, integrador y expansivo.(Dícese también universal).Probablemente esas cosas no ocurren porque sí. Pero el olvido acecha.

Y no sería la primera vez. Ésta es una ciudad que vive en los extremos, adicta a la desmesura; tanto del halago como del abandono, de la hinchazón injustificada cuanto del injusto menosprecio. Deambulando por el barrio de Santa Cruz, años cincuenta, Marguerite Yourcenar concluía que es nuestra condición la de un pueblo "acostumbrado a las tensiones extremas". Será por eso.

Pero seamos justos con la ciudadanía; también de esa capacidad para habitar los límites, pasar de la abulia al entusiasmo, imaginar, calcular lo imposible, surgió entre los sevillanos la

loca convicción de que la Expo sería un éxito inimaginable. Y lo fue. Tan grande que nos cuesta creerlo. Tan de verdad que parecía mentira.

6.6.97

CUENTO DEL HOMBRE GOL

Hace tiempo que acaricio un relato. Pero no me atrevo con él. Verán ustedes. En esencia, la historia es como sigue: cierto individuo, a quien todavía no conozco ni sé cómo se llama, es un ciudadano normal, hasta que le ocurre una cosa en extremo anormal.(La cosa la diré luego). Primero hemos de ponerle una situación, un ambiente, una familia, incluso unas ideas. Para mí que es como de clase media, empleado, probablemente de una compañía de seguros. Una mujer discreta, un par de hijos que todavía van al colegio. Amigos, compañeros, alguna afición, no muy marcada, como ir al campo los domingos, hacer fotografías... Todo un héroe. Tan sólo en su fuero interno sabe que hay algo que le distingue de los otros. Y es que no le gusta el fútbol. Es más, considera que este deporte despierta pasiones incontroladas y pone al descubierto las más íntimas miserias de la condición humana. Pero no se atreve a decirlo, claro.

Ahora viene el prodigio. Un día, por aquello de las tertulias y las amistades, se ve arrastrado en la corriente de una tarde de domingo, y cuando se da cuenta, ya está en el estadio, envuelto por una multitud vociferante y tensa. Al parecer, al equipo local le sucede algo extraño, que tiene muy preocupada a la afición: una incorregible tendencia a perder o empatar en casa, y a ganar fuera. Las gradas hierven de expectación, de angustia contenida. El partido se desarrolla con aparente normalidad. Incluso domina, como siempre, el amado once de los colores inefables. Pero el 0-0 se alarga demasiado. Puede ocurrir. En el último momento puede llegar ese gol absurdo del equipo contrario, como otros domingos. Está en el ambiente...Pero no, una jugada postrera, inteligentísima, del ariete local, con sus botines inmaculados, y ¡gol! Hemos ganado. ¿Se habrá roto el maleficio?

No lo parece. En la próxima ocasión vuelve a ocurrir el desastre. Ni que decir tiene que nuestro hombre no ha asistido al encuentro, pues no es su costumbre. Pero sí al siguiente, en que un cúmulo de azares lo conducen de nuevo al estadio. Y de nuevo el adorado equipo vence. Así ocurrirá en tres o cuatro ocasiones más. Cada vez que nuestro hombre se ve empujado a presenciar un partido, los locales logran el triunfo.

Por fin uno de aquellos amigos repara en el fenómeno. Será casualidad, pero siempre sucede. Empieza a comentarlo, en la oficina, en el autobús... LLega a oídos de la prensa. Estamos perdidos. ¡Se ha descubierto un hombre-gol! En poquísimo tiempo se forma a su alrededor una oleada de simpatía que lo lleva en volandas. Lo hacen socio de honor, le dedican homenajes, lo sientan al lado del presidente (el cual lleva una fotografía suya en el bolsillo, donde le dedica futivas caricias). Lo meten en la nómina del club. Deja de trabajar. Lo único que tiene que hacer ya en la vida es asistir a los encuentros de fútbol del maravilloso equipo, que, naturalmente, va escalando las cumbres más altas.

Y aquí empiezan mis dudas. Qué sucede después. No es lógico que una situación se perpetúe indefinidamente. ¿El hombre se pone enfermo, o se lo hace, porque no puede soportarlo más? ¿Le obligarán a ir al estadio, incluso en camilla? ¿El equipo adversario manda envenenarle? ¿Cesa el milagro, por las buenas? ¿Se ensañan entonces con él? ¿Quizás lo matan?... Me parece que no voy a escribir este cuento.

11.9.97

MÁLAGA Y EL AVE

El tren tiene una vieja deuda con Andalucía, una deuda *horizontal*. Aunque algo ha mejorado estos últimos años, cualquiera que intente todavía hacer la región por ferrocarril, lo sabe. Y lo padece. ¿Almería, Málaga, Granada...? ¿Pero alguna vez llegaremos a Granada? Seguro que fue culpa del tren, de un tren inexistente, que Alberti no conociera a tiempo el territorio de Federico, que no pudiera contemplar sus olmos, entonces saludables, ni escuchar los ruiseñores del Generalife, antes de que incorporaran a su canto una nota de dolor perpetuo.

¿Y Jerez? Dicen que fue el generalito Primo de Rivera, precisamente, quien borró del mapa su conexión transversal ferroviaria, dejando una brecha en el papel, y en la tierra un surco fantasmal, por donde ahora transitan las bicicletas rurales y los senderistas persiguen el vuelo ondulado de las lavanderas. Menos mal. Pero la brecha aquella se trasladó, seguro, al alma de los andaluces. Y ahí está.

Allá por el 89, con los preparativos del 92, recuerdo una conversación con un alto cargo de RENFE, que me dijo: "A RENFE la va a salvar el tren de alta velocidad". Parecía un eslogan, y el mensaje, un tanto contradictorio. Yo, al pronto, no lo entendí. Pero el hombre se extendió en razones técnicas, que anoté cuidadosamente. Una sobre todas se me quedó grabada en la

memoria, quizás por su naturaleza más bien intangible: "Se va a salvar la idea del tren". ¡La idea del tren! Claro, así de sencillo, y de profundo. En un momento de euforia carreteril, y con la mala fama que arrastraban los pobrecitos trenes españoles, es cierto que RENFE estuvo en un tris de desaparecer, o por lo menos de vejetar hasta la desesperación. La fulgurante idea del AVE venía a contrarrestar aquella loca carrera de las autopistas y de los cuarenta muertos por semana. "No te engañes. El futuro es del tren", me dijo, un poco de contrabando, un responsable de ordenación del territorio de entonces.

Y es verdad. Andalucía no acabará de *ordenarse* hasta que el ferrocarril la cruce ordenada y suficientemente. Aunque hoy parezca broma, lo de las carreteras no es más que un espejismo transitorio, una siniestra pesadilla...Y el AVE para Málaga, ante todo, un nuevo impulso que tirará conceptualmente de otros trenes, menos paradójicos quizás, pero tan necesarios como él. Serán los trenes horizontales de Andalucía, que, una vez conectados a las estaciones de alta velocidad, y acaso con el papel intermediario de Antequera (¡por fin Antequera!), reforzarán su sentido y ayudarán a recobrar la cordura, más necesaria todavía, del fin de siglo.

Oscura y pedregosa ha quedado la situación del AVE entre Córdoba y Málaga, tras el jarro de agua fría que nos echó el señor Aznar hace poco. Lástima. No encaja con lo que significa Málaga en su Historia ("Imperio de la luz", la llamó Ortega), ni tampoco con su presente-futuro. Un entramado perfecto, según dicen los geógrafos actuales, que entienden de estas cosas: zona de ocio de primera magnitud, gran aeropuerto (otra herencia del 92), y un área de innovación, el Parque Tecnológico, que va marchando. Sólo le falta el AVE, para que todo eso fragüe un poco más, para que acudan los capitales de alto riesgo, para que el litoral turístico andaluz termine de vertebrarse (¡ya salió la palabra!)... O a lo mejor es que hay alguien que no quiere todo eso para Andalucía.

18.9.97

LAS TRES PRINCESAS ALCALDESAS

Había una vez tres princesas casaderas que estaban a su balcón, borda que te borda, charla que te charla. Se llamaba la mayor Solinda, la de enmedio Celinda y la más pequeña Teofinda. Todas tres, si no de impar belleza, sí reflejaban noble porte y condición. La tez clara, el pelo trigueño y el habla gentil y el castellana. Jugaban aquel día, entre bromas y veras, a cuál

de las tres se casaría con el príncipe Aznarín, más conocido por el sobrenombre de *Caballero del Triste Bigote.*

Quiso la casualidad que éste pasara por debajo de aquel balcón, justo cuando Solinda, Celinda y Teofinda porfiaban el asunto. La una decía: "Pues yo he de cautivarlo con mi rico abolengo". La otra: "Pues yo, con mi gracia andalusí". Y la tercera: "Pues yo, con que soy la más bella".

El astuto Aznarín nada acusó, sino que pasó de largo, como si tal cosa. Pero una vez en su reino, mandólas llamar, de una en una. No se sabe en qué próvidas riberas del Pisuerga o en qué fragoso monte burgalés las encantó, o acaso dióles a entender, a cada cual, que se casaría con ella, si antes le hacía un discreto favor. Que era ir a gobernalle una ciudadela en tierras de infieles, por mor de convertirlos a la verdadera fe cristiana. Había también en aquellos territorios fronterizos antiguos mozárabes de muy probada hidalguía, que habrían de protegerlas entretanto. Pasado un tiempo, él les daría señal de gratitud, enviándoles cuantiosos presentes, para que sus respectivos vasallos entendieran lo que había que entender.

Encomendó a Solinda la plaza de Sevilla, pues que ella allí mantenía viejos blasones. A Celinda, la de Málaga, pues allí era nacida. Y a Teofinda, la de Cádiz, por un su pariente que tenía con vara alta entre los empleadores del lugar. Tras poco tiempo de lo convenido, cada cual pensó el regalo que deseaba para sus súbditos. Solinda, un remansadero de aguas, al sitio de Los Melonares, ca descubrió que cada cierto tiempo eran aquellos moriscos víctimas de atroz sequía. A Celinda le ocurrió una extraña cosa. Soñó con un más extraño artefacto, y velocísimo, capaz de ganar la corte en poco más de tres horas, y así que se lo zampó al del Triste Bigote, quien pensó sin más: "Ésta se me ha vuelto loca". Por fin la más pequeña y pizpireta decidió pedirle, entre tantas penurias como veía en su derredor, que quitase el almojarifazgo que había que pagar por hacer más prontas las veredas reales.

Tiento y mesura. El Príncipe Aznarín no era de los que otorgan por otorgar, sino que se atusaba el bigote largamente, mientras pensaba. Pensaba de qué manera entretener a las tres princesas alcaldesas, dándoles carrete y no encelándolas. De momento, envió a su fiel escudero Arenín a que tanteara el terreno los fines de semana, prometiera sin comprometer y hablara en cabalístico, como han de hacer buenos embajadores... ¿Qué pasaría? ¿Cómo saldrían de su embeleco las tres princesas? ¿Se casaría alguna de ellas con el Príncipe? (*Continuará)*

25.9.97

EL PLACER DE LA CIENCIA

Si algo le faltaba a Granada para volver a ella cada vez que a uno se lo pide el cuerpo, ya lo tiene. Es el Parque de las Ciencias, un lugar encantado, que les recomiendo vivamente. Con menos de tres años de existencia, se ha impuesto ya como el más frecuentado de los museos andaluces. 266.000 visitantes al año. Para que se hagan una idea, el que le sigue, que es el Bellas Artes de Sevilla, arrojó 109.758 en 1996. Los demás, no llega niguno a los cincuenta mil.

Se puede examinar el caso desde muchas ópticas, entre las que no es menor el buen hacer de unos gestores, capaces de tamaña heroicidad como poner de acuerdo a ocho instituciones, influenciadas por banderías políticas distintas y de ordinario enfrentadas. Igual se podría mirar desde el lado de los costes subvencionados, donde también resulta el más rentable. Un ejemplo, y aunque esté feo señalar: el flamante -y por tantos motivos admirable- Guggenheim de Bilbao, se estima puede costarnos del orden de las cinco mil pesetas por visitante, para empezar. Éste otro del que hablamos ronda apenas las quinientas. Más datos -ya puestos-: una entrada para un concierto de cualquiera de las orquestas sinfónicas andaluzas necesita un refuerzo presupuestario de en torno a las mil quinientas. Y si es la ópera, mejor no hablemos. Conste que nada de esto entraña crítica a los sobrecostos de la cultura en su más alta expresión, que son inevitables, sino, en todo caso, al rendimiento social que de ellos se obtiene, y donde sí hay mucho que matizar. A eso vamos.

Lo más interesante del Parque de las Ciencias de Granada es su metodología. A ella está unida indudablemente el éxito popular de estas instalacines y, por ende, su elevado rendimiento público. La médula del asunto es que allí el conocimiento *se toca.* Entiéndase: uno no asiste de manera pasiva a las maravillas de la luz o del sonido, o al delicado milagro de la bioesfera; no le basta con abismarse en de la complejidad sinfónica del firmamento, o con preocuparse por los problemas de la contaminación y de la superpoblación (por cierto, el sábado 18 de octubre, a las 11.45 horas, éramos ya en el planeta exactamente 5.887.468.280 personas. Así nos cuenta, por momentos, una máquina diabólica que allí hay), sino que es invitado a descubrir portentos y a verificar los riesgos de la especie, mediante ingeniosos artefactos que nos permiten conciliar al *homo sapiens* con el *homo ludens* que todos llevamos dentro. Como también llevamos a un niño, o a un joven, en estado mental, predispuestos a dejarse seducir por la belleza de la ciencia. Ése estado, prístino y libre, que quisieron borrarnos con la trágica separación de los planes de estudio

entre "ciencias" y "letras", de triste recuerdo. Y que ahora la LOGSE -o lo que va quedando de ella, entre tantos errores y carencias a la hora de su implantación- trata de eliminar. Pero ésa es otra historia, bastante menos divertida. De momento, prográmense una visita con sus hijos, o con sus alumnos, al Parque de las Ciencias de Granada. Me lo agradecerán.
23.10.97

TRES PRINCESAS ALCALDESAS (2)

(Resumen de lo publicado: El astuto Príncipe Aznarín pone a prueba a tres princesas casaderas -Solinda, Celinda y Teofinda-enviándolas a gobernar sendas plazas -Sevila, Málaga y Cádiz-, en tierras de infieles. Algún sutil encantamiento, más la promesa de ricos presentes, las tienen a merced del castellano, quien se vale, además, de su fiel escudero Arenín para controlar la situación).

Ocurrió en el entretanto que hubieron de hacerse públicas las cuentas del reino. Momento especialmente delicado, pues todas las miradas fueron a comprobar en cuántos reales de vellón se cotizaban los aprecios del príncipe, zarandajas y músicas celestiales aparte.

No pasaron ni veinticuatro horas antes de que acudiera a palacio el fiel Arenín, pálido y desencajado, en demanda de rápida audiencia. Ya se precipitaba en la cámara, cuando:

-Sosegaos -dijo entre dientes el del Triste Bigote, como era su habla acostumbrada, y alzando una mano. A lo que el solícito escudero clavó rodilla en tierra y musitó perdón.

-Comprendedlo, mi señor. Pero es que andan las aguas muy revueltas por allá abajo -acertó a decir, pasados unos minutos.

-¡Esos malditos moriscos! -farfulló, cansino, el otro.

-Y vuestras tres princesas...

-Ah, sí. Casi me olvidaba. ¿Qué bicho les ha picado ahora?

-Recordad, alteza, que mucho habíase hablado de un remansadero de aguas para Solinda, al sitio de Los Melonares. Un artefacto velocísimo para Celinda. Y una dispensa de las alcabalas que gravan la vereda real a Cádiz, para Teofinda. Y que en las cuentas del reino no figura ni un maravedí para tales menesteres.

-¿Ah, no? Y, dime, mi leal escudero: ¿yo también he hablado de semejantes majaderías? ¿Cuándo exactamente? ¿Cuándo?

-Se...Señor,-balbuceó, turbado, el genuflexo-. Me permito recordaros también que habíaisles prometido ricos presentes para que sus respectivos vasallos entendieran lo que hay que entender.

-¿Y desde cuándo los obsequios han de ser a gusto del obsequiado? ¡Eh! -Gritó Aznarín, produciendo ya infinita zozobra en su escudero. -Además -continuó, tornando a su habitual rezonga-, habíamos diseñado una estrategia para combatir esas tres necedades. ¿Acaso no ha funcionado? -Arenín admitió, forzadamente, con un gesto.-Primero, sugerir a Solinda que se busque algún prestamista que adelante los dineros para su capricho. Ya tiene tarea. Segundo, invitar al pérfido Chavelón, regidor de los moriscos, a que ponga sobre la mesa el *proyectum* del maldito artefacto ése con que ha soñado Celinda. Y tercero, que el mismo cabezotas pague la mitad del débito contraído con los legítimos amos de la vereda real de Cádiz. Y como no ha sido capaz de cumplir ninguna de esas condiciones, ¿de quién es ahora la culpa, ¿eh? Dime: ¿de quién?

-Cierto, señor. El andaluz ha caído en el garlito. Qué inteligente sois...Perdonadme...

-Vamos, no me canses más. Que bastante tengo con el enano de Cataluña y el curángano vascongado. Que aprietan más que un dolor de barriga.

(Continuará)

9.10.97

ESTADIO (PRESUNTAMENTE) OLÍMPICO

Anda la política sevillana muy accidentada con el asunto del Estadio Olímpico, el Betis y el Sevilla. No sé en qué va a parar, ni si llegará la sangre al Guadalquivir. Espero que no. Pero los signos son inquietantes. Se preparan las tribus para la guerra y suenan los tambores en lo más profundo del bosque.

Dice Levi-Strauss que mientras una corriente antropológica proclama sin más el absurdo de las prácticas y de las creencias primitivas (Frazer), otra (Malinowski) les atribuye engañosamente cierto sentido común. Por medio hay lugar, se entiende, para toda una ciencia y para toda una filosofía; al menos para un método, como fue el estructuralismo. Tan denostado hoy por el fárrago postmoderno, se limitaba aquél a señalar las *estructuras de contradicción,* y sus *reglas*, ya sea en la lengua, en la regulación de los matrimonios, en la moda, en la publicidad, en la cocina, en la política, y, por qué no, en el fútbol. Absolutamente necesarias

para explicarse la realidad, antes de la ética. Pero, sobre todo, si falta la ética. Es entonces cuando hay que recordar que todo lenguaje es arbitrario, pero tiene leyes que conviene respetar:

Una: cualquier creencia sagrada (mito, tabú), necesita un contrario para sustentarse. (Si la tribu de enfrente prohíbe comer cerdo es porque nosotros prohibimos comer vaca, y viceversa. -El cerdo y la vaca, en sí mismos, son perfectamente comestibles, pero eso no tiene nada que ver-). Dos: todo argumento es reversible, y no importa que sea falaz. (Ejemplo: la ablación es necesaria porque también se circuncida a los varones). Tres: los significados se superponen y todas las cosas, en su manifestación más extrema, tienen doble y triple sentido. (*Canibalismo, totem, incesto, vulva de la hermana* se designan con palabras iguales en algunas lenguas "exóticas", porque son formas extremas de sexualidad y de alimentación). Etcétera. Son las reglas del juego. Un juego arbitrario, pero peligroso, en el que cualquier deslizamiento es severamente castigado.

Sevilla/Betis. Joselito/Belmonte. Velázquez/Murillo. Macarena/Triana... Bien se sabe que Sevilla es una ciudad con vocación dualista, desde sus más oscuros estratos. Ama la contradicción y necesita, de vez en cuando, inmolar a alguien en ella. (Los últimos Autos de Fe tuvieron lugar ya bien entrado el XVIII). Y el que intente romper esa "estructura de contradicción", que se atenga a las consecuencias. ¿Que los dos equipos vayan juntos al Estadio Olímpico? No se le ocurre ni al que mandó hierro a Vizcaya. Uno: la autoafirmación se basa en la existencia de un contrario irreductible. Dos: si la política se mete en el deporte, ¿por qué el deporte no se va a meter en la política? Tres: el fútbol significa otras cosas en nuestra sociedad, claro. Significa negocio, poder, orgasmo colectivo -¡goool!-. Todo el negocio, todo el poder, todo el sexo.

Aclaremos: doce mil millones puede costarnos esta broma primitiva. Y habrá tres estadios gigantescos en 1999, para una ciudad que sólo necesita uno. Al más tonto se le ocurre que alguien tiene que poner un poco de orden en semejante desvarío, absolutamente inaceptable. ¿Quién? Esa es la pregunta.

16.10.97

OJOS VERDES

Tampoco Canal Sur nos depara todos los días un motivo de satisfacción como para pasarlo por alto. Aunque estamos tan desacostumbrados, que no nos lo perdimos de casualidad. Me refiero a *Ojos verdes,* primera entrega de la serie de siete películas sobre Andalucía, realizadas por Basilio Martín Patino, no sé con qué motivo, pero desde luego con mucho acierto, si la primera es pronóstico del conjunto.

Aparte sus excelencias técnicas, tan evidentes como raras, entre las que incluyo actuaciones inolvidables como las de Amós Rodríguez, José Antonio Blázquez, María Galiana, Carlos Álvarez..., tuvo este exordio una virtud: la libertad sin ira, aquella misma con que se hizo la transición. Ahí es nada despertar de una sola tacada a todos los demonios de la ambigüedad radical de Andalucía, su "esencial heterogeneidad", que diría Abel Martín, sin provocar más que a la nostalgia, la reflexión, la perplejidad. Principios del conomimento. También el perdón estuvo rondando toda la noche. Pero más fuera un bálsamo sobre viejas heridas: la vinculación de la copla con el franquismo -con harto aprovechamiento de éste-; la canalla de los señoritos, arruinados o rumbosos; los ecos del fratricidio, la necesidad de acunar a los niños del hambre. Y suerte que tuvimos *El día que nací yo, María de la O, Antonio Vargas Heredia, Ojos verdes...*, que nuestras madres cantaban con aquella vocecita de plata y de miedo. La voz de Imperio Argentina, de Estrellita Castro... Luego vinieron otras más decididas: Concha Piquer, Lola Flores, Marifé (reina absoluta; quizás por eso no estuvo en *Azabache*, el espectáculo de la Expo; alguien nos debe todavía una explicación)...

Pero lo más difícil cayó siempre del lado de los hombres. Rafael de León, letrista incomprendido. Desde su trono, indiscutible también, nos miró, con lágrimas de infinita sabiduría, Miguel de Molina (en esa joya del periodismo audiovisual que le atrapó Carlos Herrera); perseguido por la mugre fascista y por la envidia hasta las otras Españas del Océano, hasta lo indecible. Otros se quedaron, y se perdieron en el gorgorito del "régimen"; fueron los *aflamencados*, practicantes de un género híbrido y transitorio, que ya sólo puede devolvernos la ironía. La copla, en cambio, subsistió en su pureza desgarrada, y encontró nuevos cauces, nuevas voces: Rocío, Vidal... Lo mismo que el flamenco, Camarón al frente, se salvó de la ruina de los puristas.

Fue una larga noche de senderos que se bifurcan, más que yendo, huyendo: del pastiche, del *kitsch*, del *revival*; bien conducida por Martín Benítez, con una tertulia que nos recordó a las

buenas de antes, cuando la televisión vislumbraba verdades y no fabricaba mentiras ni chirridos, vulgaridades sin cuento, como ahora, para vergüenza del ser humano. Gracias también a Martín Patino por esta lección, para los que dicen que ya no es posible una televisión de calidad. Pero sobre todo por darnos una imagen legítima, por sincera, de una Andalucía en su proteica, complicada belleza.

27.11.97

MEMORIAS DEL SUBSUELO

De tiempo en tienpo se producen noticias desoladoras en torno al patrimonio arqueológico andaluz. Este verano fue especialmente pródigo en ellas. Milagro la semana que no nos desayunábamos con algún latrocinio, expolio, abandono o destrucción solapada, llevados a cabo por gentes sin escrúpulos, capaces de bailar sobre la tumba de sus antepasados, de convertir una clave de arco en material de relleno, o de apropiarse quién sabe qué colección de monedas probatorias de algún rito solar. Tuvimos el escabroso asunto de los restos fenicios del Cerro del Villar, en Málaga, la destruccion de un puente califal en Medina Azahara, los descuidos en los dólmenes de Antequera...

Son estas noticias como los accidentes de circulación, como los desastres aéreos. Aleatorios pero persistentes, seguidores de una implacable matemática del caos. También tienen en común lo irreparable. Pero la diferencia es que éstos producen pérdidas absurdas, bien demostrativas de que Dios, si es que no ha muerto, sigue disfrutando de su infinita siesta, tras la borrachera de la Creación. Mientras que las otras son devastaciones sencillamente humanas, demasiado humanas, que van mermando la confianza que nos debemos a nosotros mismos, y que debe andar por los suelos. Por donde mismo se pierden los tesoros de la conciencia colectiva.

Pero es curioso que, casi al mismo ritmo de esa destrucción, se producen nuevas incorporaciones, motivadas por encauzamientos de ríos, construcción de aparcamientos, o por la feliz intuición de algún aficionado. Como si las voces de ultratumba se hubieran habituado también a ese compás binario que, en realidad, lo preside todo. Así que nos hemos enriquecido en pocos meses con más noticias del subsuelo: un templo romano y una ciudad fenicio-púnica, en Jaén; una necrópolis mozárabe en Córdoba; un nuevo mausoleo romano en Carmona; un

cementerio judío en Sevilla, y hasta unas pinturas rupestres en Almadén. Todo un mosaico de culturas, por si cabía alguna duda acerca de la polimorfa identidad de Andalucía. Pero que además van modificando ese cierto mapa mental que, más o menos, repartía: lo fenicio para Cádiz, lo musulmán para Córdoba, lo ibérico para Jaén...Pues no, va resultando que hubo de todo en todas partes. Importante asunto.

Le toca el turno a la administración. Si no a la gresca, mirando cada cual para su lado. Las consecuencias suelen ser también desastrosas. Nadie tiene nunca dinero. Obras de emergencia, aperturas de expedientes, volver a tapar, y... la culpa es tuya. Luego, nada. Hombre, ya verán: La Consejería de Cultura decide aplicar 142 millones para restauración del patrimonio en la Sierra Norte de Sevilla. Hacemos cuentas y salen: 118 para templos cristianos y sólo 24 para el conjunto arqueológico de Munigua. Es un ejemplo. Otro: la Iglesia sueca acaba de poner en marcha un plan de empleo juvenil donde la protección del patrimonio artístico ocupa el renglón más importante. Aquí lo hacemos al revés. Ya podía la Iglesia española ("pides más que un fraile"), tomar nota. La reciente cumbre de Luxemburgo también ha puesto el acento en la ocupación de los jóvenes. Jospin promete 350.000 empleos juveniles...No sé si me siguen.
11.12.97

EL AÑO DE CAPERUCITA

Va concluyendo el 300º aniversario de *Caperucita*, y lo cierto y verdad es que continúa siendo el cuento más enigmático de todos los cuentos. Por dondequiera que se le mire, su deslumbrante anécdota apenas nos deja barruntar algo acerca de su verdadera significación, al tiempo que atrae todas las miradas. Etnógrafos, psicoanalistas, semiólogos, antropólogos, y de las más variadas tendencias, se disputan tan suculento manjar. Pero no llegarán a hincarle el diente por completo, pues esta ambigua niña, acosada por un lobo multívoco, volverá a escurrirse una y otra vez por entre los árboles de un verdadero bosque de símbolos. Acaso el de la civilización occidental.

Todo empezó cuando Charles Perrault, un académico de la lengua francesa e Inspector de Obras de Luis XIV, tuvo la ocurrencia de adaptar literariamente algunos cuentos de tradición oral, para divertimento de cortesanos. Era el año 1697. Pero entre los verdaderos cuentos (*Cenicienta, Barbazul, Piel de Asno, La bella Durmiente, etc.)* se coló *Caperucita*, que era más

bien una leyenda de miedo (lo que los alemanes llaman Schreckmärchen), destinada a prevenir a las niñas de encuentros con desconocidos, y cuyo ámbito territorial no iba más allá de la región del Loira, la mitad norte de los Alpes y el Tirol; nada, en comparación con los auténticos cuentos folclóricos, que cubren todo el ámbito indoeuropeo y sus zonas de influencia, incluida la América poscolombina. Sobre la marcha, al travieso racionalista se le ocurrieron algunos "arreglos". De la auténtica leyenda popular (muy bien estudiada por Paul Delarue en 1951) suprimió el lance en que el lobo, ya travestido de abuelita, invita a la niña a consumir carne y sangre -ésta a guisa de vino-, pertenecientes a la pobre anciana, a la que acaba de descuartizar. No hay que asustarse. Los restos de canibalismo ritual flotan a la deriva en numerosos cuentos populares, como en el muy hispánico *Mariquilla, jura, jura*; aquél en que un difunto regresa a por el trozo de hígado que una familia acaba de cenarle, precisamente por la desobediencia de otra niña. Igualmente eliminó Perrault el desenlace en que nuestra heroína, al sospechar lo peor, engaña al lobo fingiendo una repentina necesidad de exonerar el vientre, y escapando por la puerta. En su lugar prefirió el académico otra versión, también popular, en que simplemente el lobo devora a las dos mujeres. (Lo cruel era de mejor gusto que lo escatológico en los libertinos salones del Rey Sol). Por último, pero no lo último, se sacó no se sabe de dónde la indumentaria colorada y el tarrito de manteca, de incalculables consecuencias.

En ningún caso hay final feliz, hasta que los hermanos Grimm, sintiendo sin duda una gran pena por suceso tan triste, tomaron en préstamo el episodio del cazador, de otro cuento, *El lobo y los siete cabritos*, y se lo pegaron por detrás a nuestra historia, sin muchos miramientos. La cuestión era devolver a la vida a abuela y nieta, *enteritas*, desde la barriga del lobo, pese a haber sido devoradas. Hay que aclarar que *Caperucita* también *se coló* en la colección de los dos filólogos alemanes, que quisieron hacernos pasar por auténticamente germánica una narración que no era sino un nuevo arreglo sobre la que les contó una amiga de ascendencia francesa. (Pero eso le ocurre a cualquiera. A José Mª Guelbenzu le acaba de suceder. Se le *ha colado* en una colección de cuentos españoles nada menos que *El gato con botas*, que ya los hermanos Grimm quitaron de su antología a partir de la segunda edición, tras percatarse de que era otra leyenda exclusivamente francesa). Pero sigamos.

Lo que nos interesa ahora destacar es que fue esa versión recompuesta una y otra vez la que conquistó el mundo, a partir de 1812, para desesperación de etnógrafos y folcloristas, y por alguna razón tan profunda como mal conocida. Necesario será ya acudir a la opinión de otros expertos: los psicólogos y los psicoanalistas. Dos en particular: Bruno Bettelheim y Erich

Fromm. Tomando como base el consabido conflicto freudiano entre el principio del deber (acudir en socorro de la pobre abuelita) y el principio del placer (entretenerse por el bosque cogiendo florecillas y charlando con desconocidos), uno y otro llegan a diferentes conclusiones, o quizás sean complementarias. Para el primero, Caperucita, una vez superada la fijación oral (representada por *Hänsel y Gretel)*, encarna el problema de un complejo de Edipo mal resuelto, que retorna en la pubertad, y que la arroja inconscientemente a la posibilidad de ser seducida. Ni que decir tiene que el lobo es la figura de todo hombre, padre incluido. Para el neoyorquino, la caperuza roja y el tarrito de manteca no otra cosa pueden ser que la primera menstruación y la virginidad, respectivamente. Por uno u otro lado rondan los peligros de un sexo prematuro, en el que no son inocentes ni la madre ni la abuela, quienes al empujar y reclamar a la niña por un camino tan peligroso, en realidad la están induciendo a *desviarse.* ¿Creeremos por esto que Caperucita es inocente? En absoluto. También ella está deseando perder de vista a las dos. Con notable gracejo, escribe Bettelheim: "Sólo los adultos, que están convencidos de que los cuentos son absurdos, pueden dejar de ver que el inconsciente de Caperucita está haciendo hora extras para librarse de la abuela".

De las ansiedades edípicas y los sentimientos ambivalentes hemos de enlazar con los antropólogos, en este caso Vladimir Propp. El gran formalista ruso no se conformó con descubrir la relojería interna de los cuentos de hadas, sino que nos aportó valiosas noticias sobre ritos arcaicos, muchas veces explicativos del trasfondo que hay en los cuentos, así como del contacto sorprendente que por el lado oscuro cabe detectar entre inconsciente individual e inconsciente colectivo, sueños recurrentes y cuentos populares. Verbigracia: muchos neuróticos refieren sueños de canibalismo, que equivalen a incesto. (¿Van encajando las piezas?) En nuestro caso, la perla es un rito de iniciación, todavía vigente en Nueva Guinea y en algunos puntos de la América primitiva: al iniciado se le hace entrar en una cabaña, que tiene forma de algún animal salvaje, y volver a salir, como si fuese engullido y regurgitado por la fiera.

Misteriosas galerías del alma humana. Por la razón que sea, o por todas juntas, Caperucita sigue desconcertando a los estudiosos y, eso sí, cautivando a los niños, que son los únicos que de verdad poseen su secreto. Como poseen el de todos los demás cuentos populares, que renuevan una y otra vez su extraño, y al parecer imprescindible, mensaje terapéutico y civilizador. Lástima que cuando aquéllos pudieran revelárnoslo, ya han dejado de ser niños.

13.12.97 (Publicado en *Babelia*)

CUENTOS DE NAVIDAD

Todos los años, por estas fechas, recibo algún que otro requerimiento para que hable o escriba sobre unos presuntos *cuentos de Navidad*. Yo procuro ser amable con esas personas, convencido como estoy de que no hay doblez alguna en su inocente proposición. Pero eso no me quita el problema de tener que revelarles la cruda realidad: que eso de los cuentos de Navidad es más bien puro cuento. A lo más, un título ingenioso debido a la libre traducción de un relato de Dickens, que efectivamente se desarrolla en esa época del año y que es muy edificante. Les insinúo que, en todo caso, la Navidad, por aquello del invierno y las vacaciones, resulta época propicia para contar cuentos, pero toda clase de ellos, como se hacía antiguamente gracias al maravilloso repertorio de los relatos folclóricos, antes de que fueran banalizados y mutilados por la cultura pequeño burguesa, o simplemente olvidados. Desde luego que eran historias capaces de despertar la más vivas emociones, pero me temo que bastante alejadas del tópico de las campanillas, los angelitos, y las tribulaciones del pobre José. Se trataba allí de encantamientos, serpientes de siete cabezas, princesas raptadas, gigantes comeniños, o divertidas historias del lobo y la zorra cuando iban a robar gallinas al cortijo del señorito, o de Juan el Tonto, que acababa pegándole un garrotazo al alcalde...

Y sigo pensando: pues cualquiera les cuenta a estas criaturas el otro cuento, el de la Iglesia de Roma. Que no fue hasta el siglo IV cuando se decidió a instaurar la fecha del 25 de diciembre para conmemorar el nacimiento de Cristo, aprovechando que en los Evangelios no se dice ni pío de semejante asunto, y que en el solsticio hiemal ciertos ritos paganos en torno a la diosa oriental, Astarté o Virgen Celeste, que daba a luz un hijo, el propio Sol, y que sería más tarde el dios Mitra, tendían a aflorar peligrosamente en el ánimo jocoso de aquellos confusos cristianos. Lo mismo que haría con otras fiestas gentílicas, como la de Atis (antes Adonis), dios de la vegetación renaciente, para situar la muerte y resurrección de Cristo; o en el solsticio de verano, fiesta ritual del agua, para colocar a San Juan Bautista, por aquello del elemento bautismal sería; o con la Virgen de Agosto (Asunción), alojada sin más en las celebraciones de Diana Cazadora; o a primeros de noviembre, el día de Todos los Santos, para desplazar a los viejos cultos de muertos familiares, de los que aún quedaban vestigios en mi infancia, con aquellas mariposas de aceite alumbrando el retorno de las ánimas, entre temblores y rezos.

Pero sigo mirando las caritas con que vienen a pedirme que les cuente un cuento de Navidad, y es que no puedo. Primero hago un tímido avance: "Se trata de un género más bien

ficticio", "Claro, claro" -admiten en seguida, intercambiando gestos de complicidad, sobre todo si hay niños delante. "No, si es que me parece que no me he explicado bien", balbuceo... Nada. Continúan embelesados, decididos a no apearse de su santa ingenuidad, y a llevarse como sea un relato de belenes, niños pobres y Reyes Magos. ¿Y ahora qué hago yo?... Y todos los años lo mismo.

18.12.97

Y OTRA NAVIDAD PASÓ

No sé si serán espejismos del recuerdo, pero para mí todas las cosas de la Navidad estaban unidas por un hilo sutil. Tan sutil, que hasta hoy, ya pasada la del 97-98, no he comprendido lo que era. Trataré de explicarme. Venían, por fin, las vacaciones. Todo el tiempo del mundo para no hacer nada, aunque con el proyecto de mil empresas que nunca se acometían, estorbadas, muy naturalmente, por las que sí había que hacer. Primero, montar el nacimiento. Ir al campo a por musgo y regresar, con el rostro aterido y el corazón palpitante, a las primeras crepitaciones del crepúsculo, por la vía del tren o por la orilla del río, según hubiera que recoger escoria de carbón, para formar montañas ilusorias, o sorprender al martín pescador en sus acrobacias acuáticas. Después todo se precipitaba. La Nochebuena, el Año Viejo y, por último, los Reyes. Entre medias, villancicos, buenos atracones de dulces, jugar hasta el aburrimiento en torno a la mesa camilla y, finalmente, los regalos. En realidad, todo parecía una complicada preparación para esto último, para los juguetes (los pobres juguetes de los años cincuenta), merecido colofón de aquella tregua en el tiempo. Tan extraña como breve, a decir verdad. Pues aquel apretado calendario de holganzas y melancolías, donde la infancia, la religión y un paganismo reminiscente en borracheras de anís trababan una rara comunión, se iba de pronto, como por ensalmo. Entre las manos no quedaba más que un tambor de hojalata y una perplejidad incurable. Visto y no visto. Únicamente el recuerdo volvería a enhebrar cosas tan heterogéneas como un villancico, un pavo y una armónica. El recuerdo... y algo más.

Siempre he sospechado que había algo más. ¿Pero qué? ¿Qué sería lo que tan sutilmente hacía concordar a tan dispares cosas? Hoy lo he comprendido de repente. Y ha sido por la soledad en que veo se desenvuelve la Navidad de muchas personas. Por la crisis de la familia, que empieza a arruinar el modelo social completo, por el descenso de la natalidad, que hace que cada día haya menos niños en el entorno afectivo. Por el urbanismo degradante, que vuelve

imposible jugar en las calles y en las plazas. Y era la tertulia misma, la sucesión ininterrumpida de reuniones para preparar esto y aquello y lo de más allá, para organizarnos por nuestra cuenta, sin la mirada despiadada de los curas de colegio; lo que nos convocaba en todos los intervalos de aquellas tan dispares hazañas. La necesidad misma de comunicarnos, de discrepar, de pelearnos y de volver a estar juntos.

Ah, sí, queridos Reyes Magos, ya sé lo que os quería pedir para este otro año tan difícil del 98 (espero que todavía me oigáis): que vuelvan, por el arte de vuestra magia, las condiciones naturales de la tertulia. Que desaparezca, como por encanto, la televisión. Que retornen los juegos de los niños a la calle, sin petardos, y los campanilleros andaluces, con sus precarias armonías de cántaro y cristal. Que el hilo invisible de la memoria vuelva a coser los sueños de todas las navidades futuras, de todos los niños que hacen cola para nacer, agarrados a la cola de vuestra buena estrella.

8.1.98

FRANCISCO RIVERO

Un rayo de azúcar se lo llevó. Francisco Rivero Pérez, novelista, poeta, criatura excepcional. 42 años.

Lo conocí allá por el 83, en un tribunal de oposiciones, donde los dioses del estío nos lo pusieron para alivio de tan insensata situación. Su desbordante y contagioso sentido del humor, contando las cosas de su pueblo (Los Molares, Sevilla), la catarata de imágenes y de hipérboles inverosímiles que salían por su boca para describir a personajes y situaciones todavía más increíbles, lo acreditaban de inmediato como un narrador de raza. Eso lo tienes que escribir, Paco, le decía yo, cuando lograba reponerme. Porque estar a su lado y no partirte de risa era materialmente imposible. Claro que tampoco podía uno librarse de la amargura de fondo que destilaban sus historias. El pesimismo radical que lo impregnaba todo, su anarquismo recalcitrante a la hora de pintar señoritos y jornaleros sin remedio. Él se daba cuenta. Y con las mismas se ponía a recitar de memoria fragmentos de poetas latinos, a los que adoraba y traducía sin la menor dificultad, o te hablaba de sus preferencias musicales con la sabiduría de un clásico. Todo ello, se comprenderá, muy lentamente elaborado por la dureza de unas circunstancias.

Militante crónico de la depresión, pero sobre todo de la diabetes, que fue para él un tigre sobrado de paciencia, pero tigre implacable al fin.

Poco después le pedí que me acompañara en la Dirección General de Renovación Pedagógica, donde se ocupó en tareas delicadas, como los *Talleres de Cultura Andaluza* o la alfabetización de adultos. En esa época, algo más relajado, escribió y publicó un libro de poemas, *Ceniza de los sueños*, sugerente título que ahora parece recobrar sentido.

Por fin, en 1993, apareció un buen día por la editorial Algaida, con un manuscrito bajo el brazo: *Los días del sur*. Cuando lo leí, no pude creerlo. Era exactamente como estar escuchándole diez años atrás. De nuevo fui de la risa al pasmo y del pasmo a la admiración, ante la rara factura que había logrado su prosa. La prosa más oral que he conocido. "Realismo hiperbólico", lo llamé en mi informe, y a punto estuve de corregirme: *realismo desesperado.* El mismo torrente verbal, los mismos personajes inauditos. Su segunda novela, *El año solar*, quedó finalista en el Ateneo del 96. Hasta ahí pude acompañarle. Luego emprendió otros rumbos, *(*Ediciones B), con la que tenía contratada la tercera parte de la *Trilogía de Matabueyes*, que deja inacabada.

No, por favor, no me lo comparéis con García Márquez, con Valle, con nadie. Porque ya me está pareciendo oír su risa a borbotones desde la otra orilla. Ahora que está bailando con la niebla, liberado por fin de la odiosa jeringuilla, de las clases de lengua, del perro negro que le arrancó la raíz. No me lo entretengáis. Porque todavía le queda un trecho. Le queda averiguar por qué los dioses de aquel verano no han podido finalmente resistirse y lo han llamado a estar con ellos, sin permitirle siquiera acabar su tercera novela. Muy buenas razones tendrán.
15.1.98

GULLIVER EN ANDALUCÍA

El problema de Gulliver se acrecentó considerablemente a la vuelta de su segundo viaje. Pues si sus conciudadanos no habían creído una palabra acerca de su estancia en Liliput, ¿cómo convencerles ahora de que había pasado por Brobdignag, el País de los Gigantes? Y no tanto por las descomunales proporciones de aquel lugar, cuanto por cosas mucho más sutiles. Por ejemplo, que el Emperador, mientras desayunaba en platos de ocho metros de diámetro, se moría de risa escuchando al propio Gulliver contarle cosas de Inglaterra, en especial cómo los gastos públicos doblaban a los ingresos, o cómo los políticos corruptos casi nunca eran castigados. Pero lo que a

punto estuvo de provocar un atragantón fatídico fue el relato de cómo la justicia tardaba *meses* en decidir si una cosa estaba bien o mal. Aquí tembló todo el reino.

Una versión, seguramente apócrifa, aparecida creo que en Dublín a mediados del siglo XVIII, da cuenta de un tercer viaje por tierras todavía más extrañas, si cabe, que las anteriores. Se debió a un repentino golpe de mar, que hizo naufragar otra vez al inquieto médico de Su Majestad. Y arribar forzosamente a las costas de Turditania, que así se llamaba el país, en el extremo sur de todo lo conocido. Eran los turdetanos gente alegre y sufridora, a fuer de pacífica, pero a los que un desatinado negocio del poder político con la justicia había llevado a la rebelión. Inducidos por la desesperanza, se habían hecho fuertes tras inmensas barricadas de papel, que no eran otra cosa que los legajos de los 49.000 pleitos atrasados -y no de meses, sino de años-, que los ciudadanos tenían contra las diversas formas de gobierno que allí había: centralidades, descentralidades, municipalidades, y una cuarta denominada *diputaciones*, que nadie le supo decir qué cosa fueran.

Los propios jueces quejábanse también de la falta de los más elementales medios, tales como tinta, ujieres y escribanos. Todo lo cual, curiosamente, había de ser suministrado por los susodichos gobiernos. Gulliver lo entendió enseguida y su natural le inclinó a ponerse del lado de los demandantes. Con sus habilidades adquiridas en los combates minúculos de Liliput, y los mayúsculos de Brobdignag, tales como orinar sobre la pólvora o dialogar con las alturas, logró vencer a los reticentes gobernantes para que fueran aflojando sus respectivas bolsas y suspendieran, siquiera provisionalmente, sus atávicas pendencias. La justicia y la paz, dice el relato, volvieron a aquellos feraces y joviales territorios.

A su regreso a Liverpool, Gulliver anotó en su cuaderno de costumbres exóticas: "Los jefes turdetanos aman por encima de todas las cosas salir en la gaceta. Allí prometen las más fantásticas soluciones para los problemas más nimios. Pero sufren de una rara amnesia. Pasado poco tiempo, lo olvidan todo. El pueblo, a su vez, formula con frecuencia este aforismo impenetrable: *unos por otros, la casa sin barrer".*

22.1.98

ARZALLUZ

El señor Arzalluz acaba de retar a los ciudadanos de a pie. Ha dicho que el que tenga *la solución* al problema del terrorismo, que levante el dedo. Y, si no, que deje de meterse con *los*

políticos. Amparado, como siempre que él truena, en el sofisma del *todo* o *nada*, y en las grandes categorías protectoras (*los políticos, la patria vasca, la cuyuntura mundial, las persecuciones sistemáticas)*, ha dado un pasito más en su radicalismo conceptual, para no perder la ocasión.

Claro que no vamos a caer en sus provocaciones, pero sí que va siendo hora de desmontarle algún que otro silogismo, por lo menos para que no piense que los de a pie somos tontos. Es más, que ya va acabando con nuestra paciencia, especialmente en esta hora, cuando en Andalucía, en Sevilla, acabamos de sufrir el zarpazo de esa cosa que él llama *los violentos*.

Empecemos por el principio: la llamada *patria vasca.* Conviene recordar que todo el andamiaje ideológico del nacionalismo vasco es una pura entelequia, forjada en las estribaciones del siglo pasado, a partir de esa mezcla, siempre explosiva, de fanatismo religioso, burguesía ascendente, xenofobia -principal contra los inmigrantes que fueron a trabajar en la siderurgia-, más un mucho de pureza racial. Ah, y una lengua propia, el euskera, auténtica joya lingüística, pero que no es patrimonio de nadie, sino de todos. De los españoles, quiero decir. Y mucha fantasía prehistórica, que es gratis. Todo ello bien agitado en la mente sublime de Sabino Arana, el cual, viendo que ni la antropología ni la historia le apoyaban en sus delirios, decidió no leer más, tal como suena, y "estudiar las cosas en sí mismas". No fue su único alarde de pureza étnica. También hemos sabido ahora que se infligió singular violencia psíquica, hasta lograr desenamorarse de una "buena moza, de figura gallarda", cuando se enteró de que la pobre muchacha era *española* por los cuatro costados.

Pues de esos vientos, señor Arzalluz, vienen estas tempestades. De esa pócima indigesta se han alimentado todas las furias del País Vasco, todas, sin excepción. Y usted no ha desmontado ni una sola de sus falsas premisas. Ha coqueteado con el RH negativo cada vez que ha querido. Ha llamado al castellano "La lengua de Franco". Ha desterrado de su léxico la palabra *España* y sus derivados, como no sea para ofender. No ha sido capaz de decirle todavía a *los violentos*, en particular a los jóvenes, que fue España entera la que padeció el franquismo, y de muy semejantes hechuras en todos los lugares. Y ahora vuelve a referirse, aprovechando la situación, a Irlanda, y a Palestina, es decir, buscando una especie de homologación internacional para la causa que él preside. Hombre, por favor. ¿Por qué mejor no se calla y deja de echarle leña al fuego? Le aseguro que yo no tengo ninguna solución, ojalá la tuviera. Pero sí que levanto mi dedo, y es para señalarle a usted como a uno de los principales jaleadores de esa basura intelectual en la que también se alimentan *los violentos.* ¿Por qué no sigue el camino

emprendido por Ardanza, el de la autocrítica, y nos hace el favor de quitarse de en medio? Que algo es algo. 5.2.98

FISCHLER

El señor Fischler va camino de convertirse en el enemigo número uno de Andalucía. Pero al señor Fischler no parece importarle gran cosa. Su obsesión son los números. Y las sospechas. Este frío austríaco, que hasta ayer lo ignoraba casi todo el olivar, pese a ser doctor en agronomía, no tiene otra idea que meter en cintura al sector. Lógicamente, uno pensaría que es que posee datos ciertos, irrefutables. Pues no. Sólo tiene sospechas. Lo dice él mismo (*El País, 4-2-98)*. Aunque en distinto grado: sospecha más de Italia que de España; del fraude, se entiende. Lógicamente, piensa uno, sus reformas irán encaminadas a castigar más a la primera que a la segunda. Pues no. Su revolucionario criterio, consistente en subvencionar al árbol, y no a la producción, a quien parte por el eje es a España. *Stupendo*, que diría Forges. Pero como sus sospechas no están fundadas, todavía, sugiere un tiempo para controlar los datos. Bien. Lógicamente, es que ya cuenta con el método para hacerlo. Pues no. "Tenemos que encontrar un método para encontrar los datos objetivos", dice el hombre. Más *stupendo.* Pero bueno, ¿qué le pasa a este señor? Organiza una tremolina de mil pares de *olivones* y resulta que no tiene ni pruebas, ni datos, ni método. ¿No será un humorista? ¿O acaso es que no retiene bien los datos?

Por si fuera esto último, vamos a ayudarle un poquito. Es un truco que nos hemos inventado. La clave, señor Fischler, está en el *3*, y en sus múltiplos. Fíjese: *300* pueblos andaluces dependen íntegramente del olivar. El sector genera *33* millones de jornales. Andalucía produce el *30%* del aceite de la UE. La última campaña superó las *900.000* toneladas. Con su reforma, España perdería *90.000* millones de pesetas. ¿Lo va cogiendo? Ah, y un par de detalles estéticos: cerca de *3* millones de personas se quedaron extasiados viendo el manso mar de olivos de Jaén, en la película circular del Pabellón de Andalucía, Expo 92. ¿Y sabe usted con cuántos objetivos se rodó esa escena? Pues con *9*. Ea, a ver si ahora no se le olvida.
10.2.98

LINCE IBÉRICO

La constelación del Lince se extiende por el cielo sobre una zona muy poco poblada. Siete estrellas menores, más otraa un poco más luminosa a la cabeza, se estiran como dando un salto colosal, un salto sidéreo, entre los fríos de la tundra por donde mora la Osa Mayor y las cálidas sabanas del León, señor de la Eclíptica. Un destino solitario, y huraño, parece así marcado desde la eternidad. En los alrededores, otros animales celestes: la Jirafa, el Cangrejo (Cáncer), el Leoncillo, la Osa Menor y, allá a lo lejos, la atracción fatal: Lepus (la Liebre). No se advirtió nuestro elástico cazador de que junto a este suculento manjar le esperaba también Canis Mayor, el Gran Perro.

Un poco a la izquierda quedan Los Gemelos, Cástor y Pólux, el uno mortal, el otro inmortal, que no se sabe si andan pastoreando a esta dispersa fauna del Olimpo, vigilando sus tendencias, o proyectando vaticinios sobre sus vidas. Un poco de todo será. Desde luego nuestro lince los tiene muy preocupados con su crítica situación. Al error de haberse detenido en los dulces predios de Doñana, cautivado sin duda por su belleza, nuestro gran gato debe sumar ahora otras desdichas. La comodidad excesiva, en primer lugar, trajo consigo la confianza. Luego la proliferación. De modo que a su mayor enemigo, el Homo Escopeterus, muy pronto le resultó fácil diana con que presumir de un trofeo tan bello, tan inocente, tan fácil de acorralar por la jauría. Sobre todo a una variedad muy antigua en estos humedales, el Escopeterus Nobilis Nobilis, al que pronto siguió un émulo desclasado: el Escopeterus Furtivus.

Pero con el tiempo llegaron más penurias. Sobre los tonos desvaídos por la calima, entre los efluvios prehistóricos de los lucios, las dunas móviles y las difuminadas praderas marismeñas, prosperó un extraño virus, una suerte de epidemia, que deformó y aniquiló a Lepus y a otros parientes suyos. A nuestro soberbio animal se le pusieron las cosas realmente difíciles. Ya Cástor y Pólux dirimían sus contrarias influencias sobre él, cuando aparecieron nuevas subespecies de su más encarnizado enemigo.

Primero fue el Homo Automovilísticus, que milagro el día no se llevaba por delante a uno de los pocos ejemplares que iban quedando. Luego el Homo Venenosus y, por fin, el Homo Iconaensis (el bicho más raro de Doñana, según opinión de los lugareños ha tiempo registrada por Caballero Bonald), en recia competencia con el Homo Estacionarius Biológicus; cada cual con sus opiniones y discrepancias acerca de lo que hacía el otro. Así que los favores que ambos pretendían ejercer sobre el lince a veces se tornaban disfavores. Menos mal que por encima de

unos y de otros regía el Homo Políticus, quien pronto vendría a poner orden. Apenas tenía éste que resolver unas pequeñas discrepancias de autoridad en la materia, a cuento de una comisión y unos decretos y, en el peor de los casos, con la rauda mediación de los jueces. Poca cosa. Claro que, para entonces, muy mucho se temían los dioses que ya no quedaran linces.
26.3.98

ANDALUCÍA ROMANA

En la tarde del Viernes de Dolores, una larga cola de fervorosos madrileños, más bien maduros, se iba adueñando del Paseo del Prado. Cada año son más, nos dijeron, los que acuden a rendirse ante el Cristo de Medinaceli. En esta ocasión casi llegarían a Cibeles, por las trazas que llevaba el asunto. Muy pocos de ellos, con seguridad, sabrían que la casualidad urbana les estaba haciendo unir dos figuras no tan lejanas en los estratos profundos de las religiones. Una Gran Diosa Madre de la Fertilidad, y un luminoso hijo (como antes fueran Osiris, Tammuz, Adonis y Attis), destinado a morir terriblemente y a renacer en pocos días, alrededor del equinoccio de Primavera. Pero la menguada Semana Santa de la capital del reino no da para mucho más. Es preciso venir a Andalucía, si queremos seguir la estela de estos rituales antiguos. Mucho más antiguos, desde luego, que la religión cristiana.

Sin duda son aquí más perceptibles porque también lo es la estación de la reviviscencia natural. En ese marco hay que entender. Y porque acaso la romanización de la Bética fue más intensa de lo que se suele pensar. La lectura de J. G. Frazer, en lo que toca a estos ritos de las deidades de la vegetación, que Grecia y Roma fueron incorporando desde Asia, produce escalofríos y perplejidades sin límites. "Lavaban con agua pura una efigie del dios muerto, ungían con aceite y vestían con una túnica roja, mientras nubes de incienso se elevaban en el aire (para que) despertase del sueño de la muerte." (Tammuz-Adonis en Babilonia y Siria). "El tronco del árbol (Árbol de la Cruz, dice la liturgia sagrada) era amortajado con bandas de lana (...). Después ataban a la mitad del tronco la figura de un joven, el propio Attis (para un sacrificio cruento). Excitados por la bárbara música del chasquido de los címbalos, el redoble de los tambores, los trompetazos de los cuernos (...)." (Culto de Attis, introducido por el emperador Claudio. Curioso. El mismo que tenía especial predilección por las almadrabas de Cádiz).

Claro que aquellas eran ceremonias orgiásticas y las procesiones de la madre de los dioses por las calles de Roma espectáculos desmedidos, en medio otra vez de música atronadora, y de una lluvia de pétalos que el gentío lanzaba a las imágenes, arebatado por el frenesí y, en otros momentos, por la vista de la sangre real.

Que se sepa, Frazer no estuvo nunca en Andalucía, y de hecho las noticias españolas en su siempre deslumbrante obra, *La rama dorada,* son escasas. Pero si por algún milagro hoy pudiera visitarnos (murió el antropólogo irlandés en 1941), tal vez empezara a preocuparse o, quién sabe, si a entendernos mejor. Son los signos de un desbordamiento inquietante, el que vive nuestra Semana Santa, multitudinaria y estrepitosa. Se diría que afloran los ecos de esa latencia gentílica, dormida en los últimos pliegues. Fiesta reconquistada por una multitud laica y joven a la que el lenguaje del barroco -desenfreno controlado-, ya no vence. Salvo en la pura estética. Que Andalucía es predilecta a los designios de la primavera, lo sabíamos. ¿Pero tanto?
9.4.98

ELOGIO DE LA TABERNA

En córdoba se acaba de celebrar un sugestivo Congreso de Tabernas y Bares. Aunque la dualidad me inquieta, pues no son lo mismo, hacen bien los cordobeses en presumir de las primeras. Las tabernas de Córdoba dan ejemplo de lo que antes, por toda Andalucía, eran esos reductos proclives al encuentro, la comunicación. Discretos templos del vino, en penumbra más bien, como correspondía a su doble condición de última y pequeña bodega, pero bodega al fin, y espacio ritual colectivo.

En las tabernas se sucedían de modo natural los diversos intervalos de la jornada, más un remate, al final del día, que podía prolongarse a madrugada alta, según los lances del juego, la inspiración flamenca o la mera y feliz francachela. Eran los tiempos en que *juerga* y *huelga* apenas se distinguían por estos pagos, según discreta observación de Agustín García Calvo, recién llegado de sus severas tierras zamoranas.

Pero a aquellos lugares reconfortantes fueron sucediendo paulatinamente unos engendros del diablo. Todo empezó con unos cartelitos, amparados por la autoridad franquista, que decía: “Se prohibe el cante y hablar de política”. Y las amables penumbras fueron combatidas por unas despiadadas luces de neón, cuyo propósito principal era disipar

cualquier duda acerca de la decencia del establecimiento. Los nobles mostradores de caoba, que incorporaban a la fibra vegetal toda clase de restos vinarios, con sus aromáticos efluvios, fueron drásticamente suplantados por gélidas superficies de acero, donde hasta el codo rehuye, no sea que se acostumbre. Los suelos, ya terrizos y apelmazados por la propia veteranía del personal, ya pavimentos más cálidos de ladrillo o semejante, devastados fueron por la impía caterva del terrazo, que es como un mármol de pacotilla. A las mesas de materiales nobles sustituyeron otros sucedáneos blandengues. Y de los asientos, qué decir. la nea, la madera, el mimbre, implacablemente arrumbados por nuevos derivados del petróleo. ¿Y las paredes? Mejor no mirar. Sobre azulejos estridentes, estampas relamidas de la imaginería local. o infames láminas del gusto más ruín.

Pero lo peor fue el cambio sónico. Aquella base de silencio, igualmente bodego-eclesial, que era como el entramado donde urdir toda suerte de conversaciones, cantes recios o trinos de jilguero, fue radicalmente eliminada. Y en su lugar hicieron su aparición las muchedumbres del ruido: la cafetera y su entorno inmediato: resoplidos de vapor, golpetazos para sacudir bien los posos, centrífuga molienda, y pare usted la conversación, que aquí manda lo que manda. No se queda a la zaga el ajetreo fregatricio; apilar de platos y tazas, disparo de cucharillas. Tampoco se arredran las melodías oficiales, sea melopea ambiental de granja avícola, sea la radio con atronadoras moderneces, sean esas cornucopias electrónicas que te soliviantan con vaticinios de riqueza infinita, y, por supuesto, la sacrosanta televisión. Todo bien mezclado da lugar sin duda a lo que el cuerpo y el alma solicitan. (Seguro que el mentado congreso cordobés no se refiere a esos *horripilios*). Luego dicen que falta comunicación. Lo que estamos vivos de milagro.

23.4.98

LA MIRADA EXTRANJERA

Ya están aquí otra vez. Los extranjeros, los *guiris* (qué *palabro*). Con la primavera, se dejan caer de nuevo, los ojos atónitos, como incapaces de albergar tanto asombro, tanta luz. Antes llevaban cuadernillos con tapas de hule y lapiceros sagaces, con los que iban anotando las peculiaridades nuestras. Esta hipérbole, esa torre, aquel cante. Así se forjó la leyenda de Andalucía, que en realidad es un invento extranjero, de los Byron, Ford, Irving, Gautier, Merimée, Borrow, Brenan... y los que faltan por venir, o que ya están viniendo.

Ahora son también alemanes e italianos. En conjunto no tienen demasiado aire intelectual, pero quién sabe. Debajo de una de esas gorrillas con que se defienden del ansiado sol, a lo mejor vibra un pensamiento, desde luego ardoroso, y nuevo, acerca de estos nativos, quizás todavía un poco raros. Toma uno esta precaución porque a veces siente envidia de ellos, de su mirada virginal, para ver lo propio. Incapaz de objetividad alguna, confundido en el laberinto de las metáforas, convencido de que es imposible esquivar el tópico, la peligrosa estética del azahar, el incienso y la copla, prefiere uno reunir las impresiones del otro, imaginarse incluso cómo nos ve. Tomar prestada, en fin, su mirada, para esta intriga que roza lo metafísico: ¿cómo será la Andalucía de hoy vista por ellos?

Ya no hay tanta mugre, cierto. Los gitanos no viven de realquilados en La Alhambra. Nuestros monumentos relucen, casi como nuevos. Carmen se ha quitado la navaja. La luz se multiplica en los mares celestes -y en los de plástico-, de Málaga y Almería, y la Alta Velocidad nos trae racimos de gente vocinglera, pero con mirada a estrenar. Menos al comisario Fischler, a todos parece seguir gustando. Tienen absorto el semblante, igual que hace un siglo. Señal de que algo no ha cambiado. ¿Pero qué será?

El testimonio de mayor perplejidad que guardo en la memoria es el de una amiga rusa, años setenta y primavera. En un castellano vacilante me decía: "Todo el mundo aquí está en teatro". Yo no me había percatado hasta entonces, pero era verdad. Claro que ella se halló de golpe con la Semana Santa, los toros, la Feria, el Rocío. Las calles eran invadidas por sucesivas oleadas de gente muy en su papel de público participante, o con algún activo *disfraz*: cornetas y tambores, nazarenos, romanos, guardias civiles y curas de gala, toreros centelleantes, caballistas de corto sobre corceles bellamente enjaezados también, mujeres vestidas de flamenca, muchas mujeres. Y un tiempo alegre, y aquel excitante baile, y el vino más fragante del mundo y... Lo que no sé cómo pudo sobrevivir.

Aunque la mirada que más me gusta imaginarme sigue siendo la de Marguerite Yourcenar, la perspicaz escritora belga, paseando por Sevilla en los cincuenta. Del barrio de Santa Cruz, tan íntimo, se topaba de pronto con la mole inaudita de la catedral, y creía entender por qué España tampoco había llegado a recuperarse "de los dolores que sus aventuras imperiales le proporcionaron, ni del oro fácil del Nuevo Mundo". Es para pensarlo. Y para agradecer, la mirada extranjera.
30.4.98

CATACLISMOS DE IMPRUDENCIA

Por tierras argentinas nos enteramos de la catástrofe. Y ya se sabe: con la distancia, el sufrimiento por las cosas queridas se multiplica y se agiganta. Uno se repetía esta reflexión, para no sucumbir. Pero es que cinco millones de metros cúbicos de puro veneno habían escapado de una balsa de residuos imprudentemente situada, y autorizada, en las inmediaciones de Doñana. Y eso no había manera de mitigarlo. Un emblema de Andalucía, de España, de la Humanidad, convertido en avalancha de fango deletéreo, llegaba a las primeras páginas porteñas. Tan preocupados allí por su propio desastre (el desbordamiento de los grandes ríos, a causa de otras imprudencias manifiestamente evitables, como la deforestación masiva de las márgenes, en Brasil), tal vez el nuestro servía para tapar el suyo, al fin y al cabo hermanos en tantas desdichas. Tal vez fuera un oportunismo excesivo, pero más excesivo es lo real.

Con el corazón encogido por la rabia y la impotencia, una muchedumbre de ideas y de recuerdos acudían a la mente, en confusa algarabía. (No las diré tal como me peleaban por expresarse, por respeto a los lectores). Corría el año 77. Un grupo de esforzados soñadores nos proponíamos hacer una Ley de Doñana *y su entorno* (ojo), de tal calibre que temblaran los cimientos de la civilización occidental. Sólo conseguimos que temblara un poco más la UCD, la pobre. El propio presidente Suárez se quejó amargamente de que también en esto se le pusiera a los pies de los caballos. La negociación fue discreta y dio sus frutos. Pero el aldabonazo, de órdago. Yo mismo publiqué un artículo en *El Socialista*, con el resultado de las aportaciones de aquellos romeros de la Utopía, y ahora viene lo que hiere en la memoria: todos -biólogos de mucho prestigio, principalmente-, coincidían en que el primer peligro para Doñana -¡el primero!- eran las minas de Aznalcóllar.

Lo demás no es silencio. El Estado de las Autonomías, que tiene su piedra angular en la cercanía y en la eficacia de la gestión, pues ya se ve. Dos administraciones, dos órganos para lo mismo. En este caso, para nada. Ya lo venía acusando el problema del lince. (Pero bien que se han peleado por mantener el feudo y hacerse la fotito internacional). El ingenio político de la transición, trocado en engendro burocrático, en campo de batalla para acumular poder. Claro que hay que exigir responsabilidades, pero no a los niños chicos, ni aprovechando los trenes baratos para quién sabe qué otros ajustes de cuentas, o reequilibrios internos. Ni que vayan a pagar este pato los últimos que llegaron, cuando la cosa viene de muy atrás y su esclarecimiento es bien sencillo: quiénes, cuándo y bajo qué condiciones se autorizó la terrorífica balsa. Otra tarea inexcusable: unificar la administración de Doñana y su entorno. Un solo responsable político, unos gestores cualificados. Ya está bien. Que todos los cataclismos de la Historia tuvieran un método tan claro. Aunque eso no nos sirva de consuelo.

14.5.98

TIEMPO DE LIBROS (I)

Los argumentos en favor del libro y la lectura son ya tan numerosos que no caben en ninguna parte. Haría falta una biblioteca para almacenarlos. Pero ésta acabaría desplazando a los libros que conviene leer. Y eso sin hablar de los numerosos índices bibliográficos con que manejarse en tan vasto mundo especular. En fin, que hablar de libros es una suerte de manierismo paradójico, un laberinto de placer para los que ya gozan de sus tenues verdades.

Lo malo es cómo llevar esas razones a los que no leen. Pues tiene el laberinto todas las puertas abiertas, y sin embargo los hay que no entran jamás. Acaso tienen miedo, un miedo oscuro, inconfesable. Por eso hace tiempo que los especialistas en animación a la lectura -personas extraordinarias a las que habría que colmar de distinciones- se inclinaron por construir metáforas externas, y vibrantes, acerca de las virtudes del libro. Incitaciones y festejos de muy variada índole, entre los que se cuentan las propias ferias del sector, o la proliferación misma de editoriales y ediciones. (Estos días se presentan en Sevilla más libros de los que podrían leerse en unas vacaciones medianas). A qué más argumento que la abundancia, parecen decir.

Ya sé que todo esto puede resultar engañoso. Pero como hemos aprendido a no fiarnos de las encuestas -gracias a las encuestas- y no parece muy ético hacer del pesimismo de la cultura una profesión, preguntémonos sencillamente: ¿todas esas montañas de papel impreso de verdad que no las lee nadie? Cuesta creerlo.

En varias líneas de argumentación se podrían concentrar las muchas defensas que tiene el libro. Por suerte, la que era más de bulto, la más importante hasta hace poco, se ha disipado con la llegada de la informática: *depósitos del saber*. Para eso ya están las memorias digitales. Enciclopedias y diccionarios que antes ocupaban el sitio de honor de la casa, hoy caben en un par de discos de silicio. No quedan más que los argumentos cualitativos. Estamos de enhorabuena.

Se suele empezar por las relaciones afectivas que crea el lector con el objeto libro, siempre que sea una relación voluntaria y no impuesta, claro. Son tan sutiles como irremplazables, y abonan en cadena algunas certezas que nos traen los libros: la de que no estamos solos, y la de poseer el tiempo y el espacio, principalmente. A tal punto, que uno puede hacerse la ilusión de repetir vida volviendo a leer un libro.

Aquí empieza la segunda argumentación: los libros constituyen una existencia paralela, de la que uno puede servirse para multiplicar la suya cuanto desee. En especial, la literatura nos

conduce a la más excepcional de todas las paradojas del libro: la mentira poética como forma sublime de la verdad, la que no precisa demostración.(El psiquiatra Lacan, después de muchas vueltas y revueltas, acabó abrazando este principio y sintiéndose confortablemente instalado en el caos primigenio, del que la poesía es simple imagen). Pero no hemos hecho más que empezar y ya se ha acabado la columna. Otro día seguiremos.
21.5.98

TIEMPO DE LIBROS (y II)

Esbozando razones para el libro, decíamos la semana pasada que son aquéllas más veraces cuanto más sutiles: la evidencia, un poco inaprehensible, eso sí, de que no estamos solos; la posesión del tiempo y del espacio en sus distintas maneras (*la vida es corta, pero ancha*, reza un aforismo no muy excelente, pero tal vez cierto). En cuanto a la ficción literaria, sus mentiras paralelas constituyen otro mundo del que servirse a placer. Y si es la poesía, forma más sublime de la verdad no hay, pues no precisa demostración y no genera fanatismos bélicos.

¿Libros útiles? Suele predicarse de aquellos que adelantan la idea de las cosas. De tal manera que, a menudo, las cosas mismas decepcionan, y he aquí el peligro. La vista real de las acacias en flor y el disfrute de su aroma mientras camino, no hay libro que me lo pueda mejorar. Lo que pasa es que conviene acostumbrarse a mirar, a oler, sabiendo que es irrepetible, perecedero, único. Y no siempre las personas se sienten inclinadas a eso. Prefieren las experiencias diferidas, los conocimientos por adelantado, y mejor si te los sirve otro que ya pensó. Para los idealistas nada de esto constituye problema, pues no creen seguro que las cosas existan. No sufren por lo efímero. La belleza exterior es una sombra. ¡Tantas veces me acuerdo de Hegel! Pero no de sus teorías, tan brillantes como imaginarias, sino del relato que hace a un amigo de su paso por los Alpes, confesándole no experimentar emoción alguna ante las ingentes masas de nieve y el paisaje insondable. Un hombre consecuente, desde luego.

Se infiere de todo esto que los libros son un mal sucedáneo de la vida, por lo que no es aconsejable tomárselos de ese modo. Son mejores como compañeros de la vida. En todo caso, cuando se es niño, sirven algunos libros para configurar un psiquismo elemental y saludable, necesario. Pero no son, como creen los pedagogos reaccionarios, los libros morales, sino los más fantásticos e inútiles. El psicólogo James Hillman afirma que quienes han leído cuentos, o a quienes les han leído cuentos en la infancia, "están en mejores condiciones y tienen un

pronóstico más favorable". (Tomo esta cita de Alberto Manguel, en su admirable libro de libros, *Una historia de la lectura*, de reciente aparición. No deberían perdérselo). También Bettelheim informa de que los cuentos de hadas (de encantamiento, se decía antes en Andalucía), disuelven a tiempo los complejos embrionarios de los niños. Y añade que incluso la forma de aprender a leer es decisiva. (¡Qué malvado sería el que hizo creer que la de maestro es profesión liviana!)

Y ya se nos está acabando otra vez la columna y no acabamos de empezar. Si será una condición del laberinto. (Por cierto, la Feria del libro de Sevilla es lo que parece. ¿La habrá tramado un discípulo de Borges? No resultará ocioso, si se trata de darle mérito a la búsqueda. No lea libros buenos. Lea sólo los mejores). Y sólo nos resta ir sacando alguna conclusión. No sé si les servirá ésta, de Joseph Conrad: "Un corazón habla, otro escucha; y la tierra y el mar, el cielo y el viento que pasa, y la hoja trémula, escuchan también el fútil relato del fardo de la vida." Créanme que lo siento.

28.5.98

EL SALTO

Me resistía a verlo. Incluso creo que una maravillosa escapada de fin de semana a los paraísos de Monfragüe, al encuentro con el buitre negro, el alimoche y el halcón peregrino, se debía en el fondo a la necesidad de poner tierra por medio. Como si eso pudiera eximirme de no sé qué culpa compartida. Me refiero al hecho sobrecogedor, al *salto.* Al momento sublime en que los mozos de Almonte, bien nutridos y bien pertrechados de razón compulsiva, deciden, como todos los años, pegar el salto cualitativo a la espesura del bosque, abrazarse a la esencia mítica, mostrar a las claras cuál es también el verdadero rostro de la condición humana; de dónde venimos realmente. Y es un favor impagable el que nos hacen.

Pero al final uno acaba viéndolo. La televisión, aunque algo más comedida este año, nos lo puso en bandeja al primer descuido, y sí, allí estaban otra vez, con su fervor desgarrado, su musculatura en condominio. Rindiendo tributo a la diosa vernal, como hace miles de años. ¿Quién dijo paganismo? ¿Quién mencionó las aún más horribles palabras: fanatismo, idolatría? Yerran quienes lo insinúen siquiera. No será todo eso, según creen, religión verdadera. Pero es verdadera religión. También a los antiguos templos campestres acudían los afligidos, y hasta se operaban milagros, mucho antes del cristianismo. Los que padecen la falacia intelectual de una

doctrina ilustrada, capaz de armonizar la furia gentílica con el orden sacerdotal, Dionisos con Apolo, acaso es que no tienen más remedio que engañarse, porque si no su vida resultaría insoportable. Algo así como una borrachera lúcida. Pero lo cierto es que semejante espejismo se rompe en mil pedazos con la evidencia de lo que ocurre, cada año, en la remota liturgia de los almonteños. Ahí está, cruda y contundente, la evidencia.

En los años sesenta -¡ay, los sesenta!- la iglesia católica era más cauta. Mantenía un sí es no es con estas eclosiones de ritos populares, una distancia calculada. Hubo años en que hasta las procesiones de Semana Santa eran cuestionadas por algunos curas *avanzados.* Pero ahora ya no. Y aunque con un cierto tono admonitorio -no os paséis, hijos míos- la jerarquía eclesiástica asoma por allí, y hay curas que montan a caballo y gritan delirantes. Están siendo definitivamente ganados a la verdad.

También algunos políticos. De responsables era administrar y vigilar la cosa, por lo que pudiera ocurrir. Y no digamos en los tiempos primeros de la democracia, en que había que mostrar, y demostrar, que la gente de izquierda no éramos matacuras, asistiendo respetuosamente a algunos ritos cívico-religiosos. Fue, creo, un buen servicio a la concordia. Pero de ahí se ha pasado al lucimiento y a la rentabilidad política, que es distinto. Ahora se dan codazos para salir en la foto, rivalizan en quién pone más servicios públicos a disposición de los romeros -nada baratos, por cierto- y *colaboran positivamente* al esplendor de la fiesta. A lo mejor son lectores de Durkheim: "El retorno ritual a los orígenes garantiza la cohesión social". Quien no se consuela es porque no quiere.

4.6.98

ENTRE LO CULTO Y LO POPULAR

(Un drama íntimo de García Lorca)

Es sabido que Lorca guardaba muy bien las distancias respecto a cualquier intento de catalogación que se hiciera de su obra como *popular*, salvo que él mismo definiera lo que esto quería decir. Precisamente por lo mucho que amaba y respetaba la cultura del pueblo, en el sentido finisecular, y machadiano, de *folklórica,* tenía muy agudizada la preocupación por que no se le metiera en el saco de los *populistas*, confundido con zarzueleros, saineteros o gente del *couplé* y de la *españolada,* como él mismo decía. Ahora bien, uno de los grandes enigmas de la

producción lorquiana es saber de qué manera logró refundir los elementos de extracción popular en el fino diapasón de su estilo, bastante homogéneo a lo largo del tiempo, y sin que se escindiera en dos, como ya había ocurrido en el caso de Góngora y en el de Calderón; autores ambos a quienes admiraba, y tal vez de los que aprendió secretamente a no repetirlos. La habilidad fue tanto mayor cuanto que muchos de aquellos materiales vibraban en su propio medio por las confusas fronteras de lo coloquial, lo vulgar, lo chocarrero. En cualquier caso, la permanente vigilancia que la extremada sensibilidad del poeta ejercía sobre ellos apenas dejó huellas en la obra de creación, y esto es lo realmente notable. Pero sí las dejó en otros sitios, que ponen de relieve el sufrimiento que constantemente esta inquietud le producía.

La cuestión hoy no es nada baladí, pues se podría formular la hipótesis de que en el proceso de decantación del estilo y el universo lorquianos, si se analizara con esas miras, no sería difícil detectar en qué consisten algunas de las cualidades más profundas de la cultura andaluza, separada de la ganga populachera, del estereotipo jocoso y, por supuesto, de los abusos políticos a sus expensas. Piénsese que uno de los motivos por los que más odioso resultaba García Lorca a la caverna era por no poderlo catalogar bien, pues ni se doblegaba al señoritismo ramplón, ni su concepto de lo popular tenía nada que ver con la estimación despectiva de vulgo inculto y repajolero, que esa misma caverna propagaba. Así que el hecho diferencial lorquiano, quitando las anécdotas personales, en bastante medida nos acercaría al hecho diferencial andaluz, en su noble pureza estilizada.

Esta última expresión no está dicha a riesgo propio, sino que tiene ya en cuenta lo que Federico dijo en una de las ocasiones en que más claramente se manifestó al respecto. Fue a comienzos de 1934, cuando preparaba un fin de fiesta en el teatro Avenida, de Buenos Aires, con el que agradecer a un público que lo acogió entusiasta: "Es un entretenimiento que yo he planeado. Pero, naturalmente, debe tener algún sabor artístico, cierta categoría dentro de su tono popular ... he querido hacer algo fino, digno, noble, con mucho sabor, pero con cierta estilización de arte". Se trataba, nada menos, que de la escenificación de tres canciones populares: "Los pelegrinitos", "Canción de otoño en Castilla" y "Los cuatro muleros". Obsérvese que en uno de los títulos aparece un rasgo popular conservado: *pelegrinitos*, por *peregrinitos*. Lorca dosificaba muy bien estas presencias, en muy poca cantidad: *jondo, jaleo, marío, mare, alamea, probe, en mitá der má...;* y en su mayor parte cuando reproduce letras flamencas. Se diría que la proporción es apenas de un uno por ciento, pero, eso sí, atinado, exacto, donde tenía

que estar. Todavía, a una pregunta del periodista, añade algo más importante: "Durante diez años he penetrado en el folklore, pero con sentido de poeta, no sólo de estudioso".

A esa buena selección, a la adecuada proporción, y a una estilización de los elementos populares, hay que añadir: la sencillez, la armonía, el ritmo, el *duende*. Con cada una de estas palabras se podría escribir un tratado de lo andaluz-lorquiano, y seguramente no habríamos hecho más que merodear "el elemento imponderable", del que él mismo hablaba, parafraseando a su admirado Falla, que de estas cosas también sabía un rato. En todo caso, no deberíamos abandonar el punto de vista metodológico que ellos mismos aplicaron: el de la tensión entre lo popular y lo culto, una cuerda bien delicada, que hay que saber estirar sin que se rompa. Casos más señalados de ese temple son, por ejemplo, el uso del diminutivo, con valor afectivo más que de cantidad (*ganitas, hembrita, dinerillo, torerillos)* y, por cierto, siempre con los sufijos de la norma culta, y no con la granadina -*ico;* o el reposo de cuatro años a que sometió el drama rural pasional que dio origen a *Bodas de sangre*, esto es, olvidándolo para poder escribirlo; o las combinaciones suaves de rasgos coloquiales y cultos entre dos personajes de cachiporra (*ni qué niño muerto/ qué diantre);* o las resonancias cruzadas que se dan entre denominaciones y títulos como *Doña Rosita la soltera / Elvira la Caliente* (nombre éste de una "trotacafés de Sevilla"), *La zapatera prodigiosa / El mágico prodigioso* (título de Calderón), *La casa de Bernarda Alba / La niña que riega la albahaca...* Por no hablar de préstamos más profundos, como el de la imagen surrealista lorquiana, cimentada directamente en el disparate lúdico de la literatura oral, o del sabor a *ya escuchado* que tiene toda la poesía romanceada del granadino, como consecuencia del gusto por la palabra bien dicha, bien modulada, que heredó igualmente del folclore. Y tantas y tantas cosas como hoy no podremos ni esbozar siquiera. Queden ahí, sin embargo, las sugerencias, el camino apuntado. De cómo la refinada dignidad de Federico, en lo poético, pudiera tomarse como imagen de la difícil, y tantas veces incomprendida, dignidad del pueblo andaluz.

5.6.98

ARIAS MONTANO, ANDALUZ Y HETERODOXO

Una travesura política de la Junta de Extremadura, partiendo del supuesto equivocado de que Arias Montano era de esa tierra hermana, ha querido poner en circulación el valor más

preclaro del humanismo español. Lo malo es que la costeada exposición que nos han traído a Sevilla es tan opaca, que se la podían haber ahorrado. Sobre todo por su discurso errático, y el escamoteo que hace de la singularidad de este personaje enigmático.

Nació don Benito en Fregenal de la Sierra, hacia 1527, cierto, pero cuando esa villa pertenecía al alfoz hispalense (y sevillana fue hasta bien entrado el siglo XIX). Criado y primeramente formado en Sevilla, donde también murió (1598), y de la que siempre dijo ser, en su propia firma. Pero ante todo, sabio ermitaño de la Peña de Aracena, o de Alájar, donde tenía su "acomodado retiramiento" y desde donde emprendió una increíble aventura teológica y literaria.

Increíble hemos dicho, y nos quedamos cortos. De las paradisíacas angosturas de la sierra de Huelva saltó, con el respaldo de Felipe II -de cuya amistad gozaba misteriosamente-, a poner un poco de orden en los tormentosos debates del Concilio de Trento. Y, por expreso mandato del duque de Alba, al accidentado ambiente espiritual de los Países Bajos. De ambos cometidos salió airoso, a pesar de sus atrevimientos, que a punto estuvieron de costarle la cabeza, perseguido por la Inquisición. Ahí fue nada desafiar a los doctores de Roma en su propio medio, el de la ciencia escriturística, poniendo en solfa *La Vulgata*, y prescindiendo de la escolástica, en favor de una nueva lectura del texto sagrado; lo que desembocó en la Biblia Regia de Amberes (*Políglota),* compuesta bajo su dirección en latín, griego, hebreo y caldeo. Pero más principalmente llevó a cabo otra labor de zapa teológica, en parte inconsciente, que fue difundir el pensamiento de Erasmo, so pretexto de expurgarlo. (Asunto capital que la susodicha exposición ni menciona. Parece como si Bataillon no hubiese escrito nada). Aquí se la jugó de verdad. No a todos gustaba el nuevo discurso de la piedad y la meditación interior, ni ciertas dudas sobre el celibato, ni las denuncias del fariseísmo eclesiástico. Tampoco había gustado que osara traducir el *Cantar de los Cantares*, antecediendo a Fray Luís de León en exaltar el puro deleite del amor humano.

Como se ve, un auténtico infiltrado, diríamos hoy, en la espesura del poder de la Iglesia. Y todo con la garantía del rey, que lo visitó discretamente en la misma Peña, a confesarse con él, dicen. ¿Sólo a eso? Seguro que también a consultarle cuestiones herméticas y peligrosas, de las que siempre se han tenido apasionantes indicios. Se sabe que en Amberes nuestro intrépido eremita se contagió de iluminismo, de la secta "Familia Charitatis", que podía predicar, entre otras heterodoxias, el amor libre. Y que en el Escorial tenía oculta sede una escuela esotérica,

alentada por el propio rey. ¿Verdad que todo esto resulta inquietante? Pues no esperen encontrárselo en la versión extremeña. Lástima.
11.6.98

Cuentos de verano

EL CENTAURO DE ORCE

No lo puedo remediar. Me gustan con delirio las noticias del subsuelo. Todo lo que emerge de la oscuridad del tiempo me sobrecoge, me invalida. Pero lo mismo me sucede con las informaciones que llegan del cosmos. Y el verano, no sé por qué, es pródigo en unas y otras. Debe ser figuración, o alguna ley compensatoria de las que gobiernan secretamente el caos. La misma que vuelve semejantes el minúsculo interior de la materia y el universo estelar, por poner un ejemplo que parece análogo. O serán espejismos del deseo, metáforas científicas, quién sabe. El psiquiatra Jacques Lacan, al final de sus confusas pero imprescindibles hipótesis, se abrazó cual náufrago al vertiginoso desorden de la poesía. No es mal consuelo.

Se anuncia que el Instituto de Sabadell nos devolverá este mes los siete mil fósiles de Orce. ¿Recuerdan? Hombre o caballo. Fue una disyuntiva radical, imperfectamente esclarecida, y despiadada. Menudo revuelo se armó en torno a un fragmento craneal de hace millón y medio de años. ¿Serían andaluces los primitivos hombres de Europa? ¿Anteriores incluso a los vascos? La duda telúrica, que debe andar muy cerca de la mismidad, nos quedó inoculada. Y mucho me temo que ni la paleontología ni la antropología puedan ya redimirnos. Es demasiado sólida la alternativa. Tesis y antítesis. Tanto, que no cabe sino apelar a la síntesis mitopoética. Probablemente -ya lo habrán adivinado- se trató de un centauro. El Centauro de Orce.

No se burlen, por favor. Repasemos serenamente algunas premisas. Habíamos constatado que las noticias del subsuelo y las del firmamento suelen ir de la mano. No sabemos por qué, pero sucede. Basta con leer los periódicos en época estival. Por otro lado, las grandes imágenes no hacen sino reflejar intuiciones primordiales de la especie humana. Así, la mitología clásica, como derivada del folclore o poesía colectiva, proyectó en el cielo la imagen del Centauro Quirón, o Sagitario, aquel semibruto de cuerpo, pero semidiós de espíritu, que fue educador de príncipes; entre ellos, Jasón, según el mandato de Apolo y de Atenea, la armonía y el saber. Por alguna razón también desconocida, Hércules, que en un principio acompañó a Jasón en su periplo mediterráneo por causa del vellocino de oro, abandonó esta empresa para

entregarse a otras quizás más urgentes. Una de ellas, venir a este extremo del mundo, abrir la tierra al Océano y fundar una nueva cultura. Pero quiere la leyenda que, en otro de sus trabajos, hirió con una de sus flechas, accidentalmente, al Centauro Quirón. Y que la sangre que manaba de la herida era filtro de amor infalible. En su busca, y por la fama que alcanzó entre los otros malheridos, los de Eros, vinieron de todas partes. Y se sintió el pobre y sangrante centauro tan acosado, tan teniendo que ocultarse, fugitivo de aquellos desesperados del deseo, que vino a esconderse a la misma tierra recién descubierta por Hércules, que le aconsejó. Aquí, al fin, entregó su alma equívoca a los dioses, tras renunciar a la inmortalidad. Pero Zeus, compadecido de él, mandó su imagen al firmamento y lo convirtió en eterno pastor de estrellas.
16.7.98

CATALÁN *ONLY*

Haber comentado a su aire las inquietudes de la Ministra de Educación por la enseñanza del castellano en Cataluña, ha sido sin duda la gota que colmó la medida, y que ha acabado costándole el puesto al inefable, y olvidable, Miguel Angel Rodríguez. Pero si a punto estuvo de originar una crisis de incalculables consecuencias entre los socios de la forzada coalición, quiere decir que la gota, en sí misma, era mucho más importante de lo que el revuelo formado por la destitución deja ahora entrever. En un principio, hasta pudo parecer que se trataba de una primera serpiente de verano. Pero la rapidez con que, de un lado y de otro, se le echó tierra al asunto, negando que existiera la más mínima base para el desencuentro, no hace sino confirmar la trascendencia que, en realidad, ha tenido el caso. No nos engañemos. No es de creer, como se apresuraron a decir incluso los socialistas catalanes, con Borrell a la cabeza, que no haya motivos reales para la guerra lingüística en Cataluña, ni que se haya puesto en escena una comedia de desamores con falsas lágrimas electoralistas. Sería atribuirles demasiada inteligencia a los guionistas de este culebrón que se traen los del PP con los de CIU. El problema existe y tiene más calado de lo que sería deseable. Lo que es lástima es que, para una vez que acertaron la ministra y el rabisuelto ex portavoz, se les haya obligado a recoger velas, y de qué modo.

Creo que tuve el dudoso privilegio de estar presente cuando surgió la chispa de este sofocado incendio. Y fue el pasado 25 de junio, día que se reunió por última vez el grupo de trabajo que asesoraba a la Comisión de Humanidades. Pues bien, cuando todo estaba cerrado y

consensuado, el Dictamen entregado, y ya casi a los postres del almuerzo de despedida con que nos obsequió la señora Ministra, empezó a circular por la mesa -no sabría decir originado por quién-, la "noticia" de que es práctica muy extendida en Cataluña que las clases de castellano, o español, se impartan en catalán. Cogidos por sorpresa y un poco incrédulos, pero entre comentarios, lamentaciones, y no pocas ironías, el dato siguió corriendo entre los comensales, y estoy seguro de que llegó a la propia señora Aguirre. Claro que ya no era tiempo de solicitar datos fiables sobre el particular, ni éstos posiblemente existan. Pero sí doy fe de que a muchos -y entre ellos muy probablemente a la titular de Educación- nos quedó mal sabor de boca, poco compatible con la fase de la comida en que estábamos.

La clave del asunto la reveló, a mi entender, una oyente de un programa nocturno, el pasado día 7, creo que de Radio Nacional. Tras manifestar ser profesora de español en Cataluña, contó a toda la audiencia cómo, cada año, los enseñantes de esa comunidad son evaluados mediante un sistema de puntos, muy útil para su carrera docente, a través de un cuestionario donde se les pregunta si dan sus clases en catalán o no. Sin excepciones. El señor Trías, Consejero de Presidencia de la Generalitat, presente también en el programa, mal pudo defenderse de lo que significa esta sutil pero eficaz coacción, forzando el argumento a positivo: "¿Alguien le prohibe a usted dar las clases en castellano?". Sólo faltaría eso.

Pues así son las cosas. Decir que no hay guerra lingüística en Cataluña es algo que interesa mucho a los catalanistas, naturalmente, sean del color político que sean, pero muy poco al porvenir del español en esa zona, y nada al conocimiento de la verdad de lo que está ocurriendo. Y es sencillamente que, dentro de un par de generaciones, o menos, la mayoría de los ciudadanos de Cataluña tendrán un conocimiento somero, o nulo, de una de las grandes literaturas del mundo, y de una lengua que ya es hablada por cuatrocientos millones de personas (por cierto, con el injerto de la norma andaluza, también en Cataluña, por razones obvias), y cuyo crecimiento es imparable, por ejemplo en Norteamérica. Pero allí al menos tienen el valor de prohibirla -aunque de poco les va a servir-, y no utilizan subterfugios ni mentirijillas oficiales.
23.7.98

EL PAN Y OTROS ENGAÑOS

El cronista, que es de Alcalá de Guadaira, tierra de buen pan, empezó a preocuparse hace tiempo. Pero fue dejando el asunto para mejor ocasión. También en la columna, como en la política, las cosas urgentes dejan poco espacio para las importantes. Pero he aquí que el verano, tiempo proclive a la reflexión cuidadosa, le trajo al cronista nuevas evidencias de aquel asunto, que no es otro que la vertiginosa decadencia de la calidad del pan en nuestras latitudes. Y no le consoló, tras consultar con otros más informados, saber que el fenómeno es extensivo a toda España. Miren por donde, aquello de la nación indivisible existe donde menos te lo esperas. (También en la lucha contra incendios forestales, aunque al señor Pujol no le conste, y eso le pudo costar, entre otras torpezas, 36.OOO hectáreas; por no pedir ayuda a tiempo al "Estado". No es más que otro ejemplo).

No hace tantos años, una buena hogaza de pan blanco podía conservar sus suculencias hasta tres y cuatro días. Hoy, como te descuides, no te aguanta ni para el desayuno del siguiente. Aquella estupenda apariencia de "pan de pueblo", oronda y crujiente en el momento de comprarlo, se habrá convertido en un engrudo correoso y con incipiencias de amargor. ¿Qué es lo que está pasando aquí? El cronista se puso a investigar. Y averiguó cosas espeluznantes. Para empezar, el buen trigo panificable, o trigo *blando*, ya apenas se siembra, arrinconado por el trigo *duro*, más apto para pastas, pizzas, y otras modas gastronómicas insufladas por la propaganda americana y la velocidad de la vida. Pero, además, el último tiene subvención europea, y el otro no. (Aquí la nación única se nos acaba de debilitar por donde menos se esperarían los nacionalistas periféricos). Añádanse a esos componentes básicos del problema otros de índole, llamémosle, comercial. Si el pan aguanta poco y nutre menos, se consume más. Es decir, hay que aligerarlo de sustancia y enriquecerlo de apariencias. O sea, fermentación rápida con aditivos esponjosos, horno continuo eléctrico -mano de obra más barata-, etcétera. El resultado es esa cosa con la que cada día te engañan más a menudo, bajo el reclamo sentimental de "pan de pueblo en horno de leña". Y un cuerno. Haga usted la prueba: pida en los establecimientos del ramo, además de pan envasado y no cogido con las mismas manos, que van al dinero y sabe Dios adónde más, *pan blanco de masa dura*. Ya verá la cara que le ponen. Pero usted insista. No se deje engañar con turbias apelaciones a lo genuino, que sólo sirven para alimentar nacionalismos de tercera división. Y no espere con los brazos cruzados al buen pan de la otra

Europa -suizo, alemán, francés-, como ya entraron los chocolates o las cervezas, eso sí, con su carga demoledora para los paladares aldeanos.

Pero el cronista, ya puesto, averiguó otras muchas cosas que le pusieron los pelos de punta, y que hoy sólo se las va a enunciar, para no amargarles las vacaciones. El engorde del vacuno -no sea tonto, pida carne de chivito, de choto, en esos mismos pueblos-, o las margarinas, que están resultando aún más dañinas que la mantequilla. De momento, desayune con aceite de oliva, que esa sí que es auténtica raíz de España. Y suerte.

13.8.98

AGOSTO, 1936

No tenemos la certeza. ¿Qué madrugada fue? ¿La del 18, la del 19? Tal vez nunca lo sabremos. Como otras ausencias de aquella prodigiosa vida y de la infame muerte que le dieron. Gibson señala también la voz, la voz de García Lorca, perdida de todos los registros; él, que tanto la prodigaba y que creía mucho más en la palabra viva que en el texto escrito. Sólo quedan esperanzas de encontrarla en Argentina, de alguna de las intervenciones radiofónicas que por allí sembró.

Curioso. En Argentina, allá por el mes de abril, tuve varios encuentros, tan fortuitos como palpitantes, con la estela de estos dos enigmas: la muerte y la palabra del poeta.

Ocurrió que el hotel donde nos hospedábamos quedaba a poco menos de una *cuadra* de la Biblioteca Nacional, un moderno edificio de hormigón, de cuyas fachadas colgaban unos inmensos cartelones rojos, anunciando: *El duende de Federico* (*Su paso por Argentina).* Como para no verlo. Sometidos dócilmente al secreto designio, allí encaminamos nuestros pasos. La biblioteca, ya de cerca, tenía un no sé qué de borgesano; quizás la enormidad, física y metafórica, proyectada en más de medio millar de actividades al año, entre conciertos, conferencias, ediciones de discos y de libros..., y, claro está, el ajetreo silencioso de sus moradores, por unas galerías que me parecieron simétricas, tal vez hexagonales. Kafka y Borges. Borges y Federico. Federico y Kafka.

La muestra, situada en la primera planta, cobijaba una muy selecta porción de objetos, libros, manuscritos, cedidos en su mayor parte por la familia del dramaturgo, algunos en primicia de lo que aquí hemos contemplado después, con desigual fortuna. Allí vi por vez

primera el acta de defunción, tan falsa como auténtica: "Falleció en el mes de Agosto de 1936, a consecuencia de heridas producidas por hechos de guerra". Con la congoja apretada en el pecho, pudimos registrar otros detalles más menudos, quizás más significativos. Ante todo, la jovialidad contagiosa de aquel muchacho de 35 años locuaces, desbordada en múltiples fotografías y en toda clase de actos protagonizados por la voz: teatro, radio, conferencias. Al cronista de *La Nación*, un 14 de octubre de 1933, confesaba: "Todo lo que he publicado me ha sido arrancado por editores o por amigos. A mí me gusta recitar mis versos, leer mis cosas ..."

El director de la Biblioteca Nacional, Oscar Sbarra Mitre, tuvo la amabilidad de conversar un rato con nosotros por estos derroteros. Con apasionada sabiduría de poeta y ensayista, interesado en los problemas históricos de ambas naciones, me contestaba a la elemental, inevitable pregunta de por qué aquella exposición: "Federico es un paradigma para nosotros. Acá no concebimos al escritor descomprometido. Mire, ese acta de defunción de García Lorca es muy parecida a la de muchos de nuestros *desaparecidos*... Las dictaduras no tienen ni siquiera la valentía de reconocer sus hechos atroces". De visita en el Club Español de la ciudad de Rosario, hojeando el libro de honor, me topé también, inesperadamente, con la firma esbelta e infantil, al pie de una fugaz dedicatoria. Sin fecha.

20.8.98

SIMÓN PERES EN SEVILLA

Ver el mundo desde la perspectiva de Simón Pérez debe ser espantoso. También un privilegio, claro está. Eso pensaba yo la tarde del día 7 en San Telmo, sede de la Presidencia de la Junta de Andalucía, mientras escuchaba el sereno discurso de nuestro ilustre visitante. Vivir en la encrucijada, trabajar por la paz en medio de la guerra, todos los días de tu vida, rodeado de incomprensión, pero avanzando milímetro a milímetro en uno de los empeños más lúcidos de nuestro tiempo: construir mediante el diálogo, y estar dispuesto a pagar un precio razonable. De ninguna otra manera. Creo que fue éste el mensaje principal, no por conocido menos importante, sobre todo si se formula desde una de la zonas más calientes del mundo. Frente a los fanáticos, los radicales de cualquier signo, no hay otro camino que mostrar. Y no merece la pena trabajar en política más que por eso, aun a costa de perder el poder, como él lo perdió.

También nos dijo esto otro igualmente importante: hoy ya no es posible la paz sino en un sistema democrático de reparto de la riqueza. No de la miseria, y no fuera de la democracia. El

ejemplo de Rusia, como no podía ser menos en estos días, estuvo particularmente presente en la reflexión del Premio Nobel de la Paz -y no sin cierto humorismo:"Rusia es mil veces mayor que Israel. Tiene tres mil lagos y varios de los ríos más caudalosos del mundo; Israel sólo dos lagos y un río, con mucha más Historia que agua. Pero una vaca en Israel produce tres veces más que en Rusia". Rusia lo tiene, lo ha tenido siempre todo. Incalculables recursos naturales. Pero nunca ha tenido un *sistema*. Lo peor del comunismo es que construyó una apariencia de sistema, un espejismo estructural, diríamos. Y lo peor del terrorismo, por seguir con la misma lógica, creer que los sistemas ni siquiera son necesarios. Que bastan la religión, la nación exclusiva u otras entelequias. "El Señor de los Cielos no necesita ser reelegido", llegó a decir Peres, en la misma tónica desenfadada.

La conclusión del silogismo no podía ser más que ésta: Israel necesita un Estado Palestino, para tener un socio con quien construir sistemáticamente la paz y con quien compartir una riqueza común. Y en cuanto a las religiones, dejémoslas en casa, cada cual en la suya. Cultura sí, en el sentido más enriquecedor, como intercambio, también, de conocimientos. Así ocurrió en Andalucía, antes de que el fanatismo se adueñara de nosotros. Por eso no hay más que aplaudir la idea de este otro foro de opinión con el que Chaves parece dispuesto a caminar decididamente por esa misma senda del diálogo. (Por cierto, también asistían a la conferencia significados rostros del PP. Esperemos que esta vez no deserten).

Y para terminar, cómo no, este cuento que nos contó Simón Peres: Preguntaba un rabino a sus discípulos cuándo se podía decir que acababa la noche y empezaba el día. Uno opinó que cuando a cierta distancia se podía distinguir una cabra de una oveja. Otro que cuando un olivo de una higuera. El rabino dijo: cuando conoces a una mujer, blanca o negra, y dices "es mi hermana"; y cuando conoces a un hombre y, antes de saber si es pobre o rico, dices: "es mi hermano", entonces ha acabado la noche.

9.9.1998

ALTA POLÍTICA

No sé por qué estos días me viene a la memoria, con insistencia, el recuerdo de aquel patio del colegio de los salesianos, donde me eduqué. (Digo bien me eduqué, frente a me educaron, que sería ilícito). Los registros del pasado tienen esos comportamientos erráticos, en los que más vale no meterse. Lo cierto es que veo, pero sobre todo oigo, el guirigay infernal que

allí se formaba, a consecuencia de que se jugaban seis o siete partidos de fútbol al mismo tiempo, sobre la misma cancha. Ésta no era sino un patio polvoriento, abrasado por el calor o por los fríos incomprensibles de Enero y Febrero, y asediado por los malos olores de una batería de retretes colindantes, que seguro en el Infierno los habrá más limpios. Ustedes dirán que cómo era posible que se jugaran seis o siete partidos a la vez. Pues era. Y además sin distintivos de ninguna índole sobre aquellos babis de crudillo, todos igualmente deslucidos por infinitos lavados. Tan sólo nos guiaba el conocimiento que teníamos unos de otros. Ni que decir tiene que unos curillas ambiguos, arrancados del hambre con el pretexto de *la vocación*, arbitraban y vigilaban aquel maremágnum, aquel griterío cruzado de pelotazos, del que milagro el día no escapaba algún alumno para la enfermería. No sé si ayudará a comprender el fenómeno una sabia máxima, atribuida a don Bosco, que se nos aplicaba a rajatabla: "Niño que no juega, o está malo o es malo". Aparte de excelente ejemplo de la intrincada diferencia entre ser y estar, que tanto desespera a los que aprenden nuestro idioma, no me negarán que es un soberbio y refinado principio de la pedagogía, del que sin duda debería echar mano la Consejería de Educación, tan preocupada por mejorar la desmejorada convivencia de los centros educativos.

Pero volvamos a nuestro persistente recuerdo. Jugar, en mi colegio, era sinónimo de "jugar a la pelota", o sea, al fútbol. Y como el juego se iniciaba invariablemente después de ir a misa, todos los días, de cantar el himno nacional, y de un menguado desayuno, es fácil comprender cuál era la múltiple y maquiavélica asociación que se les inoculaba a nuestra tiernas almas. Mucho comulgar, poco comer, mucho fútbol. Ésa era la base de una buena educación. No sé por qué ahora nos andamos con tantos remilgos. En los institutos ya ni misa ni cosa que se le parezca. Se juega a voleibol, a futbito y a otras mariconadas por el estilo. Los/as alumnos/as se dan el atracón, aunque sea de engañosas bazofias. Y así no hay quien pueda. Y pasa lo que pasa. Que cuando llega el momento de rebelarse por una cuestión de alta política, como es la de ese muchacho del PNV que entrena al equipo de España, pues no hay de dónde tirar para que se forme la que se tendría que formar: una huelga de hambre de todos los españoles bien nacidos, y bien educados, hasta que al susodicho Clemente lo mandaran a mi colegio, a dirigir siete partidos de fútbol simultáneos desde un retrete indescriptible, y después de comulgar y de un parco desayuno a base de aguachirle, higos secos y una naranja ligeramente pocha.

10.9.98

AVES MIGRATORIAS

Convivir con ecologistas es un poco adelantarse al futuro; el que uno sueña, claro; el de una humanidad lúcida, instruida y solidaria, que vive en una naturaleza por fin limpia. Hago abstracción de esos ecologistas que han abrazado una nueva religión -no me interesan las religiones-, y procuro relacionarme con aquéllos que gozan de la observación y del paisaje sin siquiera volcar en él proyecciones literarias.

Cada año, de la misma manera que numerosas especies de aves se van agrupando en las proximidades del Estrecho, para pasar a África, así los más variopintos ornitólogos, para verlas. Esta temporada se calcula que llegarán a tres millones las que crucen con los vientos favorables del Campo de Gibraltar. Días atrás ya iban contados del orden de diez mil halcones abejeros. A finales de agosto, una nube vibrante de cigüeñas blancas, como treinta mil, formó una ancha franja en el cielo, que unía Tánger con Tarifa. Pero rehuyamos las tentaciones metafóricas. Contar todo eso ya es un oficio admirable. Hay gente que lo sabe hacer, y luego trabajar los resultados en el ordenador; y dispositivos ingeniosos que pueden perseguir a un solo ejemplar de cigüeña negra en su recorrido desde Holanda hasta Kenia. Cosas así.

Pero nada, para el neófito, como observar a los que observan, otras veces al borde de lagunas y pequeños humedales, horas y horas de discernimiento sobre detalles mínimos: la lista superciliar, las franjas pectorales, la banda alar, el obispillo anaranjado, el anillo ocular blanco; el joven del adulto, el macho de la hembra, el plumaje nupcial del invernizo. Laboriosa taxonomía del matiz. (Es curioso, pero hasta el idioma se vuelve inopinadamente hermoso y expresivo, como un pájaro cantarino y onomatopéyico: fumarel, elanio azul, archibebe patigualdo, ánade friso, aguja colipinta, chorlitejo grande...). Y que no paran de subdividirse y multiplicarse, las aves, tantas como ya son, creando subespecies cada vez más difíciles de identificar, y como queriendo inundar toda la retícula de la existencia. O quien sabe si complacer a los ornitólogos. Se comprenden entonces muy bien aquellas reflexiones científicas de Goethe: "Las operaciones mentales con cuya ayuda compara [la morfología] los fenómenos son conformes a la naturaleza humana y le son agradables, de manera que tal tentativa, aunque resultara fallida, aliaría sin embargo la utilidad y la belleza". Horacio y el espíritu romántico de un ilustrado. No creo que la humanidad pueda llegar más lejos.

Al menos una parte de esa humanidad, con la que uno convive cada nuevo paso de las aves migratorias, se ha anticipado ya. Da gusto andar con ellos, como decía, aprendiendo un

poco más cada septiembre-octubre, pero sobre todo experimentando esa extraña conjunción de la pasión científica, el placer andariego y la comunicación personal. Nuestros nietos les rendirán tributo, o eso espero, y contarán la Historia a partir el momento en que los ornitólogos de la SEO, o de Ándalus, parecieron actuar en nombre de los que habían decidido enterrar toda clase de armas y de dioses. Y en adelante ya sólo extasiarse con el alto vuelo de las águilas, cuando aparecen por entre los densos nubarrones que coronan las cumbres últimas de Europa.
1.10.98

BIENAL

El misterioso arte andaluz acaba de pasar un nuevo trance de lujuria y encantamiento. Cruzó las barreras del XIX y del XX entre señoritos canallas y churumbeles desnutridos. Nació con el estigma de la marginación, allá por el XVIII, tal vez el XVII, quizás el XVI, en los arrabales del poder, entre galeras, bandoleros, renegados de todas las estirpes, acunando melismas residuales de mezquita y sinagoga -cualquiera sabe-, acampando al raso en las serranías de Ronda, de Morón, ensimismándose en las cárceles de Utrera, de Jerez, en las cuevas de Alcalá y del Sacromonte, huyendo de migueletes, fabricando, en fin, un compás y una música indescriptibles con las miserias de la Historia. Andalucía.

Luego aguantó la displicencia de pequeños burgueses, que siguen sin comprenderlo. Proletarios y campesinos que tampoco es que lo amen. ¿Pero entonces quién, cómo y por qué se sostiene este compás del fuego, este gozo insondable, esta maraña de queja y armonía? Misterio.

Y vino la democracia. Y el rescate, lento, trabajoso, de un franquismo que lo trocó en cupletería, gorgorito y lupanar. Torpezas maravillosas al principio, festivales de interminables madrugadas, pescaítos, potajes, garbanzos, siempre la cuchara de por medio, para matar aunque ya sólo fuera un hambre fantasmal, histórica. Y quincenas ennoblecidas por paganos de postín, Ayuntamientos, Consejerías, Cajas de Ahorro. Y llegaron las mixturas. Con lo morisco chirría, o no ha encontrado su genio; con el jazz y el blues, profundos hermanos; con el rock, secretas complicidades; con la música sinfónica, tan campantes los dos. Misterio. Cambia de escala, el flamenco, y no pasa nada: el creador triunfa y el aventurero se hunde en la miseria. Eso es todo. Aquí no se admiten medianías. Los teatros de toda Sevilla lo acaban de confirmar.Todo un mes, cuarenta y tres espectáculos, que se dice pronto. Hasta Ortiz Nuevo, que lo inventó, subió al escenario de la Expo, y bordó una majestuosa historia de Pericón de Cádiz, hambre y luz, el

alma estremecida. Y Sara Baras -que la presentamos en el Pabellón de Andalucía, casi niña- amasó la canela, pa comérsela. Y María Pagés, la elegancia, y Pepa Montes, azúcar cande. Y Javier Barón y José Antonio -¡qué descubrimiento!- se enzarzaron en un duelo irrepetible, componiendo en el aire dos mil flores idénticas. Y Manolo Marín, magisterio, con Fernando Romero. Isabelita Bayón, simpatía a raudales. Milagros Mengíbar, capaz de todo. Maya, dictando. La Yerbabuena, arrebato y futuro, como Israel Galván. Y sonaron las cuerdas de lujo un año más: Lucía, Sanlúcar, Gualberto, Tomatito, Miño, J.A. Rodríguez, Moraíto Chico, y otra porfía dual: Manolo Franco y Niño de Pura, diablos al filo de una navaja. Y cantaron los ángeles broncos y afillaos, alegres o tarantos. Rancapino, sustancial, Morente, inolvidable, Chano de gracia y escalofrío, Calixto abarcador, de la Tomasa, piropo al cante, Esperanza, duende orquestal, Aurora de esplendor, Macanita, rajo y temple y dulce herida inolvidable. Misterio. Andalucía.

Pero la Bienal crece y crece. Cuidado. No se nos salga de madre. Cuidado, que tenemos que acabar de conquistar el mundo.

8.10.98

UN NOBEL CERCANO

En *El año de la muerte de Ricardo Reis*, el poeta Fernando Pessoa, ya difunto, dialoga apaciblemente con su *alter ego*, el taciturno doctor Reis, sin más preparativos ni solemnidades. Sencillamente aparece en el cuarto del hotel Bragança y se pone a charlar con el médico, cuyo drama en nada se asemeja al turbulento conflicto que para otro galeno creara J.W. Goethe; sí, en cambio, con el más prosaico dilema de amar a una señorita a distancia, mientras se acuesta con su criada. De esto hablan, y un poco también de poesía y de política. Por qué no. "Por lo que recuerdo, usted, en vida, era menos subversivo", dictamina Reis. "Cuando uno llega a muerto, ve la vida de otra manera", aclara Pessoa. Así de simple, salvo por esa brizna de ironía literaria.

Lo que antecede está transcrito, literalmente, de algo que escribí sobre Saramago en 1987, cuando de su mano descubrí también a Fernando Pessoa. Esta tarde, de un otoño indeciso, aunque ya amarillean las hojas del cerezo y de los chopos, y la parra virgen se ha puesto de un rojo enardecido, sigo pensando con ellos. Con el último, que "los dioses son las ideas humanas

de paso desde las nociones concretas hacia las ideas abstractas". Pensamiento que el esquivo poeta de Lisboa extrajo precisamente de observar la dificultad que tienen algunos pueblos primitivos para alcanzar la abstracción *árbol*, por encima de las realidades de un cerezo melancólico o de una parra lujuriosa. En cuanto a Saramago, sigo teniendo el mismo pálpito respecto al sentido de su obra, y es que los hombres no acabamos de alcanzar la idea serena y perfecta de la muerte, tan estorbados por los dioses y tan combatidos como estamos por los infortunios de la vida. Él, sin embargo, sí parecía ya entonces haberla conquistado. Y era sin duda porque este portugués exquisito y señorial fue antes tan concreto como que pasó la infancia entre pastores iletrados, asumió el compromiso de la revolución portuguesa, superó las diversas patologías del intelectual con su partido, se casó con una de nuestras amigas más guapas y vivaces (esto apenas se lo hemos perdonado); y así un buen día, entrando por la calle Sierpes, de Sevilla, atrapó la idea perfecta de uno de sus mejores libros, *Ensayo sobre la ceguera*, un poco como el *Aleph* de Borges se exhibía impertérrito entre los peldaños de cierta escalera; otro día publicaba su primera edición del *Viaje a Portugal*, en una discreta pero esforzada editorial sevillana; luego se dejaba hacer Doctor Honoris Causa, también aquí, como si eso le importara lo más mínimo a su natural complaciente. Pero así, de cosa en cosa, este hombre ha alcanzado familiaridad con las ideas más sublimes, como esa del morir propiamente humano, y vive con ellas, tan tranquilo. Ha rebasado el estado primario en que los hombres se afanan sin saber por qué, y nos mira, con una mezcla socarrona de ternura y sapiencia. Igual el escritor. Ha logrado ese estilo en que se puede hablar de las cosas más livianas conforme a las ideas superiores que las envuelven. Lo bueno, en fin, que tiene este Premio Nobel para los que hemos tenido la suerte de percibir la realidad concreta de Saramago, es que a todos nos pone un poco en el camino de la perfección. Gracias, José, gracias, Pilar.

15.10.98

MUERTE LABORAL

Un muchacho de 23 años, albañil, falleció en Sevilla el pasado día 24, al caer desde un andamio a la calle. Cinco metros le bastaron para romperse la vida. (Otro accidente semejante tuvo lugar el 26). Poco más decía la escueta noticia, arrinconada en un lugar ínfimo de los periódicos. Hay que comprenderlo. Esos días faltaron páginas para recoger, con todo esplendor,

lo más nimio de una boda de cierto postín que, al parecer, tuvo lugar en esta verdadera ciudad de los prodigios. Uno es que no se entera bien de las cosas. Pero no siempre tiene la culpa. Por ejemplo, ¿cómo se llamaba el desdichado albañil? Imposible saberlo. La compresión de espacio informativo fue tal que sólo nos proporcionaron las iniciales: G.G.G. O quizás la norma periodística obliga en estos casos a ocultar el nombre del siniestrado. No entiendo por qué. Por qué no le alcanza siquiera el derecho a figurar con su nombre en las estadísticas del terror laboral.

Por cierto, hacía el número 505 de los muertos en acción de guerra contra esta mortandad exclusiva de los pobres, en lo que va de año. (77 corresponden a Andalucía). A tempranas horas radiofónicas supimos también que España figura a la triste cabeza de la UE en esta índole de sucesos, y que van a más, no a menos. (En Andalucía han aumentado un 28%). El señor Pimentel, Secretario de Estado para el Empleo, se quejaba y responsabilizaba a los empresarios españoles, que no acaban de enterarse de la fragilidad congénita que tienen los obreros para amargarnos los fines de semana, y que no ponen las obligadas medidas de seguridad. Se olvidaba de que también su ministerio posee recursos para obligar con mayor contundencia.

Pero el más grave de sus olvidos no fue ése, sino la relación directa que existe entre siniestralidad laboral y precariedad en el empleo. No es ninguna casualidad fatídica que estemos en esta cima del horror y del llanto, sino consecuencia de la tensión, el cansancio, los largos trayectos, etcétera. El perfil del siniestrado, dice la cruel estadística, es un muchacho de 25 a 35 años, con un contrato temporal. De eso, ni media palabra. Claro, sería como tirarse de cabeza del andamio de la negociación que por esos mismos días empezaba a romperse entre Trabajo y sindicatos, a propósito de un nuevo tipo de contrato basura que a los señores empresarios, manejando el guiñol por detrás de las bambalinas, se les ha ocurrido ahora. Pues es su deseo incluir una cláusula por la que cierto número de horas extraordinarias -llamadas eufemísticamente "complementarias"-, quedarían fuera del control de los convenios colectivos y a la entera liberalidad de los magnánimos empleadores, quienes verían así colmados sus mejores sueños: mano de obra barata, abundantísima y, sobre todo, dócil. A los contratos por un día, que ya existen, se añadirían ahora los de hasta doce horas por jornada, según les dé la liberalidad, y calladito, que ya sabes dónde está la puerta. Tamaño desafuero parece que está colmando el vaso de la paciencia de los sindicatos. Ya va siendo hora, que ése más que un vaso parece una piscina.
29.10.1998

LOS TELEHUMANOS

(Protocuento de Navidad)

Poco a poco la humanidad se va convirtiendo en *veedora de televisión.* Es un proyecto de no se sabe quién, pero que se va cumpliendo de manera implacable. Día llegará en que los hombres -y las mujeres- sostengan entre sus cansados hombros una cabeza cuadrangular de ojos desmesurados, boquita atrofiada y grandes orejas desplegadas para mejor percibir la estereofonía reinante. Una implantación de microchips en el entrecejo, a manera de mancha cibernética, será el mando a distancia, conectado a los deseos más mínimos con los que cambiar de cadena, modular el volumen, el brillo, etc. No habrá tiempo que perder. El ocio abundante, meta al fin conquistada por la especie, será una fuente continua de placer televisivo. Los suelos y los techos, cuadrículas prodigiosas de monitores sobre los que componer a capricho *vídeowalls*, imágenes fractales de indudable belleza, grandes configuraciones del líder idolatrado, la guerra favorita, los últimos ñus galopando por las praderas del sesteo. Todo, una pura televisión, una fantasía de Orwell elevada al infinito.

Mismo los andaluces habremos desarrollado la autonomía televisiva hasta un grado indescriptible. No ya dos cadenas, una para plebeyos y otra para místicos, sino muchas más, conformadas al grado de malagueñismo esencial, sevillanismo universal, granadismo pseudoárabe, cordobesismo multicultural, gaditanismo tan gracioso, etcétera. Así también los gallegos, pobrecitos, votando eternamente a un Fraga virtual, y los catalanes para qué decir: en cada masía un pequeño estudio pujolista. Y en el país vasco, tediosamente pacificado, uno por familia, a fin de combatir la inadmisible evidencia de no ser el mundo entero un ombligo euskaldún.

Los indómitos niños habrán quedado reducidos a simples interferencias en las cadenas, cuando no cajitas con patas acopladas al sofá, engullendo grandes cantidades de bazofia edulcorada, saborizada y reengrasada, y conectados mediante largos tubos a las cloacas centrales. En cada rincón del dulce hogar el ojo de una cámara olvidada recogerá todos los movimientos o espasmos de todos los telehumanos, por si alguien, vía intertele, desea contemplar cómo otros le contemplan contemplándoles. Pues los ojos verdaderos, antaño

indagadores, se habrán convertido en meras cápsulas de telever. No sé si algo escapará a telecontrol. Puede que el reflejo de la luna en un charco. Pero no se hagan ilusiones.

¿Y las Navidades? Ah, las Navidades. Una teletienda infinita. Compro, vendo, todo, mi alma, tu alma, tu sexo, mi sexo, tu eléctrica, mi eléctrica, además de colonias y perfumes en gama celestial (los humanos -y las humanas- habrán dejado definitivamente de lavarse, para no quitarle tiempo ya saben a qué). Y un Niño Jesús cuadradito y centelleante mirará por todos con sus ojos de mazapán tierno. A Belén transistores, a Belén chiquitos, que ha nacido el Rey de los teleadictos.

4.12.1998

DESEOS 99

La fortuna ha querido que caiga en jueves el último día del año, por lo que me corresponde despedir la columna de esta página donde tan esforzadas y mucho más meritorias plumas que la mía compiten a diario. Así que, entre turbado y emocionado, tomo la ocasión como un probatorio designio de los dioses, o mejor, de las hadas, puesto que tiempo es de contar cuentos. También de formular deseos, para que todo nos salga un poco mejor el año que viene. Lástima que tan buena costumbre haya sido sustituida por esas modas ridículas del lacito rojo, el oro en el champán, el pie izquierdo levantado y no sé qué otras acrobacias.

Lejos de mí también la tentación de aprovecharme para mi propia conveniencia, lo cual sería imperdonable. Deseos representativos, ya se entiende, que puedan servir a todos, y por lo tanto no expresados al tuntún ni al primer vahído del corazón. No, no. Atención, que ahora vienen las reglas para este trascendente juego que, en nombre del hada madrina de la chimenea, os quiero proponer. Han de concretarse esos anhelos, como manda la tradición de los cuentos folclóricos, tras mucho meditar y de común acuerdo entre los contertulios; sin ponerles demasiada ambición -pues seríais castigados por ello- y que sean sólo tres. Ah, esto es lo más importante, el número. Enseñan también los viejos relatos junto al fuego que se ha de poner mucho cuidado con las espontáneas apetencias del tipo de "¡quién tuviera una buena morcilla como las de los vecinos para poder pensar con la barriga llena!", pues al instante se nos aparecerá una buena morcilla pinchada al espetón, pero habremos malgastado un deseo. En nuestro caso, pudiera ser: ¡quién estuviera en Baqueira-Beret esquiando con los famosos! Pamplina mayor no cabría imaginar, pero no hay que descartar que a alguno de los pegados a la

lumbre le dé por ahí. Mas si tales cosas ocurrieran, ojo con ponerse a discutir o a reprender al hambriento o al frívolo, pues en ese trance fácil es que se escape un volitivo ¡debería pegársete la morcilla a la nariz!, como en el cuento de Perrault-Fernán Caballero, o un ¡pues quédate con Josemari Aznar llevándole los bastones! Tales pesadillas se cumplirían de inmediato y lo peor es que ya habríamos malgastado el segundo encantamiento. En resumidas cuentas: tres deseos muy bien pensados, acordados y que no nazcan de la envidia, la vanidad ni aun de otros pecadillos muy propios de estos tiempos -¡y de cuáles no!-. Así que, venga, poneos a pensar tranquila y silenciosamente, a ver si acertáis con la tres cosas que mejor pudieran convenir a Andalucía en el año entrante. ¡Chist!

En este momento, mientras chisporrotean los leños y el pájaro de los diamantes pone sus huevos en la fantasía de los niños, o el gran pez de las escamas de oro nos lleva a su palacio de cristal, todo lleno de tesoros, la pequeña hada madrina de la chimenea bajará por ella lentamente, envuelta en sus tules de humo blanco, y con su risa cantarina tratará de distraeros para que no penséis en cosas demasiado serias, que es la última y secreta regla nunca dicha, hasta hoy. Y era también mi última licencia, mi regalo de despedida del 98. Espero que los antiguos dioses del hogar andaluz no me castiguen. ¡Suerte y feliz 99!

31.12.1998

TRES PRINCESAS ALCALDESAS (III)

Al muy noble y generoso Príncipe Aznarín: Recrdad, mi señor, que aquí fuimos venidas por vuestra real voluntad, y ahora dicen malas lenguas que nos tenéis olvidadas. No lo quiera Dios ni nosotras lo creeremos nunca. Pero es lo cierto que ha pasado la Epifanía y los Santos Reyes de Oriente nada nos trajeron de las variadas mercedes que tiempo ha os tenemos solicitadas, y muy complidamente recordadas por mediación de vuestro leal escudero, el simpático Arenín, quien con el gozo navideño se entretuvo por estas heredades, como siempre, prometedor y magnánimo. Discreta misiva le entregamos de nuestro puño y letra, con el recordatorio de lo principal: una gran azuda al sitio de Los Melonares, para mi Sevilla; un veloz artefacto, de nombre AVE, para Celinda de Málaga; y un soterramiento que llaman de la vereda férrea, para Teofinda de Cádiz (ya que no fue posible suprimir las alcabalas que pesan sobre el doble camino real). De todo ello no vemos sino vagas promesas y menguados dineros. Nos dispensaréis si en algo turbamos vuestra serenidad u os causamos el menor enojo, pero es que el

tiempo pasa y nos invade oscura desazón. Máxime cuando por las cuentas reales que acabáis de pregonar damos en el triste conocimiento de las exiguas cantidades que por otros concetos asignais a nuestras tres ciudadelas. Díjonos el archipresente Arenín que eran bastantes las que del antiguo PER, hoy AEPSA, se derivan a las mismas, pero no tal nos parecen a nosotras, con el debido respeto, sino migajas que caen del banquete de vuestra alta mesa. Y más os confidenciamos, so pena de parecer alcahuetas, que el susodicho AEPSA es traducido por estos pícaros moriscos que nos mandasteis gobernar como Acuerdo Especial Para Salvar a Arenas; que no a nosotras. Dicho está, alteza, con la mayor sinceridad. Item más: que como en casa del pobre todo son contiendas, nos las vemos y nos las deseamos para mantener a raya a estos díscolos andalusíes, con mucho quebranto de los nervios. A la dulce Teofinda se le está agriando el carácter y, sobre no tolerar de sus vasallos el más mínimo contratiempo, se le crispa el habla y por la mínima los manda a muy dispensados lugares. La graciosa Celinda hubo de sofocar ha poco una rebelión de menestrales en el mero interior de su palacio. Y yo misma, que os escribo en nombre dellas, ni me atrevo a dar comienzo a las obras del mío nuevo, en el Prado de San Sebastián, en tanto no haya con que distraer a la plebe hispalense, que menuda es. Inclusive *inter nos* hemos tenido algunas pendencias, por mor de los celillos. Verbigracia: la Celinda de Málaga alegróse en público de que mi Sevilla quedase maltratada por el Plan de Empleo ése que se lleva y se trae nuestro gallardo Arenín. Y hasta por unos descalabros de la escuadra de los once caballeros blancos, que aquí llaman futbolistas, se alegró la muy tontuna. ¡Ay, señor, qué lejos quedan aquellos sabrosos días en que nos llamásteis a vuestra presencia, una tras otra, y en la próvidas riberas del Pisuerga nos embargasteis sotilmente! ¡Y que otros mendaces digan que fueron falsas promesas, ayudadas de los ricos caldos que por allí se extraen, las que allanaron nuestra voluntad! ¡Qué ingrato es el mundo! Mas no lo seáis vos conmigo, que quedo rendidamente vuestra, como siempre. Solinda, de Sevilla.

7.1.1999

EXPO 92, ADIÓS DEFINITIVO

El domingo pasado, casi en secreto, fue el verdadero último día de Expo 92. Por última vez se formaron aquellas colas interminables ante el que fuera uno de sus grandes pabellones, el de la Navegación, de Vázquez Consuegra y Daniel Freixes. Por última vez vivimos, traspasados de nostalgia, la espera ilusionada de niños expectantes y abuelos aniñados, jóvenes de toda

condición, nativos y extranjeros con los ojos llenos de la luz invernal de Sevilla. Todos allí libremente agregados, como en un extraño duelo, dispuestos a recibir la magia postrera del océano, la oscuridad tenebrosa de cuando el mundo se creía devorado en sus límites por una bestia inmensa. Luego, la evidencia de su redondez, más bien pequeña, quería consolarnos. Y enseguida el ajetreo de la seda y de la guerra, los galeones, acorazados del XVI-XVII, protegiendo tan delicadas mercaderías, especias y marfiles, agigantando las noticias de los siete mares abrazados. Y por última vez visitamos las bodegas a escala, con sus fardos de mentirijilla, sus pilas de arcabuces, sus bocoyes repletos de fantasía. Hasta que un chapoteo exterior pareció ensañarse con las robustas cuadernas, y un gorgoteo de sentinas se llevó las sombras de aquel tiempo. Éramos los últimos visitantes, y lo sabíamos. Quizás lo que faltaba para completar los 42 millones. Y de reojo nos dirigimos este mismo pensamiento: mereció la pena, coño, digan lo que digan, mereció la pena. Alguna lágrima furtiva, muy adentro, se irá convirtiendo en ámbar y allá saldrá a la luz de la verdad cuando no queden más detractores oficiales de Expo 92, ya sean políticos, ideólogos del pesimismo o simples provincianos; ni tampoco agoreros, ni aprovechados. Sólo la radiante luz de aquella utopía un instante realizada, ahora que, por fin, empieza la leyenda.

A la salida, la tersa lámina del río, entre dos luces, acogía a unos piragüistas desplazándose por sus aguas con la suavidad de un sueño crepuscular. Pero el arco y la lira que forman esbeltísimos los dos puentes, el de la Barqueta y el de El Alamillo, cuando se superponen en el horizonte de la tarde, aún no han encontrado la mano de nieve que sepa arrancarles las notas de aquella sinfonía global. Allí seguirán durmiendo todavía. Dentro de dos años, cuando se inauguren nuevos prodigios, que ojalá puedan competir con el polvo de oro de los recuerdos Expo, volveremos. Para entonces ya hará los diez de Aquello. Y tal vez el ruido y la furia que hubo que soportar se hayan aplacado y pueda escucharse la sinfonía de un tiempo indescriptible, que dejó irremediablemente heridos a quienes lo sufrimos, contra el viento y la marea de otros océanos mucho más tenebrosos: los de la mentira y la ingratitud. Para entonces, digo, algún alcalde más en su sitio encontrará la manera de hacerles honor y justicia a los Felipe González, Jacinto Pellón, Manuel Olivencia. Qué menos. Curiosamente, sólo quedará en pie, con sus primitivos valores expositivos, el delicioso parque de miniaturas *Andalucía de los niños*, de nuestro llorado Ignacio Aguilar, quien desde el otro lado del mayor océano de la vida estará riéndose de quienes quisieron, torpemente, destruirlo. Gracias a ti también, hermano.

14.1.1999

"INGLEZE"

El muy comedido y entrecortado Ministro de Asuntos Exteriores, don Abel Matutes, nos dejó a todos el otro día con la boca abierta. De pronto, alguien a quien creíamos avezado hombre de negocios y por lo tanto curtido en las lides de la más elemental diplomacia, se nos reveló como un fiero baluarte de la dignidad nacional, plantándole cara nada menos que al gracioso Gobierno de Su Majestad, o como se diga. Y lo fulminó con un ultimátum de 72 horas para que dejara de acosar a los pesqueros españoles que tienen la ocurrencia de faenar en las últimas fronteras del imperio británico, según el imperio británico. Por si fuera poco, reveló a la opinión mundial unas cuantas cosas: 53.000 sociedades opacas (¿dónde las tendrán metidas, si aquello es un pañuelo?), 60 directivas europeas olímpicamente pasadas por el arco del triunfo (finanzas, combustibles, etc.), blanqueo de dinero del narcotráfico poco menos que a la puerta de las escuelas. Y no quiso mencionar que tiran la basura a nuestros mares, y que hay un paso de cebra con semáforo en un aeropuerto construido en territorio neutral (les aseguro que es cierto; a unos cuantos que íbamos por allí un día de excursión nos pasó un avión rozando, total por cruzar en ámbar). Pero lo que no ha querido reprimirse, por puro arrebato patriótico, es la opinión que toda esa gente le merece: ¡Parásitos! No será muy diplomático, pero es muy castizo, ¡recórcholis!

Esa gente son los llamados *llanitos*, de Gibraltar, unos andaluces descarriados que, contra toda evidencia, aseguran ser ingleses. O por decirlo exactamente como ellos: "Nozotroh eh que zomoh ingleze". No cabe la menor duda. Tampoco ignoramos que, al mismo tiempo que ese andaluz un poco desvinculado, pero andaluz al fin, salido de nuestras entrañas, hablan inglés, o algo parecido. Salvo en las vistas judiciales, donde sólo emplean la lengua de Su Majestad. La otra la usan exclusivamente para hacer declaraciones a la prensa española y para negociar en directo con los afectados. Y que nos enteremos de una ... vez que es que ellos son ingleses. A uno le podrá parecer que los raros nombres de sus calles, sus cabinas telefónicas coloradas, sus municipales de gorro abombinado, etc., son el decorado de una película que alguien rodó por allí y que prefirió dejarlo a buen precio. Pero no, son guardias auténticos y cabinas que funcionan. También hay unos simios lujuriosos que campan por sus respetos y que acosan a las turistas con

insinuaciones poco caballerosas (que en eso se nota que no son británicos), pero que gozan de la superstición de estos lugareños (que en eso se notan que son andaluces), de que "mientrah haiga monoh, habrá colonia británica". Y no hay más que hablar. Menos mal que tenemos un ministro como Dios manda. Claro que han pasado ya algunas más de las 72 horas y el señor Robin Cook (con sus resonancias fonéticas de jefe de proscritos, será casualidad) sigue haciendo gala de la flema británica más exquisita. Momento que nuestro intrépido Matutes ha aprovechado para cambiar completamente su estrategia. Ahora utiliza la de aquel policía de Gila que se insinuaba en los aledaños del asesino: "Yo sé de uno que ha cometido un crimen..." Así, hasta ponerlo colorado. Cualquier día verán esos *ingleze.*
4.2.1999

BASURA DEL CORAZÓN

Durante años la prensa rosa tuvo sus rincones propios, y apropiados. La peluquería, el cuarto de baño, la sala del dentista. Pero poco a poco fue ganando cotas y espacios de mucho más relieve. Primero fueron las contraportadas de los periódicos serios. Total, un poco de frivolidad no le hace daño a nadie, sobre todo si es al final del trayecto. El mundo está tan desabrido que a quién puede amargarle la boda más brillante del planeta, la pasarela más descocada, la putilla más transparente. Y es que la población, sumida en la mediocridad de sus vidas y en la cochambre de las hipotecas, lo que necesita es amor, mucho amor, aunque sea de prestado. Porque se trata, ya lo saben, del amor de los otros, los de allá arriba, un amor festoneado de champán y lentejuelas que por lo visto es el auténtico, el que ni usted ni yo, pobres mortales, conocemos ni conoceremos. Así que, poquito a poco, las memeces más lindas se fueron adueñando de nuestras almas y de nuestros televisores, que viene a ser lo mismo. Y no en horas altas, cuando los niños duermen y no tienen por qué enterarse de a qué clase de mundo les hemos traído, con quién se desbraga la señora de tal, o con quién se anda acostando ese otro pendejo últimamente. No, no. A las horas de máxima audiencia, para que todo el mundo se entere y se empape bien de lo mísero que es su vivir. Pues matrimonios desconvenidos, embarazos maravillosos, cupletistas que filosofan en cuanto te descuidas, aristócratas que ven a la Virgen, viejas casas nobiliarias arrastradas por el polvo de un *gigoló* irresistible; todo eso, tan bello, no puede deberse a la mera ambición de una prensa canalla, de unos fotógrafos sin escrúpulos, de unos gobernantes que utilizan la televisión para vaciar las mentes de las criaturas

y luego rellenarlas de baba. No. Lo que pasa es que usted y yo somos unos envidiosos, incapaces de comprender por qué realmente una princesa se rompió su vida de cristal contra el hormigón de un paso subterráneo, por qué un príncipe quería ser el *tampax* de su amante, por qué la Lewinski venderá muy caras sus *Memorias de una mamónida.* Son cosas que no están a nuestro alcance, y basta.

Ya casi cuesta recordar qué era de nuestras vidas antes de todo eso. Pero íbamos tirando. Ignaros y propensos al talento inútil, descarriados, metafísicos sin rumbo, hedonistas fracasados. Y teníamos nuestra televisiones como un recurso familiar; humildes ellas, pero dignas. Algunas hasta con doble entrada, como los pisos de los señores. Mas de pronto se conoce que un malvado virus las infectó a todas. Escaló las cumbres de las cordilleras de la patria y empezaron esas torretas, todas al unísono, a escupir basura, purpurinas y merengues, que a todos nos pusieron perdidos. Uno se miraba la ropa conforme pasaba por delante del televisor y decía: ¡anda, de quién será este rizo de pubis que me ha caído en la chaqueta! ¡Uy, y esta poquita de mugre de glamour, qué hace en mi camisa! Y es que todo había cambiado en las alturas. Algún pervertido Merlín había convencido a los genios de segundo nivel de que lo mejor era despachar la sobremesa con una buena ración de cuernos en desasosiego, compota de culebrón y ríos de lágrimas de cocodrilo amarillo. Pura basura del corazón.

11.2.1999

ESPLENDOR DE CÁDIZ

Lo que más me impresionó del carnaval de Cádiz la primera vez -año 73, cuando Franco los quería disfrazar a todos de "típicos gaditanos" -fue ver cómo las calles se iban llenando poco a poco de familias enteras desafiando la prohibición. Las abuelas vestidas de niñas, las niñas de abuelas, los maridos de esposas, las esposas de maridos. Con la mayor naturalidad se exhibía aquel trueque de papeles, que venía a denotar también una curiosa manera de entender el mundo: nadie quería ser lo que era, pero aceptaba que los demás se lo recordaran, eso sí, con mucha risa y en justa reciprocidad.

Alrededor de este sencillo principio sigue girando esta espléndida fiesta de la ciudad más antigua de Occidente, también la más constreñida en sus límites y, en la actualidad, probablemente "la máh pará d´Uropa", como proclama uno de los cuplés del año. Lo que no quita para que la gente siga burlándose de todo, a partir de esa autolicencia que concede empezar por reírse de uno mismo y de sus propias desdichas. Por todo eso es el carnaval de Cádiz el más

filosófico que existe, frente al erotismo sin más de los cariocas, la exquisitez un tanto fúnebre de los venecianos y esa cierta ramplonería en que naufragan otros festejos de la purpurina y el trompetazo.

Releo estos días, precisamente, las opiniones de un filósofo, Mariano Peñalver, que se atrevió nada menos que a ser jurado del concurso oficial de estos carnavales en 1988, y que ha recogido sus impresiones en un libro altamente recomendable: *Desde el Sur (lucidez, humor y sabiduría)* (Universidad de Cádiz, 2ª ed., 1998). El subtítulo, que lo dice casi todo, anuncia un contenido lleno de observaciones sagaces, como ésta: "Lo gaditano es un modo de ser que consiste en un estar", aludiendo a ese sentimiento del espacio doméstico en que se convierten las calles de la ciudad, una apretada sensación de vida resuelta en humor a veces cercano a lo trágico, que si no fuera porque es incomprensible, añado yo, sería para preocuparse seriamente.

No sé si este año habrá habido filósofos en el jurado, pero desde luego han acertado de lleno. Sobre todo, en el primer premio de chirigotas, concedido a *Los Yesterday*, de Juan Carlos Aragón. La nostalgia, que es otro ingrediente fundamental de lo gaditano, nos ha devuelto un audaz reconocimiento de la que fue la verdadera última ideología del siglo: el movimiento *hippy* y todas sus concomitancias: mayo del 68, el Che Guevara, los *Beatles*, la vía chilena hacia el socialismo... Una bocanada de aire fresco se apoderó repentinamente del Teatro Falla, y nos trajo emociones que ya creíamos superadas. Y es que todavía tienen razón, con todo su veraz antimilitarismo, su ecologismo imprescindible, su libertad de amar y su amor por la libertad, y desde luego su resistencia al orden burgués: ¡Menos trabajo y más carnaval!, coreaba el estribillo, que así combatía la mugre fatalista del desempleo que padece la ciudad, frente al más sistémico y sometido de otra de las agrupaciones: ¡Menos paro y más carnaval!, qué lástima. Porque no hay verdad más grande que la del que se rebela. Siempre fue así, y por eso esta ciudad tan antigua lo sabe y nos lo recuerda, como un zamarreón en las entrañas.

18.2.1999

UN MISTERIO LLAMADO TABLADA

El urbanismo es una ciencia del bien público que trata de imponerse en un medio extramadamente hostil. Un medio controlado desde siempre por oportunistas, especuladores y autoridades fáciles de convencer. Por eso las ciudades han ido desarrollándose de una forma aparentemente anárquica, pero siguiendo un modelo subrepticio donde las plusvalías generadas por las recalificaciones de suelo han sido, en realidad, el único norte. Todo el saber de geógrafos, ingenieros, hidrólogos, arquitectos, etc., y la voluntad de políticos bien intencionados, se van al traste cuando una operación urbanística de envergadura se pone en marcha desde algún centro de decisión ajeno a las autoridades, al interés general y hasta al sentido común.

Sevilla ha sufrido en este siglo varias embestidas de ese tenor, que han ido configurando -es un decir- el modelo actual de ciudad. Primero fue la terciarización del casco histórico, que obligó a marcharse a los vecinos tradicionales, convirtiendo el centro urbano en una aglomeración caótica durante el día y en un fastasma peligroso durante la noche. Se derribaron palacios, se fueron los colegios, y en su lugar se asentaron centros comerciales, bancos y oficinas. Y todo empezó por la orden dada desde Madrid por un ministro de Franco, Solís Ruiz, para que se permitiera la instalación de unos grandes almacenes en el corazón de la urbe. El Ayuntamiento agachó la cabeza y los defensores de la hermosa e histórica ciudad, la Roma andaluza, fueron arrollados sin piedad. En el entorno de Romero Murube, por ejemplo, se aseguraba que fue este contratiempo el que aceleró la despedida de este mundo del poeta.

Otro caso a destacar fue el de Polígono Auropuerto. Apenas desembarcábamos la primera Corporación Democrática, año 79, nos encontramos con la pretensión de unos cuantos terratenientes de prolongar la ciudad hacia el Este, en una extensión similar a la de Santander, y en virtud de unos acuerdos de última hora alcanzados con la última corporación franquista y el Ministerio de Obras Públicas. (Esto de las prisas es muy habitual también en este tipo de operaciones). Lidiar aquel toro costó lo que no está en los escritos y a más de uno le significó a la larga el abandono de la política. Casi dos años estuvo sobre la mesa de la Corporación una ordenanza de ruidos -clave, por la proximidad del aeropuerto-, que un concejal andalucista encargado de elaborarla, nunca elaboró. Medianamente reconducido el proceso por la Junta de Andalucía, años después, hoy esa zona de la ciudad es, en efecto, lo que algunos temíamos: carencia de equipamientos públicos, espacios libres abandonados, recovecos peligrosos...

Otros muchos ejemplos se podrían esgrimir, aunque no todos de esa rotundidad. Suerte que llegó el 92, que sirvió, entre otras cosas, para poner coherencia en los desaguisados urbanísticos que se habían ido acumulando, con nuevas conexiones, desvío del ferrocarril, siete puentes, circunvalaciones, etc. Y ello contra la voluntad explícita de algunos poderes fácticos de la ciudad, y del propio Ayuntamiento, que todavía en tiempos de Manuel del Valle quiso considerar la Isla de la Cartuja como territorio "exógeno". Pues bien, aquella operación de salvamento sufrió los mayores ataques imaginables de parte de los dos primeros ediles actuales: Soledad Becerril y Alejandro Rojas Marcos. Memoria y hemerotecas tiene la ciudad para cuando se quiera hacer una antología del disparate contra la Expo 92. Pero pudo más la decisión coordinada de los gobiernos socialistas de Madrid y de la Junta de Andalucía, y eso salimos todos ganando.

Y así es como llegamos a las puertas del siglo XXI, con otra operación en ciernes, de parecidas características a las mencionadas. Y de nuevo las prisas, los nervios, las carreras por los despachos, los telefonazos a los directores de los periódicos... Esta vez los promotores son nada menos que dos Cajas de Ahorro, El Monte y San Fernando, comandadas por sendos ex-concejales del PSOE, Isidoro Beneroso y J.M. Benjumea (el primero lo fue de urbanismo en tiempos de Del Valle), más un Teniente de Alcalde, el repetido Rojas Marcos, en su papel habitual de opositor al principio y consentidor al final. Más una alcaldesa, en su rol, también acostumbrado, de observadora. (Lo más que ha hecho ha sido ponerle las cosas fáciles al Ministerio de Defensa, para que sacara a subasta los terrenos en cuestión, sin que el Ayuntamiento ejerciera ninguno de los derechos que la ley le otorga para impedir que acabaran en manos privadas). Pero fuentes generalmente bien informadas aseguran que quien coordina todo, desde las apacibles penumbras de la Fundación El Monte, es otro ex, el ex alcalde Del Valle.

Los datos de la magna operación, aunque no ha sido fácil reunirlos todos, al fin se conocen: 400 hectáreas de suelo inundable (ampliables a otros colindantes), donde se asienta el antiguo aeródromo militar de Tablada, pasan en un 90% a manos de las susodichas dos Cajas por una cantidad aproximada de 5.000 millones de pesetas, en cuanto a la compra, más unos 3.000 millones por pagos de derechos de reversión a antiguos propietarios. El 10% restante queda en poder de promotores más pequeños -alguno muy avispado, que se coló en la operación y ahora empuja lo suyo; uno de los muchos enigmas del caso-. Alrededor de 30.000 millones de inversión inicial serán precisos para poner ese enorme espacio en condiciones de uso urbano,

sacándolo del cauce de avenidas del Guadalquivir y modificando la S-30, entre otras cosas. Uso que, aunque no se reconoce en el convenio firmado con Rojas Marcos -y ratificado por el Pleno Municipal el pasado 25 de febrero, con la oposición de IU y PSOE- contempla en otros documentos tentativos una edificabilidad de 0,75 m2/m2, superior a la edificabilidad neta del PGOU vigente (0,70), y una densidad neta por Ha. de 62 viviendas. Lo que podría llevar a la construcción de entre 12.000 y 15.000 viviendas en apretados bloques de más de seis plantas, no precisamente baratas, sino, gracias a una "urbanización de calidad" -en palabras de Benjumea-, en pisos que saldrían a mercado por no menos de 18 millones de pesetas, según unas primeras estimaciones. También se contempla "el mayor centro comercial de Andalucía", un enorme parque fluvial metropolitano (esto de las inmensas zonas verdes ya nos lo vendían cuando lo de Polígono Aeropuerto, hoy Sevilla Este) y, héteme aquí el gran detalle, una posible Villa Olímpica, que, como se sabe, es de mucha y perentoria necesidad... para el sueño del eterno retorno de Rojas Marcos a la alcaldía, aunque sea en el 2008, en el 2.012, en el 2.016...

Pero la cosa puede que no sea así, ni mucho menos. De momento cuenta con la oposición sin paliativos de la Junta de Andalucía, a través de la Consejería de Obras Públicas, cuya Directora General de Urbanismo, Josefina Cruz, se manifestó inequívocamente en las páginas de este mismo periódico (23.12.98), calificando la operación de "paradigma de lo que no debe ser". La oposición municipal teme que se esté condicionando la futura revisión del PGOU de forma irreversible, con determinaciones de planeamiento encubiertas, por mucho que los actuales responsables de la Corporación quieran quitarle trascendencia a lo firmado.

El principal misterio que hay en todo esto es a qué se debe que dirigentes de Cajas de Ahorro, con carnet del PSOE y situados en esos puestos con el apoyo del mismo partido, anden por libre y con estas prisas, pactando el futuro de la ciudad con el líder del PA, y en vísperas de unas elecciones municipales. ¿Es que ya nadie coordina estas cosas? (Algo habrá influido también la anunciada voluntad de la Junta de unificar las Cajas andaluzas, y con ello ir eliminando pequeños cortijos). El temor a que una nueva Corporación, de distinto signo, pudiera no permitir lo que ahora sí se les permite, es más que evidente.Temor que delata también la poca confianza que poseen los actuales ediles en ganar esas elecciones. Y algo más: ¿por qué en lugar de defenderse no toman la iniciativa anunciando a los cuatro vientos lo que deberían ser beneficios incuestionables para el interés público, y que nos encantaría conocer? Esa es la gran pregunta que todo el mundo se hace: ¿en qué se benefician los sevillanos en este asunto?

Aquí es donde entra en liza un elemento sustantivo que da explicación, siquiera parcial, a estos misterios: la candidatura a la alcaldía de Alfredo Sánchez Monteseirín, por el PSOE. También él se ha manifestado frontalmente contrario a esta hipoteca de futuro, y contra él se han vuelto de inmediato acusaciones semejantes -no todas malintencionadas, hay que decirlo-, por causa de otra operación aparentemente similar, la de Cortijo de Cuarto, dependiente de la Diputación. Es buena y necesaria la comparación con la de Tablada, para clarificar de una vez por todas las diferencias sustanciales que hay entre ambas. Para empezar, los terrenos de la Diputación no están en zona inundable y sí se califican como urbanizables en el actual PGOU. Para seguir, toda esa parte sur de la ciudad necesita una reordenación urgente -puesta más de relieve por la reciente variante de Bellavista-, que haga posible la conexión de una trama urbana y de unos espacios naturales en puro desorden: hospitales, centros educativos, cauces de ríos, otros espacios culturales, etc. Para terminar, la edificabilidad neta que se propone es de 0,51 m2/m2, muy inferior a la no confesada de Tablada y a la del propio PGOU. En resumen, una operación claramente viable y necesaria, que puede y debe originar viviendas asequibles para las capas medio-bajas de la población (la primera promoción prevista es de viviendas sociales, mediante convenio con la Empresa Pública de Suelo, Consejería de Obras Públicas), frente a otra cuya necesidad nadie ha probado, que queda en manos de particulares, que es muy costosa de iniciar y que por lo tanto redundaría en un urbanismo mucho más caro, "de alto standing". Mucho nos gustaría equivocarnos.
9.03.1999

ALBORES DE MARZO

Las épocas intermedias del año tienen todas su peculiar atractivo. Los albores de marzo, tal vez la que más. En estos días se entrecruzan firmes vestigios del invierno con las primicias de la primavera. Pero acaso sea las Sierra de las Nieves, al menos en Andalucía, donde más intensamente se percibe el tránsito. Encierra este Parque Natural, en plena Serranía de Ronda, un cúmulo de privilegios orográficos, de rarezas, que lo vuelven particularmente idóneo para la observación y el disfrute de ese fenómeno. Ya los nombres de los municipios, integrados o colindantes, parecen desprender arcanas resonancias de una singularidad (Pujerra, Cartajima, Parauta, Júzcar, Tolox...), avisadora de un abrupto despliegue. Montañas peladas en su mayoría, de aspecto lunario, con altitudes que rozan los 2.000 metros, pero que dan cobijo aquí y allá a

unas cuantas umbrías, barrancos y riachuelos donde la vida se vuelve inesperadamente risueña y múltiple. Un bosquete de pinsapos, un pinar ralo -felizmente fracasado, de cuando la repoblación forestal se hacía con criterios de productividad franquista- se constituyen en vericuetos por los que trepa la cabra montés y habitan otras especies poco visibles: el mirlo capiblanco, el piquituerto...

Sábado 6 de marzo. Los senderistas llegaron poco antes de las once al Cortijo de los Quejigales, punto de partida para el ascenso. Allí dejaron los coches y emprendieron un prometedor camino de 8,5 Km. hacia el punto más alto, Pico de la Torrecilla, con atisbos de mar en lontananza y una hilera de quejigos nevados en la misma cumbre. Pero el verdadero objetivo, apenas confesado, era meterse por la Cañada del Cuerno, con su oscuro pinsapar, verde abajo, salpicado de nieve en los promedios, blanco total arriba. Y como yendo hacia atrás, desde la primavera al puro invierno, nos recibieron, en primer lugar, los amarillos de las aulagas en flor y de los narcisos silvestres, las acrobacias persecutorias de una pareja de chovas y una algarabía prenupcial de garrapinos y jilgueros. También el sol y un viento frío, racheado, se disputaban la temperatura de entretiempo y encendían en nuestro ánino la duda fatal: ¿llegaríamos a ver los pinsapos nevados, antes de que el mediodía disolviera sus últimas capas inmaculadas? Mejor ir apretando el paso. Pero el sendero se volvía más empinado y las mochilas frenaban. El placer de contemplar, también. A las doce en punto un buitre abandonó el antiguo bosque y planeó por el perfil de las altas montañas. A la una, después de una subida inclemente, con sobresaltos de brisa helada y la respiración ya hecha a los contrastes, nos recibió una inquieta bandada de reyezuelos multicolores, última en aquellos altos dominios de las aves. Mas para entonces ya nuestros ojos no tenían otra luz que la de contemplar, extasiados, las transiciones progresivas del verde al blanco en la maleza y en el follaje del pinsapar. Y las salpicaduras de nieve, cada vez más abundantes, con que el sol y los árboles nos advertían de que estábamos profanando en exceso sus secretos. Un gotear intenso de deshielo agujereaba el silencio del bosque y, de cuando en cuando, un pequeño alud de nieve se desprendía de las ramas. Pero ya en el suelo brotaban, temerosas, las primeras anémonas silvestres. Así es también Andalucía.

11.3.1999

HABLA ANDALUZA Y CINE

En su lento y trabajoso camino hacia la dignidad pública, el andaluz acaba de conquistar tres cotas de mucho relieve. En tres películas, tres, y de calidad, se ha encaramado por derecho propio al sitio que le corresponde. El del habla común y cotidiana con que los andaluces nos expresamos, antes de que se nos suba a la glotis el complejo de inferioridad famoso, o se nos ponga encima de los hombros un académico inquisidor, o paternalista, que los hay de varias suertes camuflados. Son aquéllas, y por el orden en que las he visto: *La niña de tus ojos, Yerma,* y *Solas.* Ya es sintomático que sea en tres alvéolos femeninos donde se ejerza esta natural reivindicación de lo natural. -A ver quién puede con ellas-. Claro que hay que matizar, y mucho, pues no en las tres tiene nuestro habla el mismo acento, el mismo sabor, igual textura. Pasa como con el aceite de oliva, que en su misma variedad radica su riqueza, siendo todo delicioso zumo de olivar.

Y siguiendo con el símil, se podría decir que es de la elaboración del producto, además de la materia prima, de donde se derivan esos distintos tonos. El andaluz de Penélope Cruz, aprendido de sus abuelas -una extremeña y otra andaluza- con oído certero, yo lo pondría en la categoría del *virgen* con mucho sabor, filtrado apenas; aderezado, eso sí, con unas gotas de fragancia folclórica, que retorna al paladar en nobles regustos *aflamencaos.* El contexto autocrítico de la excelente película de Trueba acabará de situarlo en la perspectiva de la gracia sin más, esto es, sin aditivos ni reclamos chistosos.

El andaluz, en cambio, de Aitana Sánchez Gijón está en la gama de lo que se llama *virgen fino*. Como aprendido que es también -ya tiene mérito-, fluctúa entre las características sensoriales de la tierra seca y el esmero de un lavado cuidadoso ("*como dos hojah verde", "Elena tardó treh año", "No tenemos hijo")*. Buen trabajo el de Aitana. Además de salvarle los muebles a Pilar Távora, y junto al de Penélope Cruz, viene a demostrar lo que algunos exquisitos consideran indemostrable: la existencia de una norma andaluza, aunque esté todavía por descubrir, o mejor, por admitir.

Y llegamos al tercero y más genuino: el andaluz de *Solas*. Claramente en la categoría del *virgen extra*, con todas sus cualidades de origen, sin mezcla, de primera prensa. Benito Zambrano, entre sus muchas intuiciones prodigiosas, ha tenido la de hacer que cada uno de sus actores se confíe a su propio acento, sin exageraciones y sin miedos. A María Galiana -cada día mejor actriz- a su sevillano de buena crianza; a Ana Fernández -qué revelación, qué guapa- a su

andaluz de campiña, con todos sus aromas de fondo, retama y miel de azahar -azahar de olivo-; un poco ácido se les antojará a algunos, quizá por su insuperable sabor a vida. Pero es que el imprevisible genio del de Lebrija ha tenido además la ocurrencia de contrastarlo con el asturiano auténtico de Carlos Álvarez -cada día mejor actor-, lo que pone en juego una sinfonía insólita de sonidos hasta ahora marginales en el uso de la lengua matriz, el español de todos. Ya digo, como aceite de oliva, oro líquido es este andaluz valiente y reparador. Qué desahogo.
18.3.1999

GRANADA A REBOSAR

19 de marzo, fiesta de la primavera. El municipio vigilaba, los demás desbordaban. El cronista, incauto y desprevenido, no pudo visitar La Alhambra. Una especie de promesa sentimental que tiene, semejante a la de los musulmanes con La Meca -sólo que una vez al año-, no la pudo cumplir. Iluso él, ignoraba que un banco de apretadas resonancias vascas tiene la exclusiva de la venta anticipada de entradas para visitar el monumento de las nostalgias, el de los altos muros canela, guardianes de ciprés y ruiseñores extasiados. Lo intentó por lo natural, y una doble fila de autocares, hasta ochenta, le invitaron a desistir. No importaba, si la ciudad toda ella es tan hermosa. Pero no dejó de sentirse como expulsado del Paraíso por la horda extranjera. La compensación, como otras veces, el Mirador de San Nicolás, donde va para diez años el cronista llevó a unos cineastas franceses a que hicieran una de las tomas más bellas que exhibió la película circular del Pabellón de Andalucía, Expo 92. Bill Clinton no era entonces casi nadie. También desde allí vimos el polémico edificio del *Rey Chico*, que ni rompe ni trepa por las laderas de la Alhambra. Por allí sólo trepan los verderones y las lavanderas boyeras. Otras claves tendrá el asunto. El hecho es que nos van a sacar el dinero a los contribuyentes, y no se ve por qué. Como nos están privatizando el uso de La Alhambra, entre bancos y operadores turísticos, y no la gobierna el PP.

Granada vivía en su apogeo. Triple la población, entre estudiantes, *guiris*, y nativos, no se cabía en ninguna parte. Pero todo inducía al encuentro. Las urgencias de la primavera, hacia el estallido inminente, fue reuniendo en Plaza Nueva a un varipinto paisaje humano. En particular, oleadas de jóvenes alegres y despreocupados, botellona en ristre muchos de ellos, también hacia la Carrera del Darro. Varias bodas se celebraban en los juzgados próximos, por lo civil, pero con toda la liturgia de una religión pagana y exultante. Un gitanito, de noble porte, se

jaleaba él solo entre los veladores, por la voluntad. Una congénere portuguesa, o rumana, vendía "La Farola", la revista de los parados. El camarero que nos atendía usaba también un acento extraño. "Soy Sirio, y llevo 23 años en Granada", respondió, eufórico, a nuestra curiosidad. Y muchos betuneros todavía, acaso empeñados en encender la perplejidad de los visitantes. Acaso es que los señoritos se están destapando otra vez, para que no todo se pierda en el marasmo de esta Granada imprevisible.

-Hoy me enseñas, tío, a bailar sevillanas -oímos reclamar a una muchacha a uno que iba en su grupo.

-Me da palo, tía -se disculpó el otro.

Mejor seguir los designios. Así que encaminamos nuestros pasos a las apacibles penumbras del restaurante "Sevilla" -otros más modernos estaban a rebosar-, a relajar el espíritu y a reparar el cuerpo de los ajetreos de una mañana nómada. Arroz caldoso, de patente andaluza, gambas fritas y, de postre, un queso semifresco con miel de La Alpujarra. Los senderos de Alá son inescrutables, y compensatorios. Con este profundo pensamiento nos subimos al tren, a sestear con el traqueteo y los periódicos. Valió la pena. Granada siempre vale la pena.

25.3.1999

LA TÍA MARGARITA

Con todo este asunto del genocida incautado me viene sucediendo una cosa extraña. Es como una fantasía de imágenes dislocadas, veloces pesadillas de duermevela con mezcla de recuerdos infantiles, qué sé yo. Todo viene de un antiguo modelo de conducta, común en los pueblos andaluces hasta no hace mucho; más o menos hasta que todo el mundo empezó a tener coche. Me refiero a la costumbre de acumular motivos para viajar a la capital. Algo tan simple, a primera vista, pero que solía desencadenar un torbellino de fenómenos imprevisibles y convertía el placentero viaje en una aventura peligrosa por los médanos del inconsciente familiar y de las relaciones con el mundo exterior. Tal vez por eso la gente viajaba poco, y era muy corriente que las personas no conocieran el pueblo de al lado, además del mar.

Pero a la capital sí que se acababa viajando. Causa impulsora solía ser la salud. Aquel niño más enclenque de lo normal en épocas rigurosas, a que le echara los rayos un buen médico de pago; la señora que acudía al ginecólogo, con un secretismo que sólo servía para levantar sospechas. Auténticos desencadenantes de la motricidad familiar, allá que iban todos, niños,

abuelos, la tía solterona... Y ya se aprovechaba para cumplir con otros menesteres: una promesa religiosa, un pésame atrasado, la gestoría, unas compras para el invierno. Y, desde luego, visitar a la tía rica. Para eso se llevaba el salvoconducto de aquella caja de pasteles del pueblo que tanto le gustaban, además de la foto del niño con su uniforme de almirante de Primera Comunión. En el fondo, eran incitaciones arriesgadas, pues aquellos encuentros tenían que sortear los pantanos de viejas discordias hereditarias y de secretas alianzas contra otros sectores de la familia, que los niños no entendíamos pero que atendíamos aburridamente en espera de alguna compensación pecuniaria.

Pues todo eso, no sé por qué, se me ha estado agitando en la cabeza desde que vi al nefasto ancianito, a Pinochet, en amigables visiteos con la señora Thatcher. Tal vez aquel modelo de conducta, tan arraigado, lo exportamos los andaluces a América, y miren por dónde este chileno prescindible respondió a sus atavismos más insospechados. Un buen día, como que le molestaba la espalda y en su país no había médicos lo bastante buenos, decidió que lo vieran en una clínica de Londres. De paso, encargaría unas cuantas chucherías en los grandes almacenes de la cosa bélica. Y, desde luego, concertó una visita con su Madrina de Guerra, la tía Margarita, a la que llevó esa caja de bombones que tanto le gustan. En el colmo de este paralelismo insensato, hasta le dejó una foto de cuando, no que él hiciera la Primera Comunión, pero sí que repartía buenas hostias en su pueblo. Y tan elegante, con ese uniforme de opereta que se gastan los ejércitos que sólo sirven para liquidar a compatriotas indefensos. Lo malo es que el cabeza de familia no recordaba que le debía unos buenos duros a cierto abogado persistente, y se dio de bruces con él en medio de *Oxford Street*, que diga, de la calle Sierpes.
15.4.1999

TRASIEGO DE DIFUNTOS

Una parte de la Sevilla Eterna anda estos días muy atareada con un pomposo traslado de los restos de Cecilia Böhl de Faber, *Fernán Caballero*, al Panteón de Sevillanos Ilustres. Constituye uno de los grandes misterios de esta ciudad, tan tópicamente alegre, el que de vez en cuando se le desatan unas reivindicaciones funerarias de lo más intempestivo. Como si el no tener a todos sus muertos memorables localizados y bien ordenados le produjera un desasosiego, un sentimiento de culpa colectiva mal resuelto. Una delegación de ese oscuro

impulso ha debido alcanzar por estos mismos días al Alcalde de Madrid, que anda el hombre muy preocupado por localizar los restos de don Diego Velázquez, sevillano también. Nadie se los ha reclamado todavía desde la capital andaluza, pero todo se andará. En vísperas de Expo-92 se removió otro viejo expediente mortuorio: el de la verdadera tumba de Cristóbal Colón. Y todavía en la actual fábrica de loza de La Cartuja se guarda una caja de zinc, que yo he tenido en mis manos, donde algunos aseguran que están los auténticos huesos del Almirante, sacados subrepticiamente de su cripta del monasterio. (Todos los demás y sucesivos enterramientos serían así pura fábula). En 1977, otra campaña de reclamaciones al Más Allá quiso traerse hasta el mausoleo los restos de los dos hermanos Machado. Gracias a la firme oposición de unos cuantos catedráticos de Instituto, como el que suscribe, aquello no prosperó, y Machado el bueno sigue en Colliure, donde debe estar.

Es de manual de antropología que el culto a la muerte se desarrolla compulsivamente en las cercanías de alguna eclosión vital (aunque yo no sé si puede llamarse así a las próximas calendas electorales), y de modo particular en sociedades primitivas y proclives al jolgorio. Por lo que sea, las concomitancias freudianas entre *eros* y *tánatos* han tenido en Sevilla un especial fundamento: mitos de don Juan y Mañara, pinturas de Valdés Leal, o todos los toreros muertos en olor de multitud. Pero creo que esa misma dialéctica de los contrarios, en el caso de Fernán Caballero, a alguien se le está yendo de las manos, por más que estemos deseando verlo. Así que una especie de procesión, auspiciada por este inefable Ayuntamiento, la Iglesia y la Universidad, trasladará los sufridos restos de la gran folclorista desde el cementerio, con estación de penitencia en la Academia de Buenas Letras, y continuación en el "pasito", hasta su definitiva morada. (El "pasito" son las andas en que se procesiona el Viernes Santo la reliquia de la Sagrada Espina. Pero aquí los símbolos se apretujan de tal modo que no soy capaz de interpretar nada). No faltan los tintes de humor negro, como esta escalofriante frase del Vicerrector: "Queremos darle vida [al Panteón]", amenazando conciertos y actividades culturales al calor -es un decir- de tan insignes despojos. Ya veo a don José Gestoso, a Arias Montano y a los hermanos Bécquer bailando no sé qué danza macabra. En cuanto a los extravíos de ultratumba de la Sevilla Eterna, créanme que no salgo de mi estupor. Decía Cernuda que para el poeta la muerte es la victoria. Menos en Sevilla, habría que añadir, donde, con estos zarandeos, morirse se ha vuelto realmente peligroso.

13.5.1999

ROMERÍAS

Pocos sevillanos de hoy conocen que a escasos cincuenta kilómetros de la capital, en dirección Norte, se encuentra uno de los yacimientos arqueológicos más enigmáticos de la Península, quizás de Occidente: el asentamiento romano de Mulva, o Munigua. Pero sólo hay que coger el tren de la sierra, uno de esos trenes que la Junta de Andalucía sostiene en grado heroico, y bajarse en el apeadero de Las Arenillas. (Se puede ir en coche, pero no es recomendable para el mucho meditar que la jornada requiere). Desde allí, un camino de dos kilómetros, por entre apacibles encinares, conduce al misterioso lugar. Conviene llevar el corazón preparado a las sorpresas.

Los senderistas prefirieron esta vez un carril todavía más natural, siguiendo el arroyo Tomahoso, un garabato de lentiscos y palmares en la dehesa profunda, por donde oír los cantos de una multitud de pájaros. Preparación recomendable también. Un águila culebrera se levantó entre las encinas, y fue al seguirla con la vista cuando, de pronto, los caminantes vieron un farallón insólito, una espectacular construcción asomada a un pequeño acantilado, parecida a ninguna cosa conocida. Era la muralla posterior del santuario que aquí hubo, un gran santuario de trazas helenístico-orientales, con terrazas y rampas, dedicado a no se sabe qué dios o qué diosa, y desproporcionado a todas luces para lo reducido del conjunto. Total, unas termas, un foro, seis casas... Eso sí, todo muy exquisito y costeado. Otro muro perimetral, de defensa, que trata de vencer lo accidentado del terreno, nunca se terminó, tal vez por excesiva confianza en los dioses.

Durante años se relacionó a Mulva con la actividad minera cercana. Pero conforme avanzan los estudios y las excavaciones -llevadas a cabo desde 1958 por el prestigioso Instituto Arqueológico Alemán-, se subrayan más los aspectos religiosos que allí se desarrollaron y la especial protección de que gozó el sitio por parte de varios emperadores: Augusto, Tito, Vespasiano, Adriano. Un tratado de hospitalidad, de los tiempos del primero, una carta del segundo, fechada en el 79 d. C., y unas reformas en el templo de cuando el último, así lo atestiguan. Todavía la presencia de un *Dis Pater*, ésta sí verificada, entre los dioses que recibían culto, pone un punto de mayor extrañeza, pues se trata de una de esas divinidades mistéricas que la Roma decadente incorporó de otras religiones, como Isis, Attis, o Mitra; todas, por cierto, muy extendidas en la Bética. *Dis* parece diminutivo de *Dives*, rico, y según el propio César es un dios de los infiernos; también de las riquezas del subsuelo, las minas. Cicerón disiente y le

atribuye la consagración de la naturaleza toda. Teniendo en cuenta las excelencias campestres del lugar, no desentona tampoco. En cualquier caso, un dios salutífero, capaz de atraer grandes peregrinaciones. (¿Por qué será que aquí prenden tan fácilmente esos cultos ambiguos y tumultuosos?) Todo, en fin, indica que estamos más ante un lugar de devociones populares que de actividad económica, al menos en su época floreciente, las primeras décadas del siglo II. Se cree que alguna de las invasiones mauritanas de esos tiempos puso un brusco final a este emporio inexplicable. Si se nos perdona la audacia, tal vez les pilló en plena romería. Hay que tener cuidado con las romerías.
27.5.1999

UNA DE GATOS

En cuanto la gente se pone a cavilar en torno a alguna causa oculta, salen a relucir los innumerables dichos que tienen como punto de referencia al gato. Debe de ser por la malicia que se supone en este animal; quizás por lo escurridizo o por la poca claridad de sus intenciones. Ayer escuché a un tipo decir en una tertulia: "Hay mucho gato encerrado". Aludía a las complejas oscuridades en que se tienen que estar desenvolviendo las negociaciones, o por ahora tanteos, hasta despejar quiénes serán finalmente alcaldes en Sevilla y Granada; o, como dice otra expresión popular, quién *se llevará el gato al agua*. (No es éste un verdadero gato, sino la persona que termina arrastrándose y arañando la tierra como tal, por que no se lo lleven ensogado al charco, según un antiguo juego de fuerzas que Rodrigo Caro describe muy bien). Pero quizás aquél primero, aunque acertaba, no supiera de dónde viene exactamente el dicho que acababa de utilizar, el de *gato encerrado.* Tampoco del gato en sí, sino de la bolsa hecha con la piel de este animal, que hasta muy avanzado el siglo XVIII servía para guardar bien los dineros. Así que en realidad este aforismo es una metáfora que señala asuntos económicos impenetrables, tal vez inconfesables. Piensen que algunos se han entrampado hasta las cejas para sostener unas campañas electorales, y ahora llega la hora de saldar deudas. Y de poner sobre el tapete pagarés sin fondos, acciones pignoradas, empresitas de paja, patrimonios personales... Tristes negocios de la política, que es mejor no saber. Y hasta el prestigio de algunos alegres prestamistas anda temblando a estas horas. Por poner un ejemplo, claro está que la alcaldía de Sevilla tiene un alto valor en todas esas transacciones; pero espero que nadie vuelva a caer en la tentación de ponerla en el centro de la mesa. Sino que se cumpla aquel otro de *gato escaldado* ... (ya van tres). El

problema estriba, para la dirección del PA, por ejemplo, en cómo decirle a Rojas Marcos que esta vez no va a ser alcalde de Sevilla. O sea, en *quién le pone el cascabel al gato* (van cuatro). No porque esta formación le haga muchos escrúpulos a una alianza con el PP, que en la noche de las ideologías -dirán ellos-, *todos los gatos son pardos* (cinco), sino porque su alianza con el PSOE en la Junta le está proporcionando muchos mejores beneficios... políticos. Y porque no quiero yo que a mi amigo Monteseirín *le den gato por liebre* (seis). Alguno dirá que ando *buscándole tres pies al gato* (siete). Pues no me importa. Por cierto, este último gato tampoco es el felino de nuestros hogares, como creyeron hasta el maestro Correas, Rodríguez Marín y el mismísimo Cela, queriendo ver una corrupción del aforismo que pareciera más lógico: "Buscarle cinco pies al gato"; pues no señor, porque se refiere a gato por el número de sílabas de la palabra, *ga-to,* en su uso poético, es decir, a dos pies métricos, y nunca tres, por más que el poeta se empeñe o lo necesite. Cervantes, como de costumbre, siempre usó bien este dicho. (Y es que donde esté un buen escritor, que se quiten todos los filólogos). En fin, ¿cuántos gatos iban? ¿Siete? ¿Pero no son siete las vidas que tiene un Rojas *Gato*? Vaya por Dios.

17.6.1999

POLLO NACIONAL

Va uno por la vida creyendo tener una idea clara al menos de los asuntos materiales más evidentes, cuando la necesidad de referirte a algo de manera precisa te muestra de pronto un lado insólito, una dificultad conceptual con la que no contabas. Hace pocos días, una cadena de supermercados empezó a emitir por la radio un anuncio que decía: "Consuma pollo nacional". Lo que en circunstancias normales hubiera sido simplemente *pollo*, ahora necesitaba de un atributo que lo distinguiera del pollo belga, ya saben por qué. Pero como el reclamo se difundía por una cadena de emisoras de amplia audiencia por toda la piel de toro y sus archipiélagos, seguro que los diseñadores de la campaña tuvieron en cuenta el rechazo que a estas alturas podía despertar en bastantes consumidores ese calificativo derivado de España, por muy humilde y saludable que fuera la ocasión. De ahí que prefirieran un complemento más atenuado: *nacional*. Pero no se sabe qué habrá sido peor, si la enfermedad o el remedio. Tampoco sé yo por qué pensé de inmediato: seguro que esto de "pollo nacional" no ha de gustarle nada al Jordi Pujol. Al padre Arzalllus, menos todavía, y con el pollo que tienen montado ahora que no le salen las

cuentas del mercadeo poselectoral, figúrense. Lo que es Fraga, sin duda aprovechará la ventajosa ambigüedad del término. Pero incluso en Andalucía los habrá que, con esto de la ascensión del PA, se pongan a cavilar sobre tan resbaloso apelativo. (Ellos tienen un *Comité Nacional* que, naturalmente, se refiere sólo a Despeñaperros para abajo. Incluso los hay, más osados, que hablan de *Andalus Norte*, por oposición a *Andalus Sur*, más comúnmente conocido por El Magreb. Ahí es nada). ¿Cómo pretende usted engatusarme con eso de *pollo nacional?*, dirá un nacionalista cualquiera de esos territorios. ¿Me toma por tonto? Ciertamente es poco inteligente creer que no iban a reparar en la añagaza semántica, y que cada cual fuera a interpretar, a su conveniencia, pollo *andaluz, gallego, catalán* o *vasco.* Menudos pollos son éstos. Y flaco servicio le estaban haciendo los publicistas a nuestros sufridos criadores de pollo. Pero hay que ponerse en su lugar. (En el de los publicistas, en el de los criadores y en el de los pollos). Seguro que los primeros pensaron en otras posibilidades, pero a cual peor. Por ejemplo: "Consuma pollo estatal". Risible de todo punto, pues poco tiene que ver el pobre animal con esa esquiva abstracción político-jurídica que concierne a los habitantes de la piel de toro, sus archipiélagos y plazas fuertes. (La que hay que liar para no decir *España).* Otra: "Consuma pollo no belga". Excesivo. Además, podía incitar a consumir pollos franceses o ingleses; sólo faltaba eso. "Consuma pollo de su nacionalidad o región"; cierto tufillo discriminatorio. "Consuma pollo ibérico"; desconcertante asociación con "cerdo ibérico". No había salida. La realidad política ha ido tan deprisa que nos ha dejado ese hueco léxico-semántico que no hay forma de rellenar.(Lo que, tratándose de pollo, resulta doblemente inaudito). Salvo que a ustedes se les ocurra algo mejor, propongo provisionalmente esto otro: "Consuma pollo español y póngale la ensalada mental que quiera".
1.7.1999

GENTES DEL SUR

Centro Conde-Duque, Madrid. Una exposición de fotógrafos neorrealistas italianos, años 50, cogió desprevenido al viajero. LLevado hasta el lugar por otros menesteres, miró inopinadamente hacia un lado, cuando de pronto le golpeó como un presagio, un dolor inoportuno en blanco y negro. Desde el fondo de la galería, una foto desmesurada ejercía el señuelo: Silvana Mangano y su muslo implacable, *Arroz amargo*, tan angelicalmente erótica que más sentía uno estupor, el estupor de los límites que no debieran tentarse así como así. También

un cartel, con otra fotografía de Mario de Biasi donde una pequeña multitud de machos aburridos en tarde de domingo se vuelve a desear el culo enfundado en blanco, irresistible, de una atrevida muchacha. Mas la succión estética había causado su efecto y el viajero, ya convertido en visitante, comprendió. Se trataba de atraer a una verdad más profunda: la intimidad de la pobreza en la Italia destrozada del medio siglo. Y tuvo un pálpito, el viajero, una evocación perturbadora, conforme desfilaban por sus ojos las imágenes de niños que juegan a no pasar hambre, obreros y obreras en condiciones ínfimas, ancianos hartos de vivir, curitas asexuados que juegan al fútbol mientras tanto. Y todo en un envolvente similar al que guardaba en su retina más honda. Los mismos muebles, los mismos zapatos, las mismas ropas mil veces lavadas. Sucintas posesiones con que hacerse a la idea de estar viviendo. Y una vorágine de equivalencias se desató en su mente. Aquellas *Crónica de los pobres amantes*, de Vasco Pratolini; *La zanja*, de Alfonso Grosso; *La romana*, de Alberto Moravia; *Seguir de pobres*, de Ignacio Aldecoa. Cuando el idioma de los últimos escritores éticos se hizo voluntariamente gris, didáctico y proletario. Al servicio de una realidad insoportable, la que finalmente llevó a un Pavese a comprender que si a Dios no es posible encontrarlo en semejante desorden es que ya no hace falta encontrarlo. Y entonces como que da la mismo vivir que irse, voluntariamente, un día cualquiera.

¿Pero quién se acuerda ya de todo eso? ¿Quién habrá sido el loco que nos ha traído a esta frontera del milenio la memoria de unas *Gentes del Sur* -así titula su escalofriante serie Nino Migliori- de hace cincuenta años, y por qué? Tal vez para recordarnos que nada demasiado diferente sucedió en toda la Europa del Sur por aquellas calendas del desamparo, a medio camino entre el fascismo canalla y el capitalismo disolvente. O hacernos pensar que ellos, los pobres de estas fotografías, tuvieron al menos un cronista en blanco y negro que los volvió inmortales. Pero a nosotros, ¿quién nos salvará a nosotros? Quién dejará constancia real de este tiempo vertiginoso y estúpido que nos ha tocado sobrellevar. Éste en que todas las imágenes son vaporosos colorines de media tarde, o cartulinas seriadas que se desvaen al poco -también las electrónicas desaparecerán-. Qué espanto, tanto ruido para nada. Dan ganas de gritar: por favor, que venga alguien a retratarnos en blanco y negro, o no sé cómo, pero que algo quede de esta espantosa mediocridad dode todo el mundo quiere parecer rico. Y que alguien pueda compadecerse de nosotros, pobres de nosotros, dentro de cincuenta años.

22.7.1999

Cuentos de verano

AMOR FUTURO

"La cadena de televisión británica SKY ha entrevistado a jóvenes de ambos sexos seleccionados por ordenador en busca de la "pareja ideal". Invitados a la Costa del Sol, al final del verano se comprobará si se ha formalizado alguna pareja". (De los periódicos, 24.7.99).

Ignoramos cuál sea la naturaleza bioquímica del amor. Quizá preferimos ignorarlo. Quizá la feromonas y otras sustancias demasiado evidentes no complacen a nuestro deseo de un algo indómito. Y aunque sospechemos que todo se reduce a un encuentro fortuito de moléculas que andan a la deriva, nos satisface más la intuición de un rayo incoercible, aquél que Eros arrebató al padre Zeus en uno de sus descuidos, precisamente amoroso. Así que nada de computerizar los parámetros genéticos de cada cual y que, en un futuro, baste preguntarle a la máquina quién de los vivos se corresponde con la cavidad receptiva de otro quien. Y que la máquina nos diga, por ejemplo: Albuquerque, Nuevo México, Paradise Hills, 73, 4º A. Y nuestra protagonista, que anda por Málaga, protegiéndose del sol con una crema total, abra la carta que a punto estaba de volverse ilegible con el agua que caía de sus cabellos, tras la ducha, y conozca así que un tal Freddy Lovington, pelirrojo gimnasta de mantenimiento, le aguarda desde el fondo inevitable de la química. Cierto que, como ha ocurrido ya millones de veces, el encuentro de los dos desconocidos predeterminados sería agradable, acompasado al ritmo de ochenta y tres cilindradas por coito y remate en orgasmo simultáneo.

Pero Rosa, que así se llama nuestra estudiante de Filología, se niega y rompe la carta. Está secretamente enamorada de su profesor de Latín, un asturiano errático de cincuenta años, especialista en Lucrecio. A nadie le dice ella lo que ha pasado, y finge que nada ha pasado. Pero la Gran Máquina no olvida. Y Freddy, que recibió la misma información, ya ha emprendido el viaje que los dictados superiores mandan. El gimnasta se introduce un chicle en la boca y asiente en su interior. Es un buen chico. Rosa, en cambio, decide perderse. Sabe lo que le puede ocurrir y cambia de domicilio, por sorpresa. Desorienta a sus amigas y a sus padres, con señas falsas. También fabrica una nueva identidad. Freddy no entiende. Deambula por la ciudad luminosa. En una terminal de la Máquina introduce su tarjeta e informa de lo ocurrido. La Máquina le indica que regrese. Rosa ya sospecha que la buscan por otros parámetros: los efluvios menstruales, algún cabello que se le escapa. Se embadurna con ungüentos exóticos, se afeita la cabeza, el

pubis. Y lo consigue. Desorienta también a la Máquina Entonces el Sistema decide engañar al buen chico americano, que acaba casándose con una elemental camarera de origen nicaragüense, pariente biológica de Rosa, a partir de unos tíos bisabuelos que emigraron a América hacia 1860, desde Málaga. Y Rosa se hace libre, pero la máquina aguarda, implacable, a que recupere su identidad. Entretanto, el profesor de latín ha ababndonado la existencia, suicidándose. Y Rosa, al enterarse, decide desesperada vagar de por vida, cambiando de lugares y camuflando sus efluvios. Hasta que, para poder sobrevivir, acaba prostituyéndose en un lupanar de Albuquerque, Nuevo México, enamorada frenética de su libertad de amar. Allí es donde conoce a Freddy.
5.8.1999

Cuentos de verano

LA AMANTE

La conocía en sus más íntimos caprichos, sus veleidades, su pasiva lascivia, la cascada frutal de sus orgasmos. Pero no podía controlarla, poseerla en un modo verdadero. En algún lugar había leído que el amor y el conocimiento tienden a ir por separado, irremisiblemente. Pero él mantenía la esperanza. En los últimos encuentros había creído percibir ciertos síntomas de debilidad; pequeños resquicios, repeticiones sospechosas en su comportamiento; aparentes coincidencias, que le animaban a creer que algún día la dominaría por completo, le arrebataría sus ricos misterios. Y con esa perspectiva se enfrentó al mes de agosto.

Había urdido en la oficina y en casa una trama perfecta de necesidades. Todo le obligaba a quedarse en la ciudad. Mientras, su mujer y sus dos hijos disfrutarían la playa de siempre. Incluso se permitió ironizar sobre los tópicos al uso; el pobre Rodríguez, las tentaciones. Incluso su mujer, que lo consideraba incapaz de engañarla, le siguió la broma un par de minutos.

Por fin, el territorio despejado. Todo para ella, su amante. Seguridad en el delirio. Perfectamente calculados dinero, horas, y lugar. Respecto de esto último, y para no andarse con rodeos en su propio interior, él mismo lo llamaba el antro, si bien la apariencia externa era la de un bar ordinario en el que mataban su aburrimiento otros náufragos. Pero era en sus cuévanos lo inevitable; aquel ángulo en penumbras tornasoladas donde ella, altiva y desafiante, le aguardaba.

El primer día se encaramó a un taburete de la barra, ni siquiera el más próximo, sin dirigirle una sola mirada. No había que mostrarle interés. El camarero, que lo conocía, le sirvió su combinado de mantenimiento. Él lo fue tomando a pequeños sorbos, mientras espiaba a otros

tres o cuatro que, con similares fingimientos, la rondaban también. Él les llamaría moscones, y los despreciaba. Todos se conocían de mil reojos, pero nada más. Todos aguardaban a que alguno de los otros se decidiera y la fuese calentando. La verdad es que él ya ardía en deseos, y el pesado bulto que llevaba pegado a la entrepierna empezaba a molestarle.

Al fin se decidió el de más edad, un tipo zafio que siempre estaba pasándose un modadientes entre sus comisuras salivosas. Seguro que ella no le haría ni caso. En efecto, sin permitirle más que unos ligeros toques por sus costados curvilíneos, se tragó todos los ahorros del pensionista, que abandonó de inmediato. El segundo fue un personajillo esmirriado al que ella, en su impúdica magnificencia, trató con similares desdenes. Al fin creyó él llegado su turno. Con paso y ademanes muy templado, el vaso alto en displicentes tintineos, se fue hacia ella. Sin duda lo esperaba, ávida y rutilante como nunca. El soltó el combinado ya no sabría dónde. La ansiedad, la certeza, una leve sonrisa dirigida a sus trémulos ojos, allí donde todas las frutas del paraíso pugnaban por igualarse de tres en tres; una caricia aún más leve por su contorno izquierdo, donde ella le permitió que apoyase una mano, mientras con la otra, él se fue sacando del bolsillo, una a una, las doscientas monedas de a cien que ya no le abultarían nunca más.

Nota: "Un total de 129.000 andaluces son jugadores patológicos". De los periódicos, 4 de agosto de 1999.

12.8.1999

c

Cuentos de verano

EL REGRESO

Todos los veranos, en Julio, la Universidad Complutense organiza un curso de literatura infantil y juvenil española para profesores bilingües norteamericanos. Un gran número son profesoras de habla hispana: portorriqueñas, dominicanas, argentinas..., que ejercen en Nueva York, Los Angeles, Texas... Su vida profesional se debate regularmente entre el inglés y el español, con ventajas y sufrimientos de muy diversa índole. La inmersión de retorno en la raíces lingüísticas opera en ellas, por descontado, una extraña fascinación, sobre todo cuando empezamos a hablar de cuentos populares, juegos de calle, trabalenguas, adivinanzas infantiles. Entonces es como si decididamente experimentaran un reciclaje genético, algo que las coloca en un feliz descontrol, por la exacta recuperación de aquella retahíla, aquel juego que aprendieron en la placita olvidada de un pueblo costarricense, o mejicano, como si hubieran sido Carmona, Bérchules, Iznájar. Y a muchas de ellas les sube por la memoria el recuerdo encantado de una abuela o de una bisabuela andaluza. Este año, tras una de esas sesiones, casi de éxtasis cultural, se me acercó una profesora, que trabaja en Texas, a solicitarme algunos datos más sobre juegos y canciones infantiles de Almería, a los que yo había aludido de pasada. Su acento argentino era palmario. Le amplié la información en lo que pude, pero ella entró en nuevos requerimientos, un poco erráticos, por los que intuí que deseaba una conversación más tranquila. Ya en el bar, delante de una cerveza helada, que apenas probó, y como reteniendo todo el tiempo un llanto vidriado en sus pupilas, me contó esta historia: Poco después de la Guerra Civil, una familia de un pueblo almeriense decidió al completo emigrar a la Argentina, siguiendo los pasos de otros parientes. Eran cinco hermanos y hermanas. Pero cuando todo estaba preparado, después de mil esfuerzos, renuncias, ventas precipitadas, el mayor decidió no emprender aquella aventura. Y la madre, que era viuda de guerra, prefirió quedarse también, junto a la tumba del marido. Aquello produjo una fractura total entre los dos bloques, de tal magnitud que nunca más volvieron a verse ni a tener noticias unos de otros. Es más, los descendientes de los que emigraron nunca supieron que en España había quedado aquel resto familiar. Pero la mujer que me hablaba, que era ya bisnieta de la que permaneció en Almería, acabó descubriendo el secreto y, aprovechando este viaje académico, había decidido investigar por su cuenta. LLegó al pueblo almeriense y contactó con el alcalde. Éste, un hombre joven, no recordaba de nada a aquella familia, camuflada bajo un mote local. Preguntando aquí y allá, sin embargo, alguien les sugirió

que hablasen con una mujer muy anciana, de más de noventa años, pero que tenía buena memoria. Y allí que se encaminó mi narradora, que en este punto sí tomó un buen trago de cerveza, al tiempo que se secaba la primera lágrima.

-Creo que vos me podrás comprender. Imaginá; estoy yo al pie de la escalera de aquella casa, cuando sale al rellano una mujer muy anciana, apoyada en un bastón, trémulo, se me queda mirando de arriba abajo, y al cabo como de dos minutos eternos, va y me dice: Hija mía, llevo cincuenta y siete años esperándote.

NOTA.- "Un pueblo de Texas habla oficialmente sólo español". De los periódicos, 15.8.99

19.8.1999

Cuentos de verano

EL CIELO

Estaba resultando un verano muy celeste. Más de lo previsible. A las habituales perseidas o estrellas fugaces -polvo achicharrado de un cometa que pasó hacía mucho tiempo, o almas que iban entrando en el cielo, unas por decreto de Roma, otras quizá más libremente-, se unió lo del eclipse. Una auténtica bagatela en términos astronómicos, decían los entendidos. También estaba lo del miedo milenario. Una superstición extraña, como si doblar esa esquina del tiempo, la del año 2000, hubiera de tener repercusiones incontrolables. El caso es que la gente sentía mucha curiosidad aquel verano por lo de ahí arriba, y no se recataban en alzar la vista con frecuencia. Como aquellos habitantes de Brooklyn el día del famoso apagón, que vieron las estrellas por primera vez, y se sintieron zarandeados entre el pánico y una repentina bondad de sus corazones.

También el alma de pastor durmiendo al raso que muchos llevaban dentro, el poeta frustrado, el marino errante, andaban alertas aquel verano. Sólo los aficionados habituales a la bóveda se sentían celosos. A ver si ahora cualquiera va a pararse a escudriñar en el misterio, decían. Para eso ya están los curas. Que vayan a la iglesia, hombre, y que nos dejen tranquilos a los que entendemos de esto. Antes salíamos a la terraza, con nuestro telescopio elemental, y allí estaban, todas las espuelas de García Lorca perfectamente colocadas en la vitrina del firmamento, para nosotros. La doble Antares haciendo sus guiños desde el Sur. Arcturus gobernando sus trabajosos bueyes. Altair altiva como águila que es. Deneb en la cruz de las alas

del gran cisne. Vega afinando su lira para el concierto de madrugada. Y si afinabas el oído, hasta podías barruntar los caballos de la noche galopando contra ti.

Pero aquel verano andaba todo un poco raro. 1999. Cualquiera paraba por la calle a un astrónomo y le preguntaba, con el mayor descaro: y esa qué estrella es. Luego, aunque la respuesta le fuera incomprensible, seguía su camino, como si tal cosa, pero con una sonrisa extraña. Hasta Júpiter y Saturno estaban tan cerca, sobre las seis de la mañana, que parecía fueran a tocarse, como amigos que salieran de un bar de copas.

Al fin una noticia animó a los demiurgos: una luz misteriosa desafiaba a los astrónomos de todas partes. "No varía, no se mueve, no estalla". No era una supernova, ni un quasar, ni una enana en extinción. Era el ojo de Dios, sin duda, asomado por fin al microscopio, a ver cómo iba éste su protozoario particular. La indiferencia racionalista, no obstante, acabó con ellos. Pero algo pasaba.

Ralph Alpher, un judío de origen ucraniano que en 1948 descubrió matemáticamente la teoría del *Big-Bang*, es decir, que todo empezó hace 14.000 millones de años, más o menos, con la explosión de una colosal bola de fuego, había sido localizado, y rehabilitado, por la NASA, tras muchos años de abandono y olvido. "Da clases particulares a niños. Preside el consejo de la cadena local de TV, y está terminando un libro de cosmología", decía el informe evacuado por el FBI. Todo era cierto, aunque demasiado sucinto. Lo imposrtante es que había consagrado su vida a educar en el cielo a varias generaciones de niños, con un resultado prodigioso: todos los que habían salido de sus manos eran buenas personas, gente solidaria y demócratas excelentes. La cadena local de televisión sólo emitía programas educativos y culturales de elevada audiencia. La astronomía, en fin, inculcada desde la infancia, había resultado, en aquel lugar remoto y olvidado, un eficaz antídoto contra el mal. Unicamente, en su libro, recomendaba no hacerse la pregunta del miedo: qué hubo antes del *Big-Bang*. Pues él se la había formulado, y ya llevaba cincuenta años tratando de recuperarse.

26.8.1999

Cuentos de verano

FÚTBOL, RELIGIONES.

No hay cosa que más me entusiasme que ver la plantilla al completo de un equipo de fútbol delante de su Virgen o de su Cristo favoritos. Ni cosa que más me intrigue saber si, en

justa correpondencia, el equipo en cuestión goza de la misma simpatía por parte de la imagen seleccionada. Pero esto me temo que no lo voy a averiguar así como así. No creo, sinceramente, que ningún periódico me vaya a servir en bandeja de desayuno, por ejemplo: "El Gran Poder se declara sevillista. La Macarena, bética". Qué catástrofe.

De momento, lo único cierto es que tenemos a un puñado de muchachos, de muy feliz contextura, posando de espaldas al protector celestial que les han asignado, como para que éste parezca uno más del equipo. Con cura enmedio y todo. El cura luce sus atributos de intemediario, más una sonrisa maravillosa. Los muchachos, sobre todo los venidos de muy lejos, incluso de otras religiones -o de ninguna religión-, más bien parecen atónitos. Como me vea mi madre, parece que piensa alguno, la vamos a liar. Porque su madre seguro que tiene otras devociones, o asiste por las tardes a un cursillo de cienciología, o echa las cartas del tarot, o es evangélica o mahometana de toda la vida. Es que no he podido evitarlo, madre, de verdad, sigue pensando el muchacho. Pero, vamos a ver, ¿eso estaba en el contrato? Entonces el muchacho, que hasta ese momento creía que el mundo era sólo un gigantesco balón, se empieza a preocupar. Indaga, pregunta. No indagues, no pregutes, le aconsejan. En esta ciudad hubo un tiempo en que a un catedrático de latín lo echaron de la Universidad por haber dudado de la virginidad de María.-¿De quién? - Mira, mejor te haces un cursillo rápido y te vas tomando las medidas del capirote. -¿El *capiqué*? El muchacho es que es un poco lento. Él todo lo que no sea correr por la banda y hacer la pared... -Pero bueno, ¿a ti no te han dicho nunca que África empieza en los Pirineos?

Qué desazón, qué cruz. Antes, el fútbol empezaba en Octubre. Ahora en Agosto. La Semana Santa en Marzo. Ahora en Agosto también. Reconozco que me preocupa mucho esta superposición de mitos y religiones, no por nada, sino porque me estoy haciendo un lío yo también, casi como la madre del muchacho. En esta bendita ciudad antes las cosas tenían un orden, un calendario. Los Autos de Fe, en Octubre-Noviembre (aunque alguno cayó en Julio del 36). El carnaval, en febrero. Las romerías, en mayo. Cada cosa a su tiempo y los nabos en adviento, dice el refrán. Hombre, y marchábamos. Pero ahora todo anda un poco revuelto, todo parece un poco carnaval, con perdón. La gente que iba a misa, iba a misa. No a misa y al fútbol a la vez. No sé si me explico. Y el muchacho, que ha venido de tan lejos, pues figúrense. Como que no da pie con balón. Está francamente preocupado. Su madre le ha dicho por el móvil, desde la otra punta del mundo, que viene para acá, a ver si le explican a ella por qué su hijo tiene que

cambiar de religión así como así. Que eso no estaba en el contrato, ni en los derechos de imagen, ni en nada de nada. A ver entonces.

2.9.1999

Cuentos de verano

LA REVOLUCIÓN

Miren la foto, por favor. Parecían ejecutar un paso a tres en una película de Minnelli. Al pobre Arenas le dejaron la parte de la derecha, para que al saludar le quedara el brazo en esa posición innombrable, que tiene su público. En medio, la rubia despampanante -es un decir-, centrando el discurso y atrayendo focos. Y a la izquierda, qué remedio, el superministro. Eso sí, la mano réproba discretamente ocupada en un papel, para no tener que saludar de ninguna manera. Todo perfectamente estudiado. Pues con tan liviana coreografía estaba naciendo nada menos que la Revolución.

Confieso, para mi vergüenza, que por unas milésimas de segundo me lo creí. Debió de ser por las ansias recónditas que le quedaron a uno en esa parte del cerebelo donde se guardan las carencias más queridas, los síndromes del 68, o aun del 17, y que se afanan inútilmente por salir del letargo. Y si me decido a escribir tan a deshora sobre este lamentable episodio es por lo que he tardado en recuperarme. Ahora ya parece que ni los artífices de la comedia creen en el eslogan: "La Revolución que Andalucía necesita". Qué lástima. Qué poco duran las ilusiones. La propia Teo, que así se llama esta rubia que pudo ser peligrosa, se encargó días más tarde de amortiguar los pasos del *nouveau régime* con esta desdichada advertencia: "Revolución, en el buen sentido de la palabra". Y lo que iba camino de ser un vaticinio de tambores redoblando por las alamedas de la Libertad, se quedó en un claqué cansino, interpretado por tres tristes tigres de papel en los arrabales de Hollywood. Donald O'Connor estaba irremediablemente gordito, la rubia era de bote y Gene Kelly usaba gafas de contable.

Cuando, ya en los camerinos, un avezado tramoyista recogió del suelo de las esperanzas el papel que había servido de pretexto al superministro, y a la foto, pudo leer lo que en él se contenía, a manera de decálogo revolucionario: "Desplegar equipos de información por las calles céntricas de todas las ciudades de más de cincuenta mil habitantes, que vayan recabando: nombre de kiosqueros, de vendedoras de flores y de aquellos que pregonan el cupón de la

ONCE, para que Teo pueda memorizarlos, con tiempo. Anotar las necesidades básicas de cada uno de ellos y de sus parientes, hasta en segundo grado, para que la candidata pueda interesarse, personalmente, por sus más tiernos detalles. Reseñar abanico de soluciones prometibles. Diseñar ceniceros con lemas y escudos de las distintas ciudades para que la candidata pueda ofrecerlos, personalmente, a todo el que vea fumar por las calles. *Idem* con señales manuales de STOP para dirigir el tráfico, personalmente, allí donde observe atascos y aglomeraciones –mejor, provocar alguno-, sobre todo en los aledaños de los colegios. Acercarse a todo niño y alborotarle un poco el peinado, personalmente...

El tramoyista, que había sido líder de Comisiones en sus años mozos, y había estado en Chile, y en Cuba, y en Rusia, no fue capaz de seguir leyendo. Tampoco supo qué hacer con el papelito, y lo dejó caer simplemente al suelo. El paso ya vencido por la edad, se dirigió al cuadro de mandos y, una tras otra, fue apagando las luces del aquel teatro.

9.9.1999

TOMAS IGLESIAS Y EL GENERALISIMO

Unos conspicuos sevillanos -132 exactamente- avecindados en las cercanías de la Avenida de San Francisco Javier, llamada *milla de oro* de la capital, Sevilla, elevó el pasado 1 de abril un escrito insólito al Ayuntamiento. No se lo van a creer, pero en él pedían la retirada del buen nombre de Tomás Iglesias Pérez, otorgado, a instancias de la Asociación "Derecho y Democracia", al trocito de calle donde ellos viven, y sustituirlo por algún otro, como el de "Pasaje de San Francisco Javier". Esgrimen estos caballeros que alejar sus domicilios de la avenida que sustenta el nombre del mirífico jesuíta, por donde fluyen los ríos caudalosos de la especulación y de las plusvalías, "lesiona considerablemente nuestros intereses económicos a la hora de valorar, tanto nuestra propiedad como nuestra consideración social". No es lo mismo, sostienen estos avispados financieros, decir que vives en San Francisco Javier que en Tomás Iglesias, un nombre que nadie conoce, "en nuestro entorno". Claro. El hecho es que el buen recuerdo de este abogado del partido de los pobres, Tomás Iglesias, ha aparecido emborronado de pintura días atrás, y por segunda vez. Ya el Ayuntamiento se encargó de aclararles a estos paladines del capitalismo onomástico quién fue aquel valiente defensor de causas de toda índole contra las injusticias, los desmanes, los crímenes cometidos por el capitalismo franquista en los años duros; también insigne jurista de a pie y abogado de obreros sin fortuna, de los que antes

"se caían" por las ventanas de las comisarías, y ahora se siguen cayendo, pero de los andamios mal puestos de las subcontratas.

Tristes sarcasmos de la Historia. Por esas mismas fechas volvía a sonar el oprobioso nombre de "Puente del Generalísimo", con motivo de la prueba de la maratón de los Mundiales de Atletismo. Un par de veces el periodista de Televisión Española que retransmitía el suceso enunció, sin titubear siquiera, el rancio topónimo, que inesperadamente ha vuelto a lucir en la brillante capital andaluza. Lo curioso es que ese puente nunca tuvo rotulación alguna, y ya se conocía de modo natural como "Puente de los Remedios". Pero un buen día, en plena vorágine preelectoral, es decir, bajo el reinado del PP-PA, apareció el nombrecito en su correspondiente placa, y allí sigue. Tal vez fuera la última contrata -30 millones de pesetas- adjudicada por el tándem nacional-nacionalista. Consta que el nuevo Alcalde, al advertirlo, intentó remediar el ruborizante entuerto a toda prisa, pero ya no dio tiempo. Y aún hubo de entrar en enojosas explicaciones con los atónitos responsables del atletismo internacional acerca de ese pintoresco aumentativo de "general", que ya sólo sirve para aumentar tristezas retrospectivas, y comparativas. Pero en la Historia no existen las casualidades ni en política ocurre nada porque sí. Anteayer mismo, en el Congreso de los Diputados, el PP se ha negado a suscribir una declaración por la que se reconoce que la "hazaña" del tal *Generalísimo* no fue más que un vulgar levantamiento militar contra la legalidad constituida. Aten ustedes los cabos.
16.9.1999

EL ANTICRISTO

Grandes cataclismos ha originado en las almas cándidas que la Santa Madre Iglesia no dé su brazo a torcer en cuestión tan principal como es la pena de muerte. Un último reducto, una reserva de la más alta teología, ha impedido que se elimine del catecismo lisa y llanamente ese atroz invento del Estado vengativo. Con lo fácil que tenían esta vez ponerse a tono con los tiempos. Ya que no el amor por el amor, ni el aborto en circunstancias penosas, ni el uso profiláctico del humilde preservativo, ni la homosexualidad más allá de una "inclinación objetivamente desordenada", ni la inocente masturbación, ni el sacerdocio femenino..., esto al menos. Pues no.

Olvidan las almas cándidas que la Iglesia de Roma ha sido una organización sanguinaria muy buena parte de su historia, y que durante siglos tuvo el fundamento de su autoridad

precisamente en la tortura y en la pena de muerte que ella misma dictaba a través del Santo Oficio de la Inquisición. Olvidan que prestó su beneplácido a toda clase de monstruos y tiranos (el último, a Pinochet, bendiciéndolo allá e intercediendo discretamente por su exculpación acá); que condenó a audaces científicos como Giordano Bruno o Miguel Servet (ambos quemados vivos), o los humilló, como a Galileo. Que sigue hurgando en la herida de nuestra Guerra Civil con beatificaciones sin cuento. Que su verdadero oficio, en fin, es la muerte.

En el famoso episodio de *El Gran Inquisidor*, que figura en la novela *Los hermanos Karamazov*, Dostoyevski sitúa en Sevilla ésa que es una de sus más estremecedoras ficciones. Y no por casualidad en Sevilla, pues largo fue aquí el brazo del Santo Oficio y aquí tuvo lugar el último Auto de Fe completo, el de *La beata ciega*, ejecutada "a fuego lento" en 1781. Imagina el atormentado escritor ruso la vuelta de Jesucristo a este mundo, en la Sevilla del siglo XVI, a intentar regenerar a su Iglesia de los desvaríos del poder, de la acumulación de tesoros, de la doctrina justiciera. Pero el Gran Inquisidor, lejos de reconocer sus pecados y al que se los recrimina, concluye que el extraño visitante no es quien dice ser, sino el gran impostor que ya esperaban, es decir, el Anticristo. El cual, lógicamente, es procesado y sentenciado a la hoguera.

Tal vez sea este el caso "imprescindible" de pena de muerte al que Rouco Varela, Presidente de la Conferencia Episcopal, aduce en su sinuosa justificación de la pena máxima. No en vano se le atribuyen ambiciones de papado. ¿Pues qué si le toca algún día procesar al Anticristo, ahora que tantos terremotos, tifones y otras señales de postrimerías se prodigan? (Dostoyevski fue también gran lector del *Apocalipsis*) Lo malo sería que se cumpliera la predicción, y el propio Jesucristo eligiera la capital andaluza para su inconveniente retorno. Pues aquí la autoridad eclesiástica, el arzobispo Amigo, no parece muy alineado últimamente con las tozudas tesis de Roma. De momento, ha admitido que la Seguridad Social se haga cargo de corregir los "desórdenes" de la homosexualidad. La cosa podría ponerse realmente interesante. Dostoyevski puro.

30.9.1999

POBRE GUADAÍRA

Entonces los trenes se veían venir desde muy lejos por el borbollón de humo que iban dejando en la raya del atardecer. Gracias a su maravillosa lentitud, daba tiempo de casi todo, incluso de que cruzaran las vías unos innumerables rebaños de cabras que volvían de triscar por

las laderas de Oromana; pequeño paraíso de lomas y pinares que descendían suavemente hacia un río manso y paisajístico: el Guadaira, antaño el más romántico de Andalucía. No habrá museo en Europa que no se adorne con un rincón suyo, un meandro encantado, una azuda y un molino de aguas productivas. Hoy, dicen, es el río más contaminado de esa misma Europa, la que envió a sus pintores a inmortalizarlo durante todo el XIX y parte del XX, como si hubiera presentido lo que podía ocurrir. Curiosas revueltas de la historia: lo que de allí nos llega ahora (de Bruselas) son cuantiosas ayudas a la aceituna de mesa, aderezada en los pueblos ribereños: Arahal, Morón, y Alcalá, principalmente. Pero ocurre que algunos almacenistas no han querido entender el compromiso a que eso obliga, y siguen vertiendo al pobre río los residuos mortales de su industria.

Para entender la dimensión completa del desastre, es preciso volver al tren. *El tren de los panaderos*, o tren de Alcalá, negro como la carbonilla y quejumbroso como un acordeón, se convirtió en los años de la posguerra en el cordón alimenticio de la capital, Sevilla, gracias a su metódica y cotidiana mercancía. Aquellos panes de formas caprichosas -teleras, bobas, roscas, roscos, cantos, regañás-, todavía olorosos a retama y a leña de olivo. Un pan amasado con la sabiduría de los siglos, desde que romanos y almohades aprovecharan las represas para hacer funcionar los molinos de agua, de los que salía una harina de primor, amén de un repertorio folclórico de bandoleros y gitanos cantaores.

Pan, río, tren. Trilogía de la nostalgia y trípode de la realidad de un pueblo emprendedor, que así consustanciaba lo bello con lo útil en kantianas proporciones. Con los ojos del recuerdo aún se ve un tren cargado del básico alimento circulando pletórico por la trama de puentes y molinos del Guadaira, abriéndose paso entre un paisaje de bosques de ribera, almeces, álamos blancos, polluelas y martín pescador, poco antes de perderse en el negro túnel de una falsa modernidad.

Pues el tren desapareció en los años sesenta, los del desarrollismo. Los panaderos se traladaron a la capital, y el río ha muerto un año más, dejando su orla de peces asfixiados y un hedor de espumas blanquinosas. Muerte de salmuera y sosa cáustica, y de secretos cálculos contaminantes. Algunos industriales -de Arahal y Morón, sobre todo, según denuncian los ecologistas- prefieren pagar la multa de hasta un millón antes que reformar sus instalaciones, pudrirnos a todos antes que reciclar su podredumbre. O las leyes están mal hechas o el delito ecológico no recibe la contundencia que merece. Pero ahora que la Consejería de Obras Públicas y el Ayuntamiento, felizmente, quieren recuperar la cinta verde del río, con su tren, alguien

tendrá que enseñarles a estos contables de la basura el recto camino. Mejor por las buenas, pero si no...
7.10.1999

¿BORGES CIEGO? (I)

Siempre me consoló dudar que Borges estuviera realmente ciego. Me negaba a admitir, en mi fuero interno, que una clarividencia como la suya tuviera que desenvolverse entre tinieblas, imagen cruel de aquel metafísico que buscaba, en una habitación a oscuras, un sombrero negro que no existe.

Se cumplen este Otoño los quince años de su estancia en Sevilla, cuando la amable fortuna me permitió coincidir con el argentino en aquel memorable *Curso de Literatura Fantástica* (1984), tan cerca que no pude evitar espiarle los ojos (creo que Italo Calvino también lo hacía), como buscando algún indicio que apoyara mis sospechas. Pero él, siempre afable, respondía, tan certero en las palabras como evasivo en la mirada.

Antes había tratado de convertir mi excitante suposición en hipótesis filosófica. Según ella, Borges habría renunciado voluntariamente a mirar el mundo exterior, convencido de ocupar un lugar privilegiado en las filas de la caverna de Platón -quizás el primer cine de la historia-, donde se proyectan las sombras del Ser, comúnmente llamadas *realidad*. De este modo, si lo supuestamente real es engaño del mundo verdadero, que es el de las Ideas -perfectas, inmutables y eternas-, ¿no será más lógico utilizar solamente la mirada intelectual, es decir, la memoria, la imaginación, el pensamiento puro? El hecho es que Borges iba al cine, visitaba monumentos, regresaba a su querida Ginebra siempre que podía. ¿Mas para qué?

Creerán algunos que todo esto es superchería, pero les invito a pensar en cómo la imaginación se constituye en nuestra única puerta al Absoluto, y cómo la memoria puede recrear las más variadas percepciones físicas, incluidas las del sonido, el sabor y el olor. ¿Cómo sería esto posible si antes que el azahar de las calles sevillanas, pongamos por caso, no existiera la Idea inconfundible de su aroma? Borges paseaba por la capital andaluza con una extraña seguridad, como recorriendo un paisaje conocido para su olfato, aunque era Otoño, y la leve sonrisa burlona.

El año pasado descubrí un libro extraordinario que volvió a alimentar mis conjeturas, cuando ya las creía perdidas: *Una historia de la lectura*, de Alberto Manguel, canadiense de

origen argentino, activo apóstol de todos los libros, que había tratado a Borges de una manera singular. (En un bar de Triana, el año pasado, nos estuvo explicando a un grupo de amigos otros pormenores de lo que ya cuenta en su obra). Corría el año 1964. Manguel tendría unos dieciséis y trabajaba en una librería de Buenos Aires. "Cierta tarde entró Jorge Luis Borges, acompañado por su madre, de ochenta y ocho años. Borges estaba ya casi completamente ciego [anoto aquí otra ligera incongruencia, pues se suele dar la fecha de 1951 como aquella en que el porteño dejó de ver], pero se negaba a usar bastón, y pasaba la manos por los estantes como si pudiera ver los títulos con los dedos [...]; cuando ya se disponía a marcharse, me preguntó si estaba ocupado por las noches, ya que necesitaba alguien que le leyera". Así es como empezó la envidiable aventura de Manguel, lector de Borges, quiere decirse, *para* Borges. Y por las cosas que en su libro cuenta, y que nos contó, es como colegí otra vez que el autor del *Aleph* nunca estuvo ciego. (*Continuará)*

14.10.1999

¿BORGES CIEGO? (y II)

Quedamos la semana pasada en que mi sospecha de que Borges nunca estuvo ciego se volvió a alimentar cuando conocí a Alberto Manguel, un argentino-canadiense, que fue contratado por el autor de *El Aleph*, entre 1964 y 1966, para que le leyera por las noches. "Puesto que su madre se cansaba enseguida", fue otro de los argumentos, para mí pretextos, que empleó el escritor y que Manguel recoge en su libro, *Una historia de la lectura*.

En el relato de tan inefable experiencia, se topa uno con detalles sospechosamente ilógicos y sugestivos. "Borges utilizaba los oídos como otros lectores utilizan los ojos para recorrer la página en busca de una palabra, de una frase, de un párrafo que confirme lo que recuerdan". "A menudo me pedía que escribiera algo en las guardas del libro que estábamos leyendo [...]. Ignoro qué uso hacía de esas anotaciones", si estaba ciego, se entiende. Probablemente Borges, como San Agustín, había descubierto la diferencia que hay entre un texto pronunciado en voz alta y el mismo leído en silencio. El primero, mucho más cerca del espíritu que lo dictó. El de Hipona se sorprendía mucho de ver a San Ambrosio leyendo siempre para sí, pues hasta entonces toda lectura no se concebía sino en voz alta, y ésa es la razón por la que todos los libros sagrados se memorizan enunciándolos y repitiéndolos, y la poesía misma, cuando no es recitada, se antoja artificio solitario.

Leer en silencio es el resultado de coordinar cien habilidades distintas que, inevitablemente, distraen del sentido, de la Idea, o más raro aún, exige tal cantidad de aportación propia por parte de quien descifra el texto, que muy bien sucede que lectores distintos acaben entendiendo cosas diferentes. Por eso Voltaire, desde su posición antisagrada, decía que "los libros más útiles son aquellos cuyos lectores aportan la mitad". En realidad, todo esto lo descubrió mucho antes un sabio cairota del siglo XI, Ibn al-Haytham -también conocido como Alhacem-, seguidor de Aristóteles, al observar que entre *ver* y *descifrar (leer)*, la distancia es enorme. Y que el oficio de lector consiste en hacer visible "aquello que la escritura sugiere mediante indicios y sombras". (¿No habíamos empezado hablando de las sombras de la caverna de Platón?)

Borges no sólo no podía ignorar todo esto, sino que lo conocía perfectamente, y desde muy pronto prefirió atenerse al placer de oír cómo otros le leían, para evitar las perturbaciones que creaba su propio *yo* entre la palabra y el Ser. La ceguera no fue, pues, sino una coartada con la que sentirse más cerca de la verdad.

Cuando estuvo en Sevilla, y lo vimos disfrutar por sus calles otoñales que aparentemente no veía, auque las recordaba a través del imposible aroma de los naranjos en flor y de los cantes flamencos que llenaban la noche cálida de una placita de la Macarena, yo estaba seguro, entonces no sabía cómo, de que Borges era el ciego más vidente que nunca existió, perceptor de lo invisible y vislumbrando, como nadie, una salida en el caos y en la tortuosa nada. Tal vez la única salida.

21.10.1999

LA LLANURA INFINITA

La tragedia andaluza tiene desde la semana pasada un nuevo nombre: *La llanura*, de Martín Recuerda. *Sólo* han transcurrido cuarenta y cinco años entre el fallido y el verdadero estreno de este texto, hecho desde la memoria infantil de la Guerra: "Nos habían dicho a los niños que de madrugada veríamos, el que quisiera, subir caminones llenos de hombres y mujeres

por la Cuesta de Gomárez hasta llegar a las tapias del cementerio [...] y otros después llenos de soldados, para lavarse las manos que traían llenas de sangre."

Es fácil comprender porqué en los otros cuarenta años, los del franquismo, los del oprobio, no fue posible llevar a la escena este doloroso alegato. Entonces sólo subían a los escenarios el miedo y la charanga. *Cuarenta años de teatro de la derecha*, lo llamó Monleón. Se dice pronto.

Lo más impresionante es cómo ha resistido este texto el paso del tiempo, como si hubiera estado metido en una burbuja, como si en realidad no hubieran pasado tantos años. Entre el cúmulo de sensaciones que despierta en el espectador, tal vez sea ésa la que más se prolonga. Claro que la actualización hecha por Helena Pimenta, potenciando lo esencial y apartando lo accesorio, armonizando lo conceptual y lo realista en proporciones admirables, ayuda a acercarnos el drama terrible de aquella familia que ni siquiera supo dónde habían enterrado al padre, después de darle *el paseo*. (Tampoco sabemos dónde está enterrado verdaderamente García Lorca, a quien Martín Recuerda nos trae en múltiples evocaciones, voluntarias, generosas; incluso en el desenlace, con un eco brutal de la Adela de *Bernarda Alba*).

Hemos dicho “acercarnos el drama terrible”, que no comprenderlo. Pues una historia así, una guerra como aquélla, escapa a toda comprensión humana. Seguro que ni los Ángeles del Infierno pueden. Tampoco entendemos lo de Bosnia, lo de Kosovo, lo de Chile. A lo más que aspiramos es a vivenciarlo, y ya es bastante duro. Gente joven que asistió a la función nos decía que por primera vez habían *captado* lo que fue aquel fratricidio, la dimensión del dolor que había detrás de aquellas espeluznantes historias contadas, musitadas más bien, por sus abuelos. En cuanto a la gente mayor, más de uno sentí llorar en la oscuridad de sus recuerdos.

Pero una cosa sí que nos fue posible comprender, por vez primera, a través del personaje del maestro (excelente interpretación de Mariano Peña, como la de todos los actores); por su retorcido intento de justificar lo injustificable. Y es el drama del franquismo, que sabe que no ha sido perdonado, que ha tenido que sobrellevar una existencia podrida por la indignidad y el remordimiento continuos. Y el drama consiguiente de todo un país, que no ha podido hacerse la catarsis, la que sólo surge del perdón. Por eso no entendemos a quienes quieren impedir que el pueblo chileno tenga la oportunidad que no tuvo el español: reconciliarse de verdad, no de mentira -como nosotros-, a partir de la culpa condenada, ya que la otra, la admitida, los tiranos y sus secuaces nunca la reconocen, sino que se extiende y se extiende, por la llanura infinita.

28.10.1999

BÉCQUER, EL RIGOR Y EL AMOR (1)

El pasado 26 de mayo, los autores de este artículo dimos a conocer nuestra edición de un relato de Bécquer muy poco conocido: Unida a la muerte (Algaida, Sevilla, 1999), publicado por primera vez en diciembre de 1929, como número 6 de la colección El cuento azul, y no incorporada a ninguno de los intentos de obras completas de este autor; tampoco rechazada ni discutida por nadie hasta el momento de nuestra reedición. Es decir, prácticamente desconocida por la comunidad científica, hasta ahora.

Nuestro estudio introductorio es el resultado de una muy amplia y fatigosa investigación de cerca de dos años, intentando desvelar las claves de tan curioso enigma, y conscientes desde el primer momento de que íbamos a encontrarnos con una severa resistencia por parte del mundo académico, a pesar de que hace tiempo se sabe que el edificio becqueriano está construido sobre cimientos muy débiles. Efectivamente, no pasaron ni veinticuatro horas cuando el poeta Rafael Montesinos declaraba a Radio Nacional, en el programa El ojo crítico, que dicha leyenda era una falsificación de Iglesias Figueroa, entre otras. Declaraciones que ratificó, ampliadas, al diario El País, que las recogió íntegras en su edición de Andalucía del 28 de mayo. He aquí lo más importante de cuanto manifestó Montesinos: "En 1970 yo publiqué un ensayo larguísimo en la revista Ínsula en el que demostré con una tabla de correspondencias todo lo que había falsificado Iglesias Figueroa". (El subrayado es nuestro). "El Cuento Azul es para ponerlo en cuarentena entero". "No son de Bécquer las leyendas La fe salva, La voz del silencio, como tampoco es la novena Carta desde mi celda". Estas declaraciones causaron el natural impacto en la opinión pública, por venir de quien venían, y de hecho algunos periodistas y otras personas dieron por perdida nuestra causa. No hablaremos del daño que se causó también a la promoción del libro. Nosotros mismos nos sentimos estupefactos, pero por todo lo contrario: porque no se puede decir mayor cantidad de incongruencias extrañas a la verdad en tan breve espacio como utilizó nuestro oponente. Pero lejos de responder con la misma irreflexiva prontitud que él (que lo hizo antes de conocer nuestro estudio), decidimos tomarnos un tiempo para revisar nuestras conclusiones, ampliarlas en lo posible, y esperar a ver qué decían otros becqueristas e

investigadores. La mayoría de los consultados se muestran todavía prudentes (ver El País, edición de Andalucía, 8.7.99), aunque con distintas inclinaciones, y aún tarderemos en tener opiniones más fundadas; es perfectamente comprensible. Pero transcurrido ya este tiempo, en el que nosotros hemos seguido buceando en hemerotecas, bibliotecas, y dialogado con otros expertos, ya nos parece suficiente para hacer un nuevo balance de la situación:

Las afirmaciones de Rafael Montesinos no se sostienen ni porsí mismas ni en contraste con la realidad. Veamos: dice este autor que en su artículo de 1970 desmontó todo lo que había falsificado Iglesias Figueroa. Ocurre, sin embargo, que en dicho artículo no dice absolutamente nada de Unida a la muerte. Tampoco en el resto de su obra dedicada a nuestro poeta. La conclusión es bien sencilla: Montesinos ignoraba por completo la existencia de esta leyenda, como muchos otros, antes de ponerla nosotros en circulación. De lo contrario, habría que pensar que silenció voluntariamente lo que sabía sobre tamaña "impostura", cosa bien rara en un investigador que, en cambio, sí dedica extensas consideraciones a refutar textos mucho más breves. Quizás en el momento de sus declaraciones le faltó valor para reconocer su laguna, por otro lado nada extraordinaria, como vamos viendo. A veces el amor ciega también la sinceridad. Pero en estas cuestiones tan delicadas antes que el amor está sobre todo el rigor. En cualquier caso, no es cierto lo que dijo. A continuación añadió: "El Cuento Azul es para ponerlo en cuarentena entero". Sucede que esta colección, que alcanzó lo 46 títulos, incluye obras de, entre otros, Pedro A. de Alarcón, Blasco Ibáñez, Palacio Valdés, Leopoldo Alas, Felipe Trigo, Juan Valera, Pereda, Alejandro Dumas, Gorki, Dostoyewski...; algunas muy conocidas, como El clavo, Pipá, El pájaro Verde, y otras raras o muy raras, como la que nos ocupa; combinación que sería algo así como el estilo de la colección. ¿Todo eso hay que ponerlo en cuarentena? Es evidente que Montesinos se refería a otra cosa, que no sabemos lo que es. Pero si es verdad que en el momento de hacer sus declaraciones tenía el libro que nos ocupa en sus manos, como también aseguró, no entendemos a qué tan absurda descalificación de obras y nombres tan significativos de la literatura española y extranjera, algunos de los cuales aparecen anunciados en esa misma edición.

Pero todo esto no es nada comparado con lo que viene ahora. Siempre según Montesinos, la carta IX Desde mi celda también es falsa. Aquí nuestra sorpresa se convirtió en estupor sin límites. Y a todos los especialistas que hemos consultado sobre este extremo les ha pasado lo mismo. Siempre habíamos creído que falsa era la carta X, fabricada, cómo no, por el tan socorrido Iglesias Figueroa, y así lo afirma el propio Montesinos en su artículo de 1970.

¿Pero la IX? La IX se publicó en El Contemporáneo el 6 de octubre de 1864, en vida del poeta. ¿De dónde se habrá sacado don Rafael semejante "descubrimiento"? Pues muy sencillo: de que esa carta lleva una dedicatoria, "A la señorita M.L.A", idéntica a la que lleva Unida a la muerte. Y claro, si la carta IX es otra fechoría del pobre Figueroa, Unida a la muerte también. Qué casualidad. Ahora bien, lejos de irritarnos tan sospechosa novedad, créannos que hoy nos sentimos muy agradecidos a nuestro intempestivo adversario, pues sin darse cuenta nos ha suministrado él mismo una prueba irrefutable de que la leyenda en cuestión no pudo escribirla Iglesias Figueroa. La razón es bien simple y de pura lógica -como suele ocurrir en estos complicados procesos-: Unida a la muerte lleva también una Nota Preliminar, donde se dice:"La dedicatoria a la señorita M.L.A coincide con la de la última Carta desde mi celda". Si Iglesias Figueroa hubiese escrito esto al frente de su presunta fechoría habría dicho "con la de la penúltima carta...", pues para él había otra, la X, que desde luego no lleva dedicatoria alguna. Miren qué fácil es desmontar un "desmontaje".

Conviene en este punto dejar muy claro que no existen otros falsificadores conocidos de Bécquer a quienes endosarles cualquier cosa, y que tampoco son tantas las atribuciones indebidas, quitando las cinco o seis a las que se refiere Montesinos, y que probablemente habrá que revisar algún día. Luego, ¿si Unida a la muerte no pudo escribirla Figueroa, quién sino el propio Bécquer pudo hacerlo? Gamallo Fierros, un becquerista muy solvente, reconocido por todos, afirmó que los amigos de Bécquer, al preparar la edición príncipe del atormentado poeta sevillano, en 1871, "dejaron al margen un amplio, interesante y rico sector de la obra becqueriana, constituida por relatos fantásticos?" Más claro, y más fantástico que nuestro texto, imposible.

Está, además, la extensa batería de cotejos textuales, léxicos y sintácticos de todo tipo, que hemos realizado, principalmente en comparación con El caudillo de las manos rojas, escrita por la misma época, y con el Hamlet de Bécquer. Cualquiera puede consultarlas en nuestra edición, y asombrarse con nosotros. He aquí algunas, que ofrecemos a los lectores no advertidos hasta hoy (la primera de cada par corresponde a El caudillo..., y la segunda a Unida a la muerte): "El salvaje grito de los cóndores/las aves de rapiña lanzan gritos salvajes; después de vagar errante por la inmensidad del vacío/dejaba vagar su mirada errante sobre las olas de un azul sombrío; Caudillo, reclina tu frente sobre mi seno/ven, reclina tu cabeza en mi seno". Y así muchas más, junto con estructuras sintácticas idénticas, ausencias características y multitud de rasgos estilísticos medidos con ordenador y a mano.

Pero, a pesar de todo eso, quien no quiera verlo no lo verá. Porque el problema es otro bien distinto, y es de naturaleza ideológica, política, y académica, como pormenorizamos también en nuestro estudio, y seguimos verificando y ampliando con nuevas investigaciones en curso. Por resumir, también para los lectores no avisados, estamos ante un texto donde se establecen claros elogios de la cultura y la religión musulmanas, se vierten opiniones favorables a la libertad, a la justicia social y a la igualdad entre todos los seres humanos; se roza el tema del incesto, todo ello muy en consonancia con las propuestas más radicales del Romanticismo a lo Byron, y que chocaban frontalmente con el romanticismo domesticado y melifluo del pensamiento reaccionario español, en el que por necesidades vitales se tenían que mover Bécquer y su hermano. En esos años, 29-30, la polémica en torno a la verdadera esencia del Romanticismo estaba muy en su apogeo (Julián Besteiro pronunció una muy sonada conferencia el 4 de enero de 1930, donde venía a demostrar que Socialismo y Romanticismo son mucho más compatibles que Romanticismo y Conservadurismo). Tal vez unas palabras de Rafael Alberti, que acabamos de encontrar en nuestras investigaciones, en una entrevista concedida a El Heraldo de Madrid, el 30 de enero de 1930, aclaren mejor que nada de qué estamos hablando. Cuando al joven poeta se le pregunta por los autores que han influido en él, reconoce el influjo de Bécquer, y dice: "Lo de Bécquer sorprenderá a muchas personas. Pero es que Bécquer ha tenido la desgracia de caer en manos de la peor gente". Y un último detalle curioso: En el diario El Sol, el 18 de diciembre de 1929 se publica un anuncio muy destacado de nuestra leyenda, como importante novedad que la editorial ofrece en prueba de la seriedad y la originalidad que promete El cuento azul. ¿Qué editor tan loco hubiera hecho basar el prestigio de una colección naciente en un gatuperio como el que se dice que es Unida a la muerte?

28.10.99

(1) Este artículo apareció también con la firma de Féix Morales Prado. Posteriormente, el 1 de septiembre de 2003, el profesor Ángel Pineda Pérez, de la Universidad de Sevilla, en conferencia pronunciada en la inauguración de los Cursos de Otoño, ha revalidado nuestras tesis, aplicando métodos de lingüística computacional. Por otra parte, el profesor Joan Estruch, de la Universidad Autónoma de Barcelona, en un artículo publicado en el nº 8 de la revista El Gnomo, que dirige Jesús Rubio, rebatió nuestro estudio basándose en el argumento de que tres palabras utilizadas en *Unida a la muerte* (firmán, otomana, diván), entraron en el idioma ya muerto el poeta. Pero no es verdad. Dichas palabras ya eran de uso corriente en escritores

contemporáneos de Bécquer, y aun anteriores. Ocurre que Estruch sólo consultó el Corominas, que está equivocado. Pero enviamos nuestro artículo de réplica a la revista hace más de dos años, y aún no se ha publicado.

EL JUEZ EN LOS INFIERNOS

Con los tristes fervores de Noviembre vuelven a circular los ecos sevillanos de una leyenda tenaz y enigmática: *Don Juan Tenorio.* Manida, recreada y estudiada mil veces (Molière, Goldoni, Gluck, Mozart, Puschkin, Merimée, Dumas, Byron, Zorrilla, Los Machado, Apollinaire, Tennessee Wiliams, Frisch) se diría que no queda resquicio alguno por donde entrar de nuevo en ella. Y sin embargo, lo que más importa, el sentido, permanece impenetrable. Al menos desde la literatura misma. Ocurre con todos los grandes mitos: Edipo, Medea, Fausto... Don Juan. Todos, por cierto, con antecedentes folclóricos inmemoriales -es ilusorio pensar que ningún autor culto hubiera podido inventar semejantes prodigios. Por eso en todos es preciso rastrear las fuentes orales, si queremos iluminar algún significado verdadero.

Los arquetipos latinos de los siglos XIV al XVI están más próximos a las versiones populares que circularon por toda Europa, dando vida a este caballero libertino. Y registran un detalle de suma importancia, que desaparece en las versiones cultas: la calavera ultrajada por el fanfarrón, una noche de borracheras, pertenece a uno que fue juez de mala vida y comportamiento nada ejemplar. El carácter lujurioso del ofensor apenas está insinuado, aunque debió desarrollarse en otras formas de la leyenda, hasta dotarlo de ese doble, inquietante perfil: burlador de difuntos y burlador de mujeres -dos rasgos que, en apariencia, nada tienen que ver entre sí, como no sea apelando al Freud de Eros y Tánatos, el amor y la muerte-. Interesan más a la mitología popular las relaciones de ultratumba, con el doble convite: primero la invitación a cenar del caballero al juez mal enterrado, y luego la de éste, una vez aparecido, cual fantasma o estatua viviente, al caballero, en el mismo cementerio. Como suele ocurrir, la antropología, más que el psicoanálisis o las elucubraciones cultistas, aporta lo esencial para una interpretación correcta: no es por casualidad que la calavera del juez esté a flor de tierra –por eso tropieza el juerguista con ella, se enfurece y la desafía-, sino porque el difunto a quien corresponde, es

decir, el juez injusto, no ha recibido de la comunidad una sepultura digna, en castigo a sus maldades, entre las que cabe suponer fácilmente sus prevaricaciones. La indignación popular contra quien debió dar ejemplo de ecuanimidad y justicia es lo que constituye la raíz del mito, y el miedo al orden social por él trastocado lo que explica la forma exagerada del libertino. Una lectura global sería: si no es posible la justicia, todo está permitido, incluso el ultraje a las mujeres honestas. Convertir al difunto en padre de la dama ofendida, ya es mero capricho literario. Y al sevillano don Juan de Mañara en prototipo de Don Juan Tenorio, hermosa frivolidad. Pero que Tirso y Baudelaire lo mandaran directamente a los Infiernos, un acierto.

La moraleja no puede ser más clara: en el orden social, lo que más ha repugnado siempre al pueblo es que los jueces no sean justos. No lo tuvo en cuenta Gómez de Liaño. Tampoco quienes de un modo u otro lo protegen o disculpan: Fungairiño, Cardenal, Anguita... Podrá la gente perdonar otras cosas. Ésa no.

4.11.1999

HOMOLOGACIÓN

Es preciso reconocer que los profesores de la enseñanza concertada tienen más razón que un santo en lo esencial de sus reivindicaciones. La enseñanza concertada, para quienes no lo sepan, es un híbrido informe entre lo público y lo privado, que ni Borges, para su manual de zoología fantástica, ni las mentes calenturientas de nuestros conquistadores, hubieran sido capaces de alumbrar. Pero, eso sí, un monstruo que viene prestando muy buenos servicios a las arcas del Estado, aunque algunos crean lo contrario. Hace un cuarto de siglo, cuando la población infantil no hacía más que crecer y crecer, a alguien se le ocurrió el *feliz* invento de subvencionar aulas en centros privados con dinero público, por una sencilla razón: porque eso resultaba bastante más económico que lo mismo en centros estatales. Todo lo demás son monsergas corporativistas y sexo de los ángeles. Y ganas de echarnos a pelear a unos colectivos contra otros. *Grosso modo*, un profesor *concertado* gana como una tercera parte menos que un colega equivalente de la pública, y con un tercio más de horas de trabajo. Se dirá: han de ser sus tareas cualitativamente distintas. Pues no, sus tareas son esencialmente idénticas. Tendrá el trabajo más asegurado. Tampoco. Los de la estatal -bien es cierto que a costa de nuestros riñones-, conquistamos tres cosas que ya quisieran los otros: un empleo vitalicio -salvo que nos

comportemos como auténticos energúmenos-; la movilidad por méritos objetivos, y no por capricho del patrón; y lo más importante de todo: *la libertad de cátedra*. Pero por ceñirnos sólo a lo retributivo: ¿dónde quedó aquel hermoso principio de la transición política, "a trabajo igual, salario igual"? Desde luego no en la enseñanza.

Cuando el PSOE llegó al poder en el año 82, tuvo la ocasión de reconducir ese sistema hacia un modelo diferente, que algunos ingenuos propugnábamos como resultante de la superación del conflicto entre lo privado y lo estatal, y que hubiera conducido a una anténtica escuela pública, de la sociedad, con contratos laborales para todo el mundo y muchas cooperativas de enseñantes laicos. Ni que decir tiene que fuimos severamente derrotados y que, en lugar de eso, se intensificaron las sacrosantas oposiciones, por una parte, y se les dio de comer abundamtemente a los colegios privados, en su mayoría religiosos, que no hicieron sino engordar y engordar.

¿Y ahora qué pasa? Pues pasa que la pirámide de población ya no es la misma que entonces, y que los niños escasean cada día más. Se va acercando la hora dramática de decidir con quién se queda lo que quede, ¿con la privada o con la pública? La implantación de la LOGSE, sobre todo en secundaria obligatoria, ha añadido algunos efectos perversos al paisaje. Dado que está resultando altamente conflictiva en muchos centros del Estado -aquí los enseñantes tampoco tiran cohetes, por otras muchas razones- los padres de clases medias, e incluso de menos nivel, empiezan a preferir claramente la privada, donde la vida es mucho más apacible, a pesar de que suele haber más alumnos por aula, profesores peor pagados, más inseguros, etcétera. Desde luego, no parece sino que todo esto lo ideara un visionario, que ni fuera socialista ni hubiera pisado un aula en su vida. Pero ésa es otra historia.

11.11.1999

LAS BICICLETAS SON PARA EL INVIERNO

Días atrás venía en los periódicos que en una ciudad fría y civilizada del Norte de Europa habían detenido a un ladrón de bicicletas. Pero no de unas cuantas, o de una sola, como aquel inolvidable personaje de Vittorio de Sica, que tuvo que robarla para poder alimentar a su prole en la hambrienta posguerra italiana, sino de cincuenta mil. Muchas bicicletas parecerán ésas, para un solo ladrón, a quien no conozca lo que pasa en Copenhague, por ejemplo, con esto de las

bicis. Y hasta se podría pensar que es una de esas noticias inventadas para rellenar un hueco surrealista del más tedioso verano. Pero ocurre que ya no es verano y que las bicicletas son estos días noticia por muchas razones. Entre otras, nada divertidas, porque casi a diario muere un ciclista en nuestras carreteras y ciudades, a causa de lo poco que los transeúntes motorizados aman las bicicletas. Antes se decía que los españoles éran bajitos y con cara de vinagre porque creían que todos los demás follaban más. Hoy, si reuniéramos varias estadícticas, los definiríamos como automovilistas que fuman sin compasión de sí mismos, ya son menos bajitos, pero siguen teniendo esa cara de pocos amigos, ahora porque en el fondo de sus almas sospechan que los ciclistas son más felices. Y quizás por eso les acometen sin cesar.

Cuando el matrimonio de lingüistas Poul y Lone Rasmussen -desaparecidos hace dos años en trágicas circunstancias, después de escribir en Castilleja de la Cuesta algunas de las páginas más lúcidas que conozco sobre cuentos populares andaluces o sobre semántica del español- me invitaron a su Universidad, no se me olvidará que en la primera jornada -uno de esos días plomizos que anticipan al despiadado invierno danés-, pusieron a mi disposición una de las varias biciletas que ellos tenían -como todo el mundo- para desplazarse de un lado a otro. Y sin más preparativos, allá que me vi pedaleando por Copenhague, abrigado hasta las cejas, por unos carriles-bici repletos de otros ciudadanos igualmente enbozados, pensé yo, para que no se les notara mucho lo felices que eran. Ya entonces -estoy hablando de 1983- funcionaba a las mil maravillas aquel sistema de rutas específicas, semáforos y protección en toda regla para ciudadanos libres, quiero decir, ciclistas.

Pedalear, en cambio, por ciudades como Sevilla, Málaga, Cádiz... -perfectamente hábiles para la práctica de este ecológico procedimiento- es un ejercicio de verdadera temeridad. Y no sé yo si las normas aprobadas el otro día en el Congreso vienen a aliviar o a empeorar las cosas. Ya veremos. Lo más seguro es que los Ayuntamientos se decidan de una vez a implantar los carriles exclusivos para ciclistas, sobre cualquier otro medio de transporte. Ya sé que suena muy radical, y que los fabricantes de automóviles se van a fasatidiar mucho. Pues cuánto no lo siento. Lo primero es lo primero. Otros saldrán ganando. Por ejemplo, los fabricantes de guantes y de bufandas, y los ladrones de bicicletas, claro. Pero qué se le va a hacer. No se puede tener todo.

18.11.1999

FIERAMENTE MILENIO

En triste hora un fiero viento desplomó el muro que segó sus vidas. Cinco vidas como cinco inocencias que esperaban el autobús. Mañana hará justamente un año de aquella catástrofe evitable, la del antiguo Bazar España, en Sevilla. Pero en realidad el viento no hizo más que culminar el trabajo de la desidia humana, la de aquel Ayuntamiento y la del constructor. Eso dicen los expertos. Un año. Y el laberinto sigue. La justicia acumula legajos, frialdad, silencio. Será por no hacer mudanza en su costumbre. Ni siquiera cuando median tanto dolor y tamaña evidencia puede darse un poquito de prisa. Seguramente por eso, por todo eso, el alcalde Monteseirín ha decidido cortar por lo sano -si es que algo queda sano en este asunto-, indemnizar por adelantado a las familias, sin prejuzgar quién tenga que hacerlo finalmente y asumiendo la responsabilidad administrativa que, de todos modos, toca al municipio. Y que por una vez no todo sea tan fieramente humano. Una decisión difícil y atrevida, que le compromete ante el futuro. Y que ha levantado las iras de sus socios de gobierno. "Demagogo, desleal, irresponsable", han dicho los del PA, en una reacción desmesurada que invita a pensar en un verdadero sentimiento de culpa. No en vano eran entonces los responsables de urbanismo, y lo son todavía. Deberían cuidarse. Seguramente es que prefieren que toda la culpa sea del animoso viento.

Dirán que para eso el dios Eolo entregó a Ulises los odres donde se encerraban los aires contrarios a su navegación. Y para eso los compañeros del héroe, cediendo a la curiosidad, abrieron los pellejos, y todos las tempestades se derramaron por el mundo, hasta hoy. Desde entonces, una suerte de destino borrascoso dispersa las responsabilidades de la especie humana, de la torpe administración y de la lenta justicia. El petrolero Erika se partió en dos, como aquel mítico Titanic lleno de amores, tormentosos también, a lo que parece. Y ahora los vientos se encargan de llevar a las costas de Bretaña la negra ponzoña. ¿Pero cómo es posible que un ingenio semejante se rompa, todavía hoy, como una cáscara de nuez? Días más tarde, un vendaval azota la hermosa ciudad de París y otras fibras de la civilizada Europa. Arranca vidas y árboles como si nada, como si otros tuvieran que pagar las culpas de no se sabe quién. En Venezuela, cuentan las crónicas, un indescriptible Presidente Chávez se negó a transmitir la alerta máxima a una población ya de por sí expuesta a toda clase de catástrofes, por habérsele llevado a mal vivir a los cauces secos de más que probables torrenteras, en medio de un paisaje

desolado y acosado por la deforestación, la especulación y la muerte. Pero la culpa, cómo no, será también del viento. Si ya nos lo tenía advertido Bob Dylan: la respuesta, muchachos, sopla en el viento.

Otros muchos huracanes y tifones vinieron a cebarse, como de costumbre, sobre miles y miles de inocentes de Centroamérica, de Indonesia, de Brasil, de la India. No parece sino que en este final de siglo, fieramente milenio, los doce hijos del dios Eolo -seis hombres y seis mujeres- se hubieran emborrachado más de la cuenta en la deriva de sus múltiples incestos, o hubiesen vertido su cólera, al verse señalados como responsables únicos de todo, y como diciendo: ah, sí, pues ahora veréis..

30.12.1999

LA MANIPULACIÓN DE LA INOCENCIA

El siglo XX ha sido, entre pocas cosas memorables, el de la liberación de la mujer. Al menos como concepto. El siglo XXI debería ser el de la liberación del niño. Aquí, sin embargo, el concepto es lo primero que falla. Por raro que parezca, no acaba de asentarse en las entendederas del común la simple idea de que un niño, una niña, no son un hombre o una mujer pequeñitos. Son otra cosa. En muchos lugares del mundo, consecuentemente, al aplicarse a nuestras criaturas el *normal* postulado de la explotación del hombre por el hombre (aquí del niño por el hombre), se las convierte en objeto de las prácticas sociales más repugnantes. En Brasil mueren a diario en torno a cien niños o niñas víctimas de malos tratos. Un 15% de los menores de 18 años son agredidos sexualmente. En Tailandia, Pakistán, Singapur, Bangkog, se les emplea en trabajos de esclavitud o en la más abyecta prostitución. Ésta es la cara escalofriante del asunto.

Pero hay otra cara, llamémosle *blanda*, que entraña peligros no menores en el orden psíquico y moral. Me refiero a eso que tan acertadamente se viene llamando *la manipulación de la inocencia.* Esto es, el uso y abuso de los niños para los más variados conjuros de la sociedad mercantilista -la publicidad, principalmente-, al total y descarado servicio del consumismo. Un rostro inocente y entrañable sirve para promocionar cualquier cosa: una compañía aérea, un coche, una marca de helados, amén de los pañales o el alimento infantil, que no por proximidad semántica dejan de ser aplicaciones de una recusable asociación entre el candor y la calidad del producto. La semiología hace tiempo descubrió estos sibilinos cotubernios, pero no parece que

sus análisis hayan servido más que para reforzar y afinar los mecanismos de tan sutiles manejos. Incluso hay padres y madres que se prestan a la utilización del rostro angelical de sus hijos para vender lo que sea. Y hasta pagan por ello.

En estos días navideños nos hemos visto sorprendidos por la peor de todas estas manipulaciones: la política. Un anuncio a todo trapo de la Consejería de Turismo y Deporte nos ha servido en bandeja nada menos que a trece niños vestidos de futbolistas, con las indumentarias de los equipos de la comunidad, invitando a rechazar la violencia bajo el cándido eslogan de "Todos somos andaluces". Como si no fuera bastante miserable casi todo lo que está ocurriendo alrededor de ese presunto deporte, sólo faltaba utilizar a los niños como bálsamo para sus tropelías, además de la televisión y otras drogas de fuerte consumo presupuestario. Mucho más eficaz, y más barato, sería por ejemplo negar las cámaras a los encuentros de fútbol calificados de "alto riesgo"; a los lenguaraces y a menudo vergonzantes presidentes de los clubes y a sus siniestras finanzas; o sancionar a los alcaldes y alcaldesas, de ahora y de hace mucho tiempo, que se dedicaron a jalear a la ciudadanía con agravios políticos provincianos. Y, en fin, como si no hubiera otras cosas en las que gastar el dinero de los contribuyentes. Hoy, día de Reyes del 2000, primero de los niños en la nueva era, deberíamos reflexionar seriamente sobre todo esto. Pues en materia de infancia, seguimos dentro de la Prehistoria.

6.1.2000

MEMORIA DEL OLVIDO

Justicia histórica para un hombre justo. Pero, además, reparación de la memoria colectiva. Eso ha sido, en esencia, la inhumación de los restos de Martínez Barrio en su ciudad natal, a la que amó con la lúcida desesperación del exilio.

Repaso estos días, no sin cierto sobrecogimiento, un libro excelente, imprescindible: *Sevilla 1936. Del golpe militar a la guerra civil* (Ed. Vistalegre, Córdoba, 1998), del catedrático de Instituto Juan Ortiz Villalba. Es curioso, y significativo, que haya tenido que ser un cordobés quien venga a poner orden y luz sobre la que fue sin duda la más tenebrosa y bárbara actuación de los sublevados, la de Sevilla, a manos de un general sádico y profesional de la traición,

Queipo de LLano. El que llenó de sangre nuestras calles para darse a valer ante Franco y Mola. 3.028 fusilados, que al fin se han podido esclarecer -da vértigo esa lista del horror que publica el libro-, más los que quedan por averiguar. (Varela Rendueles llega a los ocho mil). A muchos los dejaron pudrirse al terrible sol de julio. Con los dedos de la mano, en cambio, pueden contarse las víctimas civiles de la furia popular.

Verdades incontrovertibles, como también estas palabras del propio Queipo, en sucesivas traiciones: "Alfonso XIII es esperanza y orgullo de la patria" (1924). "El ejército será el más firme bastión de la República" (1931). "¡Usted sabe que soy hombre de honor y republicano de los pies a la cabeza!", le dijo, por cierto, a Martínez Barrio, a primeros de Mayo de 1936, cuando el sevillano ejercía de Jefe del Estado interino. Y todavía tuvo la desfechatez de pedirle, por carta de 23 de junio de ese año fatídico, ni un mes antes del fatídico día, una recomendación para su sobrino Gonzalo. Y lo que dijeron de él sus superiores: "Queipo es enemigo de sí mismo (...), consagrándose a enaltecer su figura destruyendo la de los demás" (Primo de Rivera)."Indisciplinado, díscolo y difícil de ser mandado". (Informe que lo pasó a la reserva, en 1928).

El contraste con la figura de Martínez Barrio es sencillamente brutal. Hombre éste de concordia y de mesura inteligente, se granjeó las simpatías de toda la izquierda sevillana, como republicano y demócrata insobornable. La pena es que no hubo muchos como él. (Indalecio Prieto, Besteiro, entrarían en esa breve nómina de los que pudieron remediar lo que pareció irremediable, y no les dejaron).

Y la otra pena, la que también se describe con dolorosa evidencia en el libro de Ortiz Villalba: la desunión de la izquierda, desgarrada entre anarco-sindicalistas y comunistas, principalmente, repartiéndose los barrios, sin coordinación alguna. Todo un preludio de lo que iba a ser la guerra total. Más la explosión anticlerical, a la que Ortiz dedica estas palabras de extraordinaria comprensión: "Fue un auto de fe al revés (...) El huracán iconoclasta tal vez no rechazaba la religión en sí, sino su envoltura de lujo y riquezas". Otros muchos méritos acumula este trabajo riguroso (que no ha salido de ninguna Universidad), como la recogida, *in extremis*, de testimonios orales, de gente que, al fin, se ha decidido a hablar, a hacer memoria del olvido.

20.1.2000

DIVINAS PALABRAS

Feliz coincidencia. Al tiempo que el PP nos deleitaba un nuevo fin de semana con otro correctivo a las ínfulas de Chaves -esta vez presentando recurso al Tribunal Constitucional contra la Ley de Cajas de Ahorro andaluza-, una nueva remesa de la ya afamada *Nota* del obispo Martínez, sobre el mismo particular, llegaba a las iglesias. No se sabe que este Martínez tenga nada que ver, en lo consanguíneo, con la candidata del PP, pues ya la coinciencia empezaría a ser sospechosa. Dejémoslo, por tanto, en feliz coincidencia.

Francamente, nos veníamos resistiendo a hacer la glosa de tan pródigo panfletillo, por su obviedad, un tanto grosera. Pero ya que tanto insisten, no habrá más remedio. Desnudo de toda filigrana escolástica -lo que es de agradeder- viene el obispo de Córdoba a instruirnos en lo siguiente: que "la misión de la Iglesia es estrictamente religiosa" (bien); que "no es de orden político o social" (estupendo); "*pero* precisamente de esta misión religiosa fluyen tareas -no me dirán que no es bello el tropo- que pueden servir para constituir y fortalecer la comunidad de los hombres según la ley divina"(¡caramba!). No nos dice de qué arcana lógica *fluye* esta mundanidad. Pese a ello, fluye rotunda la conclusión: "Ella misma -la Iglesia- puede, e incluso debe, suscitar obras al servicio de todos, especialmente de los necesitados, como las de misericordia u otras semejantes". (Anótenlo bien. La última *semejante* de Cajasur fue el patrocinio, a todo trapo, de la ópera *Lohengrín*, en el teatro Maestranza de Sevilla. Claro que quizás la música de Wagner no ande muy lejos de ese cuerpo místico que conforman la metafísica, las finanzas y la caridad cristiana). Una vez asentado el aparente silogismo, lo que sigue ya es bastante menos sutil. Incluso llega a ponerse descarado: "La Iglesia no está ligada a ninguna forma particular de cultura humana o sistema político". Lo del nacionalcatolicismo y llevar a Franco bajo palio debió de ser un espejismoa, o también coincidencia. Eso, por no irnos muy atrás.

Tan peligroso resbaladero acaba, como era previsible, en una burda descalificación de la democracia, al tildar la Ley de Cajas, aprobada por el Parlamento andaluz, de "injerencia del Estado en la sociedad civil", entre otras lindezas. ¿Pero no habíamos quedado en que la misión de la Iglesia no es de orden político ni social? En fin, así todo. Buena la ha hecho el obispo Martínez. Pero todavía falta el retruécano: la identificación de sus inconfesables intereses materiales con los altos destinos de los cordobeses. Ahí ya no se atrevió a dejarlo por escrito,

pero sí que envió a sus canónigos al frente de aquella inolvidable manifestación, que hubiera hecho las delicias de Valle.

Siempre se dijo que los curas franceses eran franceses antes que curas. Otro tanto cabe decir de los catalanes y, sobre todo, de los vascos, la boina bien enroscada para que no se escape la idea única: pueblo presuntamente oprimido necesita salvador, el que sea. Pero, hombre, la Iglesia andaluza había sido siempre más fina; si acaso, más proclive al humano jolgorio, romerías incluidas. ¡Pero sacar en procesión a seis canónigos contra el Parlamento andaluz!

27.1.2000

HOMENAJE Y CLAMOR

Era el segundo año que la imagen de Andalucía mucho se jugaba en la fiesta mayor de los Goya. La pasada edición nos tocó un buen premio, aunque indirecto, con *La niña de tus ojos*, aquella sátira demoledora de Fernando Trueba que nos vino a redimir del brebaje carpetóventónico de la *españolada* con una escena para la antología del humor (recuerden, Penélope Cruz cantando *La piconera* en severísimo alemán. Insuperable). Y un andaluz ejemplarmente aprendido por la actriz para la ocasión.

Este año ha sido de pleno derecho. Cinco *goyas* al mérito en solitario de *Solas*. Al riesgo incalculable de Antonio Pérez, a las prodigiosas intuiciones de Benito Zambrano, que, con esa pinta de camionero autónomo, ha sabido extraer de la tierra albariza lebrijana un sabor insospechado, a lágrima seca, a honestidad sin límites. Cine pobre por fuera y rico por dentro. No podía ser de otro modo, sin ayudas oficiales de Andalucía (algo, sí, del Ministerio de Cultura), sin más medios en realidad que el talento y la convicción. Que vayan aprendiendo los que dicen que por aquí no hay. ¿No hay qué? ¿Guionistas, directores, actores? Lo que no habrá es otra cosa. Y de las que sobran, mejor no hablemos. Tanta superfigura como nos han importado, a enseñarnos, dicen, todavía no sabemos qué.

Pero hoy es día de júbilo y no vamos a perder el tiempo en criticar políticas desvariadas. Me van a permitir, en cambio, que me recree en la glosa del mérito personal, ya que la fortuna me hizo testigo en varios casos. Testigo del viento y la marea, del sacrificio y del aprendizaje. Los de Carlos Álvarez, con quien he compartido tantas cosas que ya no caben. Maravillosos

institutos de pueblo en tiempos históricos, pequeñas heroicidades políticas, huelgas, encierros, primicias democráticas. Y hasta un papel, breve pero honroso, de los que escribí en la adaptación de un cuento popular, *El príncipe encantado,* cuando en Canal Sur se podían cometer diabluras como ésa por cuatro perras. Los de María Galiana, compartiendo con ella otros institutos de barrio profundo, otras aventuras televisivas (*La princesa que nunca se reía)* ; sus mil angustias anónimas para poder compaginar las clases de historia con los rodajes, el trato de adolescentes con el tiempo interior que necesita toda creatividad. Y siempre multiplicando el otro tiempo, el del reloj implacable, hasta la extenuación. Los de Antonio Dechent (el médico de *Solas),* que de mi mano subió por primera vez a un escenario, cuando aún era casi un niño, para un entremés de Cervantes. Qué gusto da todo eso hoy.

Hoy pido comprensión para estas expansiones, para estas debilidades personales. Es por la suerte que tuve de tratar a personas de tan alta valía. Pues con ellos, y con otros muchos como ellos, a quienes hoy también se rinde homenaje, comprendí lo que era apostar por las cosas difíciles. Y créanme que hace falta mucha energía moral. Un instinto rabioso hacia la luz, como el que ellos tienen. Un temple de hierro bajo esa piel de animalito acorralado, como el que desempeña María Galiana en su película, y que en Andalucía han de desarrollar, todavía, los verdaderos artistas. Y éstos lo son, ya lo están viendo. Y muchos más que hay, ya lo verán.
3.2.2000

HUMANIDADES PP

En el verano del 97, queriendo pillar desprevenida a la ciudadanía, la señora Aguirre, a la sazón Ministra de Educación y otras cosas, dejó caer por los relajados ámbitos del estío una auténtica bomba de efectos retardados: reformar las Humanidades en la Enseñanza Obligatoria y en el Bachillerato, que, según ella, estaban muy mal. Decreto por aquí, comentario por allá, superexpertos acullá... Más y mejor de todo. De Literatura, de Filosofía, de Historia, de Latín... Caramba, qué bien.

Lo malo fue la letra pequeña y la cantidad de harina, más bien poca, que el lobo se echó en la patita. No parecía que su interés fuera mejorar las condiciones de trabajo del profesorado, para éstos poder afrontar un cambio metodológico de aúpa como es el que propone la LOGSE; que las humanidades dejaran de ser un banco de datos para hacer crucigramas y pasaran a

convertirse en fuente viva de placeres insondables, no. Tampoco la discriminación positiva aplicada a los centros de barrios periféricos, con mejora de servicios y atenciones complementarias para chicos con la mente volada por la televisión basura y el corazón roto por la destrucción de las familias, el paro, el sexismo galopante y la litrona, no. Ni que el eje principal del discurso de las humanidades fuera la cultura contemporánea, proyectando hacia la Historia y los sistemas sociales la problemática del hombre actual, en absoluto. Lo suyo era el "carácter unitario" de la Historia de España, mucha Historia de España. O sea, Hegel redivivo. La realidad es lo que los historiadores oficiales dicen que sea, y si no, peor para la realidad. En cuanto salió por aquella boquita lo de *unitario*, se le cayó toca la harina al suelo y catalanes y vascos le montaron un pollo de mil pares. La izquierda se fajó en criterios de progreso y el parlamento entero se echó encima del Gobierno, dándole con el decreto en todo el centro...de la máscara. Aquello sí que fue histórico. Aprisa y corriendo, ya saben, ¡una comisión!

Seis meses nos tuvo enredados la señora Ministra a los incautos que tuvimos la osadía de formar parte de aquello. Seis meses yendo y viniendo, papeles hasta el techo, reuniones infinitas. Ya en los últimos combates nos dimos cuenta de que doña Esperanza no es que tuviera ideas equivocadas, es que no tenía ni la más pajolera de lo que se estaba hablando. La LOGSE, que necesita un máster para su más mínima comprensión -ésa es otra-, se reducía para ella a la consigna recibida: más España, más centralismo. Algo sacamos, no obstante: 18 recomendaciones, fruto del inteligente consenso al que nos llevó Díaz Ambrona, con más paciencia que el Santo Job. Pero que a estas alturas debe sentirse el hombre como el que suscribe: más o menos como si una tribu de sioux hubiera pasado por su cabellera. Pues he aquí que después de tanto revuelo -y tanto gasto- aquel voluminoso informe de junio del 98 fue archivado directamente... en la papelera. A la señora Ministra, en vez de ponerle una plana para que escribiera mil veces "no se dice *unitario*, no se dice *unitario*", la sacaron de la enfermería y la llevaron directamente a la Unidad de Quemados de la Política Española, o sea, al Senado. Y como allí se conoce que no tiene mucha tarea, el señor Aznar la manda de vez en cuando a misiones. Eso sí, ella de Educación no dice nunca ni pío. Algo aprendió.

10.2.2000

LITERATURA ANDALUZA, UN MITO DESARRAIGADO

La multiplicidad de culturas que se han dado cita en Andalucía es un hecho tan cierto como mal digerido por nuestros escritores. Resulta cuanto menos curioso, pero encontrar textos mínimamente arraigados en el mito multiétnico, en la polifonía histórica de lo andaluz, sea esto lo que fuere, es una tarea casi para especialistas, o para devotos. Pero devotos de qué. Ésta es sin duda la pregunta. ¿A qué realidad histórico cultural, más o menos identitaria, podrían dirigir sus anhelos expresivos los escritores andaluces? ¿A Tartessos, a Roma, a la Andalucía medieval de las tres culturas? ¿Cómo un territorio que dio tanto que escribir a los viajeros románticos, ha inspirado tan poco a los autores nativos, y menos aún a los actuales?

Por seguir el rastro del tiempo como posible hilo conductor, habríamos de empezar por lo más arcaico: Tartessos. Pues bien, poco es lo que han reparado en esta mítica civilización nuestros literatos, contradiciendo con ello abiertamente a ciertos fundamentalismos que pretenden sacar de la arqueología certificados de no se sabe qué esencialidad andaluza. El propio Caballero Bonald, sin duda quien más y mejor ha merodeado esta referencia, ha preferido dejarlo siempre en las veladuras de Doñana, en el puro hechizo literario. A lo sumo, muestrario de preguntas sin respuestas: "LLegaron desde más allá de los últimos montes y levantaron una hornachuela de brezo y arcilla en la ciénaga medio desecada por la sedimentación de los arrastres fluviales. Jamás entendió nadie por qué inconcebibles razones bajaron aquellos dos errabundos -o extraviados colonos- desde sus nativas costas normandas(...) (*Ágata ojo de gato,* Barral ed. Barcelona, 1974).

De la Roma andaluza, o más bien de la Hispania Bética, menos todavía. Parece como si la Yourcenar, tras escribir sus memorables *Memorias de Adriano,* hubiese roto el molde. Hay que saltar directamente a la llamada Andalucía de las Tres culturas. Aquí sí encontraremos algunas cosas meritorias. De ese magma primordial que supuso el maridaje a tres (con todos sus encontronazos y algunos cortos periodos de convivencia) anotaremos, en primer lugar, *Los tornadizos* (Muchnik Ed. Barcelona, 1985), de Antonio Cascales, una excelente novela, injustamente olvidada, donde una investigación de lenguajes y de temblorosa sensualidad hará cotidiana la frontera de aquel conflicto más bien terrible, con centro en Antequera, siglo XIV, y epicentro en la intolerancia soterrada. Una historia de delicados conversos que leen en secreto la Torá, pero también a Avicena y a Aristóteles, y que piensan que "el cristianismo es una locura

de asiáticos, una larva de dolores, afanes y renuncias cuya crisálida, que es la resurrección de la carne, está por ver". En este importante asunto de los judíos andaluces, Julio M. de la Rosa, en *Fin de semana en Etruria* (Premio Sésamo 1971, Madrid, 1972) desarrolla un atrevido contrapunto de la Sevilla actual con la de aquella otra donde tuvieron lugar los espeluznantes sucesos de la judería sevillana, 1391, a causa de la traición de Sara, la célebre Susona, quien por amor desmedido a un caballero cristiano descubrió la sublevación que preparaban los suyos. "Cristiano altivo, el caballero tomó asiento junto a Sara y como en los sueños, sus palabras brotaban en manantial fácil, hasta romper del todo la compacta unidad del miedo". Una última anotación sobre la espinosa materia de los conversos: *Un sambenito para el señor Santiago,*(Muchnik, Barcelona, 1986), de Magdalena Guilló, autora no andaluza, sobre la figura enigmática de Arias Montano por tierras de Aracena.

En la querencia musulmana, nos toparemos por fuerza con Antonio Gala. Valedor de esta causa confusa en *El manuscrito carmesí* (Premio Planeta 1990), recreación de la historia de Boabdil, el último rey nazarí de Granada, en forma de presunto diario. Más bien penoso -y moroso- testamento, con ese estilo brillante pero a menudo demasiado atento a sus propios destellos: "La Alhambra es como un cuerpo. Igual que todos, tiene su música y su aroma que, con el clima y con las horas, cambian. En ella hay la perenne palpitación que es señal de la vida"... Dos retratos anteriores del mismo autor, el de Averroes y el de Almanzor, en forma cuasi dramática, habían ya explorado el territorio multicultural andaluz. Con temáticas actuales, lo arábigo alcanzará todavía a algunas narraciones estimables: en *El silencio de las sirenas* (Premio Herralde, 1985), Adelaida García Morales se apunta al vestigio de Mahoma por tierras de La Alpujarra granadina, pero en un sentido bien distinto. Con los inevitables tesoros ocultos, "extrañas construcciones bereberes, con chimenea, varios niveles, gruesos muros de piedra y terrados planos de launa", odios antiguos, hostiles desconfianzas y la sombra fantasmal de África en la lejanía, capaz de despertar todavía el temor recóndito de los aldeanos a que vuelvan los *moros*: "Ya una vez volvieron, más feroces que nunca, en la guerra de Franco, alistados en su ejército. Todavía queda el recuerdo de sus salvajes correrías. Pero no lograron recuperar sus tierras, ni desenterrar sus tesoros". Más cercana nos resultará otra novela, de apreciable factura, *Susurros del Más Allá* (Algaida, Sevilla, 1995), del jiennense Rafael Ordóñez Bedmar, que fabula una Granada del 2027, donde Ahmed Kassar, informático de origen marroquí, se ve involucrado en un descubrimiento arqueológico -cómo no- que le devuelve a su primitiva religiosidad. Y aún por el camino nos hemos dejado *Córdoba de los Omeya*, de Antonio Muñoz

Molina, que aunque libro de viajes, posee una evocadora dimensión narrativa, con excelentes introspecciones por la judería y los entornos de la Mezquita. Pero quizás el libro más fresco de esta temática sea el del sevillano Manuel Jurado López, *Relatos de Taifas (*Ed. Libertarias, Madrid, 1994). Veintiocho estampas narrativas de la Andalucía árabe en plena desmembración, que parecen apuntes del natural.

La literatura netamente cristiana es igualmente escasa, lo cual nos lleva directamente al asombro, en una región que presume de poseer esta cultura en alto grado. De justicia es empezar por la ambiciosa novela de Antonio Enrique *La armónica montaña* (Akal, Madrid, 1986), que a lo largo de nada menos que 590 páginas nos introduce en la alquimia simbólico-musical de la catedral de Granada, cual gigantesco cerebro donde quedan registrados todos los eventos y personajes históricos de la ciudad. Quiso el editor que fuera una manifestación temprana de la postmodernidad en novela. Tal vez. Tal vez por eso tampoco se le ha hecho justicia.

Algunos escritores han sido muy críticos con el cristianismo, tal el caso de Vaz de Soto con *El infierno y la brisa* (Edhasa, Barcelona, 1971), severo ajuste de cuentas con la educación represiva de un colegio de curas de Huelva en los años del franquismo. O Manuel Barrios en su *Memorial del Diablo* (Plaza Janés, Barcelona, 1985) una suerte de retablo, entre narrativo y ensayístico, donde el gaditano pasa revista a las formas más crueles, y a ratos divertidas, de la mitología del mal en la Iglesia católica. En nuestros días, asisteremos, entre atónitos y divertidos también, a las travesuras iconoclastas de Juan Bonilla, con sus pasos de Semana Santa estallando por los aires, un poco gratuito todo, pero todo un poco símbolo.

En resumen, que la presunta identidad multicultural de Andalucía ha interesado raramente a nuestros escritores más cercanos, pese al fervor político que despertó el 28-F, los *Legado Andalusí* y otras proclamas oficiales de contextura más bien turística. ¿Por qué? Lo dejaremos para otra ocasión. De momento, anoten otra curiosidad para la sociología de este misterio: los títulos reseñados, todos menos uno, han sido publicados fuera de Andalucía. No parece baladí.

28.2.2000

PUPITRES

Arenín, el fiel escudero, aguardaba en la antecámara, rodeado por un silencio sobrecogedor. Con dificultad amanecía en los amplios ventanales. Riveras del Pisuerga, niebla densa y fina escarcha. Un silencio, ¿una paz?, tan sólo hendidos, cual presagio, por el graznido risonante de la urraca. Febrero, más loco que nunca, había transferido sus desvaríos al tiempo político. Y así el Príncipe, a tan discreta hora, llamaba a capítulo al sevillano. Escándalo Pimentel *habemus*, pensó el otrora imprescindible. La turbulencia electoral de los periódicos no lograba distraerle. Una arritmia de suspiros entrecortaba sus pensamientos más íntimos.

Al fin se abría la puerta del fondo. Y el Príncipe, envuelto en un oleaje de colonias, aparecía, la sonrisa como un rictus impenetrable, la mano tendida, sí, pero ya decaído aquel vigor de los primeros días. Luego, silencio, más silencio. Algún entrenamiento gutural, papeles al desgaire.

El comienzo, sin embargo, no pudo ser más desconcertante:

-No imaginas cuánto te comprendo, mi fiel amigo.- Un cabeceo lateral subrayaba la inesperada confidencia.- Yo también me siento traicionado, y de qué modo. -Honda bocanada de aire-. Y mira que a todos les hice firmar la sacrosanta máxima de Monseñor...

-*Corasones partíosl yo no los quierol y si le doy el míol lo doy entero.* -Recitó prontamente el de Sevilla , cual buen alumno disciplinado, el célebre versículo de Camino. Y con impronta andaluza, que tanto agradaba al soberano, en la intimidad, naturalmente, como todos los demás idiomas del Estado. Pero tuvo el escudero la imprudencia de añadir: -Si fue el *mihmo* Pimentel quien me regaló el *ejemplá, dedicao y tó...*

-¡Calla! -cortó en seco el Príncipe-. No lo nombres siquiera. Tampoco yo volveré a mencionar al otro, ese infame traidor, que se me ha ido del alma... ¡y con 2.800 millones de maravedíes, el muy...!

-No *oj esités*, mi *señó*, que aún *rehta* mucha campaña y la patria *oj nesesita* entero. -Un leve gesto con la mano, de abatimiento o mando, le impuso nuevo silencio. Mas era éste tan hondo, que el escudero creyó percibir una rezonga por lo bajini: -joputa, si lo sé quemo el pupitre...

-Cómo decís, mi *señó*.

-Nada, nada, que si el innombrable tuyo fue también compañero de aula quería yo saber.

-Casi, casi, *altesa*.

De nuevo la urraca irrumpió en el aposento, chac-chac. El príncipe como que hizo ademán de levantarse, para espantarla tal vez. Pero enseguida tornó a sus pesadumbres.

-Cuánta razón tienen esos *sociatas* de mierda.

-Que *Dióh* confunda.

-Vale, vale...

-Pero en qué tienen *rasón* -quiso saber el otro, alarmado.

-En eso de que la derecha dedica a los listos a la banca y a los tontos a la política.- El escudero no daba crédito, pero se contuvo a duras penas. Algo debió intuirle Aznarín, no obstante, pues saliendo de su hosco abatimiento, con sonrisa enigmática, añadió-. No te des por aludido, hombre. No seas tonto.

2.3.2000

RODIN EN ANDALUCÍA

Un caluroso 9 de junio de 1905 llegaba a Sevilla quien ya era considerado, a sus 65 años, el mayor artista de su tiempo: Auguste Rodin. Le acompañaba su admirador y amigo, el pintor Zuloaga, de sólo 35, empeñado en que el francés comprendiera el *bizarro* espíritu español. Al parecer sólo consiguió plenamente que aquel "rey del arte", aquel nuevo Miguel Ángel, se identificara con las bailaoras flamencas de Triana, si bien lamentó que no estuvieran desnudas, "como bellas flores carnosas, girando". (A saber si no es de este comentario de donde sacó Buñuel aquella escena donde Ángela Molina baila sin ningún atuendo sobre la mesa de un tablao). El viaje tuvo segunda estación en Córdoba. Allí fueron recibidos por el escultor Mateo Inurria, y allí Zuloaga compró un Greco, *La visión de San Juan*, puesto en venta por un médico de esa ciudad. Tampoco, en un principio, logró el vasco que a Rodin le impresionara el estilizado arte del cretense (todo lo contrario de lo que le ocurriría a Rilke, quien por cierto fue durante unos meses secretario de Rodin). Este rechazo ya es menos comprensible para la mirada actual, que fácilmente descubre semejanzas entre las elásticas desproporciones de uno y otro artista, el tormento ilimitado, el deseo espiritual de la formas por abandonar el peso de la

materia. De hecho, tras mucho insistir Zuloaga, Rodin acabó convirtiéndose en otro admirador de El Greco. Tal vez lo que se había producido en el primer encuentro fue la repulsión instintiva de dos almas gemelas. También sucede.

En lo que hubo rotundo fracaso fue en el intento de que al francés le gustaran los toros. Rodin se sintió asqueado por el sacrificio cruel de los caballos en la plaza, que entonces se producía con excesiva frecuencia. Sin embargo, entendió la belleza terrible del torero, solo ante el animal, y su danza sublime con la muerte. (Lo único que verdaderamente importa de este arte). Poco después, Rodin, ya persuadido de la inmortalidad que le porporcionarían *El Pensador, El beso, La puerta del Infierno, Balzac...,* se entregaba a la etapa más libre de su escultura: precisamente la danza. La que culminaría con un *Nijinsky* (1912), ya voluta de aire en pura luz. Es verosímil que algo de lo que se llevó de España en su retina, de Andalucía, le ayudara a soportar el enigma que se le acercaba.

Casi un siglo después, Rodin ha vuelto a Sevilla. El Museo de Bellas Artes, en la mañana del sábado, resplandecía de tal modo en sus arrayanes verdecidos, sus azulejos renacentistas copiando primavera, que costaba creer en el encuentro con Rodin. Que fuera posible asistir, sin más, a la zozobra del mármol y del bronce vibrando en el eterno instante. En realidad, no ha pasado de ser extravagancia dar cobijo al escultor que inaugura la contemporaneidad en el recinto sagrado de la pintura barroca, obligándonos a mezclar con la vista *La musa trágica,* por ejemplo, con las Inmaculadas de Murillo. Disparates así. Hace unos meses, vimos lo contrario: Velázquez en el Museo de Arte Contemporáneo. A esta ciudad, a sus regidores de arte, definitivamente no hay quien los entienda. Tan sólo está acertada la colocación de *El poeta y las musas,* en el jardín, entre glicinias blancas, al modo en que se hallan en su sede parisina muchas de estas esculturas, prodigios de libertad, que aquí hemos de ver aprisionadas. Con todo, no se lo pierdan.

23.3.2000

UNIVERSIDAD

Algo se está moviendo en la Universidad, esperemos que sea para bien. Pues los infinitos males que aquejan a nuestra querida *alma mater* no admiten demasiado entretenerse, so pena de que se alcance un clima social de impresivisibles consecuencias y de muy difícil retorno. En los

últimos años se han venido manifestando multitud de voces de advertencia, desde dentro mismo -no digamos desde fuera-. Casi al azar, elijo: "Ha llegado el momento de agitar los cimientos" (profesor Michavilla, 10.3.98). "La entrada de nuevos profesores se hace de acuerdo con (...) contubernios y chanchullos" (profesor García Puche, 25.11.98). La revista *Nature* denuncia el amiguismo en la ciencia y en la universidad española (Diciembre de 1998). Ya la inmensa mayoría de los nuevos accesos al funcionariado docente universitario se hace por el método retorcido del "candidato de la casa", quien en la práctica hasta suele designar él mismo al presidente y al secretario de *su* tribunal. No cabe mayor perversión. (Me decía no hace mucho un distinguido catedrático de la Universidad de Sevilla: "Hoy tiene mucha más garantía pública el sistema en los niveles de secundaria y primaria, donde se mantienen las verdaderas oposiciones"). En algunas Facultades y Departamentos la tristemente célebre *endogamia* ya ni siquiera es metáfora, a la vista de cuantos parientes de toda laya se acumulan, sin el menor recato, entre sus profesores. Pronto superarán a aquellas viejas dinastías de la universidad franquista. La autonomía universitaria, en fin, ha derivado en espíritu de casta, justo lo contrario de lo que significa *universitas.* En 1994, sólo 135 profesores de la Hispalense superaron el 4 (la nota máxima era un cinco), de entre más de 3.000 docentes que son, en la evaluación de sus alumnos. En el 98 sólo un l5% se atrevió a someterse voluntariamente a ese sistema de control de calidad, y obtuvieron la "excelencia" docente. Enhorabuena, por las dos cosas: por la valentía y por la calificación. En cambio, una Universidad nueva, la Olavide, acaba de anunciar que la nota media obtenida por todo su claustro es de 7,5 (sobre 10). Enhorabuena también.

Es obvio que la LRU ha dado ya de sí cuanto podía. Y más obvio aún que fue uno de los más graves errores cometidos en los primeros compases de la joven democracia: darle autonomía a las rancias estructuras de la universidad, antes de reformarlas. Poner el carro delante de los bueyes. Ya tiene difícil arreglo, y no creo que un gobierno conservador como el de ahora sea capaz de agitar el cotarro todo lo que se precisa. Ojalá me equivoque. Pues de lo contrario la brecha entre la institución y la sociedad seguirá agrandándose. En las elecciones claustrales de la Hispalense, que se acaban de celebrar, ya los alumnos apenas si han participado (¡sólo un 10% votó!) El profesor Bricall, autor de un extenso documento sobre las muchas necesidades de reforma de la universidad española, se quejaba el viernes pasado de que las protestas de más de 11.000 estudiantes por las calles de Barcelona eran "precipitadas" y "surrealistas", pues no conocían el informe y especulaban acerca de él. Tal vez ocurre que los

estudiantes, sencillamente, han dejado de creer en el sistema, y mucho menos en que éste sea capaz de regenerarse a sí mismo. Y eso es peligroso, muy peligroso.
30.3.2000

GARCÍA CALVO

Si algún pensamiento rebelde queda en este país, ése será el de Agustín García Calvo. Pasó por aquí la semana pasada, invitado por la Diputación de Sevilla, y una vez más nos dejó este ácrata incorregible, a sus 73 años de reloj, su testimonio indómito, sus maneras libertarias contra todo mercadeo cultural, contra toda institución, sea cual sea. Esta vez incluso llegó un poco más lejos que de costumbre, poniendo en solfa a la educación misma ("me importa un bledo que caigan el griego y el latín"), y apretó más si cabe su cadena de analogías entre Capital, Estado, Historia, presunta Realidad y Tiempo presunto. También puso en guardia a los presentes (que atiborraban la sala, por descontado) contra la democracia misma, como una forma más de administrar muerte al pueblo, aunque sea "menos tosca que aquellas de la Inquisición y de las dictaduras".

No le faltan razones para expresarse así a quien fue el último procesado por la inquisición sevillana, en el año 62 de este siglo, y no del anterior ni del otro. Parecerá alucinación, pero fue rigurosamente cierto, como que varios amigos míos, compañeros de curso, fueron citados ante un tribunal eclesiástico compuesto por cinco curas de lo más circunspectos, a que declarasen si no era más cierto que García Calvo había puesto en duda la sacrosanta virginidad de María, en un seminario de latín. Tal como les digo. Y que uno de aquellos alcaldillos de Franco organizó un desagravio público a la Inmaculada Concepción, en la Plaza del Triunfo, justo delante de donde mismo el otro día habló García Calvo. Curioso: ya nadie se acuerda de aquel meapilas, ni de aquel Sanedrín de zánganos con sotana, pero García Calvo sigue llenando y llegando al público (por cierto, había muchos jóvenes, de ésos que ya seguramente ni votan).

Lo bueno de este Agustín es que te obliga a pensar, aunque no quieras y/o te duela. Con su implacable método socrático (en un paréntesis estremecedor nos recordó que a Sócrates lo liquidó la democracia ateniense), te va llevando de ejemplo en ejemplo, más otros que tú te pones mentalmente. ¿Acaso no es verdad que la democracia es sólo el menos malo de los métodos conocidos? ¿No lo es que el Sistema sigue administrándonos muerte en sus acostumbradas dosis de 40 muertos por semana en esas carreteras; de 4000 más al año por tabaco -sólo en España-, del atasco de la llamada justicia -50.000 pleitos siguen amontonados en la Sala de lo Contencioso, sólo en Andalucía-; de la televisión *glamourosa* que te convierte en papanatas de babero en cuanto te descuidas; de las hipotecas que te roban el día a día, haciendo de tu vivir *un puro sinvivir?* Gráfica y hermosa palabra ésta del pueblo.

En otras de la misma alcurnia se apoyó el de Zamora, como en este ejemplo por soleá: *Sentaíto en la ehcalera/ ehperando el porvení,/ y el porvení que no yega,* para ilustrarnos de su amor a la exactitud poética, al ritmo bien construido como indicio del verdadero tiempo (no ése del reloj) y, por analogía también, de la vida como un continuo insondable, como un verdadero infinito, en el que la muerte, mi muerte, no tiene sentido, *ergo* no existe. O dicho al revés, que sólo existe la muerte en la que te obligan a creer, y ésa sí que te destruye.

13.4.2000

SANTOS DINEROS

La historia de Sevilla se puede leer, también, como una trifulca inacabable entre lo sagrado y lo profano. Antaño fueron la fiesta grande del Corpus y las cruces de Mayo las que provocaron cíclicos enfrentamientos del pueblo con la clerecía, y aun con el beato cabildo de la ciudad. Pero muy particularmente con los representantes de Dios en la Plaza Virgen de los Reyes. Una vez tras otra, curas de vara alta y arzobispos de turno (Padre ariana, Niño de Guevara, Espínola, Segura...) se fueron mostrando inflexibles con la proclividad del pueblo sevillano a la zarabanda y la orgía, so pretexto de Autos Sacramentales y Cruces de Mayo, y tras observar que ni en los unos había nada de sagrado ni en las otras se rendía más culto que al dios Baco y a la lujuriosa Primavera. Persecuciones y prohibiciones a destajo, pragmáticas y cortapisas, fueron dando su fruto, y hoy en Sevilla la fiesta del Corpus es como un desfile

de ángeles asexuados, y las Cruces de Mayo ni existen. También el cardenal Segura consiguió liquidar los carnavales, y a punto estuvo de hacer lo propio con las ferias de la provincia, tras decretar que en su jurisdicción el baile *agarrao* era constitutivo de pecado mortal. (Eso, naturalmente, lo hizo mucho más apetitoso, y las ferias de los años cuarenta se convirtieron en sinuosas tentativas carnales a ritmo de bolero). Pero la energía festiva de los ciudadanos se vio así, poco a poco, constreñida a sólo dos expansiones: Semana Santa y Feria.

Pues bien, días pasados ha tenido lugar una nueva edición de ese encontronazo profundo entre la Sevilla oficial y la Sevilla real. Entre monseñor Amigo, actual inquilino del Palacio Arzobispal, y las Hermandades y Cofradías, que suman algo así como ciento cincuenta mil aguerridas almas nazarenas, dispuestas a no dejarse pisar por las sandalias de Pedro, de ningún modo. Esta vez, la cosa reviste verdadero peligro (para monseñor), pues por medio andan los dineros, los santos dineros de las hermandades. Sucedió que en el mes de febrero fue llegándoles una misiva del vicario de la diócesis, que les conminaba a pagar tanto o cuanto, sin paliativos ni excusas. De paso, pretendía este tesorero a lo divino fiscalizarles la contabilidad, en aras de la transparencia debida, dicen. Se rebelaron muy mucho las hermandades ante tan inoportuno requerimiento, alegando que dista de la legalidad canóniga. Nada menos que el hermano mayor de El Gran Poder amenazó con constituirse en "asociación privada". Las cofradías más populares alegaron simplemente que ya las pasan canutas para poder sacar a la calle sus Vírgenes y Cristos, sus tambores y trompetas. Y que el señor arzobispo se metiera en sus cosas. Llamada a rebato, ¿toque de campana? No, discreción, penitencia, que para eso estamos en el tiempo que estamos.

2 de marzo, jueves, explosión controlada. En un ambiente levantisco y raro se congregan los cofrades, todos, a debatir la cuestión. Sede del Consejo de Hermandades, a un tiro de piedra (es metáfora) del Palacio Arzobispal. El vicario, que ha sido invitado a dar explicaciones de su misiva, no asiste. Los asambleados se requieren a sí mismos para que la prensa no se entere de nada. La prensa se entera de todo. Conclusión: una comisión para negociar con el prelado. Pero de momento, aquí no paga ni Dios.

20.4.2000

CIUDAD DESMESURADA

Decía Ortega y Gasset que son las aglomeraciones “el hecho más importante de nuestro tiempo”. Y lo decía en 1921. Si don José levantara la cabeza y viera lo que son las actuales dimensiones de aquel fenómeno, seguro que no llegaba a incorporarse del todo. Y lo que le ayudó, desde la perplejidad kantiana, a formular sus penetrantes y a ratos peliagudas distinciones entre masa, vulgo, pueblo, aristocracia de la inteligencia, etcétera, tal vez le hiciera comprender que le faltaba un nuevo concepto: el de gentío. Y que éste no es ya que pueda desbancar a las minorías intelectuales en la dirección de la sociedad, sino a la simple lógica en cualquier tipo de entendimiento.

Conforme pasan los días, crece la convicción de que lo ocurrido en la *madrugá* del Viernes Santo sevillana tuvo que ver con algún tipo de acción coordinada, más bien pérfido juego, copiado o no de una película, por el que se indujo a la multitud -convertida de pronto en gentío ingobernable-, a creer que iba a ser víctima de violencia arrasadora. Sería, de todas, la más benigna hipótesis, pues algo de racionalidad contiene, la de la acción premeditada y delictiva. Es lo que sustenta la Policía Local y, por tanto, el Ayuntamiento, en su lógico afán por no desacreditar el buen comportamiento de los sevillanos, en general, en sus cada día más abultados festejos. También es la impresión que tienen personas, jóvenes en su mayor parte, que estuvieron en alguno de los variados focos de la estampida y con quienes hemos podido hablar estos días. La otra versión, la de la Subdelegación del Gobierno, resulta más inverosímil, y mucho más inquietante, pues se basa en un sólo acto de incumplida agresión, el de un borracho que enarbolara un cuchillo. Tan débil soporte más bien parece trata de ocultar la escasa presencia de los servicios de la policía en la noche de autos. El único denominador común entre ambas explicaciones es el comportamiento histérico, irracional, que cundió a velocidades realmente increíbles, y de consecuencias milagrosamente leves. Esto sí que debe hacernos pensar, y tomar medidas previsorias. (Seguro que a Monteseirín le ronda ya algo por la cabeza). Lo que no puede ser es que la fiesta crezca y crezca sin más, quiero decir, sin que aumenten sus límites físicos, en lógica proporción. Ocurre con la Semana Santa, con la Feria y en buena medida con el Rocío, las tres celebraciones multitudinarias en que ha venido a resolverse la energía festiva de esta parte del mundo, por motivaciones que más tienen que ver con la índole de atavismos profundos y con el resurgir de mitologías profanas, que con religiones o con cualquier otra cosa más o menos comprensible; y por esto mismo tanto más

merecedoras de atención de las autoridades. Porque realmente no sabemos qué es lo que está pasando, pero sí cómo está pasando. Que cada año hay más nazarenos, más sillas, más visitantes, más caballos, más carruajes, más de todo. Pero el espacio, el mismo. No puede ser. No puede ser este crecimiento desorbitado., pues él sí que acabará arrasándolo todo, empezando por la más noble de las condiciones que posee esta ciudad: la de ser culturalmente ilimitada, para convertirse en estúpidamente desmesurada.
27.4.2000

SER COMO UN DIOS

Pocas cosas habrá inventado el ser humano tan gratuitamente puras, como ésta del toreo. Difícil de entender siempre por qué un hombre, un buen día, decide ponerse delante de la fiera afilada, bailar con la muerte; más lo será para estas nuevas generaciones, con su hartazgo de racionalismo tecnológico. Habida cuenta de que no se trata de un deporte, ni de un arte propiamente dicho, ni siquiera de un juego, circo o pasatiempo, lo tienen mal para entenderlo. (Salvo que se atrevan).

¿Pues qué será entonces? A qué este jugarse la vida sin motivo, sin razón. *Máh cornáh da l'hambre*, arguyen los menestrales del invento, como queriendo justificar su locura. Falso por completo. Si así fuera, habría toreo en todas partes. Y los que van por eso sólo, fracasan.

¿Por qué un torero como Curro, a quien ya nada le falta, según dicen, decide continuar en la brega, a sus años? ¿Por qué vuelven una y otra vez lo que se retiran? Algo sucede. Algo sucedía, por ejemplo, cuando en Triana los hombre tiraban de navaja por una causa inefable: Joselito o Belmonte, el coraje y el temple; radical antagonismo que se alarga hasta nosotros, de un modo absurdo, pues a nosotros ya sólo nos cabe imaginarla, soñarla tal vez.

Ser como un dios. Yo creo que es eso. Sentirse el centro del mundo, dueño del mundo, inmortal en la buena faena, despreciando todo lo que no sea ese instante en que el animal te comprende y te regla la vida. Y se enamoran los dos trágicamente. Hay testimonios asombrosos de un torero sentir el orgasmo físico en mitad de una buena tanda, tenerse que tapar la mancha con una toalla para dar la vuelta al ruedo, como si se tapara una herida. Herida de amor será. Qué lejos quedó el miedo, el pánico que todos sienten en el callejón, un

minuto antes de salir, cuando se pasan la mano por la cara, como en un gesto impensado, a ver cómo va ese crecimiento anormal de la barba, el que produce, misteriosamente, el miedo. Sentir la muerte tan cerca, tan cerca como que al menor descuido te pega el revolcón -aquí no se perdonan los errores-, te destroza la figura, te convierte de pronto en un pelele. Y ya no eres nada. De ser un dios altivo, a nada. Vibrar un instante entre el ser y el no ser. Debe ser eso.

Cuando Belmonte decidió acabar con su vida, probablemente no hizo otra cosa que saldar su deuda de amor con tantos otros toros como se le habían entregado, y lo habían acostumbrado al Olimpo. Y porque ser un dios viejo no tiene el menor sentido. Cuando los muletillas prueban a torear en las noches de luna, desnudos, hacen lo mismo, sólo que al revés. Pegarse un tiro de vida. Cuando García Lorca lloró como nadie nunca la muerte de un amigo, se le notaba tanto la envidia... Él, que también iba para inmortal y presentía su propia muerte cercana. Cuando se hace ese silencio en la Maestranza, de pronto, que nadie se explica, y los vencejos cosen el aire con su piar desabrido, y el aburrimiento se pasea de mala gana por los tendidos y castiga a los que se atreven a ponerse delante de un toro, aunque querrían. Entonces, seguramente, es cuando todos los toreros muertos hacen su paseíllo por la plaza del cielo.

4.5.2000

SEVILLA, LA CIUDAD DE LOS EXCESOS

Dos acontecimientos, que aspiran a la trascendencia histórica, han vuelto a poner en el candelero la personalidad de una ciudad para la que el poeta no tuvo adjetivo: "...Y Sevilla". Uno fue la estampida de gentes que se originó en la *madrugá* del Viernes Santo, cuando miles de criaturas echaron a correr de pronto y en todas direcciones, sin causa ni razón conocida, ni al parecer cognoscible. El otro, la increíble y tampoco verificada hazaña de un equipo de fútbol, el Sevilla, que se deja perder frente al Oviedo, para arrastrar consigo a su rival, el Betis, a los infiernos de la Segunda División. Si por lo menos fueran dos sucesos inasociables, podríamos tomar respiro. Lo malo es que pueden estar conectados por alguna de las secretas galerías de esta ciudad. Vean si no, a falta de explicaciones oficiales, la que circula estos días por la guasa del común: "¿Saben ustedes por qué corría todo el mundo en la *madrugá*? Respuesta: -Porque

alguien gritó: ¡Que corran los de Segunda!" A las antiguas alianzas entre tauromaquia, copla y religión, se ha unido, más firme si cabe, la de esta última con el fútbol. Se dirá que lo mismo sucede en otras ciudades, donde también los equipos ofrecen sus logros deportivos a la patrona. Sí, pero en Sevilla la cosa tiene perfiles diferenciales, y muy sabrosos por cierto. Días atrás, el propio Arzobispo de Sevilla, monseñor Amigo Vallejo, mostraba a la prensa su santa preocupación por el riesgo de depresiones que podía producir en la población el hecho, bastante probable y sin duda catastrófico, de que sus dos equipos de fútbol desciendan de categoría. *Don Manué* Lopera (el *don* es un obsequio reverencial que le otorgan los béticos a este curioso personaje) no se recata en prodigar besos fervorosos a una estampa de Jesús de El Gran Poder que lleva en su cartera, cada vez que su equipo mete gol. Y aunque esto no ocurre muchas veces últimamente, tampoco ha dejado de interesar al prelado. En una entrevista con Jesús Quintero, reproducida en su programa de Canal Sur el día 1 de mayo, el titular de la diócesis reconocía haber hablado de este importante asunto con *don Manué*. Y haberle sugerido que no hiciera tan pública ostentación de piedad. "Y él me dijo: ¿Por qué no le pide usted a los socios del Betis que le enseñen la cartera, y verá usted que la mayor parte de ellos llevan una estampita..."

Ni que decir tiene que, por su parte, el Sevilla ha consagrado a la Macarena sus momentos de gloria, y suponemos que también los más difíciles. De ser así, ambos equipos han puesto en estos momentos en un brete a sus respectivos protectores celestiales. Veremos si el Gran Poder, con merecida fama de milagroso, no se va a ver esta vez en un aprieto. Pero en cuanto a la Macarena..., aquí sí que ya no hay nada que hacer.

Como ven, el asunto va de dualidades y de excesos, de radicales antagonías y de connivencias inextricables, hasta en los chistes, cualquiera que sea la realidad social que contemplemos. Dos características de lo más riguroso, que articulan las entrañas de esta ciudad, a la que ni los sevillanos entendemos como no sea de esa manera, a base de binomios y de exageraciones, de dualismos fatales y de sobreabundancias temerarias. Dicen los filósofos que la postmodernidad consiste precisamente en tentar los límites de lo conocido, siendo conscientes de ello y dejándose llevar, en una suerte de alboroto metafísico, por la experiencia del exceso, quizás por la atracción del abismo y del caos. En tal caso, Sevilla es el paradigma de la corriente que nos mete en el siglo XXI con todas las leyes de la dialéctica bien apuradas y en estado latente de explosividad.

Si de cantidades hablamos, no habrá cifras más elocuentes que las que se dan aquí, partiendo de la inveterada costumbre que convierte a muchos reciennacidos en militantes dobles,

del balón y del capirote. Lo que arroja, para empezar, un censo de unos 150.000 cofrades. Sólo en la famosa *madrugá* desfilaron 8.350 nazarenos, en apretadísima formación por el intrincado dédalo de la urbe histórica. 47.525 fueron en total los penitentes que acompañaron, durante los ocho días de la Semana Santa, a sus 115 pasos, en 57 procesiones. Alrededor de 53.000 socios suman Sevilla y Betis, esto es, casi un 8% de la población. (El censo del 98 sólo reconoce 706.115 habitantes). Real Madrid y Atlético, por comparar, juntan 110.000, apenas un 3% Seguimos. Mil cien carruajes se han inscrito este año en la Feria de Abril, lo que acumula del orden de 2.500 animales de tiro, a los que hay que añadir los hermosos caballos de montar, nunca contados. Y en cuanto a mujeres vestidas de flamenca, tan innúmera belleza no parece ni siquiera real. Apenas si podremos mencionar hoy a la romería del Rocío, alimentada por sevillanos en muy importante medida, con sus espectaculares cifras y también riesgos controlados, hasta ahora.

El lado económico de todo esto no es menos expresivo. La Confederación de Empresarios de Andalucía ha evaluado en 15.000 millones el *impacto* de la Semana Santa. De la feria, se puede aventurar otro tanto. Hoteles llenos, ejércitos de artesanos en minuciosa y febril actividad.

Respecto a las dicotomías, un somero repaso de las que se dan en la Roma andaluza, nos daría el siguiente inventario: Trajano y Adriano, los dos emperadores (el de la guerra y el de la paz) nacidos en Itálica, que es como un barrio de Sevilla, sólo que en la Historia. San Isidoro y San Leandro, los dos hermanos arzobispos, uno más sabio que santo, al revés que el otro. Santas Justa y Rufina, nuestras dos mártires emblemáticas. Velázquez y Murillo, pintor de reyes, pintor de Inmaculadas. Esperanza, la exuberante Virgen de Triana; Macarena, la Virgen Niña de Sevilla, ambas en permanente competición de guapura. Gran Poder y Pasión, las dos admirables imágenes de Cristos con la Cruz a cuestas, en soterrada rivalidad de devociones y milagros. (Aunque dicen las malas lenguas que el segundo no ha curado todavía ni un mal catarro). Joselito y Belmonte, coraje y temple; el último de los toreros antiguos, el primero de los modernos. Machado el bueno y Machado... el otro.

Además de las figuras, la propia ciudad es dual en sí misma y en sus accidentes. Los trianeros, habitantes del otro lado del río Guadalquivir, han bromeado siempre con que "Sevilla es un barrio de Triana". Y en la conversación normal no es raro oír: "Voy a Sevilla", dicho por alguien que lo único que tiene que hacer es cruzar el puente. El mismo río, de tan histórico y trabajado, ya no se sabe muy bien si es uno o dos, pues por un lado discurre la dársena, que

ocupa el cauce histórico, y por otro el cauce artificial que se hizo en los sesenta, para evitar las periódicas inundaciones. Hasta el fenómeno de *la movida* es dialógico, si ha acabado concentrándose en dos zonas principales: la de la Alameda, para *hippies* y otros jóvenes alternativos, y la de Tabacalera, para los *niños pijos*.

Y volvemos al principio. ¿Pero qué es lo que pasó en la *madrugá*? ¿Se dejó ganar realmente el Sevilla? Tal vez nunca lo sabremos. Constituye parte del exceso, de los ritos mistéricos de esta ciudad, el que de pronto se ponen en circulación las más atroces especulaciones -y los mayores peligros-, y luego todo queda como en el valentón del estrambote cervantino: "Requirió la espada, miró al soslayo, fuése y no hubo nada". Esto es lo verdaderamente prodigioso. Que la dialéctica en la que todo lo resuelve Sevilla es como una válvula de escape hacia la sublimación freudiana de los humores, los buenos y los malos, y así, fuera de algunos destrozos y contusiones, la sangre nunca llega al Guadalquivir. Tal vez en eso está la gracia. En el exceso dual y medido, hasta la presente. Si ya lo decía el bueno de don Antonio: "Busca tu complementario,/ que siempre marcha contigo/ y suele ser tu contrario".
7.5.2000 (Edición nacional)

MALDITO TABACO

Presencié hace unos años, en Estados Unidos, una escena muy desagradable entre dos profesoras universitarias. Una de ellas se disponía a entrar fumando en el coche de la otra, y ésta, que era no fumadora, reaccionó con una violencia verbal inusitada."¿Cómo te atreves? ¿Es que te has vuelto loca, acaso pretendes envenenarme?" Cosas así, y más gruesas, le dijo. A la del cigarrillo de poco le valió disculparse, alegando que había sido un acto incosciente.

En aquel viaje aprendí mucho acerca de tabaquismo y su contrario. Por ejemplo, del despliegue de publicidades antagónicas que el asunto suscitaba en todo el país. Anuncios horripilantes de los daños mortales que causa el tabaco, con gigantescas calaveras echando humo por sus orificios descarnados y, justo al lado, otras vallas de idénticas proporciones prometiendo la felicidad del vaquero fumador por las azules praderas del *Far West.* Todo muy contradictorio y desproporcionado, típico de una de las sociedades más enfermas del mundo. Pero el combate, en términos generales, puede decirse que lo iban ganando los no fumadores, quienes empujaban a los adictos a drogarse, cual apestados, en los lugares más insólitos, tales como escaleras de incendio o rampas de aparcamientos. Y eso que aún no se sabía, como ya

sabemos hoy, que la nicotina es una droga tan peligrosa como la heroína, además de ser el tabaco, con sus cuarenta sustancias cancerígenas, causa del ochenta por ciento de los tumores de pulmón. (Sólo para Andalucía la estimación es de unas 800 muertes anuales por tabaquismo). Una enfermedad que, por cierto, se ha llevado de este mundo a tres amigos míos en poco más de un año. Maldito tabaco.

En España, la cosa dista mucho de ser como en Norteamérica, pero a peor. También en términos generales, tengo la impresión de que la batalla la van ganando los fumadores, por desgracia. Este país, que no está menos enfermo que el otro -baste recordar los acontecimientos de El Ejido, el nacionalismo radical vasco o las multitudes de idólatras que se nos despendolan a la primera de cambio-, parece haber resuelto colectivamente que la cosa no es para tanto. Insensata decisión. En muchos lugares públicos -vestíbulos de aeropuertos, de estaciones de autobuses y trenes, bares y restaurantes, espacios semipúblicos como pasillos, escaleras, etcétera-, los fumandores continúan siendo dueños de la salud de todos. En la televisión sigue habiendo programas donde se fuma a todo trapo. Y ojo con las películas antiguas, donde se induce a consumir tabaco en todas las situaciones de la vida. Pero los jóvenes; me preocupan extraordinariamente los jóvenes, que parecen haber entendido que la campaña antitabaco es una nueva forma de represión contra ellos. Y no hay modo de convencerles de que no es así, sino que el tabaco es uno de los peores engaños en que ha incurrido esta sociedad reprimida y enloquecida. Cuesta dejarlo. Si lo sabré yo, que fui empedernido fumador hasta el año 77 y que hasta tres veces recaí en el vicio. Pero al final se consigue, créanme. Lo digo, y lo proclamo, por si a alguien le sirve de algo. Por favor, no fumen, no se me maten estúpidamente.
1.6.2000

PETIT PRINCE / PETER PAN

Hubo un tiempo en que no hacía más que pensar en los grandes enigmas de este pequeño libro y en los muchos misterios que encierra su personaje principal, *El Pequeño Príncipe*. Ya veis que me niego a llamarle "Principito", pues, además de insufriblemente cursi, esa palabra pierde las resonancias que tiene con las dos "p" de *P*eter *P*an, entre otras semejanzas -yo creo intencionadas-, con ese otro niño celeste del lado contrario del Canal. (Primer misterio). Pero permitidme que os lo cuente todo desde el principio, como si fuera un cuento:

Había una vez un piloto de aviación civil que, a causa de una avería, cayó con su avión en el desierto del Sáhara, a mil millas de todo lugar habitado. Importa poco de qué manera logró sobrevivir. Mucho más importa saber que este hombre se había hecho aviador sin mucho convencimiento. Su verdadera vocación era la de pintor, pero tuvo que abandonarla a los seis años, porque un día dibujó la silueta de una boa, que se acababa de tragar un elefante, y todo el mundo se empeñó en ver un sombrero. (Para mí que los seis años es muy pronto para darse por vencido en nada, pero es que el número seis tiene mucho que ver con los entresijos de esta historia. Estad al tanto). Nuestro héroe, dado que las personas mayores "necesitan siempre explicaciones", se decidió entonces por aquella otra profesión, la de piloto, que es de ésas que suelen considerarse razonables. Así como el golf, la política, o el saber elegir corbatas, además de charlar siempre de cosas que se pueden contar, en el sentido de numerar. Por ejemplo, la edad que tiene la gente, los miembros que componen una familia, el peso del cuerpo, el dinero que se guarda en un banco. Es decir, cosas serias, como diría Peter Pan, precisamente. A nuestro hombre, en cambio, le encantaba todo lo que no puede numerarse. Igual que a los niños. Por ejemplo, decidir el juego al que se va a jugar, sentir el deseo de coleccionar mariposas, distinguir por el timbre de voz a los cantantes preferidos...

Bueno, pues en aquel percance de caerse de un avión, nuestro héroe al menos tuvo la suerte de que apareciera por allí alguien que coincidía con él en casi todo: un Pequeño Príncipe, de cabellos dorados y bufanda muy larga, igualmente dorada y, al parecer, eterna. También él acababa de caerse, sólo que de una estrella. Más bien de un asteroide, el B 612, diremos con precisión, para que las personas mayores estén contentas. (Ojo: 612 es un guarismo que se compone de 6 y 12, que es dos veces 6). En seguida se hicieron muy amigos, y allí mismo, en mitad del desierto, se pusieron a hablar de asuntos nada serios.

Supo entonces el aviador que en el pequeño planeta de aquella criatura sólo se podían hacer seis cosas: arrancar baobás cuando son muy pequeños -los baobás llegan a ser árboles gigantescos que lo invaden todo-; deshollinar, uno tras otro, los tres volcanes que allí hay. Regar la única flor que en tal sitio es posible admirar y, por último, contemplar unas maravillosas puesta de sol.

Pero resulta que antes de caerse a la Tierra, el Pequeño Príncipe rebotó, por así decirlo, en otros seis asteroides. (¿Habéis anotado ya cuántas veces aparece este número?). En ellos vivían, sucesivamente: un rey absoluto, pero solitario; un vanidoso incorregible; un borrachín;

un hombre de negocios que, naturalmente, siempre estaba haciendo números; un farolero, y un geógrafo al que no le interesaban las flores para nada.

Por todo esto parecía muy afectado el Pequeño Príncipe, hasta el punto de que, cuando se lo encontró la zorra, estaba llorando. ¿La zorra? ¿Qué zorra? Pues una que pasaba por allí. Ella intentó distraerlo, proponiéndole diversos juegos, pero aquí tropezamos con la dificultad de que éste es un animal no domesticado. Es simplemente el sexto de los que se nombran en esta historia, y que sabía muchas cosas, demasiadas tal vez. Decía, pongamos por caso: "Cazo gallinas y los hombres quieren cazarme. Todas las gallinas se parecen, y todos los hombres se parecen. Me aburro, pues, un poco. Pero si me domesticas, mi vida se llenará de sol...El trigo dorado será un recuerdo de ti y amaré el ruido del viento en el trigo". De otros muchos asuntos le informó a lo largo de aquella conversación, algunas ciertamente enigmáticas, como que "¡Las flores son tan contradictorias!". Otras no tanto, pero que también te hacen cavilar lo suyo: "Los niños deben ser muy indulgentes con las personas mayores". (¡Quién iba a pensarlo!). Pero sobre todo le trasladó una que estimo la más importante: "Lo esencial es invisible a los ojos. Sólo puede verse con el corazón". Esto le interesó vivamente al Pequeño Príncipe. Tanto, que nos contagió el deseo de llorar.

No tratéis de explicároslo. En este libro, ya os lo he dicho, suceden muchas cosas inexplicables. Como también por qué nuestro piloto -que ya sabéis quién es, y que llora cuando cree que el Pequeño Príncipe se muere- no se decidió a contar esta historia hasta pasados algunos años. ¿Cuántos? ¡Pues exactamente seis!

Ahora os será más fácil comprender que mi manía de contar, en el sentido de numerar, se debe a que ya soy incorregiblemente mayor. Pero al menos me ha servido para descubrir otras cosas extraordinarias de este libro, y de su oponente necesario, Peter Pan. Así, que los dos personajes proceden de otro mundo superior; que uno no quiere crecer (Peter Pan) y el otro no puede morir. ("Parecerá que me he muerto, y no será verdad"). Que ambos se niegan igualmente a aprender lo que los mayores llaman "cosas serias". Que seis eran los niños abandonados, en el relato de Peter Pan. Y, finalmente, que los dos nombres, aparte de empezar por sendas dos P, cuando se pronuncian muy seguido en sus respectivos idiomas, llegan a sonar casi idénticos: Peter Pan, Petit Prince, Peter Prince, Petit Pan...¿Lo veis? 24.6.2000

(Publicado en *Babelia*)

Cuentos de verano

GORDOS

De mi lejana niñez he rescatado estos días un recuerdo que ustedes creerán es puro cuento. Incluso podría parecer el material intrauterino de una fábula de García Márquez. Pero no, que es verdad, y estoy seguro de que muchos sevillanos lo recordarán todavía. Había en la feria de Sevilla, allá por los años cincuenta, una atracción absolutamente increíble. Mucho más que todas las que he visto o de las que he oído hablar después. Se trataba de una barraca, más bien inmunda, donde todos los años se anunciaba el mismo espectáculo: ´Los Hermanos Canario´, se llamaba –no sé si por apellido o gentilicio, en cuyo caso debería ir en plural-. Todo el asunto, por el que la gente pagaba años tras año, consistía en presenciar, sobre un escenario, el desfile gradual de una familia de gordos. Tal como suena. Primero salía el menos gordo, que era un niño como de diez o doce años, comiéndose un bocadillo más grande que él. Después una ´ hermanita´, algo mayor y más gruesa, haciendo semejante y proporcionado alarde alimenticio. Luego otros hermanos de más edad y, así, en escala, hasta que salían el padre y la madre, que eran ya dos auténticos toneles, zampándose una descomunal olla de cocido o de lo que fuera. Eso era todo, sin más argumento ni más nada, lo que ocurría a la vista del público. Un público, ni que decir tiene, que asistía cruelmente encantado a aquella pasarela de grasas, con un jolgorio también ´in crescendo´, que solía terminar en explosión de risa histérica contagiosa. Ni la más mínima consideración hacia las personas que allá arriba daban cuenta de su fenomenal condumio, con el que se ganaban la vida. El único caso conocido en que se le dio la vuelta a la maldición bíblica. No faltaban, para mayor escarnio, guiños y codazos de complicidad anunciatoria entre los asistentes: “Pues verás cuando salga la Manolita...”

De aquel espectáculo infame –con el que sin duda aprendí de la humanidad mucho más que en cien libros- recuerdo sobre todo el aire triste y circunstancial de los hermanos Canario. Ellos nunca se reían. Comían, solamente.

No sé a qué se debe que este verano se haya puesto de moda el asunto de los gordos, perdón, de los obesos. Pero me resulta de lo más sospechoso, sobre todo porque en algunos programas de radio y televisión ha alcanzado el aire de una cierta apología de la obesidad. En este mismo periódico, se publicó el domingo pasado una crónica que da cuenta de la inminente rebelión de los gordos –perdón-, en el Estado de California, muy representativo de un país donde proliferan los obesos de todas las razas hasta extremos preocupantes, y que es al mismo tiempo el reino de la comida basura, muy bien engrasada y muy barata. Y ya se sabe que cuando los californianos se ponen en pie de guerra, desde aquello del 68 y después lo del orgullo ´gay´, es que la cosa va en serio. Mucho me temo que todo esto sea una campaña promocional de las multinacionales de la comida rápida y que, de seguir por este camino, acabaremos asistiendo a una inmensa barraca donde desfilen los canijos, a la vista de una humanidad complacida en su opulencia carnal. Al fin y al cabo, los hombres primitivos ya adoraban a las mujeres obesas, perdón, gordas.

10.8.2000

Cuentos de verano

EL SOSPECHOSO

Le venían siguiendo la pista desde hacía algún tiempo, con tranquilidad. La tranquilidad que proporciona saber que el sospechoso no sospecha. Así, todos sus movimientos eran anotados, evaluados, en la certeza de que les conducirían finalmente a algo gordo. Tal vez muy gordo. Pero lo cierto era que, de no ser porque los indicios resultaban elocuentes, nadie hubiera sospechado de aquel cuarentón con barriguita, mujer y dos hijos en edad escolar, clase media y pisito con su aparcamiento subterráneo y todo.

-No os fiéis de las apariencias, que ésos son los peores –afirmó el comisario, encargado de la unidad que vigilaba al sospechoso-. La teoría del comisario, hombre muy avezado en esta clase de asuntos, era que se trataba de un enlace. Aún no sabía qué cosas enlazaba, entre las varias posibles: drogas, divisas del Este europeo, contactos con la mafia italiana de la Costa del Sol, certificados falsos de residencia para inmigrantes... Por contra, su

inmediato subordinado, el subcomisario, tenía la corazonada de que era un asunto político. De ello discutían a veces.

Todos los días, sobre las ocho de la mañana, cual si fuera un honrado funcionario, el sospechoso abandonaba su aparcamiento, con el mismo coche, y emprendía alguna de las rutas ya conocidas por la unidad. El mismo coche, sí, pero con diferente matrícula. Ésta era la clave del asunto. Hasta siete matrículas le habían contabilizado ya: la de la provincia de origen, Sevilla, más las de Málaga –donde el sospechoso había fijado su residencia-, Huelva, Granada, Girona, Oviedo, y Bilbao. La aleatoria de los desplazamientos era otra de las bases de la investigación: a un viaje por las provincias andaluzas, solía seguir otro por el Norte, ya fuera Asturias, Galicia, Cataluña... Al País Vasco hacía tiempo que no iba, lo cual constituía una pieza desconcertante, aunque significativa. Pero desde que al individuo se le había visto manipular unos paquetes con precauciones extremas, las sospechas habían entrado inevitablemente en fase política. Dinamita o amonal, pensó todo el mundo, bajo la presión de la escalada etarra. Y éste fue el motivo por el que hubo que acelerar y estrechar el cerco sobre el sospechoso. Hasta que descubrieron una máquina de troquelar matrículas escondida en un trastero del sótano, y el comisario mandó por fin que detuvieran al individuo.

Lo malo fue cuando el individuo contó y demostró la verdad. La troqueladora la había comprado de segunda mano en una feria de máquinas herramientas de Bilbao, y todo el camuflaje que se traía era debido a lo mismo: ”Ya estoy harto de que me pinchen las ruedas del coche, o que me insulten, en todas partes. En Málaga o en Huelva porque llevaba matrícula de Sevilla, en Gijón porque la llevaba matrícula de, en Pamplona por Bilbao...Yo no soy más que un honrado vendedor...” ¿Y qué es lo que vende usted, buen hombre?” “¿Que qué vendo? Pues ya lo ve en esos paquetes. Cerámica, cerámica artística y otros objetos de ´souvenirs´, para turistas de todas partes. ¿Es eso malo?”

El comisario se alegró de que no fuera un asunto político, pero el subcomisario siguió en sus trece: era un asunto estrictamente político.

17.8.2.000

Cuentos de verano

GORRILLAS EN LA NIEBLA

Un matrimonio británico de clase media decidió, como otros muchos, pasar sus vacaciones en la Costa del Sol. Era la primera vez que venían a España. Sus conocimientos acerca del país de destino, francamente mediocres y llenos de prejuicios. Mejor no diremos cuáles. Desde luego, nada de ajos ni de corridas de toros. Sangría, sí, y paella (léase *´paela´),* muy favorecida esta última por su sugerente rima con Marbella (léase *´Marbela´).* También habían tomado sus precauciones, con la ayuda de otro matrimonio amigo que ya había pasado por la excitante experiencia, del género usar la caja fuerte del hotel, no dejarse abordar por desconocidos, etcétera. En fin, que no todos los días se viaja a un país *´romantic & exotic´*.

Tan sólo no pudieron anotar fielmente algo que la mujer del matrimonio amigo casi tuvo que gritarles cuando ya se elejaban hacia el avión: *´And be carefull with the ´gorilas´!,*lo que traducido venía a querer decir: ¡cuidado con los *´gorrillas´!* Pero, claro, el escasísimo español de los nuevos aventureros no daba más que para entender que se les advertía contra esos grandes primates. ”Querida, ¿tú sabías que hay gorilas en España?”, preguntó el marido, algo inquieto. “No te preocupes, querido. Yo he visto la película de Sigourney Weaver, y sé cómo tratarlos”, contestó ella, más resuelta. (Se refería, naturalmente, a *Gorilas en la niebla).* No quedó muy satisfecho, empero, el anglosajón.

Cuando llegaron al hotel, nuestro hombre intentó informarse un poco más. “¿Gorilas? –se extrañó el recepcionista-. No hay gorilas en Andalucía, señor. A menos que... –El empleado esbozó una sonrisa, pensando que tal vez el extranjero se interesaba por contratar a uno de esos matones que suelen acompañar a ciertos alcaldes y personajes de la Costa del Sol- Ya entiendo.... Pero son muy caros y escasean.” –Una llamada urgente alejó en aquel momento al recepcionista. La intrépida pareja quedó totalmente confundida. Él entonces decidió telefonear a los amigos de Londres, pero aquéllos estaban ilocalizables. De pronto, no sabría cómo, se acordó de una expresión leída en sus comics favoritos: *´guerra de gorilas´,* que es la pésima pronunciación que en inglés se da al invento bélico español por excelencia, la *´guerra de guerillas´*. Pero esto, claro, le dejó todavía más preocupado.

Así que cuando llegaron a Sevilla, en coche de alquiler, por fin respiraron tranquilos. Tranquilos de no haberse topado por el camino ni con grandes primates ni con guerrilleros, bandoleros o cosas por el estilo. Tan felices iban, cuando se vieron en la obligación de atender las indicaciones persistentes que les hacía un extraño agente de la autoridad, tocado con una ´gorrilla´ que más se parecía a la del Zar Nicolás II en almoneda. “Un tipo muy

simpático – escribieron en una postal a sus amigos de Londres- que, cuando ya nos tuvo aparcados, nos cantó algo de flamenco, y todo por el módico precio de cien pesetas. Este país, aunque no hemos visto gorilas ni guerrillas, sigue siendo muy raro".
24.8.2000

Cuentos de verano

ISMAEL III

De mis dos vidas anteriores sólo os contaré lo necesario. Bastante me ha costado burlar a mis perseguidores y huir de la desgracia que se cebó sobre todos los que me rodeaban. Primero fui profeta y conductor de pueblos, los pueblos del desierto. Pero mis descendientes, los ismaelitas, se dispersaron por las tórridas arenas. Vibraron con toda suerte de espejismos, el más nefasto de los cuales resultó ser el de una religión perfectamente imperfecta. Pero también sucumbieron al de un nuevo maná, de aspecto inagotable, el petróleo, que los destruye por dentro y los divide por fuera en numerosas tribus que se odian entre sí. Hasta un fanático rabino de Israel se permite hoy llamarlos ´serpientes´. Y yo, que pude ser su rey, ya no puedo hacer nada, salvo contarlo.

No fue más leve mi segunda encarnación, como cazador de ballenas en el ´Pequod´, el barco del capitán Ahab. Todavía algunas noches me despierto, sobrecogido y sudoroso, con un espasmo de pánico en el corazón. Veo avanzar hacia mí aquella mole inmensa llamada Moby Dick, la ballena blanca, resoplando, toda acribillada de arpones que se oxidan en su piel, como si nada. También esta vez había barriles de por medio, aunque de aceite y del preciado ámbar gris, con su inolvidable perfume. Pero todo se perdió de nuevo a causa del odio, el que Ahab almacenaba, como sierpe insaciable. Y todos murieron bajo la embestida del monstruo. Sólo yo quedé, para contarlo.

Pero quizás la tercera encarnación sea la peor de todas. Ahora paso por ser un pobre y simpático estudiante de asuntos náuticos (por lo que pronto, espero, regresaré al mar). Entretanto, me hacen lucir, no ya un turbante, sino un ridículo sombrero de tela, cuyo uso se ha propagado extraordinariamente entre mis seguidores, cual si fuera el talismán de no sé qué tribu. Tal vez los nuevos ismaelitas. Y hasta me llaman ´El rey de Cai", yo creo que por burla. Antes me encerraron en una extraña morada, de cuyo interior todo era sabido, por estúpido que fuera, cháchara infame o peripecia insustancial, acaecidas entre otros

condenados que allí había, no sé por qué causas. La mía sí la sé, y no es sólo el dinero. Pues por fin llego a la conclusión de que esta tercera vida es resumen y escarnio de las otras. Y ahora que me piden que dirija la palabra a una multitud, que de nuevo se dicen seguidores míos, empiezo a pensar si no habrá llegado la hora de agotar la terrible cadena de mis reencarnaciones, dicéndoles verdad a todos: que no me tomen por lo que no soy, profeta ni héroe de nada ni de nadie. Así que, esta misma mañana, he roto los borradores y he empezado a escribir de nuevo eso que llaman ´pregón de carnaval´. La última vez que naufragué, les digo, fue sobre el ataúd vacío de Queequeg, el primer arponero. Era una caja de madera preparada al efecto, que había quedado flotando a la deriva, en medio del desastre general. Mi problema es que ahora tengo una nueva pesadilla: vuelvo a estar sobre esa caja, en medio del océano, pero mi salvavidas se convierte de pronto en uno de esos artefactos que llamáis televisor. Y con él me hundo, irremisiblemente.
31.8.2000

BIENAL A LO GRANDE

De nuevo la tenemos aquí. Como un reflujo de arte contenido, Guadiana mayor que, cada dos años , desbordara sus ímpetus secretos, la XI Bienal de Flamenco. Más crecida incluso. De los 43 espectáculos de la edición anterior –algunos todavía estremecen la memoria-, hemos pasado a los casi 60. Artistas más de 500 y días 33. Todo un alarde, que desde luego requiere un esfuerzo de organización descomunal, al que no hay que regatear elogios. Sobre todo porque el modelo no ha cambiado, quiere decirse, continúa desarrollando en lo cuantitativo aquella fórmula felizmente ideada por Ortiz Nuevo, año 1980, consistente en unas equilibradas proporciones de maestría y de audacia. Claro que entonces la escasez obligaba a toda suerte de piruetas imaginativas y la izquierda era verdaderamente unitaria. Un poco por la proximidad tardo-romántica de Mayo del 68, pero sobre todo porque aquel Ayuntamiento del 79 estrenaba democracia con las arcas vacías. Cómo se reunieron los primeros dos millones y pico para la I Bienal, pertenece a la materia heroica, casi fabulosa.

Este año el presupuesto es de 250 millones. (Ayuntamiento, 65; Consejería de Turismo, 25; de Cultura, 40 (mayormente en especie); Instituto de la Juventud, 15; Diputación, 15 . INAEM, 10. El Monte , 5 (¡); resto, taquilla). Parecerá a algunos cantidad

suficiente. Pues caerán en un error. Sigue siendo pura pacotilla, teniendo en cuenta la magnitud del empeño, y no digamos lo que este arte merece. La Bienal de Flamenco, pese a sus grandes y llamativos fulgores, sigue siendo en lo económico un gigante con los pies de barro. Por odiosa que resulte, también es inevitable la comparación con lo que sucede, por ejemplo, con el gran Teatro de la Maestranza. El presupuesto del año pasado de esta eficaz institución alcanzó los 1.240 millones, para 110 espectáculos del más alto nivel operístico-musical. Y tampoco es que naden en la abundancia, ni que el esfuerzo no sea meritorio, sobre todo por repercusión internacional y recuperación de inversiones. Pero si miran la proporción, verán que la Bienal debería andar por los 600, o sea, que le faltan otros 350, en números grandes. (Y no contabilizamos el hecho de que se trata de un gasto bianual) ¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué la ciudad de Sevilla, sus instituciones, su público, invierten en ópera y grandes orquestas cinco veces más que en flamenco? No queremos hacer análisis simplistas que pudieran acabar en demagógicos. Pero algo pasa. Seguramente ya no es cuantitativo, sino conceptual y político. ¿Por qué las Cajas de Ahorro, tan sevillanas y andaluzas ellas, rehuyen la Bienal? ¿Por qué Canal Sur Televisión no retransmite el acontecimiento? ¿Es que hay recelos todavía con la patente política del invento? El hecho cierto es que el intrincado mundo de los cachés, los derechos de imagen, la inversión en espectáculos propios, etcétera, parecen exigir ya otro modelo de gestión, más acorde con los nuevos tiempos. Ya no estamos en el 79, aunque la nostalgia nos empuje a creer que entonces éramos, por lo menos, más felices.

7.9.2000

Cuentos de verano

EL REGRESO DE NIETZSCHE

Dilatadas y ruidosas playas de Conil. Contra todo pronóstico, una tarde, curioseando por una de esas supuestas ferias del libro (en realidad, saldos, oportunidades), me di de bruces con unas abultadas ´Obras Selectas´ de Nietzsche (Edimat). El centenario del gran profeta laico, que algunos celebran mientras otros lamentan, con intensidades rabiosamente parecidas, me lo ponía así de fácil. Con discreción, me lo fui llevando hasta la orilla.

En verdad que estaba muy pálido, casi transparente, el gran mostacho un poco más alborotado que en vida, igual que la mirada, entre vivos rescoldos de una antigua furia. Sin duda acusaba el fatigoso trasiego a que ahora está sometido, entre este mundo y el otro, o por tener que predicar con el ejemplo aquello del eterno retorno.

-¿Sigues pensando que Dios ha muerto, Friederich?

-Más muerto que nunca.

-Pues aquí no hay más que procesiones y romerías por todas partes.

-Por eso lo digo. "Los creyentes son demasiado escandalosos e importunos". "En otro tiempo el espíritu era Dios; luego se hizo hombre, y ahora se ha hecho plebe". –Quiso añadir algo, pero un par de ´amotillos´, de entre los seis o siete millones que este verano circulan por nuestras costas, con plena libertad para matarse, le disuadieron. El espantoso ruido lo hundió en un hosco silencio, del que me costó sacarlo.

-La sorda batalla entre el espíritu y la sensualidad... hoy ya es menos sorda –ironicé. Pero nada. -Sabrás –me atreví, pasados uso minutos-, que has sido muy mal interpretado. –Esto sí causó efecto.

- Sí, esa perra de mi hermana me vendió a Hitler, y por menos de 30 monedas. Hitler hizo de mi superhombre sin Dios, una quincalla belicista.

-¿Crees que estaba loco? ¿Te parece que todos los ultranacionalistas lo están?

-"La tierra está llena de gente superflua". "La locura se da raras veces en los individuos. Pero constituye la regla general en los grupos, en los partidos, en las naciones y en las épocas históricas". -Entonces, cándido de mí, le pregunté:

-Qué piensas de los políticos.

-"Solemnes bufones de la plaza pública". "El mundo gira en torno a los que inventan nuevos valores, pero la gente y la fama giran en torno a los comediantes". En aquel momento se me atropellaron en la mente tal cantidad de cosas (televisión basura, famoseo, políticos inamovibles...), que preferí, yo también, guardar silencio.

Atardecía. Por Cabo Roche el sol se desangraba en una lujuria de sentido y espíritu, más allá del bien y del mal. Un oleaje calmo y pesaroso presagiaba fuerte levante.

-"Se niegan a admitir que su alma ha muerto antes que su cuerpo" –prosiguió, al cabo de un buen rato, como salmodiando para sí mismo.

-Lo contrario de lo que te pasa a ti, supongo. –Entonces se detuvo. Me miró un instante. Esbozó una sonrisa, más mueca que otra cosa, y dijo:

-Sí, pero en verdad te digo que no sé qué es peor.

Así hablaba Zaratustra.

14.9.2000

LAS ORILLAS DEL MIEDO

Sábado, 30 de septiembre. Algeciras, Tarifa. Como en años anteriores, y tras un desayuno más bien parco, la expedición de ´Ándalus´ salió del albergue con las tímidas luces de un día seminublado. Mochilas repletas de alimentos, telescopios, prismáticos... todo listo para una jornada de observación celeste. Gente jovial, prefería convertir en bromas la amenaza de lluvia, la incertidumbre de los vientos. Sabedores también de que ya las grandes bandadas habían cruzado el Estrecho, se mantenía la esperanza de ver ejemplares rezagados, volando, indecisos, en espera de una racha de viento que los empujase todavía a la salvación, al cálido invierno africano.

En la orilla de enfrente, la cosa era bien distinta. En algún recoveco de la costa marroquí se preparaba otra expedición, clandestina, aunque más o menos tolerada. Sobre una precaria embarcación semirrígida, se apretujaban veinticinco personas, la ansiedad contenida, los ojos clavados en el horizonte. Apenas ropa ni provisiones. Tan sólo una esperanza, como águila enjaulada, agitando en el pecho. Y el frío, un frío insuperable.

La primera observación, sobre un promontorio cercano a Tarifa, resultó un fracaso. Unos remolinos de brisa helada acabaron entumeciendo a los ecologistas y sólo un par de águilas calzadas pudieron verse, volando demasiado bajo como para atreverse a dar el salto. Alguien sugirió trasladarse a la punta de Guadalmesí. Bártulos al hombro, y de nuevo a los coches, que resultaron proverbialmente acogedores.

En otro lugar impreciso de la costa africana zarpaba un buque con más de un centenar de subsaharianos, varias mujeres y niños entre ellos, sin más que lo puesto. En otras épocas eran levas de esclavos, hacia América. Ahora viajan voluntariamente, no saben muy bien adónde, pero firmemente decididos a ganar el pan.

En Guadalmesí, los ornitólogos tuvieron algo más de suerte. Once cigüeñas negras, volando en círculos, muy altas, parecían resueltas a todo, en dirección a Tánger. Un roquero solitario hizo gala de su nombre entre los acantilados. Un zarapito chilló, asustado de vernos tan cerca. Varias culebreras se mecieron, parsimoniosas, ante nuestra vista extasiada. Alguien señaló también a un vuelvepiedras, entre los arrecifes, y fue entonces cuando vimos los restos de una patera, descuartizada por el oleaje contra las rocas. No parecía sino que se hubiera estrellado a los pies de la la torre vigía, desde la que antaño se oteaba a los piratas berberiscos. Otra revuelta de la historia.

El domingo, 1 de octubre, fue más generoso para los prismáticos. Un halcón peregrino, varios milanos reales y hasta un águila perdicera, cada vez más rara. En la playa de Los Lances, chorlitejos, correlimos, ostreros y gaviotas de cinco subespecies habían alegrado también la mañana, bajo un sol suave. Un alcatraz joven se alejó mar adentro, pero una pardela, con su vuelo rasante sobre las olas, reclamó los telescopios. Si hubieran seguido al alcatraz, tal vez habrían avistado a los marroquíes o a los subsaharianos, acercándose, mecidos por el oleaje del miedo.

12.10.2000

LAS BOMBAS, LA MILI.

Andalucía tiene una mala suerte con los percances nucleares, que empieza a ser histórica. Creo que nunca les he contado que a mí mismo estuvo a punto de caerme encima una bomba atómica. Tal vez dos, y hasta cuatro, según he sabido ahora. Claro que con una hubiera sido más que suficiente, sobre todo teniendo en cuenta lo bajo de moral que uno estaba en aquel momento. Me refiero exactamente al 16 de enero de 1966, fecha en que cayeron en la costa de Almería cuatro bombas termonucleares, sin estallar.

El que suscribe se hallaba a la sazón a escasos kilómetros del lugar del suceso. Más concretamente, en el cuartel de marinería de Cartagena, haciendo el periodo de instrucción militar. Créanme, un lugar paradisíaco donde los haya. Pocos días antes había sido recibido por la gloriosa armada española con todo lujo de atenciones. Primero me desembarazaron de mis complicadas ropas civiles, que fueron sustituidas por una especie de mono gris, como de presidiario; me pelaron prácticamente al cero -0,5 todo lo más-, y verificaron que sabía leer,

permitiendo que lo demostrara sobre un periódico del día. Para qué más complicaciones. Igualmente se sirvieron comprobar que no estaba afectado de enfermedades innombrables, sin tapujos y sobre la marcha. Quiero decir, que nos pusieron en una larga fila a todos los ´mozos´ que habíamos llegado desde los más apartados rincones de la patria, y todas esas cosas que he mencionado nos las fueron administrando sucesivamente, sin solución de continuidad. A ver, desnúdate y ponte esta ropa. A ver, lee. A ver, bájate los pantalones... ¿Comprenden? Ya sé que es difícil, pero les aseguro que no exagero ni me dejo llevar por la nostalgia.

Les hago gracia de otras delicadezas con las que siguieron colmándonos en aquellos tres meses de purificación, pues algo tengo que dejar para mis memorias, y más ahora, que con la desaparición de la mili estos recuerdos acabarán cotizándose a precio de oro. Tan sólo un detalle no me resisto a guardármelo. Y es que, además del mono gris, para poder identificarnos en aquel maremágnum de andaluces, vascos, gallegos, madrileños, etc., nos colgaron al cuello una tablilla con un número, cual si fuéramos reses listas para el matadero. Y así, por el número –a mí me tocó el 1967, no se me olvidará- nos estuvieron llamando todo un mes, hasta que consideraron que ya cada cual había memorizado el suyo y podíamos salir a la calle.

Bueno, pues en estas circunstancias nos llegó el lejano rumor de que al parecer, por allí cerca, una bombardero norteamericano había chocado con un avión nodriza y la gente andaba buscando algo por la playa. Incluso se dijo que en cuanto nos aprendiéramos el número de la tablilla, nos pondrían a todos los reclutas a buscar lo que fuera. Un libro que acaba de aparecer -´Días de infamia´, de Michael Coffey- nos ha revelado lo que realmente sucedió en aquellos días, y lo cerca que estuvimos los del cenobio aquél de saltar por los aires, en el centro de una gran nube blanca con forma de champiñón. Y con nosotros, una buena parte de Andalucía. Por lo que a mí respecta, no sé si en aquellos momentos me hubiera importado gran cosa.

9.11.2000

¿FUMABA CARLOS V?

Deambulaba ya el visitante por el tramo final de la exposición titulada ´La Fiesta¨. Domingo de un otoño con temblores de oro en los jardines del Alcázar, y una pareja de

herrerillos persiguiéndose entre las ramas de un júpiter medio desnudo. Más atraían éstos al visitante que las penumbras pomposas del Emperador. A fin de cuentas, el Renacimiento nos dejó también, entre sus costumbres perdurables, ésta de contemplar serenamente la naturaleza. Y el espíritu de Andrea Navagiero, el embajador de Venecia que acompañaba al joven Carlos, aún parece percibirse entre estos arrayanes. Seguro que ya entonces (sobre el 10 de marzo de 1526) fraguaba en su mente los argumentos con que convencer a Boscán, días más tarde, en Granada, de las excelencias del soneto "y otras artes de troba" italianos.

Pero había que cumplir. Los sevillanos, desde aquello de la Expo, han contraído una especie de inclinación morbosa a cuanto desfile de objetos les pongan por delante, y allá que acuden a los más variopintos reclamos. Acaso les incita un secreto propósito: comprobar que nada es ni será como ´aquello´ del 92. Y casi nunca salen defraudados. Tampoco esta ocasión merecía mucho la pena. Rememorar los festejos que precedieron en Sevilla a las bodas de Carlos V no parecía suficiente motivo, habida cuenta de que de todas aquellas tramoyas y fanfarrias no queda en la ciudad prácticamente nada. Un exceso destinado a impresionar al vulgo, pobre vulgo. ¿Para qué, entonces, este despliegue de ahora? ¿Quién lo pagaría?

En ésas cavilaba el visitante, cuando se topó con la clave del enigma. En un panel muy severo figuraba, en destacado lugar, el generoso mecenas del invento: ´Philip Morris Spain´. Caramba, murmuró el visitante, torciendo un poco el gesto. Y una deriva chusca le llevó a preguntarse, en su intimidad más retórica: ¿Fumaba Carlos V? No parece que así fuera, desde luego, pues aseguran los historiadores que el tabaco se propagó en España, es cierto, ya en el siglo XVI, pero sólo entre ´la gente baja´. Probablemente, algunos de aquellos espectadores del buen pueblo sevillano, encandilados por los fastos de la boda imperial (la primera de una larga serie de bodorrios magníficos como en Sevilla han sido) se enganchaban a la nicotina, a ese fino placer deletéreo, para compensarse de los latigazos de la vida. Sin saber que se administraban pura muerte.

Pocos días después, el periódico desplegaba a todo trapo la denuncia. La Unión Europea contra esa firma de venenos, y contra otra del mismo jaez, pertenecientes al nuevo imperio, por presuntas connivencias con el contrabando de tabaco y consiguiente burla de impuestos, en la nada despreciable cantidad de 800.000 millones de pesetas al año, y desde 1992, precisamente. También es mala pata. ¨Pata negra´, por demás apéndices de esta extravagante historia, le llaman a la modalidad de tabaco que así esquiva las aduanas de Europa, la misma que empezó a construir Carlos V, pero eso sí, sin fumar.

Malos tiempos para el soneto, pensó el visitante. Por suerte, los herrerillos continuaban dándose caza entre la fronda dorada del jardín.
16.11.2000

NOTICIAS DE BARBATE

Imagínense la escena. Un coche deportivo, de esos que no bajan de los doce millones, a todo gas y desprendiendo un oleaje de musicorras contra los tímpanos de la ciudadanía. Lugar: Avenida del Generalísimo, Barbate, Cádiz. (Al pueblo ya le han quitado el oprobioso apellido, pero a su avenida principal, todavía no). Una pareja de la guardia civil, recién llegada a la plaza en una operación de refuerzo contra los ´busquimanos´, da el alto a la discoteca motorizada. Al volante, un mozalbete de unos dieciséis años. Expresión risueña, como encantado de la vida que está. "Baje el volumen, por favor – requiere el guardia civil, que le dobla en peso y estatura ". "No me entero de lo que me dice", argumenta el demandado, sin apagar ni radio ni sonrisa. Es más, subrayando con la cabeza los exquisitos vaivenes del ´bacalao´. "¡Que baje el volumen, por favor!", insiste el benemérito. "¿No ve que no me entero? –reafirma el nuevo Fitipaldi. Acto seguido, el agente introduce una mano por la ventanilla del coche y, con sorprendente precisión, extrae el aparato de música. Silencio repentino. Al ´busqui´ se le demuda el semblante. "Documentación, por favor", solicita la autoridad. "¿Y usted quién es para pedirme a mí documentación?", se le ocurre decir al mozalbete. Acto seguido, el guardia civil, con la misma precisión que empleara sobre la radio, extrae al conductor, y por el mismo sitio.
La escena continúa por derroteros que ya se figuran ustedes. El final es que el mozalbete probablemente a estas horas ya ´se ha trasladado a vivir a El Puerto´, según perífrasis de moda en la zona, con la que se significa ingreso en el penal. Ni que decir tiene que llevaba menos papeles que un conejo de monte, cual diría Paco Gandía. Pertenece a esa nueva especie de vividores encantados que, en vez de ir al instituto, va a las playas de Barbate, a recoger fardos de jachís de los que trae el otro oleaje, por encargo. Luego, sobre una centella también motorizada, vulgo ´amotillo´, llevará los productos de esta singular pesca a un lugar convenido, donde lo devolverá a su desconsolado dueño, a razón de trescientas mil pesetas/ bulto. Si la semana se da bien: un millón, dos millones. Y al mes... pues eso.

Otras muchas circunstancias concurren en casos como éste. Las más extendidas son que de ese tráfico viven muchas familias, alrededor de mil, dicen. Algunas de ellas, no todas, sufren el amarre de la flota pesquera. Otras, no todas, se amparan en el amarre para meterse al tráfico. Y mientras la cosa se aclara o no se aclara con el joven rey de Marruecos –otro encantado de la vida- aquello va siendo la ciudad sin ley (aunque últimamente, con lo del refuerzo policial, la población está más tranquila; como será que, en cuanto anochece, ya no queda nadie en las playas); una más de las muchas ciudades tipo ´western´ que ya proliferan por la costa andaluza, por distintas razones.

El Defensor del Pueblo, un grupo de fiscales, los profesores del instituto, que ven muy mermada su clientela de varones, y otras personas meramente defensoras de la lógica, solicitan la legalización de este comercio inicuo, con base en un argumento de emergencia: los muchachos deberían volver al instituto.

7.12.2000

LA CIUDAD INEXISTENTE

El lenguaje urbanístico de Sevilla está acuñando una expresión, ´la ciudad existente´, que pareciendo tautológica encierra una enjundiosa verdad. Ciudad no hay más que la que existe, no la que ambicionan los especuladores, por ejemplo. También está la que sueñan los poetas, trazada sobre indicios, conjeturas o deseos. Otra será la que anhelan los ciclistas -ésa más improbable-; o la que frecuentan los enamorados, tan recóndita que sólo ellos la conocen, y que apenas necesita de unos retoques en luminosidad, a menos, y de unos acomodos, a más. Pero ciudad, lo que se dice ciudad, es la que está contenida en unos límites más o menos precisos, unas líneas que permiten señalar sobre un mapa: hasta aquí, la urbe; a partir de aquí, los zorros y los buitres, por decir algo.

Tiene más miga de lo que parece esto de ´la ciudad existente´. Sobre todo en una aglomeración como Sevilla, acosada por las tensiones de sus depredadores más dilectos, como suelen ser ex políticos metamorfoseados en banqueros, o esos amantes de pacotilla de los que siempre estuvo sobrada la capital de Andalucía, dispuestos a ejecutar en términos sumarios el viejo aforismo de ´hay amores que matan´. Por una de esas pasiones incontroladas, la pequeña burguesía sevillana decidió un buen día emigrar al otro lado del río, al irremediable barrio de

Los Remedios, dejando hecha un puro temblor buena parte de la ciudad histórica, esto es, cayéndose a pedazos, pero de tanto amor. También le ayudaron mucho los alcaldillos de Franco, como aquel que autorizó el derribo de varios palacios para colocar en su lugar sendas bombas urbanísticas en forma de grandes almacenes. Y como al grito unánime de ´vámonos, que se os cae encima´, lo que quedaba de los barrios con solera salió pitando hacia otros arrabales igualmente infames. Así el mismísimo Triana, cuyos creativos y estupendos habitantes fueron forzados, poco a poco, a irse a los ´polínganos´, a los barrios sin más nombre que el espantoso número de sus viviendas. Etcétera. Y así es como quedaron, entremedias, un sinnúmero de espacios semivacíos, caserones en ruina, calles históricas por las que da miedo transitar a la noche, cual bocas de lobos especulativos; o antiguos mercados que tanto cuesta rehabilitar. Y una cosa más importante todavía, a la que me quiero referir hoy principalmente: los colegios. Todos los colegios del centro de Sevilla, que en mala hora se fueron, acuciados por las insaciables arcas de sus respectivos dueños, curas y monjas del más variado pelaje, en una especie de diáspora a lo divino, pero en pos de una ganancia terrenal. Nunca más apropiado el adjetivo, pues de terrenos se trata. Y sobre ellos nuevos bancos, nuevos almacenes y nueva miseria capitalista. Una propuesta, en fin, quiero hacerles desde aquí a los nuevos urbanistas de la ciudad, ya que parecen tomarse en serio lo de regenerar la urbe histórica, y habida cuenta de que la modernización de Sevilla ya se hizo con la Expo: que devuelvan al centro sus colegios, pues con ellos, y sólo con ellos, se renueva, como en aquel viejo olmo, la verdadera vida, es decir, la de los niños, cuyo es el futuro.

14.12.2000

CORAZÓN TAN GRANDE

La oscura diosa de las casualidades nos ha hecho un guiño trágico esta vez. Justo hace un año, pero tan justo que fue el 21 de diciembre de 1999, se publicó en estas páginas un retrato lingüístico de Carlos Cano. Dos días antes, por teléfono, el cantautor había regalado a este cronista, con su charla andaluza y jovial, los timbres de su Granada infantil, de cuando jugaba por Plaza Nueva como un saltamontes entrenándose para los grandes saltos que daría. Con aquella onda irradiando en mi oído, tan viva que casi no podía retenerla, y con otros registros de su voz rajada y cálida, compuse la semblanza de ´Un granaíno suave y negociador´, como lo llamé. Pues era el suyo, su acento, un ejemplo cabal de habla culta con

raíz de pueblo, que buscaba el encuentro entre oriente y occidente. “´Ehtoy en contra de loh enfrentamientoh entre Granada y Sevilla..., se le pasa el tehtigo a la gente y ehto eh una manipulasión´. ´Bendita sea la voh que sabe a la gente uní´”. Seseo discreto, aspiración casi espiritual, alguna traza de jota oriental, dije entonces. “A mí el andaluz me suena musicalmente a árabe”, me dijo. Sus razones tendría.

Quiere ya el tópico que a Carlos Cano se lo ha llevado por delante el tamaño de su corazón. Que no pudo soportarlo, de tan grande. Nunca una idea tan hermosa habrá cuajado en menos tiempo. Claro que también es posible otra teoría, que sin serle contradictoria, la complementa. En realidad yo creo que fue el tamaño de Andalucía lo que le reventó, por querer cobijarla con la avaricia de un amante celoso. Pero no, que más bien era el suyo un amor rilkeano, de esos que persiguen, con generosa desesperación, la libertad del ser amado, hasta hacerse amado en la amada transformado.

La Andalucía de Carlos Cano era, además de libre, única y la misma de cabo a rabo, enemiga de esos narcisismos catetos, ciudades contra ciudades, que hoy parecen querer disolverla. Y se abría como un territorio inabarcable, que empezaba, recóndito, en el Albaicín, crecía en las facundias de Cádiz, maduraba en compases habaneros, como una copla oceánica. También a ella fue capaz de liberarla, a la copla, quitándole la ganga franquista con que quisieron dormirnos la conciencia. De gorgorito enajenado a música para un grito. De gracia repajolera a sentimiento puro. No podremos agradecerle lo bastante que fuera capaz de avalar nuestro folclore, manoseado por los señoritos, con un compromiso de izquierda. Algo que no ocurría desde Machado y Álvarez.

De otras cosas me habló aquella tarde, por teléfono, hace un año. De aventuras imposibles en los vastos dominios del exilio, cuando quiso ser cazador de ballenas, leñador en los bosques del Canadá. De ahí le quedó sin duda aquel aire de grandullón paradójicamente tierno. Y de desengaños políticos, también. “Me niego a ser puta electoral”, había proclamado en ocasiones. Otro ejemplo a seguir.

Pero también de juegos perdidos en las brumas de su niñez. Ahí nos enfrascamos un rato. Curiosamente, deja preparado un nuevo disco con canciones infantiles cubanas, es decir, andaluzas trasplantadas. Alguna de ellas, a la rueda rueda, seguro que dio también el salto un día lejano, desde Plaza Nueva, Granada, provincia universal.

21.12.2000

LA COMPASIÓN

Leí hace años un estudio comparativo entre el hombre de Neanderthal y el ´Homo Sapiens´. Un dato recuerdo con nitidez extraña: el segundo pudo salir adelante, en la atareada implantación de las especies inteligentes, gracias a un rasgo que probablemente no tenía el primero, o lo tenía en modo imperfecto. Tal vez por eso, entre otras razones, el más corpulento de los humanos se perdió para siempre en las brumas de la prehistoria, hace unos treinta mil años. Ese rasgo no era físico, sino psíquico. Y no mental, sino emocional: la compasión. La capacidad de condolerse, de sentir el sufrimiento ajeno como propio. En virtud de esa peculiaridad, de la que carecen las demás especies (sólo hay atisbos en los elefantes, que también lloran grupalmente a sus muertos, o algo parecido), el ´Sapiens´ creó vínculos afectivos comunitarios que, a la larga, supusieron la garantía de pervivencia más firme.

El pasado 30 de diciembre, casi último día del año, del siglo y del milenio, la segunda cadena de Televisión Española nos brindó un excelente reportaje sobre el drama humano de los inmigrantes que llegan a nuestras costas, en oleadas de miedo y de esperanza. No parecía sino que alguien hubiera pensado en recordarnos que somos lo que somos, y que a duras penas hemos llegado hasta este punto crucial de la historia, por esa curiosa capacidad de sentir la fibra del dolor de los otros resonando en nuestro interior. Hermoso y desgarrador instrumento, en verdad, que no necesita de religiones ni de proclamas políticas para sonar como suena: como un alivio en nuestra soledad cósmica. El hecho de que esas criaturas procedan de África, de donde mismo vino el hombre actual, el que ha prevalecido sobre las demás tentativas, pone una excitante clave metafórica en lo que está ocurriendo. Como si, además de la compasión, tuviéramos que saldar con ellos una profunda deuda genética.

Sobre los datos escalofriantes (mil náufragos salvados; pero seguramente más de ese número hundidos en el corazón de las tinieblas, pues sólo cincuenta y siete se recibieron en brazos de la muerte; no sé cuántos rescates ´in extremis´), el programa impuso el valor extraordinario de las imágenes, de la ayuda espontánea, de la compasión pura con la que muchos andaluces de a pie se echaban a las playas, a cargar sobre sus espaldas con moribundos, arropar a mujeres ateridas y a niños de ojos desmesurados. Se contaron casos de acogida inmediata, sin miramiento de leyes coercitivas y absurdas. También la Guardia Civil, las ONGS que operan en la zona, algún fraile, la Cruz Roja... parecían anteponer a todo, a sus

obligaciones más o menos profesionales o impulsos solidarios, el deber de la especie y como siguiendo una consigna del genoma: salvémonos, porque nadie vendrá a salvarnos, ni del cielo ni del espacio infinito.

Es obvio que los dioses todos se han olvidado de nosotros. Ni falta que nos hacen, mientras siga funcionando ese dispositivo, el de la compasión. El día que se pierda (y a apunto ha estado de ocurrir varias veces en el siglo que ya acabó) sólo quedarán los elefantes para sustituirnos. Quién sabe si entonces, de sus largas trompas, no saldría también un lúgubre canto por nosotros.

4.1.2001

EL INDULTADOR (I)

-¿Qué nuevas me traes de la Turdetania, mi buen escudero? –demandó, solícito, el Príncipe Aznarín. A lo que el fiel andaluz, tras aclararse la voz de muy íntimas zozobras, replicó:

-No tan buenas como quisiera, mi señor. Por más que vuestro sol brilla con renovados esplendores por todo el haz de la cristiandad, ¡oh Campeador de Humanidades, Indultador Magnánimo, Amadís del Milenio...!

-¡Tente, tente, Arenín! Que las paredes oyen y no conviene empezar este nuevo cuento con expansiones semejantes. Habrásme de ser respetuoso, pero comedido, que la mucha alabanza hincha el corazón.

-Desde luego, mi Príncipe. Mas como al tiempo me tenéis ordenado que os sea sincero...

-Está bien, está bien..., ¿cómo era eso con que pretendías regalarme el oído?

-¿Campeador de Humanidades? ¿Indultador...?

-No, no..., lo otro.

-¡Amadís del Milenio!

-¿De dónde salió tal?

- Del amor que vuestro pueblo os profesa, mi señor. Viniendo precisamente hacia estas riberas del Pisuerga, óiselo cantar a unas mozuelas en el corro, entre otros villancicos y donaires: “Tiene España un adalid / que a todos nos salvará. /Del Milenio un Amadís, / gloria de la Cristiandad.”

Un rictus de incontenible gozo frunció la comisura derecha del Príncipe, mas sin que el recio y varonil mostacho se moviera un ápice. Por la izquierda, no obstante, pronto amagó otro rictus de amargura. Y fue al recuerdo fugaz del otro sobrenombre, el de Indultador Magnánimo. Leve suspiro y prosiguió:

-Bueno, volvamos a la Turdetania. ¿Qué les escuece ahora a esos ingratos moriscos?

-Más que ingratos, si me lo permitís. Pues que andan de nuevo en pie de guerra.

-¡Cómo! ¿Acaso no se han enterado de que ya camina por los legajos aquel ingenio diabólico que llaman AVE, de Málaga la Bella hasta la Corte? ¿Y el nuevo azud de Sevilla, cómo era nombrado y renombrado?

-Melonares, mi señor. El que en triste hora costóle el sitial a la noble Solinda.

-No me lo recuerdes, por favor –alzó su mano Aznarín, muy compungido. Y al cabo, en su infinita paciencia: -¿Acaso no ven el ejemplo a seguir en mi dilecto alcaide de La Carolina, que a la mínima pleitesía que me rinde yo se la multiplico en mercedes?

-Pues no, mi señor, que en su fanatismo, ciegos parecen.

-Por cierto, ¿cómo quedó el asunto aquél del alférez de mi buen amigo Palacios, el que quiso sufrir martirio en tierras vascongadas? ¿Ha sido ya recompensado el muchacho?

-Aún no, mi señor. Un pérfido juez acaba de archivar la demanda.

-¿Otro juez? ¿¡Pero es que en mi reino ya no hay más que jueces malandrines!? -. Santo furor, puñete a la mesa, tinteros tintinear. Tras un largo silencio y más largo suspiro-: Pasemos a otro asunto. ¿Qué tal mi intrépida candidata, la sin par Teofinda de Gades?

Esperara el Príncipe una rápida respuesta de su fiel escudero. Mas tal no se produjo, sino que el sevillano carraspeó más de lo necesario, antes de atropellarse diciendo:

-Bueno, en fin, es el caso, mi señor...

(´Continuará´)

11.1.2001

EL INDULTADOR (II)

(Resumen de lo publicado: el Príncipe Aznarín despacha con su fiel escudero acerca de los asuntos de Turdetania. Quiere saber de la sin par Teofinda de Gades, a lo que Arenín se muestra esquivo).

No complacieron al soberano aquellos titubeos

-No me ocultes nada –ordenó, con frialdad terrible, el del Triste Bigote.

-¿Cómo podría yo...? –se excusó, nervioso, el andaluz.

-Habla, pues.

-Señor..., es el caso que dicen, bueno, algunas fuentes aseguran que Chavelón el Malo, más otros de su infame cohorte, celebran en privado el que vos sostengáis, como su enemiga mayor, a Teofinda de Cantabria, que diga, de Gades.

-¿Y eso?

-Pues se solazan en la creencia, errónea por supuesto, de que no les costará un ardite en la próxima batalla electoral. Item más, asegura el morisco que ni él mesmo hubiera sabido elegir contrincante más endeble. Y es lo peor de todo, mi señor, que algunos de nuestras huestes comparten tan execrable opinión. Ello, sobre todo, desde que un alférez de la gaditana, al que llaman ´Manolín el gastoso´ anda metido en dispendios de protocolo, de esos que ni mi amado príncipe se permite para sí.

No diera crédito a sus oídos el Campeador de Humanidades. Ni un terremoto interior hubiera conmovido tanto los cimientos de su santa cólera. Mas templóse, a lo que pudo aferróse, y no enojóse. Sino que una extraña sonrisa alumbró a duras penas por entre las hirsutas pelambres del mostacho y, al fin, como conturbado, dijo:

-Sin duda, mi leal escudero, tú también sufres fatal encantamiento.

-No os entiendo, mi señor.

-Claro, claro –cabeceó significativamente el Indultador Magnánimo. –Aún estás bajo los efectos de la pócima que, sin tú advertirlo, algún Mago Merlín te dio a beber. Como a mí también la pasada noche, pues no de otro modo, sino como sueño maligno, podría explicarse esa sarta de locuras. Repara tú mesmo, y la risa contén, que es dislate tras dislate: primero vi que una nube de sarracenos, sobre febles y escurridizas embarcaciones, llegaba a las Costas de Tarifa; allí donde nuestro Guzmán sentó inmortal ejemplo de patriotismo, y se adueñaba, segunda vez, de la feraz Turdetania. Luego di en imaginar que un artilugio prodigioso, otra nao, cual gigantesco pepino de fierro, atracaba en la pérfida colonia de Gibraltar, sangrando por sus poros un misterioso y letal efluvio. No contento con hacerme sufrir de tales alucinaciones, los ricos pastizales de mi reino envenenaban al vacuno con secretas ponzoñas; mis tercios en tierras extranjeras igualmente se enervaban de una bilis enigmática; las arcas del Estado se inflaban de puro viento; los cultivos del lino se incendiaban por doquier y las llamas alcanzaban mi escritorio; los jueces me desobedecían, la graciosa Celinda desvariaba

en público cual verdulera en jarras... –en este punto se arrasaron en lágrimas los ojos de aquel Príncipe, de aquel Amadís del Milenio, que de pronto se irguió cuan largo era –que no era mucho- y alzando los brazos a lo alto, así interrogó a los cielos: ¿Y ahora me vienen con que he de cambiar a Teofinda, porque a Chavelón le parece poca? Dedidme, oh Dios, ¿qué pecado he cometido?

18.1.2001

YAGO DEBE MORIR

Platón, con aparente ingenuidad, decía que las miserias del Estado sólo se resolverían cuando gobernaran los filósofos. Es poco probable que una inteligencia como la suya defendiera en serio semejante utopía. Más bien querría decirnos que el Estado, frecuente máscara del poder, siempre será miserable. Lo que sucede es que si los ciudadanos tuvieran eso presente a cada hora, estallaría la revolución en el manicomio. Y todos saldríamos de allí corriendo, unos convertidos en salvajes, otros en santos, como creía Bakunin. Pero pasa también que recordar esa penuria resulta inevitable y, siquiera de vez en cuando, saludable.

A mi entender, la mayor fortuna que tiene la versión de ´Otelo´ estrenada la semana pasada en Sevilla, es su oportunidad política, el recordatorio de que la actual máscara del Estado es una repugnante trama de capitalismo amiguista, xenofobia, machismo y otras ideologías agazapadas, cuyo poder alcanza a las fibras más íntimas de la persona, incluido el amor. Otelo, en su delirante pasión autodestructiva, llega a creer que Yago, el intermediario de los poderosos, urdidor de mentiras y calumnias, es “la cara más notable del Estado”. Y acierta, pero no en el sentido que él cree, sino justo en el contrario. Yago es el brazo ejecutor de los intereses de los ricos, a quienes conviene que el moro trabaje para ellos como sea, y que luego se marche. Yago es la fuerza persuasiva de los periódicos y las emisoras que sirven al Gobierno –no al Estado-, haciendo creer a los incautos que la fiel Desdémona es una puta, que los payasos de la corte son magníficos escritores, que la sentencia de la Audiencia Nacional, la que anula la congelación salarial a los funcionarios, es una perfidia contra el Estado -no contra ellos, simple Gobierno-. Que sin embargo es bueno, para el Estado, que todos paguemos, en el inexorable recibo de la luz, los dos billones que el señor Aznar decidió

entregar a sus amigos de las compañías eléctricas. Ésos que beben imperturbablemente champán en la penumbra del escenario, mientras se desarrolla la tragedia de sus títeres.

La intuición de García Montero, que además nos ha servido un texto bellísimo, y la inteligente puesta en escena de Emilio Hernández para el Centro Andaluz de Teatro, han actualizado a Shakespeare hasta hacernos pensar en lo que no quisiéramos, refrescándonos la vieja duda de que el Estado sea algo más que una maquinaria de policías e impuestos. Y, lo que es peor, que esta democracia pueda realmente combatir a los que utilizan al Estado como máscara de sus orgías de poder. También de sus debilidades, y esto es lo saludable. Que Aznar y sus ministros de pacotilla –como que no leen a Shakespeare, como que uno quería vender las harinas envenenadas a los países pobres- no se dan cuenta de que se están desnudando en el escenario, que hablan delante de testigos. Que al quitarse las máscaras, iluminar los hilos del guiñol, enrollar las alfombras que tapaban la podredumbre, su misma impudicia los delata. Pero siguen creyendo que el público no los ve y que los jueces van a permitir que indulten a Yago, cuando es bien sabido que Yago, por el bien de todos, del Estado, debe morir. Y que han de matarlo ellos mismos.

1.2.2001

EL HÍGADO INMADURO

"Me llamo Carlos y soy alcohólico", dijo el hombre. Un tipo más bien endeble, de mediana edad y facciones consumidas. Traje gris, como la mirada de los que ya llevan perdidos demasiados combates. Es lo malo que tiene boxear con un fantasma, aunque siempre sea el mismo. Que te crees que llegas a conocerlo, pero no lo conoces. Y que mientras tú caracoleas con los guantes, él siempre te castiga el mismo sitio: el hígado. Son golpecitos no muy claros, señalando apenas. Casi como los de un amigo en el vestuario de la fábrica, en los pasillos del instituto. Pero son uno y otro y otro...

Sólo lo había dicho una vez ("Me llamo Carlos y soy alcohólico"), pero el griterío cesó fulminantemente, como cae el púgil a la lona, convertido ya en pelele. Y un silencio, hoja barbera, se paseó por el patio de butacas. Allí, unos ciento cincuenta adolescentes habían asistido alborotados a la previa interpretación de un ´showman´, un rato divertidos con dulceamargas variantes sobre el mismo tema: alcohol y pedagogía. Pero la verdadera pedagogía vino de aquel hombrecillo del traje gris. De su sinceridad casi insoportable.

Después de contar el cuadro típico (llegó a perder el empleo, la familia, etcétera), lo mejor fue cuando entró en el terreno de los adolescentes. Ojo con los mitos, muchachos, y muchachas. El alcohol no es estimulante de nada. Ni siquiera sirve para combatir el frío. Y, por supuesto, no es un excitante sexual. Bueno, sí, las chicas se ponen un poco más cariñosas, pero los chicos... Hizo entonces un gesto muy elocuente en el aire, con un índice que se desploma. Y el auditorio volvió a reír. Luego vino la lección orgánica, la definitiva: cuando atiborráis de alcohol al hígado, un hígado todavía inmaduro, el sobrante que no puede ser filtrado sube directamente al corazón. Cuidado.

Las últimas estadísticas son terribles. Más que las anteriores. "El 80% de los jóvenes suele beber alcohol" (en edades de 15 a 18 años). "Uno de cada cuatro muertes de jóvenes europeos se debe al alcohol." "El alcohol está presente en el 65% de los accidentes de tráfico, el 60 % de cuyas víctimas son menores de 25 años". Añádanse botellonas y fines de semana en pesadilla.

Un panorama ciertamente desolador. ¿Qué haremos? Además de llevarlos a que escuchen al hombrecillo del traje gris (por cierto, en un excelente programa del Ayuntamiento de Sevilla), ¿qué otra cosa se puede hacer? Todo, menos demonizarlos. Demonizar a los jóvenes de hoy es una tentación demasiado fácil, y peligrosa. Pues sólo significa que hemos perdido el contacto con ellos, el contacto real, me refiero. No el de la televisión basura, puesta mientras la familia come. No el de la rutina de las clases y los exámenes. No el de un horizonte profesional cero. No el de los institutos vacíos por las tardes y los polideportivos y los auditorios por las noches. Y sumar esfuerzos, claro está. ¿Por qué las cajas de ahorro, tan opulentas ellas, no se emplean a fondo en este problema, en vez de tanta cultura de élite y tanto deporte de más élite? Es un poner. Los problemas complejos no tienen soluciones simples, desde luego. Pero el dinero ayuda mucho a resolverlos, y está donde está.

22.3.2001

FANTASMAS EN EL ALCÁZAR

Es fama que en los Reales Alcázares sevillanos moran fantasmas de muy diversas épocas y por muy diferentes motivos. Unos fueron víctimas de aquel rey cruel, Pedro I. Otros pertenecieron a los séquitos del Emperador o de Felipe V, cuando por acá vinieron con toda

su cohorte y maravilla. Pero los hay, incluso, de aparición reciente. Todos, sin embargo, compiten en una misma aunque vagarosa sustancia: ser más monárquicos que el rey, sea éste cual fuere. Sabido es también que la palabra misma, ´fantasma´, tiene una segunda acepción popular, equivalente a “fantoche”, “fanfarrón”, “fantasioso”, y otros conceptos similares que al caso quizás convengan.

Por increíble que parezca, una nueva leyenda se acaba de forjar entre los bellos laberintos y sinuosos jardines del palacio hispalense. Y dice que todos esos fantasmas, pero todos a una, se han movilizado en señal de protesta. La ocasión, un ciclo de conferencias y actos de homenaje, muy oportunamente convocados por los actuales representantes del pueblo soberano de Sevilla, con motivo del 70 aniversario de la entrega a la ciudad, a su pueblo, del título de propiedad de los susodichos Alcázares (lo de las casas anejas sigue en pleito), siendo Presidente de la República un andaluz de bien, aunque algo timorato, como fue Don Niceto Alcalá Zamora, y mediador un sevillano de imborrable recuerdo: don Diego Martínez Barrios. También intervino, como no podía ser menos, el más importante hombre de Estado que alumbró el siglo XX (por eso lo destruyeron): don Manuel Azaña. Todos ellos, ´naturalmente´, vilipendiados y a punto de ser extirpados de la memoria colectiva por franquistas, monárquicos cavernarios e historiadores equilibristas, de ésos que dicen que la culpa ´de lo que pasó´ anda repartida entre unos y otros o, mejor, que todo lo inició la chusma anticlerical, y no un puñado de generales golpistas y sanguinarios.

¿Intencionalidad política en este homenaje? Claro que la hay: enlazar la legitimidad democrática de la II República con la legitimidad democrática de la Constitución de 1978. Pero a algunos ´fantasmas´ esto no ha parecido bien, sino todo lo contrario: poco menos que una afrenta al actual rey constitucional, que llamaríase a escándalo, según ellos, por la presunta osadía de colocar un cuadro de don Niceto (excelente por cierto, como de Bacarisas que es), al lado mismo de la efigie de Alfonso XIII, presidiendo éste la inauguración de la Exposición del 29. Otro ´por cierto´: que un nieto suyo inauguró la otra magna muestra, la del 92, cuyos éxitos algunos también borrar quisieran. Guarismos invertidos, ocasiones semejantes... Un rey que entregó España a los caciques, otro que lo evitó. Todo viene a subrayar a un tiempo lo legítimo y lo dispar, como es bueno que la verdadera historia diga y el pueblo sepa. Pero héteme aquí que los fantasmas todos –según la leyenda, incluidos algunos que dícense muy andalucistas- reunidos en asamblea sigilosa y oscura, decretaron el boicot a la efemérides, de modo que ni prensa ni otros artilugios diabólicos se hicieran eco de

ella, para que todo pasara lo más desapercibido posible. Y a fe que estuvieron a punto de conseguirlo. Ciudad de maravillas, ciertamente, esta Sevilla capaz de producir leyendas tales en pleno 2001. (Último ´por cierto´: esta tarde la conferencia del ciclo es sobre Martínez Barrios. 21 h. Reales Alcázares. No falten. Salvo que les den miedo los fantasmas).
29.3.2001

ANDERSEN EN SEVILLA

Uno de los cuentos más enigmáticos de Andersen, ´Pulgarcita´, cuenta la historia de una niña minúscula que, tras muchas peripecias, se ve obligada a casarse con un topo. Pero no un topo alegre y hacendoso, como el de ´El viento en los sauces´, sino un individuo muy serio y antipático. Una especie de funcionario de las madrigueras. En una de éstas es obligada a vivir la pobre niña. Menos mal que deambulando por uno de los laberintos subterráneos se encuentra de improviso con una golondrina que acaba de regresar, exhausta, de un largo viaje por el Sur. Siempre he sospechado que fue de Sevilla de donde el animal volvió. Más concretamente, del Patio de los Naranjos, uno de los lugares más bellos de la Tierra -según estimó Jean Cocteau-, antes de ser secuestrado por los canónigos, otra suerte de funcionarios. Tal vez no era sólo cansancio lo que tenía al animal postrado, sino que también traía el corazón roto, por algo que podremos adivinar más adelante. El caso es que Pulgarcita se dedicó a cuidar de la golondrina amorosamente, hasta lograr que reviviera. En señal de agradecimiento, la tierna ave permitió que la niña montara sobre ella, con lo que pudo huir de aquella repugnante guarida y de toda clase de topos. Yendo hacia los bosques, Pulgarcita sintió el aura fresca de abril en su rostro, al tiempo que oía a su portadora cantar incesantemente: ´¡Quivit, quivit!´, que en el lenguaje de las golondrinas quiere decir: ´¡No volveré, no volveré!´

Andersen pasó por Sevilla en 1862. Se alojó en la antigua Fonda de Londres, a cuyos balcones seguramente se asomó, atraído por el piar atolondrado de las golondrinas. También el ya maduro escritor danés, algo encorvado por el peso de sus 57años, emprendió un paseo por el centro de la ciudad. Sin duda dirigió sus pasos a la catedral, como han hecho todos nuestros visitantes ilustres, fascinado por su insólita grandeza. Cruzaría libremente el Patio de los Naranjos, sin pagar peaje alguno a los funcionarios del templo, y debió quedar absorto por

la mágica conjunción del azahar, el gótico y... las golondrinas. Intuyendo el rumbo de alguna de ellas, siguió caminando y, casi sin darse cuenta, se metió por el laberinto de la antigua judería. Allí percibió el murmullo de las fuentes y la penumbra de los patios en flor. Ya en el Callejón del Agua, vio venir en dirección contraria a un joven de unos 26 años, el pelo negro, ensortijado, la expresión dulce y sombría. Al momento de cruzarse, se detuvieron, como obligados por algo. Se miraron a los ojos, como si se conocieran. Pero no se conocían de nada. Y a punto estuvieron de decirse quién sabe qué. Pero no, cada cual siguió su camino. Una golondrina trazó sobre sus cabezas una pirueta extraña. El joven, ya lo habréis comprendido, era Gustavo Adolfo Bécquer, y en su mente empezó a cobrar forma un balanceo de palabras formidables: "Volverán las oscuras golondrinas de tu balcón sus nidos a colgar, pero aquellas que aprendieron nuestros nombres, ésas, no volverán"...

(A todos los niños y jóvenes sevillanos, que un año más se han quedado sin celebrar el día mundial de la literatura infantil y juvenil, 2 de abril –
nacimiento de Andersen-, en la ciudad de Bécquer).

5.4.2001

NAZARENAS

Uno de los secretos mejor guardados de la Semana Santa de Sevilla fue siempre la presencia furtiva de mujeres entre sus nazarenos. Una excepción tolerada por los jerarcas de las hermandades, que hacían la vista gorda, como ejercicio que es también del poder. En la masa de penitentes que se iba apretujando antes de la salida, en algún banco más o menos apartado, reza que te reza y siempre bajo el amparo del antifaz y los guantes, no era raro advertir algunas formas delatoras, alguna abundancia curvilínea un tanto acusada y sospechosa, que ni el esparto ni el terciopelo podían diluir por completo. Era el modo oscurantista de resolver un viejísimo pleito, el de hombres contra a mujeres, en el seno de las cofradías andaluzas. Hasta que por fin este año, como impelido por tensiones subterráneas ya insoportables, el asunto ha eclosionado, como un nuevo signo de la primavera.

No ha podido venirle mejor al prelado de Sevilla. En sus sordas batallas con el laicismo militante, no podía haberse procurado mejor alianza que ésta de las mujeres. La brillante y aristada urbe que le tocó pastorear le inflige cada año alguna penitencia especial, alguna controversia con la que remecer la autoridad de su báculo, que le han hecho perder no pocos peldaños en su escalada a la púrpura cardenalicia. Fue el año pasado una abierta y fea reyerta por los dineros de las hermandades, que quedó más o menos en tablas. Ha sido éste el debate sobre las nazarenas. Miren por dónde, lo segundo puede ayudar al arzobispo a resolver lo primero. O lo que es lo mismo: los caminos del Señor son inescrutables.

Hay que mirar por los entresijos del derecho canónico, que monseñor maneja con singular astucia, como es natural. En unas famosas Normas Diocesanas de 1997, dejó bien claro que una cofradía es "persona jurídica pública eclesiástica". Nada de "asociación privada de fieles", como quieren algunos próceres de la Semana Mayor, enemigos íntimos de monseñor. La distinción, aunque poco escolástica, es tan sutil y trascendente como si lo fuera. Pues la primera consideración permite al pastor intervenir en todo y por todo lo que a las hermandades se refiere. Desde los caudales hasta las túnicas de nazarenos, o nazarenas.

Al situarse el pastor al lado de las fieles cofrades, y de sus apetencias democráticas, depuradas en el sometimiento ancestral al enhiesto capirote, lo hace de la corriente popular y frente a los estamentos más reaccionarios de las cofradías. Los mismos que le discuten, qué casualidad, su afán fiscalizador sobre las arcas cuaresmales. Para colmo de fortuna, ha encontrado un aliado insólito en la Hermandad de la Macarena, una de las ´grandes´, que un ya histórico domingo 4 de marzo aprobó, reñidamente, la presencia de mujeres entre sus filas. Excelente ayuda, excelente revuelo, que ha servido al prelado para tapar, bajo una espesa capa de ruido mediático, el desarrollo implacable de su normativa financiera. Así, en otras medidas de funcionamiento interno, Noviembre de 2000, fueron regulados los "depósitos patrimoniales de la Iglesia". Una especie de ´banca diocesana´, que se ofrece como servicio para toda clase de "personas jurídicas públicas eclesiásticas", con devengo de intereses y demás letra pequeña habitual en estos casos. Magistral verónica. De momento, no es obligatorio ´depositar´ en ese presunto servicio las cuentas de las hermandades. Pero todo se andará, Dios mediante.

12.4.2001

GRECO INSÓLITO

Hace un año, casi justo, celebramos en estas páginas la exposición de Rodin que nos trajo el Museo de Bellas Artes de Sevilla. Tras su paso por Granada, nos visita ahora una treintena de obras selectas de El Greco, un regalo balsámico, se diría, para esta ciudad zarandeada por los bullicios primaverales. Ninguna efemérides lo justifica, ni falta que hace. En estos tiempos se prodigan demasiado los homenajes de circunstancia, las deudas pendientes, que hacen que el arte se convierta a menudo en una extensión funeraria de la política. Ya bastante la sufren en vida los artistas.

A lo que iba con el recuerdo de Rodin. Algún espacio le dedicamos entonces a una anécdota significativa. La compra de un cuadro de El Greco, precisamente, efectuada en Córdoba por el pintor Zuloaga, que acompañaba al genio francés por España. Esto produjo un desencuentro notable entre los dos pintores, pues a Rodin la obra del cretense, en general, le producía un rechazo instintivo. Algo veía en ella que le desagradaba. Incluso nos atrevimos a conjeturar si no se trataría de una cierta repulsión entre dos almas de semejante signo, atormentadas a simple vista por una análoga, elástica y descoyuntada espiritualidad. De hecho, y con el tiempo, Rodin acabó convirtiéndose en un nuevo admirador del impenetrable autor de ´El entierro del Conde de Orgaz´.

Pero no es la única consideración en paralelo a que nos invita este curioso, casi seguro, azar. Nos vino entonces a colación el esfuerzo del pintor vasco por que Rodin comprendiera la singularidad de la cultura española. Fracasó, salvo por el fervor que despertaron en el francés las bailaoras de Triana, a las que imaginó danzando como flores desnudas. La dualidad interpretativa que nos plantea ahora esta inesperada recuperación de El Greco es aún más sorprendente, pero tiene que ver también con la presunta esencialidad de España, hoy de nuevo en el centro de las tormentas políticas. ¿Fue aquel pintor errante un místico atormentado, como sugiere su pintura, o un manierista vengativo? ¿Un intérprete fiel de la austeridad castellana, como quiso la literatura del 98, o un esteticista radical que encontró una forma perfecta y la repitió hasta casi el infinito en figuras espectrales y colores audaces?

La relectura del proceso vital y pictórico de este artista –no se pierdan el excelente artículo de Álvarez Lopera, en el catálogo de la exposición-, más bien invita a pensar lo segundo. Un autor dolido por el rechazo del príncipe –a Felipe II tampoco le gustó ´El

martirio de San Mauricio´, la prueba con la que el griego hubiera podido convertirse en el pintor de El Escorial-, que acabó refugiándose en Toledo y produciendo en serie, como había aprendido en Italia, lo que su genio no pudo expresar a través de grandes encargos. Recuperaría para ello los elementos bizantinos de su formación, sobre todo la pintura como concepto, como abstracción pura, exacerbándolo hasta el delirio fantasmagórico. Y ello, frente al realismo individualista de la pintura española. Sólo en los retratos se permitió demostrar que, cuando quería, podía ser ese pintor del alma española que ha fijado el tópico. También la ostentación de hombre rico –aunque no lo fue tanto- que llevó en Toledo, pone un curioso contraste con la idea del artista arrebatado por la llama de lo inefable. Larga materia para pensar. Háganlo, mientras se deleitan con esta insólita exposición, ya a punto de irse.
10.5.2001

HOMBRES, MONOS, DIOSES

Siguen llegándonos noticias de la sustancia humana y del parentesco del hombre con el mono. Desde que comenzó el nuevo milenio, no paran. Será casualidad, pero a mí me parece muy sospechoso. Primero se nos dijo que la diferencia genética entre cualquier simio y el ´homo sapiens´ era sólo del 2%. Ahora resulta que con el chimpancé es todavía más pequeña, del 1%. En el otro 99 somos esencialmente idénticos. No sé adónde vamos a llegar. A mí esto no me gusta un pelo, pero me parece que poco voy a poder emplearme para remediarlo. El Hacedor lo dispuso así, y sus razones tendría. Los sabios de Atapuerca nos recuerdan una y otra vez que la diferencia entre todas las variedades del hombre actual es mucho más pequeña que la que existía entre todas ellas y el Neanderthal (que se perdió en las brumas del tiempo, por bruto), lo cual no debe gustarle otro pelo a los racistas. Por cierto, algunos científicos han intentado por todos los medios localizar el gen de la raza, y nada, que no aparece. Como no sea que por ahí quede algo de los neanderthales ... Toda una vida pensando que se es cualitativamente distinto, y resulta que no. En el fondo, es para tenerles lástima.

Por si no fuera bastante pequeña la diferencia entre simio y hombre, unos manipuladores de la Universidad de Oregón nos presentaron allá por el mes enero al primer mono transgénico. Un agitado especimen de laboratorio con el que esperan poder acercar su naturaleza a la nuestra –todavía más-, y así enseñarnos a combatir no sé qué enfermedades

innombrables. Espero que una de ellas sea la del racismo y sus derivados. Pero también escuché no hace mucho al especialista de la Cadena Ser que en otro laboratorio –no pillé cuál- han descubierto que la hemoglobina que alimenta el cerebro humano es diferente de la que riega el resto del cuerpo, y que por eso la han llamado ´jugo del espíritu´. Y aquí me he plantado. Hombre, ya está bien. Jueguen ustedes con lo que quieran, pero no con las metáforas, que es lo único que nos va quedando a los literatos, a cuenta de ese ridículo uno por ciento.

Y como ellos se han metido en nuestro terreno, yo me meteré en el suyo. A mí la única manipulación que me parecería interesante sería la que pudiera corregir algunos extraños comportamientos del llamado ´homo sapiens´ -que también son ganas de exagerarcon el adjetivo-. Fallos que empiezan a adquirir proporciones alarmantes, y justo en estos primeros trámites del milenio. Sospechoso también, ¿no creen? Sin ánimo de agotarlos todos, vean: ´síndrome del neoliberalismo esclavizante´, con parálisis momentánea del raciocinio. Se manifiesta en hechos tales como que a los marroquíes se les necesita para coger pepinos o fresas, pero no deben dormir ni comer ni otras cosas. Otro defecto de fábrica, como si dijéramos, concomitante con el anterior, es el ´síndrome tribal´, que hace suponer a muchos ejemplares ´homo´ que los del pueblo de al lado, o de la provincia limítrofe, son gente execarable a la que habría que fulminar sin más contemplaciones. Últimamente también está muy extendido por las provincias andaluzas. Ahora se nos viene encima el ´sindrome figurativo, variedad exacerbada´, impulsados por el cual muchos otros habitantes de esta región se echan a los campos, en esta época, a la búsqueda desesperada de los dioses y diosas antiguos. Y mejor no sigo.

24.5.2001

FRAGA

Ahora ya se va entendiendo lo de Fraga. Dicen malas lenguas que lo votan hasta los muertos, y que con eso no hay quien pueda. Incluso algún comentarista ha dejado caer la guasa macabra de que, bien mirado, es cosa natural. Pues quién que esté medio vivo va a

votar a una momia (política, se entiende). Pero a mí me da que el asunto no va por ahí, por muchas metáforas político-funerarias a que se preste. Veamos, sin apasionamiento, qué puede estar ocurriendo de verdad.

Empecemos recordando que los andaluces, según se ha sabido en un reciente congreso de salud y desigualdades sociales, tenemos menos esperanza de vida que la media nacional. Hasta siete años menos puede vivir un gaditano que un segoviano o un vasco. ¿Y qué pasa con los gallegos? Nada hemos sabido por esa misma fuente, pero sí por la indirecta de la campaña electoral que prepara don Manuel (Fraga) para su enésima y gloriosa reelección. Y es que, a lo que parece, sus largos tentáculos (de pulpo gallego, naturalmente) alcanzan hasta el extremo sur del continente americano. Y debe de ser en connivencia con las meigas, que seguro están muy subvencionadas, por lo que ha conseguido prolongar extraordinariamente la vida de sus paisanos trasatlánticos. Sólo en Buenos Aires se han computado hasta 473 galleguitos centenarios, todos ellos, presumiblemente, devotos votantes de don Manuel. ¿Y qué tiene eso de malo? Libres son de votar a quien quieran, como todo el mundo. ¿Dónde está el problema? Ah, en que dicen que tales personas no están vivas más que en los registros consulares del Más Allá, y sólo regresan la noche de los muertos vivientes para votar a don Manuel. Habladurías. Nadie ha probado fehacientemente que no existan, al menos hasta el momento de yo redactar esta crónica. Con tanta subvención como don Manuel derrama por esos mundos, no tendría nada de extraño que las casas de Galicia de por ahí estén mimando a sus viejecitos, como para conseguir que sean centenarios. Saludable patriotismo, le llamo yo a eso. Y a lo demás, envidia.

A mí lo que no me aparece bien es que en Buenos Aires, en Montevideo, a todos los españoles nos llamen ´gayyyegos´ (así, con esa ´ye´ que se dejaron los gaditanos, precisamente, por ´ayyyá´, antes de hacerse porteña y descalabrarse como un ´desmayyyo´ del ´corasón´). Lo habrán visto hace pocos días, cuando las protestas sociales en la capital del Plata, por el asunto de Aerolíneas Argentinas. Unas pancartas que decían: ´Gallegos fuera´, que es como el ´yankee go home” que nosotros pintábamos en los arrabales del 68. Hombre, no me parece justo, ni congruente. Sobre todo por el mal trato implícito que lleva la consigna hacia los galleguitos centenarios. Toda la vida allí, aprendiendo a morir de manera provisional, y ahora “váyanse”. No es justo. Por lo demás, no me importa. Bien seguro estoy, por mis amigos argentinos, de que no se refieren a mí, que total lo único que hago es contarles cuentos, de vez en cuando. Eso sí, puestos a repartir, que los auténticos gallegos nos

cedan a los andaluces algo de su envidiable longevidad, en razón proporcional al menos. Pues a nosotros, como a ellos, nos ha tocado siempre esa plusvalía nacional de ir representando a España por doquier, mientras que los segovianos y los vascos se quedaban en casita. ¿O no es verdad?

7.6.2001

OLAVIDE EN SU OLVIDO

¿Por qué don Pablo de Olavide habrá elegido para su regreso transitorio los preliminares de este verano implacable? Desde luego denota escasa confianza en el efecto que pueda producir sobre la desmemoria oficial. Cada noche, no obstante, se pone a cavilar de nuevo por los Reales Alcázares, que fue su morada en Sevilla, gracias a un montaje teatral de ´La Imperdible´, que le hace justicia. (No se lo pierdan). También días pasados, Antonio Cascales lo convocó a una reunión como de amigos (sobre el papel, una conferencia) en el mismo sitio. No os inquietéis, parece decirnos el limeño. Dentro de poco, me volveré a mi olvido y os dejaré sestear tranquilamente.

Veinticinco años tenía este raro ejemplar americano cuando llegó a España, en 1750. Venía a responder de unas presuntas malversaciones en las obras de reconstrucción de la capital del Perú, tras el terremoto de 1746. Pero acabó siendo nombrado intendente de los cuatro reinos de Andalucía, además de Asistente (Corregidor) de Sevilla. Seguro que a Carlos III le hizo gracia que hubiera empleado el dinero para reconstruir una iglesia en reconstruir un teatro. Además, claro, de su talante reformador, ingenio a raudales y una cultura proverbial. Todo en él debía trasparentar un alma conquistada por las ideas de los enciclopedistas franceses, dispuesta a llevar la luz de la razón, la libertad y la justicia, dondequiera se le mandasen. Este es mi hombre, debió pensar el monarca. Si ha sido capaz

de bregar con un terremoto, seguro que puede meter en cintura a los caciques andaluces. Pero ahí se equivocó.

En Andalucía, en Sevilla, aguardaban a Olavide las más negras entrañas de la nación. Podrida nobleza, sotanas medievales. Tal vez no debió hacer alarde de los dos mil quinientos libros que traía, muchos prohibidos por Roma, ni de su aire volteriano. Tal vez no debió desvelar sus planes tan pronto, su "poder para dibujar utopías" (Cascales). Entre otras, enderezar el Guadalquivir, haciéndolo navegable hasta Andújar (primer y verdadero intento de articular Andalucía); aplicar la libertad de comercio, reformar la Universidad, crear nuevas poblaciones con inmigrantes alemanes, aclarar las cuentas del Ayuntamiento, en manos de especuladores y acaparadores. Demasiado, sin duda. Probablemente fue en lo último donde tropezó del todo, como que acabó en las mazmorras de la Inquisición. Gracias a su ingenio pudo escapar a Francia, cuya Revolución lo nombró "mártir de la libertad". Tras el Terror, sin embargo, y hastiado de la orgía de sangre, fue de nuevo encarcelado, esta vez por los secuaces de Robespierre. Casi de milagro se salvó también de la guillotina. Rehabilitado por Carlos IV, regresó a Andalucía, a casa de una prima suya, en Baeza, donde siguió maquinando ensoñaciones geométricas y donde murió, a la edad de 78 años. ¿Verdad que parece mentira? Es como si todo eso hubiera ocurrido en una historia aparte, una burbuja del tiempo en cuyo interior también gesticulan, inaudibles, Blanco White, Machado, Cernuda, Chaves Nogales, Martínez Barrios... O en la mente recalentada de algún guionista, que sueña con hacer programas sustantivos para la televisión andaluza. ¿Quién dijo ´utopías´?

28.6.2001

CHAVES NOGALES

La Diputación de Sevilla continúa firme en su propósito de rescatar a grandes escritores de los múltiples naufragios de la historia. Fue primero la obra narrativa de Manuel Chaves Nogales. Después la obra crítica de Cansinos Assens (de cuyo magisterio presumía Borges). Con impaciencia esperamos las completas de Machado y Álvarez, creador de la antropología andaluza, padre de Machado el bueno, y del otro. Que no desfallezca la tarea.

Le ha tocado ahora el turno a la ingente obra periodística de Chaves Nogales (Sevilla, 1897; Londres, 1944), en dos tomos que suman la nada despreciable cantidad de 1.682 páginas. (Se impone una edición abreviada y más asequible). Excelente y minuciosa labor, incluido un penetrante estudio introductorio, llevado a cabo por la catedrática de instituto María Isabel Cintas, que ya se ocupó de las empolvadas narraciones del mismo autor (Javier Marías las ha estimado superiores a las de muchos novelistas consagrados), y que nos promete una tercera entrega con los escritos del exilio.

Chaves Nogales ya estaba en la alta verdad literaria con dos libros memorables: ´La Ciudad´ (1921) y ´Juan Belmonte, matador de toros´ (1935), que es algo así como la biblia secreta de los taurómacos, cosa que Chaves no era, por cierto. Pero sus otros méritos, que ahora se reivindican, no le van a la zaga. Para muchos es el introductor en España del periodismo moderno, andariego, objetivo y con apetencias de neutralidad; el que ejerció incansable en ciudades como Huelva, Sevilla, Córdoba, Madrid, desde 1924, en medios tan notables como ´El liberal´, el ´Heraldo´, ´Estampa´, ´Ahora´. No quiere decir que no prestara su cordialidad crítica a las cosas que amaba, como la Semana Santa, la Feria, el Rocío, la Exposición Iberoamericana del 29; fenómenos siempre difíciles, y peligrosos, para todo andaluz que quiera ejercitar la lucidez, contra los excesos del tipicismo, el localismo, la apropiación indebida por parte de los señoritos, el exhibicionismo de las multitudes. Hoy como ayer. Pero fue también ´repórter´ de la Revolución Soviética y del nazismo, a los que se opuso, no obstante su profesionalidad, con la misma rectitud ética. Ahí está la explicación a su olvido. Chaves Nogales fue un liberal independiente y republicano, demócrata convencido,

internacionalista, antirracista, europeísta, partidario de la libertad religiosa, que además cometió la osadía de querer ser ecuánime en medio de la barbarie. Se definía a sí mismo como “pequeño burgués liberal”, lo que le granjeó enemistades en la derecha caciquil y en la izquierda revolucionaria. Con trágica clarividencia escribiría: “Había contraído méritos bastantes para haber sido fusilado por los unos y por los otros”. Y desde luego no se libró del franquismo, que lo condenó a doce años y un día de reclusión menor. Y todo lo que hizo fue escribir. Suerte que, como tantos, ya había emprendido el camino del exilio.

Ante la enormidad de esta obra, y la grandeza del hombre que la sustenta, uno se hace la misma pregunta de siempre, sin respuesta posible: ¿cómo pudo ocurrir lo que ocurrió? Don Manuel Azaña llegó a escribir en su diario: “Los hombres como yo hemos venido demasiado pronto, o demasiado tarde”. Desde esa óptica desesperada, el caso de Chaves Nogales resulta dolorosamente ejemplar.

2.8.2001

Cuentos de verano

JILGUEROS

Una vecina de mi calle, en el pueblo, me ha contado una historia de jilgueros, vivida por ella misma con una congoja difícil de transmitir. A comienzos de julio, su marido le trajo del campo una cría de esa especie, de pocos días. (Es frecuente en esta época del año que muchas crías de aves queden orfandadas por los avatares de la naturaleza y sus recónditas leyes). La mujer, con sus mejores intenciones, se dispuso a salvar de una muerte segura al indefenso animal, dándole la protección que parecía faltarle. Lo metió en una jaula y se empleó en alimentarlo como bien pudo. A mayor cuidado, lo entraba por las noches en la casa y lo sacaba por las mañanas al balcón. Cierto día, para su sorpresa, vio cómo un jilguero adulto se acercaba a la jaula y por entre los hierrecitos conseguía regurgitar en el ávido pico del pequeño lo que traía almacenado en el buche, como es costumbre en esos animales. Mi vecina, enternecida y asombrada, lo dejó hacer, en la certeza de que nadie como la que era sin duda la madre natural podría sacar adelante a su propia cría, a base de insectos y de semillas maduras, dieta común de estos pájaros. Para su satisfaccción, advirtió que, en efecto, el jilguerillo ganaba peso con extraordinaria rapidez. Cuando se lo contó al marido, le sorprendió que a él no le resultara tan extraordinario el fenómeno. Más bien pareció pensativo, pero se limitó a comentar, lacónico: “Veremos a ver”.

En este punto, tal vez convenga saber, o recordar, otras curiosas costumbres de estas aves, tan familiares a los andaluces, aunque ya, por fortuna, han desaparecido ciertos espectáculos de pseudo-adiestramiento cruel. Una vez vi, en una venta del camino, a un jilguero que revoloteaba por el establecimiento, en aparente libertad, pero regresando una y otra vez a su percha, tras ganar una cierta distancia aérea, a cuyo límite parecía existir una barrera invisible. El truco consistía en que un largo y fino hilo de nylon sujetaba al animal por una pequeña argolla, que le había sido introducida en la piel del pecho, por debajo del plumaje. Éste, y otros entretenimientos nada edificantes, son o eran posibles con los jilgueros, gracias a que estos animales buscan la cercanía del hombre, en la confianza de que ello les protege de sus depredadores salvajes –es un decir-, tales como rapaces o las llamadas alimañas, las cuales, sin duda con más sabia determinación, rehuyen la presencia humana.

Digo todo esto por si, de lo que sigue, pudiera pensarse que los jilgueros algo han aprendido con el tiempo que les estuviera modificando la conducta.

La mujer de esta historia real continuó observando cómo, de día en día, el pollo engordaba y engordaba con la ración natural que le acercaba cada mañana su progenitora, o acaso progenitor. Incluso, al recordarlo, le parecía que era un crecimiento excesivamente rápido, más parecido a una hinchazón. Nunca hubiera podido imaginar por qué, hasta que cierta mañana, al poco de recibir su ingesta matutina, el jilguerillo expiró de repente. Cuando el marido regresó aquel día del campo y conoció lo ocurrido, sentenció, con su acostumbrado laconismo: “Claro, como que no lo estaba alimentando. Lo estaba envenenando.”

8.8.2001

Cuentos de verano

ANDALUCÍA CASTELLANA

El ayuntamiento de Cortegana , con su airoso castillo en la frontera noroeste de Andalucía, viene celebrando desde hace seis años unas vistosas ´jornadas medievales´ que atraen a mucho público. Pienso yo que es un público intrigado por la puesta en valor de un concepto que no está de moda, pero que es más cierto que otras veleidades teóricas acerca del controvertido ser de Andalucía. Me refiero al componente castellano, y leonés, que hay en su raíz misma. Desde muy pronto, con Fernando III y en el año de la conquista de Sevilla (1248), este enclave privilegiado pasó a la cultura cristiana con todas sus consecuencias. Entre otras, a ser codiciado por los vecinos portugueses (hasta 1267, Tratado de Badajoz), cuya orden hospitalaria anduvo muy interesada en disputar la hegemonía que ostentaban un poco más allá, en Aracena, otros fanáticos del cristianismo, los templarios. Una y otra orden de caballeros oscurantistas eran el equivalente de los integristas del otro lado de la frontera, almohades principalmente, de quienes aprendieron no poco en el ejercicio de la caballería. Por fortuna para todos, los esquemas de ´guerra santa´ que ambas religiones intentaron aplicar en nuestro suelo, fueron desapareciendo en las dos orillas, y en su lugar se impuso una rica cultura de la decadencia: los taifas de una parte, el tardo-feudalismo latifundista de otra, con toda su parafernalia de torneos y vasallajes, que acabó degenerando en la figura del ´señorito andaluz´. Atención al diminutivo, que como muchos de nuestra habla, encierra una cruel verdad; algo así como ´señor de segunda´.

De otros inquietantes mimetismos de guerra –que no ´tolerancias´ ni presuntas fusiones étnicas- habló el pasado sábado, en las jornadas de Cortegana, el profesor José Virgilio Sánchez (UNED), ante un auditorio absorto. Con un estilo vivaz, pasó revista a las leyes de caballería y a los apretados símbolos de una cultura bien distinta de lo que luego quiso el tópico romántico. Por ejemplo, en aquellas contiendas se derramaba muy poca sangre, pues se basaban principalmente en el asedio al castillo, hasta su rendición, a menudo pactada, y en la captura de caballeros, por sus valiosos rescates. Por eso, cuanto más rico era un señor, más llamativos sus blasones, como indicando: ´cuidado, no me matéis, porque os valgo mucho más vivo que muerto´. En cuanto a los torneos, éstos formaban parte de una especie de circuitos de exhibición.

Hubo en la amena charla ciertas incursiones de actualidad que electrizaron secretamente al auditorio. Así, cuando describió la vestimenta ritual del nuevo caballero, copiada en parte de la del musulmán, que empezaba por una túnica de blanco lino (la ´armadura de la verdad´), exactamente igual a la que hoy se ponen los jóvenes suicididas palestinos para perpetrar sus desesperaciones. Y con esto, vuelta a la historia, al islam, y al palpitante debate sobre el integrismo que parece cíclico en los seguidores de Mahoma. Andalucía y, en general, la España cristiana, por lo menos de eso se libraron con la Reconquista, como una y otra vez explicaba Sánchez Albornoz a quienes querían oírlo, que no eran muchos. Lo de Cortegana, aunque parece cuento medieval, o quizás por eso, ayuda a comprenderlo.

15.8.2001

Cuentos de verano

DIARIO DE MOHAMED (1)

Suerte tengo de llamarme como me llamo, Mohamed, un nombre tan común. Así nadie me identificará si algún día se pierde este diario que empecé a escribir hace poco, a imitación de lo que hacen otros muchachos de mi edad, aquí en Andalucía, y porque mi padre español me lo ha sugerido, como ejercicio de escritura para preparar bien mi próximo ingreso en bachillerato. Pero por otro lado, y aunque nunca he sido supersticioso con los nombres de las personas, últimamente me asaltan raras inquietudes a propósito del mío. Mohamed se llamaba el suicida palestino que días pasados se inmoló en Jerusalén, en nombre de la Yihad Islámica. Mohamed se llama el ministro talibán para la Virtud y Prevención del Vicio. Y Mohamed se llama el actual rey de Marruecos, mi enemigo. No sé si alcanzaré a explicar lo que me pasa en mi vacilante castellano, pero es que, por más que me empeño, no consigo comprender a ninguno de esos tres homónimos míos, si bien por distintas razones.

A veces tengo pesadillas y veo una llamarada de sangre que lo envuelve todo. Yo soy muy pequeño y vivo aún en uno de los cuatro campamentos de refugiados donde mi pueblo, los saharauis, sobrevive a duras penas desde hace veinticinco años. Veinticinco años de horizontes vacíos. Las llamas estrechan su cerco cada vez más, y como no tenemos agua, todos los niños nos ponemos a orinar formando un círculo de angustia alrededor de las tiendas. Los camellos chillan forcejeando con sus amarras y las mujeres –hombres nos hay- gritan desesperadas al modo musulmán. Mi madre, que perdió a su marido en la guerra con Marruecos –yo apenas tenía un año-, viene a por mí y me salva del fuego en el último instante. La verdad es que ya me había quedado sin orina. Es entonces cuando despierto, sobresaltado y sudoroso, en la espaciosa habitación de mi nuevo hogar, y lo primero que hago es irme al frigorífico –no sin antes calzarme, como me tiene advertido mi madre andaluza, para que no me dé una descarga eléctrica-; saco la botella de agua y bebo. Bebo sin parar y más allá de la sed. Luego me voy al cuarto de baño y me extasío con la maravilla que corre entre mis manos, por mi rostro sofocado, sin término, como un verdadero duende surgido de las lámparas maravillosas que son los tantos grifos de la casa.

Bueno, antes he dicho una cosa que no es exacta. He dicho que en el campamento de refugiados no hay hombres. Sí los hay, pero son como fantasmas impalpables. Todo lo más, grumos de arena zarandeados por el simún. Se trata de los prisioneros marroquíes que los

polisarios traen de vez en cuando. Pero como su propio país no los reconoce, se dedican a deambular entre nosotros y viven también de la ayuda internacional. Nadie les pone trabas en este inmenso territorio vacío. Para qué. ¿Adónde iban a ir? En cambio, nuestros prisioneros en las cárceles de Mohamed VI son tratados pero que las ratas. Claro que no me extraña, en un país al que ni siquiera le importan sus propios muchachos de mi edad que mueren cada día en el Estrecho, tratando de ser libres. ¡Cuántos otros Mohamed no habrán emprendido ya su última aventura! Si yo pudiera, les diría, antes de que se enrolaran en esas pateras de muerte: no seáis tontos, no os dejéis engañar. Lo malo es que no puedo decírselo.

29.8.2001

DIARIO DE MOHAMED (2)

Qué curioso. La semana pasada, justo cuando empezaba a escribir este diario, se reunían en un rancho de Tejas representantes de Argelia y del Frente Polisario con un tal Baker, para hablar del problema de mi pueblo, los saharauis. Si yo fuera creyente a la manera en que lo son otros musulmanes, pensaría que Alá me estaba enviando una señal. Pero ése es un lujo que no puedo permitirme. He leído la noticia en la prensa. Mi padre andaluz (el único padre que en realidad he conocido y que tampoco va a su iglesia) me puso esta mañana el periódico junto al desayuno, abierto por esa página, como hace siempre que alguna noticia me concierne. En ese artículo, Mohamed VI se vanagloria diciendo: "He solucionado la cuestión del Sáhara que nos envenenaba desde hace 25 años". No es verdad. Se refiere a ´su´ plan, que parte de la soberanía marroquí sobre nuestro territorio y de una autonomía de cinco años para nosotros, a manera de prueba. Si todo lo que dice el rey de Marruecos en ese periódico francés es tan cierto como eso, me temo que el asunto de las pateras y el de los traficantes de jachís van para largo. ¿Por qué miente un rey?

Un cuarto ´Mohamed´ se ha unido estos días a mi particular colección. Pero éste es un ser imaginario, lo que no quiere decir que sea menos consistente que los otros. Por el contrario, quien así lo llama ve en él la representación de todos los musulmanes y se ha dirigido a él diciéndole: "Mohamed, quiero que te mueras". Lo ha escrito un niño israelí en una redacción, una especie de encuesta que le han hecho en su colegio de Tel-Aviv. Pero quizás no sean menos graves otras cosas, como cuando se burla de las pobres vestimentas de los niños palestinos, o cuando atribuye la lucha de este pueblo por su independencia a simples "ganas de llamar la atención". Son niños judíos empapados de odio hacia todos los niños árabes. Pero antes han sido empapados de otra cosa peor: la ignorancia. Lo que no deja de sorprenderme en un país tan rico. ¿Por qué no les dicen la verdad?

En cambio, en nuestras humildes escuelas del desierto argelino, lo primero que nos enseñan es que, detrás del horizonte, que infinito parece, hay una multitud de pueblos. Pueblos con casas de verdad, con agua –a algunos incluso les sobra-, y con derecho a un territorio y a un gobierno propios. También nos enseñan que todos los seres humanos somos iguales, y que la república es la mejor manera de compartirlo todo. Esto es algo que llama la atención incluso a mi familia andaluza. Ellos quieren que diga "mi mochila", "mi camisa", "mi balón de fútbol". Pero a mí me enseñaron, entre las piedras y las lonas de las tiendas –y

en español, por cierto-, que tales cosas siempre son de todos. Y no me acostumbro. Tal vez ahora, cuando entre en el Instituto, no tenga más remedio que decir “mi libro”, “mi chándal”.

El otro día fue la feria del pueblo. Mis amigos, mis amigas, se empeñaron en que bailara por sevillanas y bebiera “tinto de verano”. Creo que lo segundo lo hice bastante mejor que lo primero. El caso es que ahora dicen que ya soy un verdadero andaluz. Pero esta época del año es muy mala para mí, porque veo a los otros niños saharauis, que vinieron a pasar sólo el verano, prepararse para volver, cargarse de regalos y descargarse de lágrimas. Es entonces cuando siento que el mundo se está descomponiendo y que no podré hacer nada para evitarlo. Pero no se lo digo a nadie.

6.9.2001

Diario de Mohamed (3)
INTOLERANCIA

Estoy desconcertado conmigo mismo. La semana pasada acabé la página de este diario con una frase que hoy se me ha vuelto extrañamente premonitoria: “Siento que el mundo se está descomponiendo y que no podré hacer nada para evitarlo. Pero no se lo digo a nadie.” Eso escribí. Su verdadero sentido, sin embargo, no me ha llegado hasta hoy, cuando el mundo se encoge con los atentados terroristas que han herido gravemente al país más poderoso de la Tierra. La verdad es que estoy tan aturdido, que no sé qué pensar.

He necesitado poner varias horas por medio. Esta mañana fui al instituto, a copiar la lista de libros obligatorios para primero de bachillerato. Luego me entretuve charlando con los que van a ser mis compañeros, todos más jóvenes que yo, puesto que yo he tenido que adaptarme en estos cinco años que llevo viviendo en Andalucía con mis padres adoptivos. Pero no me importa. Los conozco a casi todos de otras andanzas del pueblo, del fútbol principalmente. Y sólo a esta hora de la noche, cuando en la casa reina el silencio, me atrevo a abrir de nuevo este cuaderno.

Hoy la sobremesa ha sido más larga que de costumbre. Mis padres y mi hermano Juan Luís parecen más preocupados por mí que otras veces, cuando otros acontecimientos internacionales saben que se agitan en mi interior saharaui, en mis recuerdos infantiles, desierto y horror. Mi padre me ha señalado en el mapa dónde están las bases de Morón y de Rota. Luego se ha esforzado en ver la situación de forma más positiva, y como es un buen aficionado al cine, me ha estado hablando de una película norteamericana de 1916, llamada ´Intolerancia´, de un tal Griffith. Por lo visto es una obra maestra. En ella, durante ocho horas, se pasa revista a las trágicas consecuencias de la intolerancia política, social y religiosa, a todo lo largo de la historia. Me gustaría verla. Y que la vieran todos los pueblos del mundo en las televisiones, que para eso están. Que todos los gobiernos se pusieran de acuerdo en eso, al menos. Sería un hermoso comienzo de una nueva era, pues es obvio que así no podemos continuar. Esto último es también una frase de mi padre, que ha añadido algo un poco más enigmático para mí: “El discurso teórico de Occidente se está agotando otra vez.”. Lo ha dicho con pesadumbre, pero también con un brillo fugaz en los ojos, multiplicado por sus gafas, como los relámpagos lejanos que se atisban en el horizonte de la Hamada, con la esperanza de lluvia. Y aunque la lluvia nunca llega a ese lugar agreste del

desierto argelino, donde los seres humanos corren el riesgo de convertirse en escorpiones, sabemos que es necesaria para el mundo, y que algún día nos llegará a nosotros también. Es más, pienso que el ejemplo del pueblo saharaui sería bueno para ese comienzo. No somos fanáticos (nuestro islamismo es más bien cultural, un poco como el cristianismo del pueblo que tan generosamente me ha acogido, que fácilmente se convierte en fiesta). No somos proselitistas, pues no creemos estar en posesión de ninguna verdad absoluta. Nuestra idea de gobierno es la república democrática y... Qué raro. Han caído unas gotas sobre el cuaderno, y todavía no llueve.

13.9.2001

"CLASES" DE RELIGIÓN

Discrepo de quienes se empeñan en hacer análisis teológicos y aun jurídicos del caso de los profesores de religión expulsados de la Casa del Padre. Sin querer, creo que le siguen el juego a la jerarquía eclesiástica, incluidos los sedicentes cristianos de base y teólogos progresistas, que llevan toda la vida discrepando verbalmente de una estructura férreamente autoritaria que, a la hora de la verdad, no se atreven a conmover en lo más mínimo.

La cosa es mucho más cruda y empieza, como tantas otras, en el pan nuestro de cada día, vaya por Dios. Mientras el número de alumnos crecía y crecía, la Iglesia no tuvo más remedio que facultar a ciertos seglares para impartir esa oscura materia en los centros públicos. Pero el alumnado no hace más que decrecer (este año diez mil menos, sólo en Andalucía), y los celosos pastores se deben en primer lugar a las ovejas más fieles de su rebaño. El hecho de que nuestra comunidad esté presentando los casos más sonados de ´reajustes´ (cuatro hasta ahora, tres de ellos mujeres, atención), es consecuencia lógica de una abundancia de otros tiempos de catequistas seglares, a los que ahora es preciso ir ´jubilando´ con variados pretextos metafísicos. Así dejan sitio a los más dóciles transmisores de la doctrina y, de paso, limpian el redil de ovejas negras. Pero en el fondo, es la misma explicación que tienen otros conflictos de educación entre lo público y lo privado: la disputa por una clientela cada vez más escasa.

En este punto, tal vez convenga a la ciudadanía no informada conocer qué es lo que ocurre generalmente en los centros públicos con esas presuntas clases de religión , y con las

no menos presuntas “alternativas a la religión”. O lo que es lo mismo, en qué se pierden nuestros dineros de la manera más tonta. (Cien mil millones anuales, en toda España, como parte de una bolsa de 500.000 que el Estado entrega a esta poderosa maquinaria ideológica, y encima en una suerte de burbuja o paraíso fiscal, buen sucedáneo del otro). La dinámica regular de las verdaderas asignaturas ha convertido las horas de religión en un ejercicio pasajero de sociología a lo divino, del que los alumnos salen regularmente agraciados con sobresalientes y notables sin tasa, por el mero hecho de asistir. Es como si los curas se pusieran a repartir golosinas a la puerta de sus templos (cosa que, por cierto, sería bastante más lícita en un Estado laico). Ello prueba, sin necesidad de más análisis, que una cosa es impartir conocimientos y otra bien distinta es captar adeptos para una causa, sea cual sea. Las otras horas de ´Alternativa a la religión´, o de “Cultura religiosa”, que han de recibir los no elegidos, se han convertido con el tiempo en unos erráticos paseos por la nada, simples comodines para cuadrar horarios de los demás profesores. Y lejos de resolver el conflicto de fondo, lo agudiza, pues en muchos centros –sobre todo en los pueblos, donde la inercia social del catolicismo puede mucho- señala innecesariamente a los pobres niños cuyos padres irán al Infierno sin remedio. Esa es la verdad del caso, como lo es que toda esta mugre no se habría agitado si el marido de Encarnación Galera hubiese pasado por ventanilla del Vaticano, a pagarse una anulación por la Rota, como Dios manda.
20.9.2001

LOS INVENTORES DEL TÓPICO ANDALUZ

Un recorrido por la espinosa historia de las relaciones entre Inglaterra y Andalucía

Dos noticias de estos días han venido a refrescar la memoria de la muy intensa relación histórica de Andalucía con Inglaterra. La publicación de la novela de Juan Cobos Wilkins *El corazón de la tierra,* clarificadora de lo que realmente ocurrió cuando la matanza de mineros y campesinos de Riotinto, en 1888, y el sorprendente anuncio del Reino Unido de estar dispuesto a 'normalizar' Gibraltar. Se diría que lo uno y lo otro son señales también del cierre de una época y anunciadoras de otra.

Esas relaciones han sido siempre de lo más peculiar y ambivalente, aunque habría que empezar distinguiendo los encontronazos con Inglaterra como Estado -desastrosos por lo general-, de los vínculos con los ingleses de a pie, y anglosajones en general, comúnmente

amables. De unos y de otros, sin embargo, procede en buena medida el topicazo andaluz, la imagen distorsionada que de Andalucía todavía se tiene por el ancho mundo. En la historia, la cosa se diría que no empezó mal del todo, como prueba que en 1517 el quinto Duque de Medina Sidonia, Alonso Pérez de Guzmán, apodado *El Fatuo*, concediera a la numerosa colonia inglesa e irlandesa de Sanlúcar de Barrameda autorización para construirse una Iglesia, la de San Jorge, que todavía existe.

Poco después, en 1530, Enrique VIII otorgó a esta su grey ciertos privilegios en la recaudación de tributos. Pero con este monarca, y la cuestión anglicana, el asunto empezó a ponerse feo, como para que en 1585 sir Francis Drake atacara Cádiz. Desde entonces, el prejuicio anticatólico de los ingleses no ha dejado de actuar de un modo u otro, incluso en la otra cara de la moneda, los que hemos llamado ingleses de a pie, o más valdría decir *a herradura*, pues nos referimos fundamentalmente a los viajeros del XIX, que a lomos de yegua o de simples mulas se patearon nuestra región de arriba abajo.

El que esa tradición de auscultadores nuestros desembocara, ya en el XX, en casos tan preclaros como los de Gerald Brenan o Ian Gibson no debe hacer olvidar que muchos de sus antecesores contribuyeron poderosamente a lo que F. Heran llamó con acierto 'la invención de Andalucía' por los viajeros románticos.

'Las excelencias de la tierra andaluza serán contrarrestadas en los libros de viaje del XIX con los vicios de sus moradores', ha escrito Manuel Bernal, uno de los principales conocedores de este asunto. Los ingleses predominan en la primera mitad del XIX, con 124 relatos, según el cómputo de otro especialista, José Alberich, muchos de ellos de militares que aquí vinieron a combatir a Napoleón.

Para cuando llegaron los franceses, sobre todo en la segunda mitad de esa convulsa centuria, lo esencial del tópico ya estaba subayado por los británicos, que en su mayor parte se dejaron arrastrar por la pendiente de aquel prejuicio anticatólico, hasta desacreditar todo lo que aquí hubiera ocurrido tras la etapa musulmana. 'Casi media Andalucía está abandonada e inculta', dirá Richard Ford, y repetirán todos sus compatriotas, como también que nuestro castellano es 'corrompido', o que los bandoleros te podían asaltar en cualquier momento (aunque no hay más que registrado un caso, el de Alexander Slidell, que era norteamericano y además el suceso, bastante leve, ocurrió en la Mancha).

Contrabandistas, gitanos y toreros completarán la nómina de los tipos exóticos y, por supuesto, *románticos*. Tan por supuesto que Washington Irving ni siquiera se molestará ya en

explicarnos por qué todo lo que ve, paisajes, gentes y costumbres, le parecerán acabados ejemplos del más maravilloso romanticismo. Y ni que decir tiene que todo ello será de origen oriental, incluidos los toros (¡). Roma debió pasar por aquí en un simple paseo, y de otros pueblos y civilizaciones, bien poco.

No dejarán por todo ello de observar que somos los andaluces imaginativos y alegres, pero enseguida se matizará que también pendencieros, de poco fiar y fanfarrones. 'Indolentes y superficiales', rematará el simpático de George Borrow. La conclusión de todo esto la hizo perfectamente Julio Caro Baroja, y es que a partir de entonces lo popular español y la España de pandereta se identifican única y exclusivamente con lo andaluz.

Se comprenderá ahora un poco mejor la importancia de los dos sucesos al principio reseñados, pues uno y otro arrancan de esa visión paterno-despectiva que Inglaterra volcó sobre Andalucía desde muy temprano, y que le dio la seguridad de que aquí bien podían instalar una colonia por todo el tiempo que quisieran, o explotar unas minas, y a sus mineros, del modo más letal que se les antojara. Pero lo peor no fue eso, sino la connivencia de las autoridades españolas con esas tropelías y, de modo muy especial, el régimen caciquil de la Restauración con lo ocurrido en Riotinto en 1888, donde varios centenares de personas –quizá miles- murieron acribillados por varias descargas del Regimiento de Pavía por manifestarse de manera pacífica –hombres, mujeres y niños- contra un sistema mortífero de calcinación de minerales al aire libre, las tristemente famosas teleras; procedimiento que había sido prohibido en Inglaterra en 1864. Y otodo ello a la mayor gloria de su graciosa majestad la reina Victoria. Menos mal que, por lo menos, siempre hay alguien que escribe la historia derecha, aunque sea un poco tarde.

26.9.2001

A LA MANERA DEL HOMBRE

El tiempo sigue jugando un extraño juego de fechas y de duendes. Hace ahora tres años, un siete de este mismo mes, visitaba Sevilla Simón Pérez, invitado por Manuel Chaves. Animaba entonces al israelí el propósito de examinar ´in situ´ cómo es una autonomía, la nuestra en este caso, con la mirada puesta en Palestina, naturalmente. De la conferencia que pronunció en San Telmo saqué una crónica apresurada, y esperanzada, que apareció en este periódico dos días después. Pero las notas que entonces tomé fueron muchas más de las que allí cabían. Algunas he recuperado hoy de un tembloroso papel medio extraviado y tienen la fuerza triste de una profecía derrumbada, o a punto de derrumbarse, como las torres de más triste fama. Decía entonces el hombre que perdió el poder, precisamente por iniciar la paz: "Israel tiene que dejar de ser el dominador de la vida Palestina". "Los palestinos necesitan 100% de libertad, pero tenemos que luchar juntos contra el terror". "Israel tiene que admitir la existencia de dos estados, uno israelí y otro palestino (desde luego, no más asentamientos) e impulsar una Palestina también próspera y democrática." En cuanto a las religiones: "El señor de los cielos no necesita ser reelegido."

Mucho dan que pensar aquellas palabras, que ahora parecen gritar su deseo de revivir. Un auténtico programa político que, de haberse cumplido, o iniciado al menos, probablemente no estaríamos donde estamos, porque habría desactivado la espoleta-pretexto que utilizan los terroristas islámicos de todo el mundo. Pero la política de ese tosco halcón llamado Sharon, con la anuencia de Estados Unidos, no hizo más que arrojar gasolina al incendio. Estos días, por encima del estrépito, vuelven a buscarse, con desesperación, las miradas de Peres y de Arafat. Ayudémosles. Tal vez no esté todo perdido. Tal vez haya tenido que producirse la conmoción terrible para que vuelvan a tener sentido las profundas convicciones democráticas, laicas y equitativas de Simón Peres. Lo único que puede tener sentido.

A guisa de epílogo de aquella conferencia, el hoy atribulado Premio Nobel de la Paz contó aquel cuento del rabino que planteaba a sus discípulos cuándo puede decirse que acaba la noche y empieza el día. Unos opinaban que cuando comienza a distinguirse una cabra de una oveja; otros, que cuando un olivo de una higuera... No, contestó el maestro: "Cuando conoces a un hombre, y antes de saber si es pobre o rico, dices: es mi hermano". Eso me ha hecho recordar estos días otro viejo cuento, pero esta vez turco-árabe. Se dice que cuatro

muchachos le pidieron un día a Nasreddín Roca (picaresco personaje popular) que les ayudara a repartirse un saco de nueces. ¿Qué tipo de reparto deseáis, el de Dios o el del hombre? –El de Dios-, respondieron los muchachos. Entonces Nasreddín abrió el saco, y al primero le dio dos puñados. Al segundo, uno. Al tercero, unas cuantas nueces, y al último ninguna. "¿Qué clase de reparto es éste? –protestaron los demandantes. –Pues el de Dios-, respondió Nasreddin-. Él le da mucho a unos, poco a otros y nada a los demás. Si me hubierais pedido el reparto a la manera del hombre, os lo hubiera hecho a partes iguales".
27.9.2001

PAZ EN LA GUERRA

Si de representar a la Historia se tratara como una alegoría, no sé qué ropajes y opulencias le pondríamos (o qué andrajos y macilentas carnes), pero desde luego un rostro de criatura sarcástica y proclive a los guiños incomprensibles. El domingo pasado sentí que me daba un vuelco el corazón cuando de pronto vi emerger, de la página 42 de este periódico, la atormentada figura de Jürgen Habermas, filósofo incomprendido de la comunicación, el semblante descompuesto por una mueca que sin duda quiso ser sonrisa. 72 años de amarguras, de holocaustos y de falsos racionalismos (Hitler, Unión Soviética, Vietnam...). El trance, recibir el Premio de la Paz de los editores alemanes. Una semana antes, como recordarán los amables lectores, yo lo había invitado a pasear imaginariamente por esta columna y por otra feria, la del flamenco en Sevilla, a propósito de una cura de desconsuelo, éste que nos ha entrado con la maldita guerra, con la globalización y con la crisis del sistema occidental todo. Un virus maléfico que amenaza los archivos más profundos de nuestras convicciones. Ignoraba entonces por completo que fueran a premiar al bueno de Habermas, a quien también había dedicado este verano muy largas horas de lectura y relectura, como acuciado por un presentimiento que no sabría explicar.

Tampoco sabía que la Consejería de Educación, días después del domingo, iba a presentar su arriesgado "plan de paz" para los escolares andaluces. Un programa minucioso y lleno de incalculables ambiciones para combatir el mismo desaliento de esta hora, y urdido también cuando la historia aún no nos había asestado su último sarcasmo. ¿A quién se le

ocurre hablar en estos momentos de educación para la paz, de convivencia y de estrategias para el diálogo?, pensé, entre el escepticismo y el asombro. Al poco rato, sin embargo, ya me sentía ganado por lo único que, en realidad, podemos y debemos hacer: sacar fuerzas de las flaquezas abismales en que quieren hundirnos para siempre.

Pero esto de la Consejería de Educación tiene su mérito, aparte de todo. La proclama se hace justamente cuando empieza el curso y arrecian los problemas de ajuste, sin amilanarse por ello. Cuando una encuesta de CCOO asevera que el 94% de los profesores andaluces dice haber vivido o conocer algún caso de agresión en las aulas. (Que le pregunten, si no quieren ir más lejos, al arriba firmante, que ha ´conocido´ cómo desarmar de navaja a algún adolescente de torvas maneras, o cómo esquivar el lanzamiento de una botellona en los aledaños del instituto). Pero así son las cosas y mejor no ocultarlas. Tanto más, y por esa razón, me sorprendió gratamente la consejera Martínez, cuando en la presentación pública de su plan dijo que si no admitimos la existencia del conflicto, para empezar a hablar, no haremos nada. ¿Pero a hablar de qué? Pues eso, simplemente a hablar. Como repiten Habermas y todos los teóricos, inasequibles al desaliento, de la pragmática moderna: que todo diálogo, aun el más insignificante, es una negociación. O no es diálogo. No será paz en la guerra, como decía Unamuno, sino trampa, leña al fuego, con los variados disfraces del poder. El palo y tentetieso de la escuela-cuartel de antaño, que algunos añoran. Así que cuidado también con los espejismos retrospectivos, con los sarcasmos de la historia.
18.10.2001

GONZÁLEZ / CEBRIÁN

Ni soñando hubiera podido Max Weber encontrar dos personajes más idóneos para representar su famosa antagonía (ética de la responsabilidad / ética de la intención) como estos dos tan reales, Felipe González y Juan Luís Cebrián, autores dialógicos de ´El futuro no es lo que era´. Un título magnífico, procedente de Paul Valéry, y sugerido por Julio María Sanguinetti, según el propio ex Presidente de Uruguay reveló la tarde del lunes, en un atestado Salón Almirante de los Reales Alcázares de Sevilla. Pero tampoco el libro es lo que

quiso ser, cabría añadir, a tenor del contexto en el que ha caído: las secuelas del 11-N, “la globalización de la inseguridad” (González), “la inexistencia política de Europa” (Vázquez Montalbán), la “pasmosa alianza internacional” (Hugh Thomas), “ la sensación de que se está en regresión democrática” (Pérez Royo); la crisis, en fin, del modelo occidental, y un río de incógnitas a las que no queremos acostumbrarnos. Algo de este calibre parecía desprenderse de la actitud de un público –casi cuatrocientas personas- que se mantuvo atento más de tres horas, expectante, con una avidez intelectual como hace tiempo no veíamos.

Tal vez con la constatación de este fenómeno podríamos iniciar un tímido, voluntarioso elenco de aspectos favorables, en medio de tanta ruina. También los participantes en la mesa redonda, que enmarcó la presentación del libro, hicieron un notable esfuerzo –¿de la necesidad, virtud?- por encontrarle el lado positivo al desastre. González, acuciado por una irrefrenable ansiedad de acción política (¡), destacó que USA empieza a tener en cuenta a los demás. En la misma línea, Sanguinetti quiso creer que la nueva alianza no puede servir sólo para una guerra, además de ironizar inteligentemente sobre el intervencionismo económico, ahora, de los clásicos estados liberales (“lo que se creía exclusivo de los gobiernos populistas latinoamericanos”); Vázquez Montalbán se felicitó –es un decir- de que al menos el poder político se esté recuperando frente al económico; en semejante, Pérez Royo hizo votos por el fin del desprestigio de la acción del Estado. Y Cebrián alertó del peligro postmoderno de dar validez a cualquier tradición cultural, incluso las que violan los derechos humanos y los valores democráticos. Si lo sumamos todo, es cierto que empieza a vislumbrarse un cambio cualitativo en el mundo, algo a lo que agarrarse, o será algo en que soñar nuevamente.

Y en cuanto al libro, bastantes sorpresas aguardan al lector no prevenido. Verán ahí a un Felipe pronunciarse, sin rodeos, a favor de las listas abiertas en los procesos electorales, y decir (ojo): “Yo no creo en las primarias de los partidos políticos, ´salvo que sean para todos´. (El cronista tuvo un mal pensamiento, viendo a este González sin recato alguno en su activismo político: ¿qué ocurriría en unas primarias entre él y Zapatero por la próxima candidatura a la presidencia del gobierno?...) Así como matizar su opinión sobre la actitud del Rey en los preámbulos del intento de golpe del 81, o sentirse responsable de no haber propiciado la memoria del franquismo. A uno y otro de los dos contertulios discrepar en asuntos nada pequeños, como las clases de religión en los centros públicos. Y así un sabroso

etcétera.
1.11.2001

“ESPAÑOLISMO DE IZQUIERDAS”

Las cuitas del nacionalismo andaluz, que parece decidido a escurrirse definitivamente por el sumidero de la historia, invita a reflexionar estos días sobre otras aflicciones: las del puro idioma, por atrapar los muchos y escurridizos camuflajes de la política. Surge un nueva fractura del andalucismo con ínfulas recuperadoras de un supuesto nacionalismo de izquierda, que entre ellos nunca existió, más que en la broma. (´Sherry Batasuna´ se les bautizaba por los años de la transición). Ahora, también, se proclaman federalistas y no sé qué más. Por decir que no quede. Sólo falta que alguien les crea.

Aparecen también estos días nuevos y denodados esfuerzos del PP por arrinconar a los socialistas en los mudables territorios de la semántica, apropiándose sin el menor rubor de una expresión de la socialdemocracia avanzada: “patriotismo constitucional”. Ya se sabe para qué: para, sacralizándola, impedir que nadie toque la carta magna, ahora que ellos la dominan. Así que el PSOE tiene que ensayar nuevas tentativas léxicas: republicanismo, federalismo..., con lo que retorna a sus verdaderas raíces, empujado por la rapiña lingüística de unos y otros. Miren por dónde, y qué bien. Pero raro será que no se las roben igualmente.

Todo este baile de palabras hunde sus ambigüedades en aquella época de la transición, cuando el descrédito de la España caciquil condujo a verdaderos adefesios. Nació así el de ´nacionalidad´, como sinónimo devaluado de nación, cuando en rigor lingüístico no es más que su condición abstracta para usos teoréticos. La prueba de la violencia ejercida la daba el adjetivo, prácticamente imposible: ´nacionalitario´. Así que proliferaron las naciones, se incrementó la polisemia de “país”, y la palabra España sencillamente desapareció, en aras de increíbles circunloquios. La izquierda no fue capaz de reivindicarla, ni siquiera apoyándose en Blas de Otero, en Machado o en Sánchez Albornoz. Y se la dejó a la derecha, para que siguiera manoseándola. Grave error. Ahora bien, ¿cuál sería la salida de emergencia, antes de

que el PP se apodere de todas las calles de este carnaval? Un amigo mío, que tuvo la suerte de ser alumno de José Mª Maravall, padre, me cuenta que el profesor dejaba caer de vez en cuando en sus clases el concepto de “españolismo de izquierda”, no como doctrina, sino como concepto. Hoy casi parece un contrasentido, pero no era así en tiempos de la República. Párense un momento a pensar y recuerden, o averigüen, por qué causa lucharon y dejaron su vida tantos españoles, republicanos, socialistas y comunistas, en la guerra civil, aplastados por la horda fascista. Por su idea de España: republicana, democrática y laica. Aquella a la que se refiere Azaña en el prólogo de ´La velada de Benicarló´: “Os engañan quienes han dicho que España ha sido siempre una procesión de dalmáticas y armaduras”. Es la nación que nace a la modernidad en la Ilustracíón, en las Cortes de Cádiz, y que lleva directamente de Pablo de Olavide a Blanco White, a la Institucíónen libre de Enseñanza, a Joaquín Costa, a Machado, Azaña, Lorca, Alberti, Miguel Hernández... No se merece que la olvidemos, entre otras razones porque, bien mirado, somos más.
29.11.2001

EL ESPÍA QUE SURGIÓ DEL TIMO

Del viscoso culebrón de las cajas de ahorro de Sevilla aún quedaba lo peor, que ya es decir. Tiene la forma chusca de una historieta de Mortadelo y Filemón, pero el fondo no hay más remedio que tomárselo en serio. El diario El Mundo, en su edición del día 29, aseguraba en letras gordas: ”Chaves mandó espiar durante meses a los presidentes de las Cajas de Sevilla”. Tremendo. La opinión publicada se pone en pie y todo el mundo a cavilar. Pero todo se reduce a un vídeo de mala calidad, donde un supuesto detective parece confesar a unos supuestos escoltas del presidente de la Caja San Fernando, el señor Benjumea, estar vigilando a éste por órdenes de la cúpula del PSOE, con Chaves a la cabeza. Dos días después, resulta que el espía no es tal, sino un modesto empleado que parece en apuros, y los que salen en la peli como guardaespaldas tampoco son los que protegen habitualmente al directivo de la entidad financiera. ¿Quiénes son estos pimpollos? A saber. Lo único cierto es el vídeo, cuya verdadera intencionalidad está sujeta a las peores sospechas.

Pero en esos dos días ha quedado en la atmósfera una espesa polvareda de denuncias y acusaciones, que obligan a llegar al fondo de este premeditado embrollo. También queda la rapidez con que Teófila Martínez y Javier Arenas se hacen eco de lo anunciado por el periódico, más una extraña coincidencia entre dos declaraciones: la de la primera, diciendo que la policía "está llevando este asunto, creo, al juzgado", y la de Benjumea en el mismo sentido y el mismo día (jueves 29): "Lo que este señor ha confesado está en manos de la policía y a estas alturas, si no me equivoco, del juzgado de guardia". El que iniciaba esa denuncia era el Delegado del Gobierno en Andalucía, señor Torres Hurtado, a quien el PSOE trató de contactar durante toda esa jornada, sin éxito. Ese día su móvil no tenía cobertura. (Nueva casualidad). Otros, por lo visto, lo tuvieron más fácil. Pero es que la denuncia se refiere a investigaciones de los meses de septiembre y octubre, que nada tienen que ver con este entuerto.

Arropado por el frío invernal que acaece por esos días, tal vez quien ingenió la fábula buscaba la complicidad inconsciente del ciudadano desprevenido, de modo que aquel Richard Burton que surgió de las heladas tinieblas pudiera prestar algún crédito a la operación. Fiasco total. Salvo los que quisieron caer en el garlito, que quizás para eso se puso a su alcance, la ciudadanía adicta a John le Carré se tomó el drama más bien a chacota. Sólo el Fiscal Jefe parece haberlo hecho en serio -aunque seguramente aguantándose la risa-, porque es su obligación. Tiene entre manos nada menos que un presunto delito de injurias con publicidad contra el Presidente de la Junta.

Pajolera casualidad: en esas mismas fechas se jugaba Benjumea el todo por el todo, que quedó finalmente en nada de nada, puesto que las urnas no le fueron propicias. Y que detrás, como primera ficha del dominó, aguardaba los resultados su amigo de andanzas financieras, el señor Beneroso. Más rara coincidencia todavía: que el resultado económico de las entidades que presiden deja bastante que desear este ejercicio, por lo atrevido de sus fantasías inmobiliarias, y que para mejorarlo se han apresurado a vender Tablada. Demasiadas coincidencias, ¿no creen?

6.12.2001

POLÍGONO SUR

El pasado día 5, una cadena local de televisión, Sevilla TV, quiso enviar un equipo a cubrir las secuelas del último tiroteo en las Tres Mil Viviendas, Sevilla. No fue posible. Hasta tres taxis requeridos al efecto dijeron que ellos, ni ebrios de solemnidad, penetraban en los territorios dominados por las sombras. Los bomberos también se resisten, a veces reclamados por falsos incendios, a manera de emboscadas. Los funcionarios que no tienen más remedio, se escabullen en cuanto pueden.

Pocos días antes, entre tantas manifestaciones como se han sucedido en la ciudad, hubo una que despertó seria inquietud: la de los policías nacionales. Concentrados a las puertas de los juzgados, estos agentes del orden protestaban, no por ninguna especie sindical, sino porque no pueden realizar su tarea en condiciones mínimas. ¿Razón? En Sevilla faltan 500 policías (quinientos), según sus cálculos. Como quien no quiere la cosa, y bajo la égida del PP, el Ministerio del ramo ha ido dejando sin cubrir vacantes y nuevas necesidades, hasta que la situación se ha vuelto simplemente insoportable. Ahora, sólo ahora, el Delegado del Gobierno (muy ocupado en cuestiones de vídeos y falsos espías) anuncia que repondrá 171 de esos funcionarios. Cuando ya hasta el arzobispo de Sevilla, el Defensor del Pueblo y todo el mundo claman por arrinconar las sombras como sea. Mejor entre todos, pero empezando por las competencias que descansan, nunca mejor dicho, en el señor Rajoy, Madrid, no se equivoquen.

Pero sigamos hacia atrás. Primer ayuntamiento democrático, años 79-83. Primer plan para el Polígono Sur: amigables y estupendas relaciones entre asociaciones de vecinos, asociaciones giétanas, APAS, parroquia... El esforzado cura Calderón ejercía más de patriarca que de cura. Los concejales bailábamos en las bodas de los calé y, pieza clave, se pusieron comedores escolares en la mayoría de los colegios, limítrofes con el bosque. Aquello empezaba a funcionar. Las sombras se iban retirando. Pero en el 83 el PSOE cambió de protagonistas. Quiso tener un alcalde de paja –altamente combustible, como todo el mundo sabe-, que dijo que él no iba a los barrios, requerido como estaba de continuo por duques y duquesas. Empezaron a cerrarse comedores y los colegios por las tardes. Un juez, tras la denuncia de un sindicato corporativo, estuvo a punto de empapelar al Delegado de Educación de la Junta, por haber puesto en marcha un concurso para maestros de zona que primaba la vocación social, el trabajo en equipo, por encima de los trienios. (Esto fue en el 85, y a mí

personalmente, siendo Director General de Renovación Pedagógica, me tocó ir a explicarle la bondad del proyecto. Dato curioso: aquel juez era buen lector de mis cuentos populares, y eso facilitó mucho el diálogo. Pero lo único que conseguí fue que no empapelara al delegado).

Hoy las cosas están como están. La Consejería de Asuntos Sociales ha acabado subvencionando a (presuntas) mafias gitanas, que derrocaron a aquellas otras organizaciones de base. El Plan Estratégico municipal ha señalado que los colegios deben abrir hasta por las tardes y convertirse en núcleos de sociabilidad. El nuevo alcalde del PSOE, sobrado de razón, pero ya no de mayorías ni de lealtades, urge a un nuevo plan coordinado. Sólo hemos perdido veinte años.

13.12.2001

AZNARÍN RECAPACITA

Sobre el paisaje nevado de la noble Castilla, el Príncipe derramó su mística mirada, No bien acababa de salir del aposento el ecónomo de Valladolid, reculando y sin dejar de hacerle reverencias, alzóse Él de su mortificado sillón frailuno para ir a extasiarse, cabe el ventanal, con las blancas cumbres lejanas.Suspiró. Por un momento se le vinieron a las mientes los versos del poeta, “¿Eres tú, Guadarrama, viejo amigo...?”, mas no acertó con lo que seguía. Tentado estuvo de llamar a su vate predilecto, el ínclito Luis Alberto, para que le solazara con aquéstos y aun otros endecasílabos de egregia estirpe castellana. Mas resolvió dejarlo para las tertulias del parnasillo monclovita. Urgido por los asuntos de Estado, suspiró otra vez. Tornó a la mesa y de un campanillazo permitió la entrada de su fiel escudero Arenín nombrado y renombrado. Cumplidos los decires navideños, el del Triste Bigote fue derecho al meollo.

-He leído detenida, qué digo, pacientemente, tu menuda relación de lo acaecido este año en los territorios de la chusma andalusí.

-Siento, mi señor, que no pueda sernos más favorable.

-Calla, calla, no te precipites. ¿Querrás creer que he tenido como un pálpito y meditando estuve la conveniencia de cambiar nuestro rumbo en esas tierras de infieles?

-Sabia será cualquier decisión vuestra.

-Calla, no interrumpas el atormentado hilo de mis pensamientos. Fíjate que estaba yo mirando al infinito por estos ventanales, cuando quiso venirme a la memoria un poema del poeta de Castilla, si bien nacido en Al-Andalus, y me dije digo: Tate, Aznarín, que esto quiere decir algo. Y así, como de pronto, he resuelto mudar nuestra actuación en los dominios de Chavelón el Malo. No hemos de sofrenar por más tiempo, fíjate bien, el desenvolvimiento material de esas pobres víctimas, que no saben lo que votan, sino que vean y les entre por todos cinco sentidos cómo de nuestra magnanimidad se desprenden mercedes y gracias a millares. Así obras públicas, injustamente retrasadas, como enseñas de un nuevo sentir, mismamente hacia nuestros propios alcaldes. Vervigracia, al de Onuba dirásle que se deje de memeces balompédicas y se disponga a bien sufrir en justicia por sus muchos pecados. Al de Jaén, que preste confortable acogida a los braceros magrebíes que tan gentilmente nos manda mi amigo Mohamed VI; al de Málaga, que no acumule más débitos, pardiez, que ya sobrepasan los 35 mil millones de maravedíes. Y a nuestra bienamada Teofinda de Gades, otrosí respecto de sus reservadas cuentas... ¿Pero qué haces?

-Tmo buena nota, mi señor.

-Deja, hombre, que todo te lo tengo aquí bien anotado. –De una recóndita gaveta extrajo el Príncipe un sobre con cinco lacres. Parsimoniosamente, tendióselo a Arenín, que lo tomó, reverencial-. Mas como son días de merecido descanso, te ordeno que no lo abras hasta el viernes.

Hízolo así el obediente escudero, no sin antes padecer grandes tormentos por la espera. Apenas amanecía el día señalado, con mano trémula rompió los sellos reales. Del interior, empero, sólo extrajo un breve pergamino, que con letras gordas decía: “28 de Diciembre, inocentón”.

27.12.2001

CUENTO DE REYES

No, no les voy a contar el cuento triste del Príncipe y la Plebeya, aunque me gustaría, sólo por desmontar el falaz argumento con que algunos han defendido que los príncipes con princesas se han de casar, siguiendo un presunto modelo de cuentos de hadas. Pues desde luego que no. La laboriosa alquimia de los cuentos maravillosos populares (que así debieran llamarse), antes de Grimm y de Disney, destilaba precisamente lo contrario: que el Príncipe Encantado (la Bestia) saldrá de su piel de incestuosas endogamias gracias al amor de la hija del jornalero (la Bella). Pero esto, desgraciadamente para Felipe de Borbón, ya no sirve de nada.

En su lugar, les voy a referir la mucho más deleitable historia con la que el Ayuntamiento de Algeciras ha obsequiado este año a sus ciudadanos más pequeños, con motivo de la fiesta de Reyes Magos. "El gigante Botafuegos", se llama, y de ella es autor Juan Ignacio Pérez Palomares. Por su significado último, bien podría formar parte del selecto club de relatos con ciudades de leyenda que un día desaparecen y otro reaparecen. Como aquella Vineta de ´El maravilloso viaje de Nils Holgersson´, que una vez cada cien años emergía del Mar Báltico, debiendo demostrar en una hora su capacidad para establecer felices relaciones comerciales con sus vecinos, o hundirse de nuevo. Una aplicación estricta del axioma de Lévi-Strauss, "toda guerra es un comercio fracasado", que bien se podría extender a esta Algeciras, obligada por su situación a entenderse con vecinos extranjeros tan incómodos como los que tiene.

Trata esta recreación literaria de una costumbre local que estaba casi perdida, y que el propio Ayuntamiento ha contribuido a recuperar en los últimos años. ("Sucede que algunas tradiciones se pierden y, por eso, las instituciones públicas tienen que esforzarse por mantenerlas o recuperarlas", dice en el prólogo el veterano alcalde, Patricio González, con ejemplar sencillez). Consiste en una simpática –aunque estruendosa- manera de llamar la atención de Sus Majestades, el día antes de su llegada, con el sencillo procedimiento de arrastrar por el suelo muchas latas vacías, cosa que a los niños no es que disguste precisamente. Se evita así que los tres Magos pasen de largo de esta ciudad, que bastante tiempo estuvo también medio perdida entre los avatares de la historia del Estrecho, hasta su definitiva refundación a principios del XVIII.

Pero lo importante hoy es el relato de Pérez Palomares, quien no en vano dirige una imaginativa asociación para la recuperación de las tradiciones orales, además de ser él y su mujer dos magníficos cuentacuentos. Con esos retazos de historia, leyenda y toponimia, su breve narración eleva todos esos conflictos a la categoría de Gigante, cuya acción maléfica consiste en hacer que la ciudad desaparezca en medio de una espesa niebla, justo la víspera de Reyes Magos. Sorprendidos unos visitantes posteriores de que los niños de Algeciras no tengan juguetes nuevos, se desencadena la trama vengadora contra Botafuegos, y queda establecida la estratagema de las latas ruidosas, para que los Reyes nunca más se extravíen. Y aquí, si tienen ganas de volver al principio de la columna, todas las dobles lecturas que ustedes quieran.

3.1.2002

CERNUDA, EL INCIENSO Y LA PÓLVORA

¿Debe un poeta maldito ser glorificado? Con esta pregunta en la cabeza escribí en 1978 un extenso artículo sobre Cernuda, donde puse a pelear las interpretaciones de Philip Silver, Octavio Paz y Juan Goytisolo. Para mi sorpresa, aquello me valió el distanciamiento de los cernudianos militantes de Sevilla. Quizás era demasiado pronto para proponer lecturas críticas del autor de ´La realiad y el deseo´, entonces más necesitado de reivindicación que de otra cosa. Pero el tiempo ha pasado y el clima de veneración, un tanto críptico, que siempre ha rodeado a este extraordinario y contradictorio poeta, no sólo no ha permitido esa otra lectura que yo ingenuamente proponía -entre el incienso de los incondicionales y la pólvora de los reaccionarios-, sino más bien lo contrario. Cernuda ya no necesita de ninguna recuperación literaria, pero como autor de culto continúa siendo objeto de un inevitable endiosamiento que impide ver más allá de lo que proponen sus cultores. Y esto, que siempre crea dificultades para una buena lectura, se convierte en altamente peligroso cuando se acercan efemérides como la que ya tenemos encima, el centenario del nacimiento del poeta.

Pero el peligro no se detiene ahí, sino que, además, se cierne la amenaza de una apropiación indebida en toda regla, aprovechando precisamente las veladuras que el incienso interpone; y es la que el PP viene ejerciendo sobre poetas y escritores de la izquierda, en su más amplio sentido. Ya lo hizo con García Lorca, con Alberti, y lo intentó con Azaña y con

Miguel Hernández, aunque aquí sin éxito. La propia familia del poeta se plantó y dejó compuesto y sin novia nada menos que al omnipotente Zaplana, Presidente de Valencia, y a su "Fundación", ideada a la medida del político y no a la del desdichado autor de las ´Nanas de la cebolla´, escritas, por cierto, desde las mazmorras del franquismo. Y no se olviden que estos del "centrismo reformista" pronto pierden la máscara en cuanto toca pasearse del brazo de Fraga por sus calles.

Ahora la poderosa maquinaria monclovita se ha puesto en marcha para ensalzar a Cernuda, poeta del doble exilio –el humano y el político-, y mucho me temo que nadie la va a parar. Yo no puedo por menos que entristecerme y alarmarme, sobre todo cuando veo los nombres de gentes de bien apuntados a la batuta de Aznar y a sus inefables veladas poéticas, que empiezan a ser célebres. No sé qué filtros o qué irresistibles cantos de sirena han podido administrarles, pues no les debe fallar la buena intención. Tal vez crean que podrán con el monstruo desde dentro. Vana ilusión; cuando se descuiden, el monstruo los habrá engullido, o los habrá puesto en su nómina.

Así las cosas, no queda más remedio que confiar en que las otras iniciativas, las conjuntas del Ayuntamiento y la Diputación de Sevilla, y la de la Consejería de Cultura –que no sé por qué tiene que ir separada-, aterricen en los territorios más naturales del espíritu, que como todo el mundo sabe, desde Sartre, queda a la izquierda. Pero hoy, aunque la columna se quede corta, que me perdone el director del periódico, no quiero escribir más.

10.1.2002

UN CURA ´GUAY´

Me contaba un gobernador civil, porlos años de la transición, lo que le pasó con un cura disoluto de un pueblo de la provincia, denunciado por las fuerzas vivas del lugar. Piedra de escándalo por sus correrías sexuales, y en los años duros del franquismo, es fácil imaginar en qué estado de alarma puso aquel ´depravado´ las coordenadas todas del sistema, pero, eso sí, dentro de la más estricta reserva oficial. Lo malo fue la fatalidad, un percance imprevisible. Resulta que el gobernador tenía sobre la mesa un informe pormenorizado de las

andanzas del clérigo, con toda clase de detalles en torno a quiénes había acometido con su ímpetu amatorio, el cómo, el cuándo y demás peliagudas circunstancias. En algún momento, un funcionario de la delegación retiró los papeles de la mesa, junto con otros, y acabó traspapelando el informe. Éste, sin duda por mano del Diablo - siempre al acecho-, acabó en la imprenta del Boletín Oficial de la Provincia y allí se publicó enterito. Cuando el Gobernador Civil fue advertido de la fatal peripecia, se desplomó en su sillón y dijo aquello tan socorrido de "tierra, trágame". Esperando que de un momento a otro se armara la tremolina, permaneció en su despacho, viendo angustiado cómo pasaban los minutos interminables, las horas eternas..., convencido de que de un momento a otro sonaría el teléfono azul o llegaría el siniestro motorista. Pero es que pasaron los días, y las semanas, y también los meses, y nada más pasó. ¿Por qué? Pues muy sencillo: porque nadie leyó aquello nunca. Y el gobernador civil siguió en su puesto, hasta que otras marejadas se lo llevaron por delante.

Contrasta fuertemente lo ocurrido entonces con lo actual, donde prima sobre todas las cosas el alarde publicitario del asunto. Pero hay una que apenas ha cambiado: la afición lectora de la feligresía, que sigue siendo escasa. En las declaraciones de José Mantero, el autopublicitado vicario de Valverde, se percibe una punzante contrariedad por el hecho de haber salido del armario, voluntariamente, a través de un artículo publicado en una revista del pueblo, en julio del año pasado, y que nadie se percatara de ello. Bien es verdad que, leído el texto con atención, la cosa es más bien parabólica, como no podía ser menos tratándose de un cura. Y no es raro que los católicos de infantería, acostumbrados a no entender habitualmente nada en el ambiguo lenguaje de la Iglesia , creyeran que el bueno de Pepe se estaría refiriendo a sabe Dios qué, nunca mejor dicho.

07.02.2002

CUENTO DE AMOR

Ésta que les voy a contar es la historia verdadera de un verdadero amor. Se inició hace bastantes años en el seno de una familia que bien conozco y de cuyo nombre debo olvidarme. Por entonces España toda era ese país donde los caciques rurales tenían querida oficial, otros se jugaban a las cartas la finca o la honra de sus mujeres y, en términos medios, la vida era un engrudo de catolicismo y lupanar. Quiere decirse, donde el amor podía considerarse un

enigma innecesario. Todo lo más, un entretenimiento para pobres o damiselas ociosas. Por sobre todo eso, sin embargo, prendió la llama viva en el corazón de dos novios de una clase media acomodada. Él, bien parecido y de complexión fuerte. Ella, de una delicada hermosura sureña, realmente memorable. Ningún problema, pues, en el vasto horizonte. Las familias, plenamente de acuerdo. Ellos, plenamente felices. En cuanto a la ansiedad, debidamente controlada por sus creencias y por la perspectiva de una boda magnífica en cuya noche, al fin, pudieran los cuerpos verificar la indefinible esencia. Mientras, ahí estaban los versos que tantos poetas habían escrito sin duda pensando en ellos, para mitigar la ardiente espera.

Mas de pronto ella enfermó. Se intió aletear un abejorro obstinado en las mieles de su pecho, por el lado izquierdo. Una dolencia cardíaca, incurable por aquel entonces, a la que los médicos diagnosticaron pronto y fatal desenlace, salvo cuidados exquisitos. Desde luego, nada de casamiento. Semejantes emociones no harían sino acelerar el final. El muchacho, transido de perplejidades, respetó escrupulosamente la precaución y, desde aquel día , se limitó cada tarde a visitar a su doliente enamorada con alguna flor del tiempo y algún poema inmarcesible. Pero el ardor y el dolor, aquel dolor inmaculado, por fuerza exigían de él compensaciones físicas. Lejos de procurarse socorros de emergencia erótica, como hubiera hecho tal vez cualquier otro muchacho de su entorno, sus convicciones de amor puro le llevaron a esforzarse cada día más en el trabajo familiar, una almazara próspera en la que venía ejerciendo tareas de dirección. Desde entonces, pasó a emplearse en las labores más pesadas, buscando en la fatiga el único consuelo. La falta de costumbre, sin embargo, le hizo un día resbalar en las cercanías de una máquina y pegarse contra ella un severo golpe a la altura del bazo, que le rompió la vida por dentro. En muy pocos días, aquel muchacho, lleno de tan complicadas energías, murió. Su desolada familia, y la de su novia, no supieron al principio cómo explicarle a ella la repentina desaparición del fiel amigo, por miedo a precipitar otra muerte segura. Pero al final comprendieron que la inexplicada ausencia podía resultar peor. Con toda la delicadeza de que fueron capaces, le dieron a conocer la verdad. Ella, ciertamente, a punto estuvo de sucumbir, fulminada por el resplandor del absurdo. Mas se repuso, nadie sabe cómo. Es más, pasaron los años y los avances de la medicina permitieron recomponer su maltrecho órgano de sentir.

Ha muerto hace unos meses, a los 77 años de edad, después de haber rechazado a otros varios pretendientes en su larga vida. Con su belleza hermosamente marchita, pero sin

dejar de iluminarse cada tarde, cuando repasaba los poemas y miraba, absorta, el retrato de su único y verdadero amor.
14.02.2002

´Las guerras de Etruria´, de Julio M. de la Rosa
HACIA UNA MEMORIA VERDADERA DE LA GUERRA CIVIL

En el libro de Felipe González y Juan Luís Cebrián, ´El futuro no es lo que era´, hay un momento delicado en que el ex presidente del Gobierno admite sentirse "responsable de que no hubiera un debate sobre la dictadura" durante su mandato (pág. 31). Un reconocimiento que le honra, aunque no resuelve la cuestión. La cuestión, ni más ni menos, es que el tiempo pasa y seguimos sin tener, no sólo ese debate, sino una memoria ordenada y veraz de lo ocurrido. Y que ese peligroso vacío tiende a ser ocupado por nuevas corrientes historiográficas, formadas por lo que en algún otro momento he llamado "los nuevos historiadores equilibristas", a saber, los que reparten la culpa del horror a partes iguales entre la derecha y la izquierda, entre los facciosos de la conjura y el presunto antirrepublicanismo del Frente Popular. Muy semejante a la corriente de "opinión" que trata de impulsar el PP en sus últimos camuflajes centristas, sobre las más diversas materias, incluso apareciendo como protector de la verdad, en lo que a menudo no es más que un saqueo al patrimonio simbólico de la izquierda. (Recuérdese el caso de los acercamientos de Aznar a figuras y escritores perseguidos por el franquismo); que una cosa es honrar la memoria y otra muy distinta apropiarse de ella, o intentarlo). Cuando queramos darnos cuenta, las nuevas generaciones pensarán que, al fin y al cabo, Franco no mató a tanta gente y el desorden de España en el 36 necesitaba un revulsivo ejemplar. A partir de ahí, podrá suceder cualquier cosa.

Es cierto que en estos últimos años han ido apareciendo aportaciones de un gran valor, como el documento de 24 páginas, de puño y letra del dictador, del Archivo Militar de Segovia, donde el llamado Caudillo manipula ya los hechos históricos para atribuirse todo el mérito de la sublevación contra el Gobierno legal de la República. O como el escalofriante recuento de Juan Ortiz Villalba, ´Sevilla 1936´, acerca de lo que realmente pasó en Sevilla en los primeros días de la rebelión militar; o el libro de memorias del sindicalista sevillano Fernando Soto, ´Odisea en re menor´, escritas desde la cárcel de Carabanchel. También

Arcángel Bedmar ha publicado ´Los puños y las pistolas. La represión en Montilla (1936-1944)´, y así otras aportaciones parciales, pero a las que falta un proyecto común, que al menos en Andalucía debería acometerse antes de que sea demasiado tarde. Cada pueblo tendría que tener ya una monografía veraz de lo ocurrido.

En esa atmósfera borrosa aparece, un poco sorprendentemente, la novela de Julio M. de la Rosa, ´Las guerras de Etruria´ (Algaida, Sevilla, Diciembre de 2001). Claro que no se trata de un relato histórico, sino más bien ´intrahistórico´, una nueva lectura literaria de la Guerra Civil, entre el realismo y la mitología, que viene a rubricar un largo camino recorrido por el escritor sevillano sobre el mismo tema. Hasta cuatro relatos anteriores, más breves, dan soporte a este definitivo asalto, en lo que hoy ya podemos considerar aprendizaje del propio autor hacia su narración final y, acaso, la descarga de su corazón. Son aquéllos ´Nuestros hermanos´ (1971, pero escrito en 1966), ´Fin de semana en Etruria (Premio Sésamo 1971, censurada fuertemente en su día), ´La sangre y el eco´ (1975) y ´La columna´ (1996). El primero de ellos, sobre todo, es como una versión germinal de ´Las guerras de Etruria´. Pero han transcurrido 35 años desde entonces, lo que da idea de la profundidad que este asunto ha alcanzado en la conciencia literaria de Julio M. de la Rosa.

Etruria es un paisaje mítico, al modo de la Región de Benet (también hay determinados guiños a Comala, Yoknapatawpha, Macondo, Santa María...), forjado de pueblos andaluces destruidos moralmente por el caciquismo, más un contraste permanente con la otra materia mítica del Bosque, donde se refugian los últimos héroes. Todavía más al fondo, la sombra prehistórica de la marisma pestilente, de la que proceden los señores de hoy, antaño porqueros harapientos. Sobre este paisaje, De la Rosa ha ido tejiendo sus particulares obsesiones de la Guerra Civil Española, a partir sin duda de una remota imagen biográfica, herida de infancia irrestañable. Otros elementos autobiográficos hay en el relato, que quizás conozcamos muy pocos, pero siempre trascendidos de lo personal. “Pueblo aparentemente dormido, que jamás cesaba en la producción de odio [...] paralizado por el miedo y el vacío, con mujeres que parecían caminar sin pisar el suelo [...] una región muy peculiar, llena de extrañas creencias, supersticiones antiquísimas y campesinos rebeldes. Un peligroso foco de anarquistas que debía ser depurado y aplastado con la máxima rapidez y energía”. En ese entramado, los personajes, aun los más crueles, parecen flotar en un clima de irrealidad contagiosa, como si ya definitivamente pertenecieran al patrimonio intangible de nuestro horror y allí debieran permanecer inmutables, como el mito, para ejemplo y memoria de la

verdad. La explicación a este curioso fenómeno se halla sin duda en el estilo. Ese estilo pausado y hondo, a lo Flaubert; desolado y escueto, a lo Cernuda, que Julio Manuel de la Rosa ha ido amasando como un eremita silencioso, felizmente ajeno a las modas literarias, a los cenáculos, y que en esta novela ya por fin logra categoría de ensueño.
20.2.2002

AZNARÍN CUMPLE 6 AÑOS

Ya estaba el principito muy suelto en lecturas provechosas, cuando llegó el ansiado día de su sexto cumpleaños. Todos sus primos y los compañeros del cole, e incluso los papás, y las mamás, se aprestaban a felicitarlo con los más ricos presentes, pues cundía por doquier la fama de sus rapidísimos avances en las más variadas materias. Sobre todo en humanidades. Aquí los prodigios se multiplicaban. A tan temprana edad ya recitaba impertérrito los treinta y tres reyes godos, todos los ríos de la Patria, con sus afluentes hasta el tercer nivel (el Ebro, por extraña inclinación, hasta el quinto), más un tomo completo del Tesoro de la Poesía Española. Y sin pestañear. De todos los chalés de la colonia, como quien peregrina al santuario de un santito, acudían solícitos a que les hiciera demostración. Empero, sin embargo, los papás del Príncipe esta vez se negaban. Aquel no era día de revelar portentos, sino que el tierno infante disfrutara con sus amigos en los esparcimientos propios de la edad. Eso sí, todos instructivos.

La primera en llegar fue Pilarín del Castillo, portando un ingenioso y a la par didáctico entretenimiento: ´El túnel del tiempo Educativo´; alambicadas piezas de ingeniería jurídica conformaban un a modo de ariete contra rojos, pedagogos , psicólogos y otras gentes de mal vivir, hasta el restablecimiento final de las cosas como son: niños pobres, a oficios ruines; tontos, a letras; ricos y listos, a ingenieros. Muy poco después llegó Rodriguito, con una nueva versión del Monopoly llamado ´¡Qué careta!´, donde los curas de Valladolid se hacían ricos y los incautos veían su dinero esfumarse por insondables agujeros. Un juego de mucha risa, a decir verdad. Cogidos de la mano llegaron Piquelín el Travieso y Marianín el Inseguro. El uno con una nueva caja de juegos reunidos, ´Europa-pa-mí´, más un curioso

manual: ´Cómo volver bizco al fisco”. El otro con variados disfraces de guardias de la porra en diferentes misiones: contra estudiantes, contra envidiosos de la globalización, contra inmigrantes errabundos...

Algo sofocado por la tardanza, aunque con la disculpa de que venía de tierras de infieles, llegó Javierín, esgrimiendo una flamante edición del cuento de ´Las Tres Princesas Alcaldesas´, las protomártires Solinda, Celinda y Teofinda. Mucho agradó al futuro adalid de la Constitución, poder recrearse con las nuevas aventuras de sus tres hadas preferidas, mas dejólo para ocasión más íntima. Pero el éxito de la tarde fue el juego de rol denominado ´Andalucía rebrincada´, donde el Bien definitivamente batía a los pérfidos Sociatas, inundándoles el territorio de herejes miserables, las costas de alcaldes felones, las minas de parados ... Tan embebidos estaban celebrando las desventuras de Chavelón el Malo, que casi se les pasó la hora de la tarta. Mas por fin estuvo sobre la mesa el codiciado pastel, todo de rojo y gualda, y ya inflaba Aznarín sus cándidos mofletes, cuando de pronto se abrió la ventana por el efecto de un clamor fabuloso que, a manera de imprevisto vendaval, apagó las seis velitas de golpe. Presa de descomunal berrinche, Aznarín entregóse a furioso llanto.
14.03.2002

DIALOGAR HASTA MORIR

Sucesos. Página par, abajo. Esa zona de los periódicos donde la vista naufraga inevitablemente. Noticia de agencia, lenguaje de oficio. El 4 de marzo, un subinspector, de guardia en la oficina de denuncias de la comisaría de Linares, es alertado por un vecino de la misma localidad. Acaba de contactar por Internet con una mujer valenciana que anuncia su suicidio inmediato. Algo especial en el diálogo que sostiene con ella por el ´chat´, el canal de los otros naufragios, le hace pensar que no se trata de una argucia, como tantas, para llamar la atención. Mediante la fuerza insistente de la palabra, el internauta consigue el teléfono móvil de la depresiva mujer y se lo traslada al policía. Éste la llama y empieza con ella otra larga conversación disuasoria, mientras avisa a sus colegas de Valencia para una posible intervención rápida. Pero la mujer no suelta su domicilio y su voz se apaga por momentos. Sólo en el último instante, el policía consigue arrancarle dónde vive. Cuando los otros agentes logran entrar en la vivienda, encuentran a la mujer efectivamente desangrada en el charco de su soledad, pero todavía con un hálito de vida. Otra intervención de urgencia

médica consigue salvarla. La mujer ha reconocido que lo que le impulsó a facilitar sus señas en el penúltimo latido fue la promesa del policía de Linares de seguir hablando con ella, en persona, sin ningún aparato de por medio.

Poco después del 11 de septiembre, leí en otro periódico que la policía neoyorquina cuenta con un equipo singular de "agentes del diálogo", especializados en desarmar a secuestradores y suicidas con el mismo instrumento de la palabra, la palabra viva. Y que sus logros son muy notables. Lástima que no pudieron hablar con los fanáticos de Al Qaeda.

A la edad de 102 años, acaba de fallecer, en Heildelberg, Hans-Georg Gadamer, filósofo del "diálogo emancipador" -según lo ha definido en este mismo periódico Manuel Cruz-, y emancipado él a su vez de la sombra fraudulenta de Martin Heidegger. "La hermenéutica es el arte de comprender la opinión del otro", afirmaba Gadamer. Otro filósofo alemán, aunque de otro círculo, Habermas, lleva también años propugnando la búsqueda de una nueva racionalidad en torno a las condiciones implícitas del lenguaje real, vale decir, del lenguaje oral, directo, en sintonía con la pragmática norteamericana. Según esta escuela, y según Habermas, en las estructuras mismas del diálogo, en sus reglas de uso, están implícitas las condiciones para un entendimiento universal de los seres humanos. Es decir, no en las ideologías, sino en las entendederas mismas de la comunicación, como diría Machado. ("En mi soledad he visto cosas muy claras, que no son verdad"). Ponerse a dialogar –sin trampas, claro, y sin armas debajo de la mesa-, es por fuerza llegar a conclusiones compartidas. Ojalá alguien consiguiera trasladar este principio de la nueva ilustración a Sharon y a Arafat, a Bush y a Sadam, a Aznar y a Arzallus... Nos ahorraríamos muchos sufrimientos, muchas manifestaciones multitudinarias contra el muro de las ideas petrificadas, de los falsos diálogos.

21.03.2002

LA PROCESIÓN VA POR DENTRO

Ante la mirada atónita de nuevos ilustrados, laicos incorregibles y otras especies a proteger, la Semana Santa andaluza crece y crece. En Sevilla, más barrios obreros se incorporan a los desfiles procesionales. Los mineros de Aznalcóllar abandonan su encierro en la catedral "por respeto a las tradiciones". Sin duda les acomete un temor inconfesable a lo

sagrado, a su fuerza social. El número de nazarenos se multiplica. La presencia de nazarenas tal vez haya introducido una suerte de partenogénesis en la formación incesante de nuevos seres picudos. El caso es que ya no se cabe por ningún sitio. ¿Qué procura el gentío? ¿Hasta dónde llegaremos? ¿Por ventura el pueblo andaluz se ha recristianado de súbito? No lo parece. La vieja sospecha de que en esto hay otras cosas, se confirma.

Como cada año, la cátedra de antropología de la hispalense arroja alguna luz: "Cerca del 60 % de los nazarenos no asiste nunca a misa". ("Sólo el 50% procesiona por la fe", aseguraba la encuesta anterior). Los costaleros ya no son míticos cargadores del muelle, sino jóvenes entusiastas que realizan tan soberbio esfuerzo "por afición", "por gusto". ¿Hay alguien por ahí que entienda algo?

Curiosidad: el 25 de octubre de 2001, pocos días después de que se hiciera pública la última encuesta, fallecía Marvin Harris, el gran antropólogo norteamericano que probó en varios casos señalados la inequívoca prioridad de causas materiales y económicas en las creencias espirituales. Lástima que ya no podamos saber qué pensaría de lo nuestro, obnubilados como estamos por el espectáculo. Desde luego, los hoteles están rebosar, el consumo se dispara. Pero no siempre fue así ni es eso todo. La belleza anda suelta por las calles y, al menor descuido, te atrapa. La primavera, placeres varios, reclama también su cuota de explicación. Pero la mitad de los participantes directos en el rito, todavía hoy, atribuye su peculiar comportamiento a la llamada de un Dios. La otra mitad, a la llamada de la especie. ¿Cohesión social, méritos para iniciarse en el grupo? Conclusión provisional: aquí casi nada es lo que parece.

Que le pregunten al arzobispo de Sevilla. Atribulado años anteriores por sus inacabables cuitas con el poder de las hermandades, éste parece haber alcanzado una cierta paz transitoria, un pacto cuaresmal de no agresión. Pero quedan tres o cuatro recalcitrantes, dispuestas a llegar donde sea, contra las nazarenas, contra el control de los dineros por el prelado. Y el prelado, en tan breve respiro, tendrá otras cosas que pensar: 150 grupos cristianos apoyan ya el celibato opcional. Otros muchos, el sacerdocio femenino. Los curas ´gay´ proclaman su derecho a existir. Los casados desafían públicamente la autoridad eclesiástica. Las clases de religión, en los centros públicos, son cada día más cuestionadas. El escándalo de los profesores seglares expulsados de su trabajo con pretextos teológicos (en Andalucía más que en ningún sitio) ha abierto los ojos a mucha gente. Aquel pacto de la

transición (cuidado con los curas), se ha roto. La Semana Santa, sí, está espléndida. Pero la verdadera procesión va por dentro.
28.03.2002

CAVILACIONES MONÁRQUICAS

Nada como un azaroso viaje en tren, el que todavía separa a Sevilla y Granada, para poner un poco más de desorden en el barullo de ideas, impresiones y recuerdos que va levantando esta visita del joven Borbón (o ya no tan joven). Así levanta el tren el vuelo azorado de las perdices en celo, o pone en fuga a las liebres por el olivar.

No hace mucho tiempo, un monárquico convencido -los hay- me decía que el problema de los herederos de las dinastías actuales es que están demasiado tiempo en barbecho. Antaño los príncipes se preparaban para saltar al trono en cualquier momento, y generalmente lo hacían muy jóvenes, en virtud de alguna farragosa circunstancia de índole más o menos política, pero mayormente biológica. Hoy se eternizan en la antesala. De ahí proceden casi todos los problemas de su juventud, ociosa y estirada más allá de la cuenta. Luego, los exégetas oficiosos se encargan de lo demás, incluidas las mayores boberías. Y el genio popular, de lo que falte. Baste recordar lo que ocurría cuando el actual rey era príncipe (y bien larga que fue también la espera, pues aquel a quien tenía que suceder sí que era hueso duro); un poco más, y todos hubiéramos acabado convencidos de que era tonto. Cuando llegó la hora de la verdad, resultó que de tonto no tenía un pelo. Hace bien, por tanto, el heredero de la corona española en ocuparse de la realidad cuanto antes, aunque sólo sea a título informativo, y aunque ya el martes por la noche, en los aledaños del Carmen de los Mártires, había quien se encargaba de propagar, ´sotto voce´, que el Príncipe viene precedido de una cohorte de ojeadores casamenteros, pues no vendría mal, dicen, que la futura reina fuese andaluza, según una secreta ley de compensaciones autonomistas en la galería de los cónyuges de la familia real. Pero hagan lo que yo. Ni caso. Las perdices en celo y las liebres corretonas, al aire de los trenes.

Quienes no somos monárquicos, pero sí juancarlistas, es lógico que miremos a este Borbón con otra mirada, no exenta de inquietud. ¿Cómo es realmente? ¿Qué piensa? ¿Sabe o no sabe? Del amistoso y distendido encuentro que organizó la otra noche la Consejería de Cultura, bien pudiera deducirse que el Príncipe está en todo, aunque no hubo lugar para

muchas profundidades. En cambio, sí les puedo dar fe de otra ocasión que ahora me ha venido a la memoria, y fue en el Pabellón de Andalucía de la Expo, hace diez años. Tras una cena poco protocolaria, recuerdo perfectamente cómo don Felipe, y siendo mucho más joven, dirigió una estupenda conversación por los más enrevesados asuntos de la actualidad política, y muy particularmente por los de la internacional. Nunca lo hubiera yo esperado. Y tal como me sorprendió, lo cuento. El presidente Chaves podría corroborarlo. Hoy no creo que haya disminuido su interés por las cosas de verdad, sino más bien lo contrario. Pero ocurre, como con su padre, que cada día es más difícil saber algo importante de ellos, pues cada día se les ve más secuestrados por el gobierno conservador de Madrid. En cambio, nada que temer tienen del andaluz ni, en general, de los andaluces.
11.04.2002

LA INSOPORTABLE LEVEDAD DEL PER

Otro calentamiento de cascos en la mullida soledad de un despacho, imaginando la perfección: castigamos a los votantes rurales del PSOE, obligándoles a ir a trabajar donde se les mande; frenamos definitivamente la transferencia de las políticas de empleo, hasta ver cómo se monta la nueva "formación en el medio rural andaluz" (Teo ´dixit´); eliminamos a los inmigrantes, porque ya no harán falta en las tareas agrícolas (de paso castigamos también a Mohamed VI); y provocamos un orgasmo colectivo en los nuestros, los señoritos de toda la vida, que seguirán embolsándose a manos llenas las subvenciones europeas al latifundio, vivir para ver. (Con razón dijo Antonio Romero, hace como un año, que aquí "la única que ha convergido hacia Europa es la Duquesa de Alba"). Carambola maestra.

Parecen dispuestos a no seguir aprendiendo. Lo han demostrado con creces en la LOU, en la Ley de (presunta) Calidad de la Enseñanza, ahora también en la reforma de la de partidos políticos... Y lo malo es que les falta la razón, pero no los votos. Primer punto débil del PER: quien tiene el poder democrático para quitarlo, lo hará, salvo que se tope con una contestación social como la que él mismo se busca. Pero el segundo punto débil es que la medida apenas se sostiene, jurídicamente hablando, en un compromiso político que data ya de 1984, y que el propio PSOE contempla la conveniencia de modificar, en sus documentos de la segunda modernización: "es necesario abordar la reforma de los instrumentos de protección del empleo agrario". Eso sí, desde el consenso. Pues no hay asunto más delicado

que éste en la política andaluza. No lo entiende así el PP, cada día más a gusto en su papel de llanero solitario. Allá ellos.

Pero por si todavía no están demasiado ofuscados, convendrá recordarles algunas cosas: esa tan débil protección del medio rural andaluz y extremeño, que ellos pueden derribar de un plumazo, si les place, descansa sobre un pacto social mucho más profundo, que arraiga en la transición política y que, por eso, debería ser materia sagrada para todos: el PER no es más que el centro neurálgico de un conjunto de normas cuyo objetivo principal es regular un laborioso sistema de redistribución de la renta, a cuenta de la reforma agraria que nunca se hizo. Es decir, la paz social en un medio tan caliente como el campo andaluz. Cualquier reforma obligaría hoy a tomar otras medidas complementarias, que me temo no serían ya del gusto de los señores de la tierra: modular las subvenciones europeas, sobre la base probada de que las extensiones demasiado grandes (que se chupan el 20% de las ayudas) son incontrolables para Bruselas y, por el contrario, las pequeñas producen el triple de mano de obra. (Fernando Moraleda, El País, 13 de Abril). Pero también obligará a los señores a pagar mucho más al régimen general de la seguridad social, a no ´sembrar´ cultivos fáciles, como el girasol (que nadie recoge, pero sí que ingresa suculentas subvenciones), etcétera. No creo que ni Chaves ni Ibarra le hicieran ascos a una negociación sobre esas bases. ¿Pero es eso lo que quiere el PP?
18.04.2002

´SPANGLISH´ GIBRALTAREÑO

Si yo fuera Piqué (¡qué horror!), dejaría el contencioso de Gibraltar en manos de los linenses y otros vecinos de la zona. Seguro que se resolvía mucho antes de lo que cabe esperar de la diplomacia europea, de la rara amistad entre Aznar y Blair (Dios los cría...) , y de las reticencias de los llanitos. Por ejemplo, en el 2013, a los tres siglos justos del tratado de Utrech, que ya está bien. ¿Cómo? Pues por la misma vía por la que se produjo hace tiempo la fusión lingüística, burla burlando toda suerte de controles fronterizos. Hace un par de meses el cronista anduvo por allí, a vueltas con otros menesteres limítrofes, relacionados

precisamente con la oralidad, y se trajo un acopio de palabras y expresiones mixtas, del ´spanglish´ gibraltareño, que por sí solas merecerían un estudio minucioso, amén de divertido. Ya el Centro de Profesorado de la zona editó hace algún tiempo una especie de prontuario con el que manejarse por los vericuetos de esta modalidad de roce idiomático, que es la base de toda una chistología al uso, a partir de aquella famosa fórmula para ligar: When you pound?, ¿Cuándo ´libras´? Pero sólo de lo que se pegó a la oreja, vean algunos ejemplos reales.

Si una chica anda buscando ropa inglesa en la Roca, probablemente preguntará por un vestido ´pichigüey´ (Prince of Wales), o un ´yelzi´ (jersey), incluso en su forma diminutiva: ´yelzilito´. Aunque puede que termine inclinándose por otra cosa, según escuché tal cual: “Ar finá m´e comprao un ´pinchir´ (pink shirt, blusa rosa) p´ancima los yin” (para encima de los ´jeans´, vaqueros). (Es obvio que la mezcla se produce desde el andaluz, no desde el estándar madrileño, faltaría más). Claro que a lo mejor la joven se ha gastado más de la cuenta y cuando llegue a su casa y muestre el ´manibac´ (la vuelta, “money back”) su madre le eche una ´apología´ (una regañina). “Te espero en ´La Focona´”, le dirá otro día a una amiga ´ingleza´. (´La Focona´, por si no lo han adivinado, es “The Four Corners”). Allí la ´ingleza´ le presentará a un muchacho de buen ver que es ´chifilehtri¨ (“chief electric”, jefe electricista), con el que acabará intercambiando unos ´chinga´ (´chewing gun´, chicles). ¿”Cuándo te vas de ´jolidei´ (vacaciones)?, preguntará el otro, por romper el hielo. Y así la tarde irá declinando sobre el Peñón (verdadera pedrada que nos llega desde una historia absurda), entre las voces mestizas de los niños de un lado y de otro, que juegan a los ´meblis´ (´marbles´, canicas) intercambiando también chucherías, como ´likirbá´ (liquid bar, regaliz). Y así, todo.

Si yo fuera Aznar (´what a horror!´) promovería fondos comunitarios para proyectos conjuntos, empezando por los lingüísticos, que son los que traman verdaderas relaciones humanas. Por ejemplo, encargándole a Benito Zambrano una película de amores mixtos hispano-gibraltareños, en el habla mestizo-natural de la zona. O un estudio hermanado de las aves de paso entre el Campo de Gibraltar y África, cuando frenan su vuelo, entre septiembre y octubre, no sé si a contemplar la extraña mole, o extrañadas de que nadie les ponga por allí frontera alguna.

02.05.2002

LEY DE (PRESUNTA) CALIDAD

Ya no es posible mirar iniciativa alguna del gobierno de Madrid si no es a través del prisma general con el que Aznar lo contempla todo: desmantelar poco a poco el Estado del bienestar; fortalecer lo privado a costa de lo público; extender la implantación de los valores de la derecha (adoctrinamiento católico incluido); ahondar en la separación de clases sociales. ¿Pero lo ve así el grueso de la ciudadanía?

El domingo pasado, en el Parque del Alamillo de Sevilla, se concentraron unas 3.500 personas, a protestar por los contenidos de esa Ley de (presunta) Calidad de la Enseñanza, que la ministra impertérrita del ramo está cocinando en su más estricta intimidad. Filtraciones por aquí, globos sonda por allá, ella a lo suyo. Sobrada de razón, la Consejera Martínez ha protestado por lo que vuelve a ser un trato denigrante a las autonomías, a las que se permite, eso sí, que lean los periódicos. Ya ocurrió con la LOU. De donde se infiere que a la ministra del ramo (que el lunes suspendió en el sermómetro de la SER con la nota más baja del gabinete, un 4,2) le importan un auténtico rábano las autonomías.

Pero volvamos con lo de las 3.500 personas. No parecen muchas, para asunto tan grave. Y aunque nos quepa el consuelo de que en otras partes fue peor (en Oviedo 500, en Las Palmas 200, en Badajoz 50...), no debemos cerrar los ojos a una explicación preocupante de lo que está ocurriendo. Y es que acaso la mayoría de la gente pasa del asunto por ahora, esperando ver qué pasa. Tal es la fuerza propagandística de lo mal que anda el sistema educativo, y sobre todo de lo incorregibles que son los mozalbetes, que está muy extendida la creencia de que ya va siendo hora de meter en cintura a quien haya que meter. Cierto es que, coincidiendo con la implantación de la LOGSE, el sistema se fue deteriorando. La LOGSE no supo ganarse al profesorado (le cambió el trabajo sin darle herramientas nuevas); implantó un ridículo bachillerato de dos años; se olvidó del pequeño detalle de una financiación adecuada. Pero, en paralelo con eso, la sociedad ha generado un montón de problemas colaterales, que todo el mundo ha ido depositando a las puertas de la escuela: familias ´desestructuradas´, barrios carenciales, horizonte cero para los jóvenes, contratos basura, televisión basura, botellona barata, drogadicción temprana...

Lo malo es que, cuando toda aquella gente quiera reaccionar, el pastel ya estará fuera del horno. En muchos colegios públicos del litoral andaluz ya se están dando varios idiomas en una misma clase (en El Ejido conozco a una profesora que junta siete), pero no impartidos, claro, sino de forma natural, por la procedencia de los alumnos inmigrantes, que nunca o casi nunca van a los colegios privados. (Aludo solamente a problemas pedagógicos y organizativos). En cambio, en las zonas pudientes de las capitales, los padres se agolpan a las puertas de los centros privados concertados, mientras los públicos van perdiendo alumnos. ¿Va a mejorar todo eso con la nueva reforma? Me temo que va a empeorar, y mucho.
16.05.2002

ELOGIO DE LA CLASE OBRERA

Hacer a estas alturas el elogio de la clase obrera puede parecer hasta un cieerto ejercicio de pedantería. Desde luego, nada a tono con la quincalla posmoderna. Pero es el caso que en Sevilla se están produciendo algunos fenómenos que pueden acabar aniquilando algunas paparruchas y ansiedades del neoliberalismo, como por ejemplo esa del desclasamiento del proletariado, o la perspectiva de que Andalucía pudiera convertirse en un país de camareros a tiempo parcial. Cosa que ya querrían tantos empresarios de pega y subvenciones.

Me vengo a referir a esa insólita acumulación de nuevos impulsos tecnológicos e industriales como van apareciendo día a día: saturación del Parque de la Cartuja (donde estuvo la Expo), y búsqueda de nuevos emplazamientos; sustanciosa ampliación de la veterana fábrica Renault en el muy obrero barrio de San Jerónimo, auténtico laboratorio de la democracia; y de pronto también la posibilidad de que por aquí acabe instalándose un foco de industrias aeronáuticas, como si esto fuera Hamburgo o Toulouse. Sumando sumando, la lluvia de millones y de puestos de trabajo empieza a parecer como un cuento de hadas contado por un alucinado. ¿Será verdad? ¿No estaremos otra vez soñando utopías narcisistas?

Parece que no, sino que se están apretando los aceleradores: los ayuntamientos limítrofes compiten en quién pone más alfombras a ese aterrizaje. Los sindicatos programan cursos acelerados en el manejo de fibras de carbono y otras sutiles materias. Las

universidades se aprestan a impartir licenciaturas raras. En la Consejería de Empleo y Desarrollo tecnológico (que ahora empieza a cuadrarle el nombre) anda todo el mundo de cabeza, consumidos por la fiebre de los convenios. ¿Y todo eso así, por las buenas? Sería milagroso, pero sobre todo injusto, no reconocer ciertas antecedentes. Lo que ocurre, o está previsto que ocurra, es el fruto maduro de varias realidades convergentes, con las que a menudo no contamos. En primer lugar, y sobre todas, el prestigio acumulado por toda una clase obrera sevillana relacionada con los sectores del automóvil y aeronáutico, desde hace muchos años: FASA-Renault, Hispano Aviación, ISA, CASA..., con aprendizajes y actitudes que a menudo pasaban de padres a hijos. Lo que viene a demostrar que no sólo de inciensos y castañuelas se nutren las tradiciones de esta urbe desconcertante. Pues resulta que eso ha sido decisivo en los despachos de Bruselas, o en la central del coche francés. Pero también sería injusto ignorar que la Junta de Andalucía empezó a preparar lo de los aviones en 1986, multiplicando acuerdos previos con el sector. Y que el Consejero Viera retomó el asunto muy discretamente, nada más desembarcar en su departamento, tras haber hecho él también un máster acelerado en diplomacia de pasillos, a propósito de la cooperación con Madrid en el tratamiento del desastre del Guadiamar. Ahora, en secretas y sorprendentes complicidades con dos ministerios: el de Ciencia y Tecnología y el de Defensa, a cuyos titulares no ha escatimado reconocimientos, como debe ser. A cada cual lo suyo. Y a cada cuento su moraleja. Pero esa se la dejo a ustedes.

30.05.2002

LA PEREZA ANDALUZA:

CAUSAS Y ORÍGENES DE UN TÓPICO MISERABLE

Rastrear en los orígenes de los estereotipos de Andalucía es algo que los andaluces mismos ya no solemos hacer. Considerables dosis de amargura, más un sentimiento de impotencia que roza la desolación metafísica, lo aconsejan. Sólo cuando algún desaprensivo se deja caer de nuevo con alguno de los remoquetes que más han dañado a nuestra imagen como pueblo y como individuos, nos decidimos a abandonar esa sabia cautela. Es ahora el caso, en que el señor Aparicio, todavía Ministro de Trabajo del señor Aznar, ha querido hacerse célebre para siempre con una gratuita apelación al más miserable de los tópicos: el

de la vagancia. Y encima pretendiendo ser generoso ("el peor favor que podemos hacerle a Andalucía es dejarla sumida en la indolencia"), lo que en realidad revela cuánto más esconde un juicio tan ruin. Así que no queda más remedio que salir, una vez más, a desfacer el entuerto, además de enviarle a nuestro último ofensor el más enérgico repudio, y el consejo de que no aparezca por aquí en mucho tiempo.

Es difícil en verdad saber cuándo surgió este sambenito. Es anterior al Romanticismo, pero fue éste su impulsor -me refiero al romanticismo banal, el peor enemigo del verdadero genio de la rebeldía, y a su larga secuela de vulgaridades y lugares comunes acerca del "alma de los pueblos" y cosas por el estilo-. Hasta entonces, lo andaluz era todo lo más un recurso fácil para sainetistas madrileños, más basado en el consabido gracejo lingüístico, que sin embargo hizo que algunas tonadilleras andaluzas fueran rechazadas en la corte por lo ´mal´ que hablaban. Pero de ahí no pasaba la cosa. Incluso el Fígaro de Mozart es tratado por el libretista napolitano como un tipo ingenioso y divertido, pero nada más.

Lo cierto es que la extensión y consolidación del andaluz como haragán coincide con las andanzas peregrinas de los viajeros románticos del XIX, sobre todo los ingleses, principales propagadores por el mundo de todas las demás invenciones de la Andalucía que ellos querían ver. Manuel Bernal Rodríguez, una autoridad en la materia, al hacer balance de los escrutinios a que nos sometieron durante aquella centuria los ex-soldados de Wellington, misioneros, escritores o simples curiosos, no duda: "Los andaluces aparecen definidos por un conjunto de cualidades en el que los defectos superan netamente a las virtudes: vagos, fanfarrones, abúlicos, embusteros, orgullosos, jugadores, celosos, salvajes y violentos..." Obsérvese que el primer adjetivo de la retahíla es el que nosocupa. Naturalmente, ello va entretejido con otras observaciones más amables, tales como simpáticos y alegres, divertidos o sensuales. Todo fuera por la variedad de la mercancía: el exotismo pintoresco. Uno de esos vagantes de sietesuelas emplea justamente el mismo concepto que, traducido por Azaña, da pie al desafuero del señor todavía ministro: "los andaluces son ´indolentes´ y superficiales, aficionados al baile y al cante y a las diversiones sensuales". Lo que sigue tampoco tiene desperdicio, y resume lamentablemente bien el conjunto de prejuicios circulantes entre aquellos avispados ojeadores del imperio británico: "Viven bajo el sol más espléndido y el cielo más benigno de Europa y su país es de natural rico y fértil, a pesar de lo cual no hay provincia en España donde haya más mendicidad y miseria, puesto que la mayor parte de la tierra está sin cultivar y no produce más que espinos y malezas". El autor de este rosario de

tonterías no es otro que el muy pintoresco -él sí- George Borrow, aquel políglota andariego que vino a España con la absurda pretensión de venderles Biblias a los gitanos y convertirlos al anglicanismo. Pero aunque otros no empleen la maldita palabra, su opinión es la misma y está implícita, casi sin excepción, en ese otro tópico de la tierra fértil perno sin cultivar. Muy pocos de esos viajeros se acercaron siquiera a comprender las verdaderas causas sociales de la pobreza y de las desigualdades en Andalucía: el latifundismo, el analfabetismo, la explotación más inhumana. (Algunos franceses, como Latour, sí que lo hicieron). Eso no interesaba a los británicos. La verdadera causa, según ellos, era esa suerte de indolencia congénita, heredada de unos supuestos ancestros orientales, y el catolicismo, bestia negra que había acabado de corromper nuestras almas. Lo que sí convenía, en suma, era justificar los atropellos colonialistas (minas, control de aguas, Gibraltar...), en nombre de la civilización, faltaría más.

Pero esa terca mixtura de folclore exotista, haraganería y miseria, alcanzó a algunos intelectuales españoles. Suele ser un tópico más acudir a las opiniones de Ortega y Gasset, en su atrevida ´Teoría andaluza´, una pirueta filosófica con la que en realidad quiso hacer el elogio de nuestra personalidad nada utilitarista, frente a la de los pueblos del Norte, apegados al trabajo como una religión. Pero con tan mala fortuna literaria que es difícil no sentirse por lo menos perplejo ante afirmaciones como:”La famosa holgazanería del andaluz es precisamente la fórmula de su cultura”; “la pereza como ideal y como sentido de cultura”. Desde entonces, los pensadores de toda índole cuidan muy mucho cuando se refieren a este pueblo, que harto está de demostrar lo laborioso que es, por ejemplo, en sus obligadas aventuras migratorias. Así, Emilio Lledó, en unas recientes declaraciones a un periódico canario, ha dicho:”Mi gran shock fue descubrir a esos obreros españoles que iban a trabajar a aquella zona de Manheim y Heidelberg en los años 50 (...) obreros de Jaén, Murcia, Almería, que habían nacido con un ¡no¡ en la cabeza: no a la vida, no a la educación, no a la cultura, no a la comida incluso. Por eso me río de la tópica pereza andaluza”. Claro que se trata también de un pueblo especialista en el difícil arte de vivir, y aun en el de malvivir, sólo que antaño sometido y hoy libre. Lo que da más miedo del PP no es su soberbia, ni su retardado franquismo, sino la miseria intelectual en la que basa sus postulados, o lo que sea.

1.6.2002

CÓRDOBA, ROMANA Y SOLA

Cuanto más se escarba en Andalucía, más romana parece. Como si se removiera en sus entrañas clásicas, un nuevo testimonio emerge cada cierto tiempo, irrefutable. Por debajo incluso de la patria de Trajano y Adriano, estuvo aquí la diosa Herma, que acaba de resucitar en Lebrija; rosada y menuda protectora del hogar. Y ´Dis Pater´, mistérico dios de los infiernos, en Mulva. Y Paris, que desencadenó la guerra de Troya porque no pudo resistir la belleza de Helena, en un mosaico de colorido deslumbrante acabado de restaurar, procedente de Casariche, donde quieren algunos etimólogos que se esconde la presencia de César. (´Caesar hic est´, o sea, Casariche, rodando el tiempo y las palabras). En Écija, un dios Baco exprimía su decadencia orgiástica en otro mosaico que sorprendió a propios y extraños en el Pabellón andaluz, Expo 92. ¡Ah, pero...!, decían, sin atreverse a formular la sorpresa, como teniendo que arrinconar en un momento el cliché morisco y jaranero.

Y así nos hemos acercado a Córdoba, romana y sola, remedando al poeta granadino. Ya no lejana, porque el AVE la ha puesto, y más que la pondrá, a un tiro de envidia de otras capitales andaluzas. Pero sola sí, al menos en su alcurnia romana, no siempre comprendida. Días atrás, paseando por un mayo más florido que nunca, vislumbramos la huella de los últimos dioses. En el Alcázar de los Reyes, una algarabía de niños, compitiendo a saltos con los gorriones por las acequias, aprendía de sus maestros la historia pagana, sobre otros mosaicos por allí cercados, y un guardián estricto nos impedía acercarnos a la excavación colindante de las murallas romanas. Así que volvimos al interior, donde Séneca greñudo imparte lecciones de ética desesperada, y parece meditar en la última frase de su Jasón a Medea: “Cabalga por los nobles espacios, y donde quiera que vayas di que los dioses no existen”. Junto a Séneca, un sarcófago de mármol bellísimo, como para cogerle gusto a la muerte. Es la Córdoba espléndidamente humana, y sólo humana, del siglo III. El Olimpo en ruinas, Cristo apenas nada y Alá que ni siquiera había nacido. El relieve de dos pavos reales afrontados, en este sarcófago, simboliza una eternidad más bien retórica. Valen más el cestillo de mimbre que pregona la sencillez de la señora de la casa, y una paloma blanca, pureza y fidelidad al lecho del marido. También están Pegaso, Eros y Psique, fundamentos menudos de cuentos populares que mis amigos de Córdoba rastrean por sus pueblos milenarios. En ellos Medea es Blancaflor, Pegaso libera a Juan el Oso, Amor y Psique son El

Príncipe Lagarto y la hija del jornalero, amándose a escondidas en un palacio encantado del olivar. Del olivar romano, naturalmente.

Córdoba en flor y multitudes. Un concejal de IU, con su impecable acento de vocales abiertas, oficia un casamiento laico y profano, acorde con el entorno, para una novia guapa, de mirada de almendra melancólica, y un mozo cetrino y cohibido.

Por fin, a la penumbra de la taberna llegan ecos de un lejano fragor. El triste emperador de ahora ha perdido, dicen, el control de la provincia. Brindemos, fragante vino el de Montilla.

6.06.2002

ANDALUCÍA Y MARRUECOS

La imagen que se repite en mi memoria, con todo este embrollo del islote Perejil, es la de un muchacho marroquí, muy sonriente y servicial, que se ofreció a acompañarnos a un grupo de amigos en una visita a Tetuán, hace unos cuantos años. Aparece incluso en las fotografías que de aquel viaje nos trajimos, incorporado casi como uno más de la expedición. Chapurreaba nuestro guía un español muy utilitario, pero sobre todo se sabía de memoria la composición de nuestros principales equipos de fútbol, algo en lo que competía con otros muchachos de su edad, según íbamos deambulando de un lado para otro. Era algo así como una prueba de capacitación para el oficio. Otras personas nos hicieron alarde de otros saberes cotidianos españoles, a los que no me atrevo a llamar culturales, aunque denotaban una fuerte aproximación a nosotros. Y algo que todavía nos sorprendió más: bastantes nombres de nuestros políticos eran esgrimidos como salvoconducto hacia una suerte de familiaridad española, más bien andaluza. Especialmente mencionaban a Manuel Chaves, y no por casualidad. El presidente andaluz había paseado por las mismas calles que nosotros no hacía mucho, tras visitar una de las restauraciones que acababa de realizar la Consejería de Obras Públicas en la medina de la ciudad.

Desde hace unos diez años funciona un acuerdo de colaboración entre la Junta de Andalucía y Marruecos, de una gran amplitud y generosidad por nuestra parte, en el que se han invertido ya por encima de los mil quinientos millones de pesetas; especialmente significativas son las obras de restauración en el patrimonio arquitectónico, como la medina de Xauen o el mercado de Larache (en ejecución todavía), sin ser las más cuantiosas. Y de un gran alcance es el Centro de Transferencias de Tecnologías del Agua, inaugurado en Tetuán hace unos meses. Ojo con esto. Se trata aquí de capacitar a los municipios (muchos de ellos bastante más progresistas de lo que es la media de la administración marroquí) para el tratamiento y gestión de sus propios recursos, o al menos para poder decidir a la hora de hacer las concesiones a empresas de capital mayoritariamente francés; los inevitables oligopolios franceses en la gestión de aguas, que funcionan en medio mundo, sobre todo el subdesarrollado. Y ya tenemos otra vez aquí a nuestros vecinos pirenaicos. Después de echar a Telefónica de Marruecos, de haberse implantado también en telefonía móvil a través del grupo Vivendi (que incluye una empresa de aguas muy veterana), de estar invirtiendo en plantación de cítricos, sólo faltaba la gestión del agua, absolutamente esencial en estos territorios. Los asesores franceses de Mohamed VI saben mucho de todo esto. Y Chirac, empeñado en reflotar Vivendi al precio que sea, también. Tal vez ahora empecemos a comprender un poco mejor el veto de Francia, en la reciente cumbre de Sevilla, a sancionar a los países terceros que no colaborasen activamente en el problema de la inmigración. Y debamos empezar a preguntarnos quién habrá puesto el perejil en el anzuelo. No creo que haya sido aquel guía tan simpático de Tetuán.

18.07.2002

LITERATURA Y SUPERCHERÍA

Hace tres años, formando parte de la delegación de un congreso en Río de Janeiro, tuve ocasión de conocer la Academia Brasileña de las Letras. Una institución venerable, que nos colmó de atenciones. Alguien nos había advertido: “Por favor, no saquéis el tema de la candidatura de Coelho”. Ya entonces era asunto muy delicado, que dividía a la intelectualidad, si el sofisticado autor de ´El alquimista´ merecía ocupar un sitio entre los

inmortales vivos. Después de cambiar impresiones más privadamente, me traje la idea de que tal cosa no ocurriría. Sin embargo, ha ocurrido. La semana pasada, tras un forcejeo de variopintas presiones, el segundo autor más vendido del planeta (creo que el primero es Tolkien) ha accedido por fin al sillón número 21. A lo que se ve, en todas las academias cuecen habas. (La española acaba de rechazar a otro candidato andaluz, nada menos que Castilla del Pino).

Pero volvamos a lo otro, que mucho nos incumbe. Para los no avisados, sepan que ´El Alquimista´, la novela más vendida de Coelho (23 millones de ejemplares en cuarenta idiomas, según una asfixiante propaganda), se desarrolla presuntamente en Andalucía. Su personaje principal, Santiago, quiere ser un muchacho culto y leído, aunque pastor de ovejas, que busca su Leyenda Personal, además de la piedra filosofal y un tesoro con el que ha soñado. En esa triple búsqueda, salta de Tarifa a África, llega hasta Egipto y vuelve, después de unas complicaciones bastante insulsas. El tesoro no está entre las pirámides, sino en el lugar de partida, enterrado bajo del sicomoro (sic), a cuya sombra lo había soñado el inquieto pastor. En realidad se trata de un viejo cuento persa que ya fue reescrito por Borges en ´Historia universal de la infamia´, abusivamente alargado por el brasileño. Ni que decir tiene que lo de Borges es una pequeña joya y lo de Coelho abundante bisutería. De ella cuelgan todas las proclamas pseudomísticas que este avispado autor extrae de su peculiar coctelera, donde conviven tan ricamente los Evangelios, el budismo zen, el Hare Krishna, residuos de su etapa hippie... Mas con ella, a lo que dicen, tiene encandilado a medio mundo. Así está el mundo.

He dicho “presuntamente en Andalucía”, pues cualquier parecido con nuestra región será puro capricho. Además de sicomoros y muchas planicies, las muchachas, cómo no, recuerdan “vagamente a los antiguos conquistadores moros”; los gitanos emiten rezos rituales y “tienen fama de ser un poco tontos”; “el muchacho detestaba a los moros. Además, habían sido ellos los que trajeron a los gitanos”. Y lo más divertido, las invasiones desde África se produjeron aprovechando los fuertes vientos de levante. (Que se lo digan a los de las pateras). “Eso suponía un gran peligro: los moros podían invadirnos nuevamente”. Lindezas así, todo el rato. Y además de moda. Pues esa superchería ha vendido ya lo que dicen y ha proporcionado a su autor la base de una fortuna reconocida de 17 millones de dólares, amén de innumerables distinciones, como la Medalla de Oro de Galicia por ´El peregrino de Compostela´. Cualquier día nos lo encontramos sentado en la Real Academia Española.

01.08.2002

AVENTURAS FONÉTICAS DEL EURO (I)

En poco más de medio año de vida, el euro ya ha dado síntomas de rebeldía fonética andaluza. Es lógico y natural. El habla nuestra de cada día, que no es ningún desvío ni retroceso asilvestrado del idioma, como creen sus refinados detractores, posee una sensibilidad especial para detectar los puntos negros del sistema. La palabreja en cuestión, que parece una mosquita muerta, se las trae. Ese diptongo ´eu´, en comienzo de palabra, es de lo más débil que existe en castellano. Contiene un elemento revolucionario ´wau´ en la segunda vocal (en realidad una semivocal), que encubre un sonido velar y, por si fuera poco, otro labial. Vamos, una joya para fonetistas aburridos. Si además va acentuada, como ocurre en ´euro´, la complejidad se pone por las nubes. Todos estos fenómenos explican la variedad de ´soluciones´ a la andaluza que ya asoman por ahí, para escándalo de puristas y divertimento estival. Pero vayamos por partes.

De la dificultad fisiológica que encierra la pronunciación de ese elemento da buena prueba el hecho de que en nuestra lengua sólo hay tres palabras que empiecen con ese diptongo acentuado, ´éu´, y también se las traen: ´éuscaro´ (perteneciente al eusquera), ´éustilo´ (del lenguaje de la arquitectura), y, ¡oh sorpresa!, ´euro´, uno de los cuatro vientos cardinales, el oriental, en el repertorio exclusivo de los poetas áulicos; una palabra de la que ya nadie se acordaba. Las tres indican bien a las claras el grado restringido de su uso, más bien desuso. Pero es que sin acento, el repertorio resulta también bastante corto y plagado igualmente de neologismos, cultismos y voces específicas de lo más alambicado: euritmia, euclidiano, euforbio..., además de Eugenio, Eulogio y Europa, con esa e tan caediza (´Ugenio,´ ´Ulogio´, ´Uropa´), por algo será. Ante todas ellas las hablas populares han sentido siempre una especie de aversión instintiva, nada caprichosa, pues procede de una debilidad estructural de la lengua.

Pues bien: por todo eso, las pautas naturales del habla vienen ensayando nuevos rumbos para el nombrecito de nuestra flamante moneda: ´uro´, por simple reducción del diptongo, al estilo de ´Ugenio´, y acaso reforzado por el recuerdo fonético de ´duro´, valor monetario ya extinguido. ´Leuro´, con una prótesis consonántica, que facilita la pronunciación, sobre todo en el encuentro y amalgama con otras vocales anteriores: cuarenta

´leuros´, quince ´leuros´... , más fáciles que cuarenta euros, quince euros). Al mismo rango pertenece ´neuro´, apoyado quién sabe en qué suerte de asociación inconsciente con la cantidad de neuronas que hay que emplear en los cálculos mentales con la añorada peseta. Los caminos de la etimología popular son inescrutables, y los de la metáfora humorística también. En Alcalá de Guadaíra, algunas personas mayores han tirado de una antigua palabra, ´leru´, que designaba a cierta clase de escarabajos. (No desdeñen aquí la posibilidad de una metáfora rastrera, debida al poco aprecio que se le tiene todavía a la dichosa moneda). Pero atención a la siguiente, que ya la he escuchado varias veces, y es por donde pudiera orientarse la solución popular a esta contienda de curso legal. Pero eso tendrá que ser el próximo día.
07.08.2002

AVENTURAS FONÉTICAS DEL EURO (y II)

La semana pasada les adelanté algunas reflexiones de lingüística recreativa acerca de los derroteros que está tomando en Andalucía la palabra ´euro´, nombre oficial de esa engañosa moneda con la que nos hacemos todavía más pobres, pareciendo más ricos. Les comenté algunas de esas versiones populares, tales como ´uro´, ´leuro´, ´neuro´, ´leru´, en virtud de otras tantas maneras de hacer más pronunciable un término con ciertas dificultades fonéticas en la cadena hablada. Y les dejé para esta segunda entrega (puro truco de columnista) la versión que me resulta más interesante: ´ebro´. La he oído ya varias veces, les decía. La última, en la Plaza de España de Sevilla, a una gitana que ofrecía su mercancía floral de esta guisa: “anda, guapo –obviamente no se dirigía a mí- un ebro ná má”. Cuidado con este ´ebro´, que nada tiene que ver con el río de las pesadillas faraónicas de Aznar. (Por cierto, mi paisano y amigo Juan Alarcón me traslada lo que escuchó a una mujer en una tienda, mientras trataba de cuadrar un pago en céntimos: “¡Qué ´jartura´ de ´leru´! ¡A ver si se va ya el tío del bigote y ponen la peseta otra vez!)

Parece el meandro más retorcido, éste del nuevo ´ebro´. Pero con las reglas del idioma en la mano, puede que sea el más derecho, pues no hace sino desarrollar el elemento labial que hay agazapado en la vocal ´u´ de este diptongo, más cerrada de lo normal, y siempre a la búsqueda de un refuerzo consonántico. Por esa misma tendencia puede oírse en hablas muy rústicas ´buevo´, por huevo, alternando con el más corriente y atrevido ´güevo´.

(Curioso: aquí se da la doble solución posible contenida germinalmente en esa u; una en los labios, hacia la b, y otra en el fondo del paladar, hacia la g).

¿Cómo acabará todo esto? Cualquiera sabe. Es pronto todavía. Pero no les hagan muchos remilgos a esas salidas, porque cualquiera de ellas puede acabar imponiéndose en los ambientes populares. Sin descartar que, en el habla distendida, alguna acabe escalando rango de mucho uso, como ocurre con la misma palabra Europa, que en esa situación resulta casi invariablemente ´Uropa´, o como huevo deviene invariablemente en ´güevo´, aunque no nos demos cuenta. El pueblo llano, que posee un instinto estructural del idioma que a veces falta en los usuarios instruidos, es quien acaba marcando las directrices evolutivas. Y en Andalucía con mayor facilidad, como se ha visto por la historia, tras imponer no pocas de las soluciones fonéticas más extendidas del español, como el seseo o el yeísmo. A menudo no es más que cuestión de tiempo. Hoy, por ejemplo, a casi nadie extraña ´andé (aunque mi ordenador, que es muy sabiondo, me lo acaba de marcar en rojo), en lugar de ese recompuesto ´anduve´, dicen que normativo.

En ningún momento he hecho referencia al concepto ´vulgarismo´ en estas disquisiciones, ni que decir tiene que intencionadamente. En lingüística descriptiva no ha lugar esa consideración, que pertenece más bien a la sociolingüística. El que ´leuro´, ´neuro´ o ´ebro´, reciban el rechazo de los hablantes cultos, no es más que una cuestión social. Pero no por eso dejarán de ser esas variantes, en el plano estrictamente fonético, más lógicas que el mantenimiento de ´euro´, que va contra unas cuantas tendencias del idioma. Y no olviden que el castellano no procede del latín clásico, sino del llamado latín vulgar.

14.08.2002

Cuentos de verano

PLAYAS AÑO 3000

La humanidad, año 3000, había aceptado definitivamente la no existencia de Dios. Apenas quedaban unos reductos a los que se permitía, bajo tratamiento psiquiátrico, practicar de vez en cuando un rudimentario culto a una idea sentimental: Dios les había abandonado. También furtivamente releían a Spinoza, consolándose en que el Ser Supremo era tan absolutamente infinito que, ni queriendo, podría dejar de existir. Tal vez sólo roncaba en su remota galaxia.

Así que hubo que organizarlo todo con arreglo a nuevas bases. Descartada la razón, por insolente, y la ética, por delicuescente, el mundo acordó sistematizar la vida sobre dos únicos parámetros: la ecología y la estética. La primera, por puro instinto de conservación, aunque hubo que ahorcar en público a varios magnates del petróleo, sustancia que se reveló por fin inútil, habiendo tanto sol. En cuanto a la estética, una vez clareado el panorama, ofrecía la ventaja de no atenerse a principios ni a farragosas subjetividades. El mínimo común de belleza quedó fijado en ´juventud´, ´elasticidad´, ´sonrisa´. Todo lo demás no es que fuera prohibido, pero se consideraba de mal gusto. Por ejemplo, la vejez, la artrosis, el llanto.

Los lugares medios, aquellos que quedaban al sol la mayor parte del año, por debajo del paralelo 40, fueron convertidos en reservas de bienestar. Sus playas, protegidas hasta extremos minuciosos, como fue limpiar muy bien por dentro las caracolas, para que se oyera con toda nitidez la incertidumbre que hay del otro lado y a nadie le diera por rellenar el misterio con patrañas.

Así se procedió, por ejemplo, en Surlandia (antiguamente conocida como Andalucía). Toda su frontera al mar fue edificada de gigantescos bloques de apartamentos, tras una etapa de vacilaciones en que los últimos munícipes honrados fueron apareciendo muertos en extrañas circunstancias, hoy uno, mañana otro. El interior de aquella atormentada región había sido evacuado poco a poco y sus pobladores desplazados al litoral, sin excepciones. A los tenaces y díscolos jornaleros les fue extirpado el gen de labrantía. Los viejos, destinados a limpiar cocinas por las noches. De día, clavados ante la televisión basura, a lloriquear en secreto los infinitos enredos de un antiguo y pringoso amor. Los adultos, camareros sonrientes. Los jóvenes, una vez sus motocicletas debidamente fundidas en escarmiento público, amadores numerados para atender a ebúrneas valkirias e insaciables vikingos. La única tarea encomendada a los felices veraneantes que bajaban del Norte era recoger en las playas los fardos de droga que iban llegando, mansamente, al atardecer. Era la hora en que los oscuros habitantes del desierto los soltaban desde sus febles embarcaciones, pero en la raya del horizonte. Allí, implacables cañoneras les obligaban a retroceder, tras soltar su precioso cargamento y recibir a cambio un mísero estipendio desde las altas proas.

Todo hubiera seguido felizmente así. Pero un día los elásticos, sonrientes vigilantes de la playa, dieron cuenta a la Superioridad de un extraño comportamiento que empezaba a extenderse entre los veraneantes. Una cierta tendencia a formar grupos circulares en torno a algunos de ellos, que, como más decididos, rompían las caracolas, entrechocándolas

furiosamente unas con otras. Luego alzaban sus brazos en dirección al Sol y canturreaban frases rítmicas, incomprensibles. Los demás empezaban a repetirlas. Algunos hasta se arrodillaban.
21.08.2002

UN LINCE, 20 PTS.

La 2 de Canal Sur volverá a emitir el próximo domingo, en ´Espacio Protegido´, el documental de José M. Montero y Charli Guiard sobre los antiguos moradores de Doñana. Si no lo vieron la primera vez, no se pierdan ahora esta lección de antropología y de historia, que falta hacía. Aunque Doñana no acabará nunca de enseñarlo todo, por más que se sienta en peligro. Este mismo verano no ha dejado de emitir sus más inquietantes señales sobre linces en extinción, festejos religiosos -cada vez más primitivos-, carreteras y multitudes agosteñas. Todo en litigio y amalgama, perfectamente incomprensibles.

Dado que se halla en los confines del hombre, de la naturaleza y de la historia, Doñana es como un relato circular; y la fascinación que ejerce, una suerte de melancolía incurable. Lo mejor es alejarse.Pues como vuelvas, te atrapará otra vez. No sé si siguiendo inconscientemente esa precaución, ya hacía tiempo que no iba por allí. Pero en Junio cedí a la invitación de dos grandes artistas cubanos, Jorge Camacho y su angelical esposa, Margarita, que han acabado instalándose en una casa medio perdida por los umbrales de la marisma. (Para los no iniciados, se trata de la histórica pareja que aparece en la película ´Antes que anochezca´, salvando clandestinamente los originales de Reinaldo Arenas; disidentes de Castro y de la mugre cubana de Florida, a riesgos iguales). La ocasión era ver ´la saca´, un espectáculo de índole mitológica del que sólo tenía noticias de oficio. La realidad fue muy superior a todo lo descriptible. Hasta mil quinientos ejemplares, conducidos de un lado a otro de las marismas por caballistas de toda edad –muchos adolescentes hacen aquí su rito de iniciación-, a golpe de chivata –vara larga- y con tremendas y eufóricas voces. Su significado, incalculable: una especie de derecho consuetudinario de los almonteños a extraer de los pastos, antaño libres de Doñana, ese peculiar aprovechamiento, las yeguas semisalvajes y sus crías. Puro ejercicio de propiedad colectiva, y de afirmación grupal, no regulado en parte alguna, con el que la gente común hace valer sus raíces anteriores a los señoríos del territorio, la nobleza cinegética. La pregunta es por qué, por qué precisamente ahora crecen

tanto estos fenómenos, incluidos los desbordamientos de una religiosidad más que pagana. Demasiado para una columna.

Poco después, ya atrapado y con la memoria extasiada en las imágenes de aquel fabuloso tropel, volví a la aldea, para asistir la ´première´de la película de José María Montero. A partir de una filmación de los años cincuenta, del naturalista noruego Per Host, aparecen en pantalla los asombrados guardas de este territorio insondable, y sus familias, los verdaderos sabedores de ese mundo; de los señoríos semifeudales que eran en realidad las fincas de Doñana cuando aparecimos por allí, democracia en ristre, un puñado de ilusos expropiadores, en nombre del bien común, año 77. Ahora hemos sabido que hasta los primeros 60, por lo menos, los grandes terratenientes pagaban un extra a aquellos hombres taciturnos por determinadas capturas, dañinas para su entretenimiento: un cernícalo, 3 pesetas; un milano, 5; un águila imperial, 10; un zorro, 15. Por un lince..., 20 pesetas. Lo demás fue silencio.
04.09.2002

Cuentos de verano

¡QUE BAILE LA MINISTRA!

Había sido el suyo un verano de aúpa. Y eso que El Príncipe, Aznarín de su alma, le había dado toda clase de facilidades para que se recluyera, ya en el Escorial, ya en el Monasterio de Silos; do más pluguiera a la encumbrada dama. En tan grave tesitura, Pilarín del Castillo se inclinó por el segundo, más afín con la severa naturaleza de sus deberes de Ministra, cara a Septiembre: elaborar, con pelos y señales, la memoria económica de la contrarreforma reformada de la reforma educativa. Y que un adelantado de su gabinete le informó que el palacio de Felipe II estaba siendo preparado para unas bodas de mucha alcurnia, y no era cosa de distraer al personal con nonadas. Así que cogió sus bártulos y se fue a meditar cabe el enhiesto ciprés. Habiendo cambiado ya, a su debido tiempo, el ´Manifiesto comunista´ por ´Camino´, del inminente santo navarrico, la cosa fue coser y cantar. En menos de quince días, y siguiendo las enseñanzas del divino marqués, averiguó cuánto le iba a costar a cada gobierno autónomo la susodicha reforma. El resto fue más duro, y lo dedicó a convencer a todos diecisiete de la bondad de su esfuerzo contributivo. Pero aún le sobró para mandar embajadas de buena voluntad a los sindicatos de estudiantes, que quedaron firmemente persuadidos de la conveniencia de recuperar la reválida de cuarto, la de

sexto, más dos exámenes para entrar en la Universidad. Amén de una sólida formación cristiana. Amén.

Una vez pacificado el horizonte otoñal, y el patio regado con las aspersiones del silense, se dijo dice: ¿Y ahora qué? ¿Me merezco o no me merezco un asueto? Indagó por acá y por allá, hasta que dio en saber que el 3 de Septiembre se inauguraba la XII Bienal de Flamenco, de Sevilla. Esta es la ocasión, le susurró por dentro su escasa vanidad. La de recoger el fruto de tus muchos desvelos por el arte de Juan Breva. Eso sí, con toda discreción. Que no se entere nadie.

Y fue así como verdaderamente ocurrió que Pilarín del Castillo, Ministra bifronte de Educación y Cultura, sin más preparativos, sin avisar siquiera a la prensa rendida de antemano, se presentó por sorpresa en el Patio de la Montería de los Reales Alcázares, a la hora en punto en que se iniciaba el renombrado certamen. Gran nerviosismo cundió entre bastidores. ¡La Ministra, que está aquí la Ministra! ¿Qué hacemos, qué no hacemos?... Nada en absoluto, exigió el jefe de gabinete. Como si no estuviera. Mas era tanta la devoción que por ella sentían las artistas de esa noche, que todas, menos una, tuvieron la misma feliz ocurrencia: dedicarle su actuación, y luego entregarle el ramo de flores que, una tras otra, recibirían de la organización. Alguien del público, enfervorizado, exclamó: ¡Que baile la Ministra! Ni que decir tiene que ella, con una sonrisa, declinó. Cualquier otra versión es pura patraña, o envidia pura.

(Nota.- Este cuento al revés se lo dedico a Bernarda de Utrera, que en la noche de autos ofreció su actuación a su hermana Fernanda, y a la Giralda. Nada más, y nada menos.)
11.09.2002

AZNARÍN Y HARRY POTTER

Ya camino de los siete años de edad, saber y gobierno, y entre sus muchas lecturas provechosas, Aznarín quedó prendado de las aventuras de Harry Potter. No sabría decir por qué aquel niño mago de confuso pasado se le había metido en su cándida mollera, que no había manera de sacarlo. Tan fuera así que no perdía ocasión de imitarlo en sus muchas virtudes, particularmente en el uso de su atributo esencial: la escoba. Pues así como otros

héroes se caracterizan por el manejo de la espada irrompible, el caballo volador o el anillo de los poderes ocultos, aquel simpático gafotas le insufló la pasión por el más humilde de los talismanes: la escoba. No es cosa de contar aquí cómo se hizo con una de las que sólo se entregaban a los aprendices del colegio de magos Hogwarts, pero es preciso despejar algunas habladurías al respecto: no fue que el beato Escrivá se la entregara, a modo de señal milagrosa con que acelerar su proceso de canonización (pues más rápido imposible), ni que el santo mulato, Fray Escoba, le proporcionara la que ya no necesitaba en el Paraíso, no. Fue de algún otro modo que ni sus más íntimos, ni Marianín, ni Jaimito, ni Rodrigón, ni Angelito, ni Javierín, ni ... pueden hoy revelar.

Una vez probado el instrumento en hechicerías elementales, como barrer de las calles a los alborotadores, ladronzuelos y camellos de poca monta, quedó Aznarín fascinado con la perspectiva de las muchas cosas que podía seguir barriendo, y de mucha más envergadura. Y en ésas estaba, acariciando el mango con beatífico arrobo, cuando se le presentó la ocasión que iba anhelando: viajar a tierras de infieles, tal como otros santos castellanos habían emprendido, tiempo atrás, el camino del martirio. Y fue que su amada Teofinda, la última princesa en activo por el pérfido Sur, reclamó su ayuda, incapaz de resistir por más tiempo los embates de la morisma. Dispuesto a que no sucumbiera, como ya había sucedido con Solinda y Celinda, y raudo como un ´supernanito´ de roja capa y ardiente corazón, Aznarín montó en su escoba y en un santiamén hallóse en la fortaleza granadina repartiendo mandobles. A escobazo limpio, despejó primero su propio patio de armas, donde algunos rebeldes se habían hecho fuertes. Fue así como acabó con los traidores Bellido, de Córdoba; Urquiza, de Granada; Nieves, de Huelva, y Megino de Almería, sin darles tiempo a confesarse siquiera. Luego se arremangó, plantóse en medio de la torre barbacana y, empuñando su invencible arma, amenazó a las huestes de Chavelón que allí mismo lo cercaban: “¡Non fuyades, cobardes malandrines, que pronto os haré probar el mango de mi escoba por do más pecado habéis!”. Mas tanto ardor puso en la amenaza, que la escoba se soltó de su mano y fue a caer en el foso de aguas pútridas que rodeaba el castillo, en medio de fuertes risotadas provenientes del enemigo campamento. (Próxima entrega: ´Harry Potter y la chusma andalusí´).

25.09.2002

AZNARIN Y HARRY POTTER (II)

(Resumen de lo publicado: El intrépido Aznarín, imbuido de la personalidad de Harry Potter, ha bajado a tierras de infieles en defensa de su amada Teofinda, asediada en su castillo por la chusma andalusí. Pero ha sido tan fiero el gesto amenazante del príncipe, blandiendo desde lo alto de una torre su escoba mágica, que ésta se le ha ido de las manos y caído al foso de aguas pútridas).

Un buen rato tardaron en amainar las risotadas provenientes del campamento de Chavelón el Malo. Siguieron no pocas burlas y cuchufletas, cruces de apuestas y recreaciones del percance, pues no era para menos la consternación que se había apoderado del aprendiz de mago, viendo cómo su atributo esencial se perdía en la ciénaga pestilente. (Era obvio que de cualquier cosa estaría fabricado, menos de material flotante). Falta decir que las aguas que rodeaban aquella rancia fortaleza eran de la más pura cochambre. Siglos y siglos de acumular fecales nobilísimas, imperiales basuras y teorías trasnochadas, habían rodeado la defensa de un caldo negro y espeso por el que navegaban extrañas criaturas de afiladas intenciones.

Rojo de ira y de vergüenza, ya tornaba Aznarín a sus aposentos. Además del bochorno, otras muchas cavilaciones añadían hosquedad a su mirada. En primer lugar, que ya no tendría con qué participar en el campeonato de ´quiddich´, especie de fútbol aéreo, donde pensaba codearse con los príncipes montaescobas más famosos del mundo. Su liderazgo internacional quedaba, en fin, seriamente amenazado. Pero estaban también los nubarrones de la política interna: los últimos vaticinios de la corte pronosticaban que Zapatón el Bonito, con su larga zancada, ya le iba mordiendo los talones. Y el pacto de sangre entre éste y Chavelón no parecía resquebrajarse por parte alguna.

Con ésas y otras pesadumbres en su corazón, Aznarín mandó llamar a sus fieles al salón del trono. Allí fueron llegando Marianín el Ambiguo, también llamado El del Cielo Ganado, por los muchos tratos dinerarios que se traía con los príncipes de la Iglesia; Jaimito el Suave, por la forma en que decía las mayores burradas; Rodrigón Cuentas No Salen; Angelito Honor a Su Nombre, Javierín Matacampeones y Albertito Yo No Aspiro. Todos estaban más que avisados de lo ocurrido, pues cada cual, desde su tronera, había visto volar por los aires el mágico instrumento y caer donde había caído, y ello teniendo que reprimir un íntimo e involuntario jolgorio. Seguros estaban, no obstante, de que su amado Príncipe poseía sobradas dotes de encantamiento para recuperar el arma infalible. Llegó por fin Teofinda la

Última, largando exabruptos, como de costumbre, y quedando a la diestra. Tras santiguarse todos y dirigir unas preces al beato Escrivá para que les iluminara en tan mala hora, he aquí lo que habló el Príncipe, bien oiréis lo que les dijo:

-Daré mi cetro y mi corona a aquel que sea capaz de recuperar mi escoba mágica.

Un silencio espeso como la mugre que rodeaba al castillo se adueñó del aposento un rato largo. Miradas de reojo volaron, cual cuchillos. (´Continuará´).

2.10.2002

AZNARÍN Y HARRY POTTER (y III)

(Resumen: El Príncipe Aznarín, émulo de Harry Potter, ha visto perderse su escoba mágica en las aguas nauseabundas del foso que circunda el castillo de la Princesa Teofinda, a la que ha ido a salvar de la chusma andalusí. Consternado, reúne a sus fieles en el salón del trono y les dice: "Daré mi cetro y mi corona a aquel de vosotros que sea capaz de recuperar mi escoba mágica").

Prolongado silencio. Sólo de pensar que habrían de sumergirse en aquel caldo negruzco y pestilente, los seis de la fama sintieron fuertes náuseas. Por no hablar de cómo se representaron la amenaza de aquellos entrevistos seres puntiagudos que habitaban la misma oscuridad. Pero tampoco era cosa de eternizarse en disimulos y carraspeos. El primero en hablar, por fin, fue Albertito Yo no Aspiro:

-Bien sabéis, mi amadísimo señor, que hasta la vida diera por obedecer vuestros mandatos. Mas considero humildemente que cada uno de aquestos caballeros es más digno que yo en la cadena sucesoria. A ellos cedo toda la gloria del desafío.

No se sabe si esta respuesta complació al Príncipe. Tan sólo que el bigote empezó a quemarle, como cuando presentía la proximidad de Zapatón el Bonito; tal era ya el grado de identificación con Harry Potter, a quien, como se sabe, le ardía la señal que tenía en la frente en situaciones críticas. Conocedora de este síntoma, y empezando a oler a chamusquina, Teofinda se aprestó a poner un paño húmedo en tan egregia pelambre. Lo que el Príncipe agradeció con una mueca.

El siguiente en hablar fue Marianín el Ambiguo. Y cuáles no serían sus argumentos a la gallega, con refuerzos a la eclesiástica, que al cabo fue imposible dilucidar si se sumergiría

o no se sumergiría. A continuación, Jaimito el Suave soltó amablemente una de las suyas: “Yo contra esos perros sarracenos estoy dispuesto a lo que sea, pero sólo me arrojaré al foso si antes, señor, me liberáis de la histórica misión que me tenéis encomendada en las provincias rebeldes de Vasconia”. Rodrigón Cuentas No Salen se excusó también, alegando que la aplicación del déficit cero exigía toda su atención en aquellos difíciles momentos de una nueva cruzada mundial contra el infiel. En cuanto a Angelito Honor a Su Nombre, fue tan pulcro en sus razones, que diera lástima al Príncipe imaginarlo en la cruel zambullida. Así que lo dispensó con media sonrisa. Sólo quedaba Javierín Matacampeones. Jovial y retrechero, como de costumbre, éstas fueron sus palabras: “Pues yo, mi señó, qué quiere que le diga. Sugiero, vamos, es un poné, que le demos una tregua a Chavelón el Malo y que sea él quien se tire a por la escobita. Y si no, se queda sin inversiones, sin autovías, sin deuda histórica, sin transferencias de empleo, sin subsidio agrario, sin ná de ná, vamos. – A Aznarín volvió a quemarle el bigote con tal intensidad, que Teofinda hubo de empapar muy mucho su pañuelo y aplicarlo de inmediato. Pero ya el olor a chamusquina se había extendido por todo el reino. Hasta la Plaza de San Pedro dicen que llegó, en el momento justo en que el otro Josemari ascendía a los cielos y que algunos gritaron: ¡Olor a santidad! ¡Olor a santidad!
9.10.2002

“VESTIDOS DE ANDALUCES”

De esta guisa convocaba Pepe Isbert, aquel entrañable alcalde de Villar del Campo -perdón, del Río- a sus obedientes convecinos. Era para recibir a los americanos, con los postizos de un imaginario pueblecito andaluz. Hace de esto la friolera de cincuenta años. El verdadero nombre de ese lugar, sobre el que siempre erraba aquel apresurado gobernador civil de la película, es Guadalix de la Sierra, en la provincia de Madrid. Vueltas y revueltas que da la vida: de allí resulta ser oriundo mi buen amigo José Manuel Fraile Gil, excelente folclorista, que se ha llevado años recogiendo los verdaderos cantares de los gualiseños -así se llaman los del lugar-, hasta poco antes de que se extinguieran casi por completo. Pero que era un folclore todavía bastante vivo en 1952, año en que se rodó la película *Bienvenido Mister Marshall*. Quiere decirse que, entre las muchas lecciones dulceamargas que contiene la historia de aquella Andalucía contrahecha, no es menor que Guadalix de la Sierra siempre

gozó de unas canciones populares, de unas tradiciones, abundantes y muy hermosas, como para que nadie tuviera que forzar a sus habitantes a la cruel parodia de "vestirse de andaluces". Por la película, más bien parecía que aquellas dóciles criaturas nunca cantaban ni bailaban nada. Que sólo les quedaba en la vida esperar el improbable maná norteamericano, con los oropeles de una Andalucía de cartón piedra, a excepción de la bonita voz de Lolita Sevilla.

Ya se entiende que lo que se buscaba era precisamente la mayor eficacia de la burla, apoyada en el topicazo andaluz. Y que en este sentido la película logró un doble efecto: zamarrear a unos sumisos castellanos y despertar a una Andalucía de pandereta, que fue utilizada por el franquismo, hasta la náusea, como enseña nacional. Por cierto, sin permiso de los andaluces.

Pero no se acaban aquí los retruécanos de esta curiosa historia. Escuchando de nuevo el disco de ese rescate de Guadalix (´Madrid Tradicional´, vol. 14, Saga, M., 2002), resulta que varios de sus aires suenan a cosa conocida. Y ¿saben dónde? Pues en Andalucía. Claro que no será tanto la Andalucía del Bajo Guadalquivir, que es la que pasa por representante única de toda la región en materia de folclore –indebidamente-, como sí muchas de sus serranías y otras comarcas. Rondas del aguinaldo ("En mi vida he visto yo / lo que he visto esta mañana. / Un gallo estaba en la torre,/ voleando las campanas" tiene en Andalucía innúmeras variantes); de quintos, comparsas, jotas de baile... Cualquiera que sepa algo de cultura de raíz, no se extrañará de esto, pues de sobra es conocido que el cañamazo musical y oral de la mayor parte del territorio folclórico español es básicamente el mismo, y que Andalucía no escapa a esa norma, aunque con sus propias ramificaciones. Tan sólo se escapan el flamenco y la copla, precisamente. Dos auténticos enigmas, de una fuerza irresistible y contagiosa, pero que hace ahora cincuenta años se negaron, por primera vez y gracias a un valenciano llamado Berlanga, a servir de reclamo para nada ni nadie. Y menos para unos americanos que nos habían abandonado en la larga noche del franquismo.

23.10.2002

MÁS ANDALUCÍA ROMANA

Siempre lo supimos. Los alcalareños, de Alcalá de Guadaíra, siempre tuvimos una extraña convicción, apenas alumbrada por leyendas y rumores de familia. Como si un río

subterráneo de verdades históricas nos vinculara, casi nos atara, a la capital, hasta un extremo que más pareciera lo contrario, que era Sevilla la que, desde tiempos remotos, había subsistido gracias a muy diversas aportaciones de nuestro pueblo. En la posguerra, esa sospecha antigua se hizo certidumbre, pues que los panaderos de la vieja Hienipa, viajando cada día muy de mañana a nutrir a una población diezmada por la carestía y la desesperanza, hicieron posible la mera subsistencia de los capitalinos. La mayoría de aquellos ansiados proveedores se desplazaban en un tren de carbonilla que se haría famoso, articulado según los tres principios de aquel universo: hombres soñolientos, mulos en sopor y angarillas repletas del más crujiente tesoro: el pan de Alcalá. Un pan en otro tiempo amasado con la harina que salía de los molinos del Guadaíra, primero romanos, luego almohades, y siempre con el agua fina de unos manantiales recónditos. Además, claro, de la astucia de los estraperlistas para burlar la vigilancia del ´Régimen´ en los controles de la materia prima. Así es como se hicieron muchas fortunas en los años 40, y se malograron otras, las de aquellos más honrados que no quisieron participar en el mercado del hambre. Entre éstos estuvo mi padre.

Ahora resulta que aquel río secreto de verdades históricas no era metáfora, sino realidad. Un grupo de espeleólogos acaba de certificar que, a siete metros de profundidad, discurre un acueducto subterráneo de 12 kilómetros, construido en el siglo II para mandar a Híspalis aquel agua fina de Alcalá. Excavado y revestido con buen mortero, salía a la superficie a la altura de Torreblanca, desde donde continuaba por otro acueducto de ladrillos, mal llamado “Caños de Carmona”. La tenacidad y la perfección de las obras públicas romanas no dejan de sorprendernos, y por sí solas se constituyen en evidencia de una cultura sólida. Ojalá de otras que vinieron detrás tuviéramos la misma certeza, ahora que tanto necesitamos creer en la convivencia entre ellas, para ejemplo de futuro. Pero desgraciadamente nuestra historia posterior a Roma es la de una trifulca casi permanente entre tres religiones insolubles. Persecuciones, expulsiones, exterminios. Creer otra cosa, incluso en mestizajes étnicos de los que no hay verdaderas pruebas, es una hermosa ilusión, pero ilusión al fin. Después de todo, por los rectos acueductos de la Andalucía romana se desemboca, mal que bien, en la Ilustración. Por los laberintos de las religiones no se desemboca sino en la guerra.

Alcalá tiene ahora un alcalde valeroso que se ha enfrentado a las demás administraciones, incluida la Junta, gobernada por su propio partido, llevándolas a los tribunales de Bruselas, por no defender adecuadamente la recuperación del Guadaíra, el río

más romántico de Andalucía, convertido en cloaca por aceituneros desaprensivos. No se debe construir el futuro sobre ilusiones. Bastante tarea es ya hacerlo de forma ilustrada, con la razón, la verdad, el bien común.
30.10.2002

AZNARÍN POETA, 1

Ya en su más tierna infancia, el Príncipe había mostrado singular inclinación por la poesía. Los tiernos villancicos navideños, así como las flores a María cuando mayo, pronto agotaban el repertorio para aquel trovadorcito, que buscaba más y más. Percatado del prodigio, su preceptor Fraga le había regalado aquel volumen de "Las 25.000 mejores poesías de la lengua castellana", con un secreto pensamiento: si no le cabe este libro en la cabeza, no le cabrá el Estado. Mas le cupo. En apenas un mes memorizó Aznarín al completo tan hermoso caudal. Con lo que se echó de ver que algún día empuñaría el timón de la nave España, contra viento y marea, moriscos subsidiados, separatistas felones y sociatas inconexos.

Lo malo es que tenía un tanto dislocado el don de la oportunidad poética. Una brizna de sentido, situación la más aleve, le servían para endilgar una tirada de versos a su atónito auditorio. Que llegaba el panadero al chalé, allá que estaba el juglarcito en su ventana esperándole con las coplillas de Juan de Mena:"Di, Panadera, panadera soldadera, que vendes pan de barato, cuéntanos algún rebato que te aconteció en la Vera." Lo que motivaba que el preceptor hubiera de quitarlo de allí rápidamente, para librarlo de algún cantazo por parte del aludido. Y no lo hacía el infante por ofender al buen hombre, sino que la semántica del pan despertaba, ´ipso facto´ y por mera asociación, aquellos sencillos versos del poeta cordobés. Un otro día, y obediente como era a las recomendaciones de su instructor, buscó la manera de resarcir al pobre servidor del pan, con estas soleares: "Juan panadero de España tuvo, cuando la perdió, que pasar la mar salada (...) Sol grande, estrella polar, Dolores de los obreros de la tierra y de la mar". Se alegró muy mucho el repartidor del pan, que era de Comisiones Obreras, y en aquellos tiempos. No así el tal Fraga, que montó en cólera: ¿Pero de dónde has sacado tú los versos de ese comunista antiespañol? El tierno infante no sabía entonces lo que era un comunista, aunque lo barruntaba, pero sí ya lootro. Atendió dócilmente las explicaciones del gallego, que se deshizo contra el autor -un tal Alberti, morisco por demás-,

y la tal Dolores, la Ibarruri, peligrosísima revolucionaria. En su fuero interno, no obstante, Aznarín siguió pensando que aquellos “dolores” del poema eran los de los buenos campesinos y marineros españoles en su duro laborar. Pues así, todo. Un día, a la llegada del cartero, se puso a recitar con gran sentimiento: “¡Ay de mi Alhama! Cartas le fueron venidas, que su Alhama era ganada. Las cartas echó en el fuego, y al mensajero matara”. El cartero, que era de la UGT, salió corriendo, pues algo había oído de las extrañas inclinaciones de aquel chaval. En la familia volvieron a quedar atónitos, tras comprender que algo no funcionaba en el fenómeno. Pero lo atribuyeron a poca experiencia de la vida. “Con el tiempo irá afinando”, sentenció el preceptor. Nada dijo de la extraña fijación por los poetas y los temas andalusíes en aquellos desvaríos poéticos.

Recordando todo esto, el Príncipe, ya en su despacho de timonel de la Patria, sonreía. Y mesándose el bigote, con parsimonia de estadista, tuvo una luminosa idea para resolver, por fin, el problema de la sucesión al trono. (´Continuará´)

13.11.2002

AZNARÍN POETA, Y 2

(Resumen: Aznarín, ya en su trono, rememora nostálgico sus tempranas aficiones poéticas. Siendo muy niño se aprendió de carretilla los ´25.000 mejores versos de la lengua castellana´, que le regaló su preceptor, el tal Fraga. Y cómo este y su familia quedaban perplejos ante las imaginativas aplicaciones poéticas del tierno infante a las más variadas situaciones de la vida. Creían ellos –equivocadamente- que ya la experiencia le haría afinar. En estas cavilaciones le advino al Príncipe una luminosa idea).

-Dime, mi fiel escudero, ¿qué tal si convocáramos unas justas poéticas para resolver el entuerto de mi sucesión al trono?

-Maravilloso, señor –convino Arenín, cual de costumbre, mas solazándose en su fuero interno con la perspectiva de ver a Rodrigón Cuentasnosalen, a Marianín el Ambiguo y a Jaimito Metomiedo en liza de endecasílabos. Frotándose las manos, apostilló: -Y agora con toda oportunidad, pues que se celebran al unísono las remembranzas de dos poetas de mi tierra.

-Cierto, cierto. Ya veo que aprendes, Arenín. Cernuda y Alberti, por más señas.

-Un poco rojillos, desde luego... –arriesgó el andaluz.

-En eso yerras, mi leal escudero... Por cierto –de pronto se le encendió la bombilla poética-: “Si Garcilaso volviera, yo sería su escudero, que buen caballero era”. ¿Tú crees que un verdadero rojo, un comunista, podía haber escrito estos admirables y clásicos versos? -No le dejó contestar, pues era pregunta retórica-. Veamos, pues, del certamen: Habrás de trasladar a los tres caballeros contendientes un infolio donde quede transcrita una estrofa, que luego te diré, del otro poeta, de Cernuda el incomprendido. Y sin soplarles el su autor, habrán de acertar quién los escribiera y, muy principalmente, qué sentido, qué luz arrojan sobre estos procelosos tiempos.

La estrofa en cuestión era: “Sigue hacia adelante y no regreses, fiel hasta el fin del camino y de tu vida, no eches de menos un destino más fácil, tus pies sobre la tierra antes no hollada, tus ojos frente a lo antes nunca visto”. Cuando cada cual de los tres aspirantes, en su retrete, leyó y releyó tan enigmáticas reflexiones, un nudo se les hizo en la garganta. Rodrigón alegó que lo suyo era cuadrar presupuestos a martillazos. Marianín, que antes debía consultar a la conferencia episcopal. Y Jaimito, que lo suyo eran los cuentos de miedo para asustar a moriscos. Así que cada cual salió por los cerros de Úbeda. Esto produjo gran consternación en el Príncipe, que ya veía su reino perdido por la falta de la más fina sensibilidad. “¿Y no han advertido esos rudos paladines que tan bien escandidos versos encierran una premonición de mi abnegado e inimitable destino?”, se quejó amargamente. El de Olvera nada dijo, aunque en sus entretelas pensó que era asaz atrevida la hermenéutica. Por el contrario, acompañó a su señor con otro suspiro y un cabeceo de resignación cristiana, pues creyó advertir en los labios del Príncipe el leve rumor de un rezo. Mas no era tal, sino los íntimos acordes de la lira de Fray Luís: “Cuándo será que pueda, libre de esta prisión, volar al cielo, Felipe, y en la rueda (...) Vano sería todo intento de hacerle comprender que aquel Felipe no era quien él creía.

20.11.2002

LA CIUDAD Y LOS PERROS

Este título de la primera novela de Vargas Llosa alude a unos perros más o menos metafóricos. Los que contiene esta crónica están dotados, por el contrario, de materia de densidad variable. No tanta como la que inunda las costas gallegas estos tristes días, pero bastante. Y desde luego inconveniente. Cinco mil kilos de esas inconveniencias depositan a diario los perros sobre la sufrida ciudad de Sevilla. No sé cómo habrá hecho el Ayuntamiento sus cálculos, y prefiero no saberlo. Pero son cinco mil kilos de algo que sobra. Lo que no le sobra al municipio son recursos para quitar de las calles esa marcación inconsciente del territorio, que los animalitos no es que lo hagan a mala idea, sino siguiendo un instinto; tal vez incluso lo hacen por prestar a sus amos la ilusión de poseer la ciudad. El hecho es que, con sus limitados recursos, el consistorio apenas alcanza a retirar un diez por ciento de la cosa esa. Y hace mal, yo creo, porque no es buen ejemplo para los dueños de canes, que están obligados a llevarse a su casa, junto con el perro, el sobrante orgánico. (Ya ven que estoy tratando todo el tiempo de no escribir la palabra maldita y sus sinónimos habituales. A ver si lo consigo). El resto (me refiero al compuesto metabólico inasumible) queda para que se los lleven el sol, la lluvia y las suelas de los zapatos. Pues no creo que vengan muchos voluntarios de por ahí a echarnos una mano. Y no quiero ni pensar lo que esa cantidad significa multiplicando, multiplicando. Ni el presupuesto que haría falta para poner a cada perro su barrendero, y a cada dueño de perro su policía, y a cada policía su concejal, y ... Bueno, ahí paro. Si por lo menos fueran agrupados (me refiero a los perros) en rehalas de a diez... Así ocurre en las grandes urbes, donde unos sufridos ciudadanos alquilan su tiempo para pasear perros ajenos, por grupos. Se ven en Londres, en París, y hasta en Buenos Aires, con la que tienen encima. Pero se conoce que Sevilla no ha alcanzado ese nivel, a pesar de lo creídos que estamos los sevillanos. O sea, que no. Que no hay manera de ahorrar en la contratación de recogedores de fisiología perruna en porciones caedizas bajo cola.

La empresa municipal de limpieza ha puesto en marcha una campaña para que cada ciudadano apechugue con la responsabilidad que le concierne. Que luego los guiris se fijan en todo y van por ahí dándole a la lengua, que por muy extranjera que sea no deja de ser lo que es. A lo que iba. En esa campaña se ve a un barrendero detrás de cada desaprensivo que va arrojando envoltorios, cascos vacíos y... eso, el final digestivo de nuestras mejores amistades en el reino animal. Son algo así como Barrenderos de la Guarda, que no desamparan ni de noche ni de día a esos distraídos ciudadanos, digámoslo así, que ya mismo es Navidad.

En fin, que no encuentro la salida para este artículo, porque la cosa tiene poca salida, salvo la suya tan natural. A no ser, a no ser, que lo mismo que se investiga para conseguir cerdos de seis patas, o pollos sin plumas, esos biólogos desaprensivos hagan algo bueno alguna vez: perros sin tripa, por ejemplo.

(Ahora revisen el artículo, a ver si he conseguido no escribir la palabra *mierda*... ¡mierda, ya la jodí!).

11.12.2002

GRANADA PROFUNDA

Con motivo de unas jornadas sobre ´Oralidad y Mujeres´, celebradas el pasado fin de semana en Guadix, he tenido ocasión de asomarme de nuevo a los portentosos territorios de la Granada profunda. La Granada que nunca ven turistas o publicistas de la moda mediática; la de esos 160 pueblos, bastantes de ellos supervivientes gracias al PER, donde sigue refugiada la verdadera cultura de las gentes sencillas, iletradas muchas, que no incultas. No escapa esta realidad al Área de la Mujer de la Diputación, que desde hace años promueve un tal cúmulo de programas formativos que no cabrían aquí ni por simple mención: fomento de empleo, talleres de coeducación, formación contra la violencia de género, para mujeres en riesgo de exclusión (inmigrantes, gitanas, prostitutas), de salud mental, de autoestima, de habilidades sociales; además de los más convencionales de literatura, teatro, música... Por todas ellas pasan miles de mujeres, a través de un número no menos increíble de asociaciones, exactamente 210, muchas de ellas derivadas de los centros de alfabetización de adultos que se pusieron en marcha allá por los primeros ochenta, y en cuya implantación algo tuvo que ver este cronista. Sólo en ese dato, 210, se cifra el motivo para una primera reflexión antropológica. Mientras los hombres se agrupan de muy distinta manera, y en mucha menor medida, las mujeres se esfuerzan por mantener el fuego sagrado de sus saberes tradicionales, domésticos, lúdicos y simbólicos más enraizados. Hasta un librito de cuentos de tradición oral han sido capaces de alumbrar en estos tiempos atroces, con la ayuda de mi buen amigo el hispano-bereber, Mohamed M. Hammú, y en un lugar tan recóndito como Bácor-Olivar, que casi no se ve en el mapa.

La casualidad, o quién sabe, ha hecho que estos mismos días vuelva a los periódicos la denuncia de las gentes humildes de otro pueblo granadino, Tocón, contra el

arzobispado, al que acusan de haberse apropiado fraudulentamente de una herencia que iba destinada a los pobres y a los ancianos del lugar. En los términos de esa protesta, estaríamos ante una de las infamias más repugnantes cometidas por la jerarquía católica contra esos mismos pobres a los que dice defender, y desde luego no menor a la que ha protagonizado el cardenal de Boston, amparador de curas pederastas. No sé si el Papa llamará también a capítulo a Antonio Cañizares, el pintoresco y ultramontano obispo de Granada, aunque me temo que no, por esto no. Aunque puede que hasta en el Vaticano empiecen a preguntarse qué demonios pasa en Andalucía, la Andalucía tan supuestamente católica, con tanto jubileo de curas y obispos a la greña, entre sí y con las ovejas de su presunto rebaño. Pues pasa simplemente que el pueblo andaluz, el sufrido pueblo andaluz, no ha sido nunca ni la mitad de la mitad de lo católico que la Iglesia cree, sino que ha escondido su miedo al poder, y a los curas, como ha podido. Y que con la democracia se ha espabilado, y lo mismo que saca del fondo de la memoria sus preciadas vetas de sabiduría profunda, no está dispuesto a que le roben más, ni el PER, ni las cajas de ahorro, ni las herencias, ni nada de nada. Ya está bien.
18.12.2002

SANTO RICO, SANTA POBRE

En más de una ocasión han llegado a esta columna las pulsiones mortuorias de Sevilla, incomprensibles a primera vista, como casi todo en esta ciudad dual. Dual como si la recorriera de arriba abajo una grieta tectónica, con amenaza permanente de esquizofrenia colectiva. Seguramente ocurre que las tendencias festeras, por excesivas, son compensadas con ese afloramiento imprevisible de ritos funerarios.

Ahora ha sido el arzobispo de Sevilla, monseñor Amigo, quien ha puesto la nota lúgubre, con su extravagante idea de sacar en procesión el cuerpo incorrupto de Sor Ángela de la Cruz en la urna del Santo Entierro. Desconcierto general. Ni los más acérrimos del hispalensismo se atreven a secundar al prelado. Un prelado que tampoco deja de sorprender, como alcanzado de lleno por la profunda dualidad del espíritu sevillano. Lo mismo un día apoya la huelga general, que otro defiende sin recato al cura Castillejo, o se deja caer con estas exequias procesionales. Señal de que continúa fuera de juego en la política de la Iglesia

española, que ha puesto rumbo fijo a los intereses del Opus y de Evita Botella, y no se hable más.

Pero hablando del Opus y de la buena de Sor Ángela, resulta irresistible asimismo la tentación comparativa. (Lástima no ser pecador de oficio para sentirse arrastrado por ésta que les voy a exponer). Con seis meses de diferencia, Woytila va a elevar a los altares a dos personajes tan contrapuestos, que no es posible ignorar un propósito compensatorio. El pasado 6 de octubre catapultó a los cielos, por el procedimiento de la turbosantidad –en feliz expresión de Jesús Ynfante-, a Escrivá de Balaguer, aquel curita misógino, caudillista y acomplejado, que se compró en vida un título nobiliario y que ha acabado siendo, en consecuencia, el santo de los ricos. El próximo 4 de abril, en cambio, será canonizada definitivamente la que fue una especie de Teresa de Calcuta a la sevillana. Digo definitivamente, porque hace tiempo que lo fue en el corazón de muchas gentes humildes de esta ciudad. Y aunque no soy versado en estas materias, creo que de allí no deberían sacarla, y menos para curar al Vaticano del despropósito opusino. Y menos todavía, al decir de los expertos, en una ceremonia devaluada, en Madrid, que no en Sevilla ni en Roma, y junto a otros tres beatos de poca monta. Es lástima que los verdaderos devotos de Sor Ángela no tengan voz ni dinero para oponerse. Y que el relumbrón nacionalcatólico que se prepara en la capital de España (en plena precampaña electoral, no lo olvidemos) pueda acabar eclipsando una de las historias más irresistibles de esta ciudad, tan dual como para haber alimentado, hasta en los más agnósticos, durante la siniestra posguerra y después, una secreta corriente de admiración por las Hermanitas de los Pobres. De cuando la gente se moría de hambre por las esquinas, o enfermaban de pena y abandono en los corrales de vecinos. Allí acudían las hijas de sor Ángela, sólo ellas, a lavar cuerpos comidos de miseria, limpiar alcobas, dejar un brasero encendido o un puchero al amor de la lumbre. Pero esa extraordinaria historia se la contaré otro día, si soy capaz.

05.02.2003

MARISMA Y GUERRA

El ánimo atribulado de estos días buscó reposo en la naturaleza. Por donde empieza la marisma, muy cerca de Sevilla, vence la primavera a los últimos rigores del invierno. El viejo

Guadalquivir se abre en canalillos y brazos de fango por entre las tablas del arroz, y una prometedora vegetación apunta entre los humedales. A simple vista no lo parece, pero un gran número de aves se agita entre los carrizos y, al ruido del motor, levanta un vuelo raso, como avisándose de la rara presencia humana. Como si notaran que algo sucede esta tarde cualquiera, sólo que con más preludios de muerte. Tal vez acusan la densidad que tienen los desvelos del hombre contra la sombra de la guerra, contra los especuladores de la sangre y del petróleo. Protestas y gritos, los de una especie que dicen superior, súbitamente airada, han de poner una brusca zozobra en este paisaje que iba saliendo de su letargo lentamente.

Todo parece, en fin, como temiendo la aparición del halcón. La garza rehuye nuestra presencia alzando su vuelo azulado. Avizora el cernícalo desde su milagrosa atalaya, como un AWACS de la avifauna. En la orilla contraria de un meandro bullen anátidas y pequeñas zancudas de pico largo; patos reales, andarríos, cigüeñuelas, agachadizas y agujas colinegras, con su incesante hurgar en el limo. Maravillosos seres indefensos, ajenos por completo al peligro. Tan leve bullicio apenas contrasta con el silencio plano de la marisma, cuando paramos el motor y montamos el telescopio. Si fuera un arma, podríamos matar a placer.

La tarde va cayendo y empieza a llenarse de presagios. El corazón del hombre, de metáforas extraviadas. Prenden las llamas del poniente, como otro incendio inevitable, mientras se apagan los escasos colores de la marisma y se inicia el ajetreo vespertino. En los tarajes se juntan mosquiteros, bisbitas, buitrones, minúsculos habitantes del miedo. Desde lo alto de un cardo, la tarabilla llama a su pareja para pasar la noche. A contraluz del horizonte cruza un bando de cormoranes, o quizás sean espátulas. A esta hora ya no se distinguen bien, como los F18 de los F16. De las distintas lagunas, por fin, van saliendo los negros aguiluchos. Dejan sus tácticas invisibles para reunirse en el cercano dormidero. Son los F117 de la marisma. De otras partes acuden también gaviotas sombrías, cigüeñas negras, avefrías, todas en blanco y negro. De pronto hasta los colores y los nombres se vuelven premonitorios. De pronto todo se hace negro o blanco, como el universo de Bush.

Otro bando incierto cruza velozmente por detrás de un cortijo y se echa en la parda lejanía. Los prismáticos averiguan que se trata de un importante número de moritos (¡), cada vez más frecuentes en nuestras costas, y adentrándose. El silencio se estremece con el zumbido de una corriente eléctrica, sobrecarga en las líneas que cruzan el paisaje. La tensión contenida hace vibrar la escasa luz. De vez en cuando algo chilla o parlotea en la penumbra. Quién sabe.

Ya de vuelta a la carretera, casi noche, una lechuza blanca de gran tamaño cruza por delante del vehículo, tan tranquila, detrás de un ratón. No se le escapará.
(Aznar, go home).
12.03.2003

FOLCLORE VIVO

De un tiempo a esta parte se amontonan en mi mesa, atropellándose, discos y libros, noticias y artículos que vuelven a acusar una inusitada vitalidad del folclore en Andalucía. ¿Cómo es esto, en plena era de la culturilla global? ¿Qué posibilidad tienen las hormigas de sobrevivir a las pisadas del paquidermo? Tal vez sucede lo que en la copla que gusta recordar García Calvo: "Cuando no hay guerra, / parece como si no pasara nada . / Los gusanos tejen./ También las arañas". Teje, pues, la araña de los días su infinita paciencia para atrapar los versos perdidos del pueblo, la energía festiva de la gente, como si no pasara nada. Preventivamente, quizás. Como si Bush no estuviera avanzando, implacable, con un par de pícaros ratones encima, Blair y Aznar, cosquilleándole. "Me matan por haber dicho / que el pueblo no tiene patria", sentenció el bandolero Bac de Roda -pero ojo, bandolero catalán, que en todas partes cuecen las habas del descontento popular, y no de ahora.

Casi al azar elijo: una magnífica recopilación, en cuatro CD, del grupo folclórico jaenés ´Andaraje´, arreglos musicales de Jesús Barroso, con las coplas de la aceituna, de la candelaria, del laboreo de los cortijos, romances, mazurcas y coplillas picarescas ("¿Qué es lo que me metes/ que tanto me agrada?/ Es un capuchino / con pelo de barba./ Sácala un poquito, que la quiero ver./ ¡Ay, qué rebonita, vuélvela a meter!) Una joya de incalculable valor. También en CD (¡viva la técnica!) unas ´Canciones y juegos infantiles en el país de Los Pedroches´, del no menos estupendo grupo folclórico Aliara, con todo aquello de la viudita del Conde Laurel que acabó casándose de nuevo, como quien no quiere la cosa, con la más bella niña del corro; y las cuitas de la Tarara, que dice que no bebe vino, pero debajo de la cama tiene un ventorrillo. También unos recientes romances cordobeses, editados impecablemente, y con su disco, por Alberto Alonso. Una nueva entrega del ´Cancionero popular de Priego´ (¡y van cuatro!), más un sinnúmero de actas y ponencias del VIII Congreso de Folclore Andaluz, celebrado en Córdoba hace un par de semanas, donde volvieron a bailarse y cantarse rondas y juegos infantiles, estilizados por una tierna

coreografía de Mª Fernanda Álvarez. Vino viejo en odres nuevos. Así es como se salva el folclore.

¿Pero cómo es todo esto posible?, vuelve a interrogarse la araña en su telar. Mi teoría es que ese fondo libertario y transgresor que encierra el saber popular (y que fue arrancado de cuajo por las manipulaciones franquistas del género), renace de sus cenizas cuanto más cerca se siente la pisada del gigante gritón: ¡a carne humana me huele! Cenizas del hogar que no estaba apagado, el de la Institución Libre de Enseñanza y el Instituto Escuela, el de la II República, donde se formó Julio Caro Baroja y luego sus discípulos (algunos quedan todavía en los entresijos del sistema andaluz, como Antonio Limón y Antonio Mandly, sin que nadie les haga mucho caso). Y en fin, que las izquierdas, y la Junta de Andalucía, se equivocan no tomándose en serio la viva cultura de la gente, aunque parezca muerta. A los ejemplos me remito. Y que cada cual aprenda su juego, y si no lo aprende...

(Aznar, go home)

19.03.2003

Cuentos de guerra

EL ELEFANTE Y EL RATÓN

Le escuché referir a Felipe González, hace ya bastantes años, de qué manera solía ilustrar Omar Torrijos, aquel inefable líder panameño, su estrategia de vecindad con los norteamericanos. Una estrategia, no lo olvidemos, que le reportó la firma de un tratado con J. Carter en 1977, por el que el Canal pasó a manos de Panamá en 1999.

Cuando tú eres un ratoncito, decía Torrijos, y te toca por vecino un elefante como los EEUU, hay dos cosas que no puedes hacer: enfrentarte a él, porque te aplasta, y casarte con él, porque te aplasta. Lo primero se entiende con facilidad. Lo segundo, tampoco es difícil. Si te vas a la cama con el paquidermo, a la primera vuelta que se dé en la cama, incluso sin querer, se te echará encima, y ahí se acabó el matrimonio. Lo más que hará por ti será llorar en el funeral (ya se sabe que los elefantes son muy sentimentales) y depositar unas cuantas flores sobre tu tumba. Eso, si en ese momento no le entran ganas de mear.

¿Qué se puede hacer entonces? Pues no te queda otra que pedirle al hada madrina de los ratones que te convierta en mosca cojonera. Sólo así, picándole con insistencia al coloso

en sus partes sensibles, adonde no le alcanzan ni la trompa ni el rabo, acabará concediéndote alguna cosa, con tal de que lo dejes tranquilo.

El presidente Aznar, a pesar de tener un bigote y una esposa cuentista, se ha empeñado en acostarse con el elefante Bush II. Y por si fuera poco, con su cría, el confundido Blair, que también goza de un tamaño considerable, sobre todo comparado con el ratón. Y ya se están viendo los resultados. Si aplicamos el cuento, en paralelo, al contencioso de Gibraltar, los frutos de este maridaje no pueden ser más elocuentes. Lejos de haber firmado ningún acuerdo de devolución, o por lo menos de bienes gananciales, como nos habían prometido en la euforia del casamiento, la altiva Roca se muestra cada día más desafiante, más oscura, más lejana. Y sus dirigentes, más británicos (con algo de rusos), pero, eso sí, dándose la gran vida en sus palacetes de Sotogrande. El resultado es que Andalucía padece una tercera base para los desafueros de la guerra de Irak, además de una gasolinera flotante incontrolada y un paraíso fiscal protegido por una policía nada complaciente con periodistas y ecologistas.

Pero el no va más de la estrategia ha sido el anuncio del amigo Tony, advirtiéndonos, para un futuro no muy lejano (el 2006), que piensa pedir a la UE que se retiren a España los fondos estructurales europeos. ¿Y esto a quién perjudicará mayormente? Pues a Andalucía y a Extremadura, de lleno. Para entonces las dos dejarían de ser ´Objetivo 1´ a los ojos de Bruselas, al haber superado nuestro país el 90% del PIB medio europeo. (Qué casualidad que las dos regiones más afectadas sean las que más se resisten a la estrategia interior del ratoncito). Y eso sólo ha sido a la primera vuelta en la cama que se ha dado la cría del elefante. ¿Qué nos aguarda cuando el grande quiera desperezarse un poco?

26.03.2003

SEMANA ¿SANTA?

En Andalucía, los contrastes entre religiosidad burguesa y popular son tan agudos, que por sí solos expresan casi todo lo que habría que interpretar. De poco valen los pactos de equilibrio transitorio que establecen las formas de una y otra, encaminados a producir una paz simbólica entre concepciones radicalmente distintas. Así, en Semana Santa, el empleo del barroco como envolvente común o nivelador estético, o el tener que hacer todas las cofradías de las capitales la “carrera oficial” y parar delante de las autoridades. En cuanto puedan, cada una

de esas formas expresará valores y significados propios. La gente ´bien´, atrincherada en las ´hermandades serias´ o en el mando de algunas muy populares, y bajo el abstruso mensaje de la salvación, en realidad lo que trata de renovar cada año es su papel dominante en la sociedad, como guardadores del orden sagrado. Otra cosa es que el pueblo llano se lo permita, pues tratará a toda costa, y cada vez más, de afianzar su protagonismo, sobre todo en tiempos democráticos, sin disimular para nada otro mensaje mucho más sencillo y ya bien lejos de la teología de la penitencia: el disfrute de la vida, disparado hacia los placeres sensibles, el amor y la belleza humanos, el buen comer y beber... Ello permitirá que antiguas costumbres paganas, ligadas a los ritos de primavera, salgan a la superficie estos días, incluso con un valor de sufrimiento iniciático, cada vez más extendido entre jóvenes participantes, y no precisamente creyentes. En Sevilla, por ejemplo, no es raro encontrar muchachos que nunca pisan un templo, pero que salen de nazarenos (ahora también nazarenas) en dos y hasta tres cofradías, a ´padecer´ bajo un disfraz la prueba de integración en la comunidad como miembros anónimos, pero de pleno derecho. De ahí los llantos de estos días, por la oposición de la lluvia a sus deseos.

Los rasgos más populares y paganizantes se acumulan lógicamente hacia el Domingo de Resurrección y el Lunes de Pascua, y se refugian todavía en bastantes pueblos. Así en ´los huertos´ de Benadalid, Júzcar o Algatocín (Málaga), veremos “renacer” al Niño Jesús (atención, no al Cristo), una talla escondida entre una exuberancia de hortalizas y macetas de flores, y hallado por su Madre. En Iznate, el mismo Niño es conducido por cuatro niñas, cuatro virgencitas, en remota reminiscencia de antiguos ritos de fertilidad. Éstos serán todavía más notorios en la ´Fiesta de las mozas´ del Lunes de Pascua en Villanueva del Duque (Córdoba), donde las solteras cantan y bailan jotas serreñas en torno a una hoguera, la misma que ya vimos en otros lugares cuando las fecundas Candelarias de Febrero. Más un sinfín de giras campestres ese mismo día, para celebrar la resurrección de la naturaleza -que es la que de verdad interesa a la gente-, en torno al símbolo del huevo (Aldeaquemada –Jaén-, Galaroza –Huelva-...), y primeras romerías (Piedrasantas, Los Pedroches)... Sin olvidar uno de los casos más notorios, el Domingo en Castilleja de la Cuesta (Sevilla), donde afloran antagonías familiares irreconciliables, en medio de una regocijante invitación general a comer y a beber. Para qué esperar más. Los curas ya tuvieron su tiempo. Ya mismo es el de la alegría natural, y cuanto más primaria, mejor.

16.04.2003

SEVILLA, FULGOR Y TEMBLOR

Ser sevillano corriente es una de las empresas más difíciles de este mundo. Pues no habrá condición más escurridiza, más peligrosa, para quien no comulga con los sagrados misterios de esta ciudad. Cuando ya crees que la conoces, se te niega de pronto. Cuando consideras que, por fin, la tienes al alcance de tu mano, se diluye en sombras imprevistas o en destellos que ciegan, se escamotea entre los brazos de una muchacha que baila, su sonrisa como un pájaro fugaz, o en la media verónica de un torero inolvidable. Hasta en los rezos oscuros de una santa de los pobres hay algo que enerva, que lo hace todo un poco más incomprensible. Y tú te quedas como un bobo, admirado de esa ´gracia´ que dicen y que nunca será tuya. Pero te roza, te sacude y te exalta, te divierte o te indigna. Sevilla, fulgor de fiesta y temblor de ritos.

El catálogo de las señas de identidad del sevillano ´auténtico´ es, sin embargo, concreto, por más que inabarcable para la mayoría. Tendrá aquél un palco en la Semana Santa, una caseta en la Feria, un carné en el estadio, verde o colorado, una medalla en las marismas del pecho, o en el salpicadero del coche, una túnica de nazareno –mejor dos-, y un sitio de rumbo en la Maestranza. La sublimación del sevillano auténtico ha de añadir: un buen puesto en la cofradía, la insignia de alguna rancia Academia, un tronco de caballos para tamborilear en los adoquines del ferial, la condición de pregonero florido de Semana Santa -o candidato a serlo en los próximos diez años-, rey mago del Ateneo (o candidato en periodo similar)... Se estima hacen falta un mínimo de tres de aquellas posesiones para la verdadera condición de sevillano. Y que con más de media docena, deberían hacerte hijo predilecto, salvo que te afecte la común injusticia de los hombres. También a cálculo, el conjunto de esos gozosos ciudadanos pueden ser los 50.000 nazarenos, más otros tantos poseedores de la alegría balompédica, más por el estilo de los que ´casetean´ en abril. Total, 150.000. ¿Pero y los otros? ¿Qué pasa con el medio millón largo que falta en esa cuenta, los que van a la feria a divertir las calles, y en Semana Santa a darle consistencia al gentío? Una perversa leyenda asegura que esos sevillanos ´están´, pero no ´son´. Tal vez deberían darse de baja.

A veces hay que preguntarse: ¿pero es ésta la misma ciudad que figura en la historia como puerto de Indias, capital del mundo y cobijo de dos grandes Exposiciones en el siglo XX? No puede ser. Ésa tiene que ser otra. La ´auténtica´ Sevilla, no nos engañemos, es la del ombligo barroco, relumbrón de oro y plata de América en los pasos del Cristo y de la Virgen,

martillo de herejes, cárcel de Cervantes y de Olavide, patria chica de Machado, de Velázquez, de Bécquer, de Turina, expulsora de Blanco Vhite, de Cernuda, campo de experimentación y de sangre para los sublevados de Franco. La otra es como un espejismo que de vez en cuando relampaguea en la memoria. Pero que esconde la realidad de un pueblo, el buen pueblo de Sevilla, que, a pesar de todo, se divierte y se ríe de los sevillanos "auténticos".
30.04.2003

DESPUÉS DE LA BATALLA

Ironías y guiños de la historia. Ayer la Junta de Andalucía celebraba sus bodas de plata en Cádiz, la cuna del constitucionalismo español. Este país no ha conocido un periodo más largo de democracia. Algo querrán decir la ocasión, el día y el lugar, y mucho hay de que alegrarse. Pero la sorda y sucia disputa que en estos momentos puede arrebatar al PSOE la Diputación de Cádiz, sumaba un punto de inquietud al confuso panorama que ha quedado después de la batalla. Humeantes todavía los despojos de la cruel contienda, exhaustos los guerreros, nadie sabe cómo hacer el recuento. Ni adónde fueron los ecos de la guerra de Irak, las manchas del ´Prestige´o la ira por el ´decretazo´. Ni si es resaca de amarga victoria o de agridulce derrota esto que sentimos.

Pocas cosas quedan claras: a los andalucistas no les sirvió taparse con la enseña blanquiverde, pues una ráfaga de viento por babor dejó al descubierto sus desnudeces poco estéticas. IU, salvo en Córdoba, salió a duras penas del desierto y clama por un poco de agua, aunque alardea de frescura, exigencias del guión. El PP se enroca en las grandes ciudades, de las que saca el 56% de los votos (frente al 37,3 el PSOE), y ya supera a esta formación, por número de concejales, en las 24 urbes de más de 50.000 habitantes, donde vive casi la mitad de la población. Ojo con estos datos. El PSOE, en consecuencia, y si no fuera por Sevilla, sería en estos momentos el partido de los pueblos. Mala cosa para Chaves. Desde luego no podrá decir que no sea fruto de una siembra largamente cuidada, y desde luego legítima. Como se vive hoy en los pueblos andaluces probablemente no se viva en ningún lugar de Europa. Una política que ha servido para frenar la erosión demográfica y robustecer el nervio de la ciudadanía andaluza, pero que no ha sabido evitar consecuencias colaterales que empiezan a pintar un panorama incierto. Si el PP continúa creciendo en las ciudades grandes, acabará por dominar el paisaje.

Esa es la cuestión. El PSOE ha confiado demasiado en la seguridad del voto rural y ha construido fortalezas burocráticas en las ciudades, que sirven para controlar el partido, pero no para ganar elecciones. El caso más claro es el de Córdoba, que ya roza el desastre que se veía venir desde hace tiempo. Pero no se quedan muy atrás Málaga, Granada, Huelva, Almería..., donde siguen políticamente huérfanas las clases medias ilustradas y, en cambio, los demagogos y los populistas se ceban en las indefensas clases populares. Esto no puede seguir así, o lo lamentaremos cuando sea demasiado tarde. La discreta pero tenaz política de Monteseirín en los barrios de Sevilla, además de una apuesta inequívoca contra los depredadores del suelo, podría servir de ejemplo. Y no es que el partido en Sevilla sea precisamente débil; al revés, es el más fuerte de toda Andalucía. Lo que demuestra que no es incompatible una buena organización con una buena política. Chaves tiene materia para pensar, y para tomar decisiones. Sin duda es poco tiempo lo que queda hasta la próxima cita con las urnas para hacer algo significativo. Pero es mucho para no hacer nada.
28.05.2003

ISABEL I, A LOS ALTARES

Sucede a veces en la historia que los acontecimientos pasados se enredan con los presentas como detrás de un mórbido designio. Sucede por ejemplo que Granada, en las elecciones municipales, ha caído del lado de Isabel la Católica, que a buen seguro se habrá complacido en su tumba. Y no será casualidad que la Iglesia, al mismo tiempo, se proponga beatificarla, tras examinar un impecable dechado de virtudes, incluido el lavarse poco. Los del PP no han tardado en emitir señales de correspondencia, enviando sólo una pequeña muestra al homenaje de Mariana Pineda, que no es una mujer-mujer, como las que gustan a Aznar, sino una liberal-liberal incorregible.

En paralelo, Sevilla cayó del lado de los otros, los de la horda. Pero sucede también que a Colón lo andan molestando en su tumba, justamente por parte de unos científicos granadinos, dispuestos a regatearle a la ciudad del Betis (y del Sevilla) una de sus más acendradas esencias. Y no pararán hasta demostrar que el Almirante jamás descansó aquí (cosa, por otro lado, no demasiado difícil), pues de sobra es conocido que su último lecho está verdaderamente en el corazón de su reina, es decir, en Granada. Pues allí fue donde esa mujer-mujer, precisamente por serlo, compartió la osada intuición de don Cristóbal, tan buen

navegante como mal geógrafo. (Murió el hombre sin saber que había descubierto América, incapaz de aceptar que estaba errado en sus cálculos matemáticos).

Así que, Granada 2, Sevilla 0. Menos mal que los sevillanos tenemos dos equipos en primera división y Granada ninguno. O sea, aquí Sevilla 2, Granada 0. Vamos compensando. Pero no seamos frívolos y regresemos a la historia. El profesor Márquez Villanueva, catedrático en Harvard, ha declarado recientemente que "la expulsión de judíos y musulmanes nos alejaron de la modernidad europea". Claro que como lo ha dicho un sevilla no, a lo mejor se hace sospechoso. Para mí sin embargo es toda una autoridad, que cuenta en su currículum, además de declararse discípulo de Américo Castro y de Marcel Bataillon, haber sabido escapar a tiempo de los tediosos dominios de López Estrada. Pero esto ya es ponerse demasiado serios.

La compañía teatral Producciones Imperdibles ofrece estos días, en los Reales Alcázares, un espectáculo sobre Isabel I que contiene, entre otros atrevimientos, reivindicar la sevillanía de la reina super-católica. Vano intento. Los granadinos, sobre todo los que han votado al PP, no lo consentirán. Total, en la capital del Betis (y del Sevilla) la reina de la camisa tiesa sólo tuvo dos hijos, que perdió; fundó la Casa de la Contratación y la Santa Inquisición, esto para que los herejes se fueran preparando. Pero qué es todo eso, comparado con echar a Boabdil el Llorón, tras engañarlo como a un chino de los de antes, y contratar con don Cristóbal el reparto de las ganancias venideras. Nada, pura calderilla histórica. Los sevillanos ya podemos hacer el pino, o decir que aquí, en el monasterio de La Cartuja, Colón pasó largas estancias, departió largamente con Fray Gaspar Gorricio, un monje sabio, depositó sus bienes... Inútil también. No van a cedernos un ápice. Y acaso tengan razón, porque no votamos como Dios manda. A ver si aprendemos.

04.06.2003

ROCÍO: ¿DIANA O AFRODITA?

Es verdaderamente pavoroso, para una mente ilustrada, enfrentarse a un fenómeno como el Rocío, síntesis de innumerables ritos antiguos y modernos, paganos, profanos y cristianos; de origen asiático, grecorromano, centroeuropeo...Pues todo ello es posible rastrearlo en signos, más o menos ocultos, de esa fiesta de la primavera y de la fertilidad por antonomasia que es cuanto allí sucede, en Almonte.

Desde que el padre Feijoo, en pleno siglo XVIII, lanzó su invectiva contra esas algazaras de romerías y peregrinaciones que, bajo pretexto católico, se entregaban al culto del vino y del amor, es mucho lo que han rodado esos festejos, y no precisamente a menguante. Si el docto fraile levantara la cabeza y viera en qué han devenido algunos, de seguro volvería a morirse de súbito. Poco después, y con más conocimiento de casusas, Blanco White bautizaba con el nombre de "Gran Diana" al "innumerable ejército de imágenes de la Virgen que hay en nuestra región". Sin duda pretendía resumir en semejante expresión un cúmulo de ideas incómodas, compartidas en el fondo por muchos cristianos ´ilustrados´, pero de inconveniente formulación en voz alta, entonces como hoy.

En ese concentrado sincrético, no sólo tiene cabida la evocación de Diana, diosa cazadora de los antiguos, sino también la de Astarté asiática (luego Afrodita), así como la de la Reina de Mayo de los pueblos centroeuropeos. Advocaciones bastante contradictorias entre sí. De la primera es evidente todavía la imagen de la Luna, sobre la que se apoya la Virgen; de la segunda, la forma cónica de toda su figura, pues un cono fue el emblema de su antecesora en numerosos lugares de Siria, Asia Menor y el Mediterráneo, y, por supuesto, la paloma; de la tercera, el desarrollo central de la fiesta, cuando una muchacha, llamada Reina de Mayo -entre otras denominaciones-, era paseada en procesión por los muchachos del lugar, al amanecer, y así rendía visita, una por una, a las casas de las doncellas que formaban su corte. Otros vestigios: el llamado Rocío Chico es también reminiscencia de otra fiesta de Diana que se celebraba a mediados de Agosto (bastante bien documentada, por ejemplo, en Nemi, Italia), con antorchas alumbrando a la diosa en el camino que la llevaba a bendecir a las mujeres y hombres que ese año habían tenido descendencia. Por el lado de la fertilidad, la huella de Astarté es más escabrosa, pues estaba ligada a ritos sagrados de fecundidad (y, por ende, a prácticas licenciosas, que los detractores del Rocío creen ver todavía en ciertas costumbres relajadas), a los que puso fin Constantino en el templo de la Heliópolis de Siria, donde mandó levantar otro cristiano. Algo que bien pudo repetirse cuando Alfonso X el Sabio erigió un templo a la Virgen de la Rocina (verdadero origen de El Rocío), en las profundidades de Doñana, sin duda la clave geográfica de esta mixtura: lugar selvático en las lindes de la sociedad agraria, al que poder retornar, año tras año y siglo tras siglo, para poner en práctica también una efímera y tumultuosa nostalgia de la comunidad de cazadores y pastores libres, justamente en medio del triunfo de la agricultura cerealista. Hasta hoy, en que las espigas de trigo siguen adornando la cabeza de las romeras.

11.06.2003

PUES ENSEÑEMOS RELIGIÓN

Le vengo dando vueltas y más vueltas a ese turbio asunto: la enseñanza de la religión. Y concluyo, en mi soliloquio desconsolado, que más vale ponerse a la tarea. Así que, aprovechando que la Consejería de Educación está en manos del PSOE, y pronto acaso de la coalición radical de todos los rojos malísimos, he comenzado a elaborar un programa de emergencia, a modo vacuna, con la que al menos los escolares andaluces recibir puedan una correcta dosis de preparación.

De partida, propongo unos comentarios de texto, poca cosa, como de este: " En el quemadero público estaría puesto un palo y se le requeriría [al reo] se convirtiese a nuestra santa fee católica y evangélica, y no lo haciendo fuese en cuerpo quemado vivo hasta que quedase convertido en senisas (...) Y viendo que no daba indisios de reducirse y que solo lloraba por miedo de la muerte, se le pegó fuego a mucha cantidad de leña que había al pie dél y(...) se arrojó al dicho reo encima del dicho quemadero (y) desía siempre, procurando huir, lo dexasen vivir (y) biendo su contumacia, lo arrojó el executor encima de la hoguera (...) y habiéndole buelto a arrojar con un cordel atado a los pies (y) se quemó el cordel y bolbió a salir de ella y a arrojarse del quemadero abajo, donde uno de los soldados le dio con un cañón del mosquete y lo atolondró y se volvió a echar en las llamas vivo(...) donde se quemó y convirtió en senisas, la cuales con una pala se esparcieron por el aire". Este edificante espectáculo tuvo lugar en Sevilla, un 2 de diciembre de 1693, muy cerca de donde hoy se levanta el teatro Lope de Vega. Así se produjeron entre mil y mil quinientos casos, en tres siglos de Inquisición, sobre judaizantes, luteranos, alumbrados, bígamos, blasfemos, monjas milagreras, frailes libidinosos...

Este otro es muy bueno para comprender la verdadera condición moral del Abraham, el gran profeta común a las tres religiones monoteístas: "Hubo entonces hambre en la tierra y descendió Abraham a Egipto para morar allá. Cuando estaba para entrar en Egipto dijo a Sara, su mujer: Ahora conozco que eres mujer de hermoso aspecto, y cuando te vean los egipcios me matarán a mí y a ti te reservarán la vida. Ahora, pues, di que eres mi hermana, para que me vaya bien por causa tuya (...) Y fue llevada la mujer a casa del Faraón, e hizo bien a Abraham por causa de ella, y tuvo ovejas, vacas, asnos, siervos, criadas, camellos (...) Sara, mujer de Abraham, no le daba hijos, y ella tenía una sierva egipcia que se llamaba Agar. Dijo entonces

Sara a Abraham: Ya ves que Jehová me ha hecho estéril. Te ruego, pues, te llegues a mi sierva(...) Y él se llegó a Agar, la cual concibió (...) y el hijo se llamó Ismael.(Finalmente, cuando Sara queda encinta, ya muy mayor, Agar e Ismael son expulsados de la casa). Estos son más recientes: "La fiscal acepta el despido de una docente de religión por su militancia política". "El arzobispado de Valladolid deberá explicar a la juez un desfase de 600.000 euros" (caso Gescartera). "El portavoz vaticano contradice al Papa al justificar la guerra". "El cardenal Rouco afirma que la pena de muerte es ilegítima..., si no es imprescindible " . Y así.
02.07.2003

ÚBEDA, BAEZA

"Baeza, pobre y señora,/ Úbeda, reina y gitana". Así vio Machado a estas dos joyas de la Andalucía contradictoria, tal vez la que más, según se manifiesta el señorío imperial de sus monumentos contra la digna pobreza de sus campesinos. Es ya el poeta de ´Nuevas Canciones´(1917-1930), que trata de conciliar en su alma viuda, y de humilde profesor de francés de un instituto rural, el luminoso naranjal de su infancia sevillana con los románticos álamos del Duero; los montes azules de la alta Castilla con el radiante olivar de Jaén. En esa encrucijada, bañada por la nostalgia desgarradora de Leonor, surgen algunos de sus pensamientos más profundos: "Todo necio confunde valor y precio"."En mi soledad he visto cosas muy claras, que no son verdad"; "Entre el vivir y el soñar, hay una tercera cosa: adivínala". Cuando camina de un pueblo al otro descubre a Atenea, diosa de la sabiduría ("Sobre el olivar / se vio a la lechuza/ volar y volar"), y se detiene a descansar precisamente en un punto de inflexión entre contrarios: "La encina negra, a medio camino de Úbeda a Baeza". Es, pues, una de las etapas más fecundas del poeta-filósofo, y no resulta aventurado decir que fue probablemente el contraste fraterno de esas dos ciudades lo que acabó de precipitar la armonía que su revuelto espíritu, por dentro del hombre bondadoso que era, necesitaba: "Busca a tu complementario, que marcha siempre contigo, y suele ser tu contrario".

Machado justificaba sus caminatas de Baeza a Úbeda en que en ésta última las cerillas de los estancos estaban más secas. Conmovedor pretexto. Sólo un espíritu tan sensible fuera capaz de apreciar semejante diferencia. Como hoy resultaría casi imposible jerarquizar calidades, al menos en el aspecto monumental, entre una y otra de las que acaban

de ser declaradas ´Patrimonio de la Humanidad´ (“Matrimonio de la Humanidad”, bromean ya los nativos). En otros aspectos, no sé si más livianos, sí que es posible distinguir: los de Baeza son seseosos (dicen ´relasión´, por ´relación´), y los de Úbeda guardan un tesoro de leyendas y tradiciones orales más rico, hasta donde he podido averiguar, con la ayuda de mis amigos de la entidad cultural Malión. En Baeza, la repostería me parece más delicada, pero sobre todo se guarda, no una leyenda, pero sí una importante latencia histórica, frecuente y sospechosamente olvidada: la tumba de Pablo de Olavide. A ver si ahora sale un poco más a relucir, por lo que tiene de aviso en estos tiempos tan poco ilustrados. Carmen Calvo, la consejera de Cultura, que tanto y tan hábilmente ha puesto de su parte para la obtención de ese título mellizo, junto con los alcaldes anteriores (enhorabuena), debería aprovechar para impulsar otros mensajes machadianos, de la misma estirpe de pensamiento de aquel limeño volteriano y desdichado, contra una nueva Andalucía de pandereta, de Vírgenes más multitudinarias que nunca y de curas tragones y ricachones, que otra vez amenazan con asfixiarnos. No lo tiene fácil, porque justamente ahora ha cambiado el signo de las alcaldías de las dos ciudades. ¿Pero quién dijo que esta pelea iba a ser sencilla? “Por esta calle pasa un notario que va al tresillo del boticario, y un usurero, a su rosario. También yo paso, viejo y tristón. Dentro del pecho llevo un león.”
09.07.2003

CARMEN BERNAL

El PP ha aplazado hasta septiembre la aprobación de la Orden de alejamiento de maltratadores. Le echa las culpas al PSOE, por atascar el asunto en el Senado. Y éste al PP porque, dejándolo para más adelante, se ahorra un dinero. Lástima, para una vez que todos los partidos estaban de acuerdo. La burocracia, el presupuesto o la Cámara de los elefantes moribundos, son incompatibles con la posibilidad de que alguna mujer sea agredida este verano por su marido o compañero, al quedarle demasiado cerca.

Me decía no hace mucho Teresa Jiménez, directora del Instituto Andaluz de la Mujer, que son precisamente los periodos vacacionales los más temidos en su activa organización. En ellos se disparan los casos de malos tratos, como impelidos por un resorte fatal, que no es otro que la mayor convivencia de una pareja, ya malherida de muerte. En esta sola semana, dos víctimas mortales. Y van 53.

Por no haber podido alejar a su marido legalmente, de nada le sirvieron a Carmen Bernal las denuncias contra él, tras el rosario de palizas y otras vejaciones inenarrables a las que aquél la sometió, y que el individuo culminó atropellándola con su coche. De resultas, Carmen quedó tetrapléjica, y hoy sólo puede valerse de la boca, para hablar y para pintar. Para todo lo demás, sus hijos son sus brazos y sus piernas. Y la Asociación de Mujeres Progresistas, su valedora social.

No sé qué me conmueve más de la proeza de esta gaditana menuda y elegante. Si la sobriedad con que habla de su caso, tragándose el rencor, tal vez metabolizándolo en la creatividad que vuelca en sus cuadros impresionistas y vanguardistas; o la serenidad que trasciende de ella, regalo que nos hace, encima. En cualquier caso, como destacó Paco Lobatón hace unos días, al presentar la exposición de esas pinturas en la sede de RTVA, estamos ante una lección humana de valor incalculable. Ojalá sirva para que algunos larvados asesinos se lo piensen, y acudan en busca del socorro que también ellos necesitan.

Tal vez esté aquí la clave de un problema que trae de cabeza a todo el mundo. Escapa a los parámetros comunes de la sociología y la psicología conjuntas, se da en todas las clases sociales y en todos los países donde hay datos fiables, pues hunde sus raíces en la oscuridad del tiempo antropológico de una buena parte de la humanidad; la que equivocó su camino convirtiendo el matrimonio en un contrato de esclavitud para las mujeres, y la fuerza luminosa del amor en una detestable metáfora de la propiedad privada. Y es que los maltratadores necesitan de un tratamiento específico en cuanto se les detecta. No esperar a la cárcel, que no resuelve nada y a menudo empeora las cosas. Y desde luego no dejarlos solos, envenenándose cada vez más en su locura. ¿Pero qué clase de locura? No se sabe. No hay manera de describirla, pues se trata, en la mayoría de los casos, de personas ´aparentemente normales´. Luego estamos en presencia de algo así como de una patología social, que utiliza como mediadores a estos peligrosos desdichados, para avisarnos de que algo está cambiando entre nosotros, profunda y rápidamente. Como diría Jean Baudrillard, estamos asistiendo a una descontrolada “ruptura de los códigos secretos”. No permanezcamos impasibles, o nos haremos culpables también.

30.07.2003

TUMBA VERDADERA A FEDERICO

Enterrar a los muertos con dignidad y honor. Es algo más que una costumbre. Es un fundamento de nuestra civilización. Va incluso más allá de las culturas que la componen, y surge con los otros pilares de las sociedades agrarias, allá por el Bajo Neolítico. En esas terribles convulsiones de la humanidad, hunde sus raíces el viejo y tenebroso cuento de tradición oral ´¡Ay, mamaíta mía, quién será!, que todavía aflora en muchas partes de España por las noches de invierno. Es la historia de un difunto que regresa del otro lado a vengarse por el trozo de vísceras suyas que una familia se ha llevado al plato, tras el atrevimiento de una niña. La historia de don Juan, en su verdadero origen anónimo, arranca de la desfachatez de un estudiante borracho que propina un puntapié a una calavera que sobresale del suelo, por mal enterrada. También aquí el difunto correspondiente vuelve a pedir cuentas por un acto tan impío; aunque el primer fundamento de esta historia es más importante aún: la calavera es la de un juez prevaricador, al que la sociedad enterró de mala manera, en castigo. La rebeldía de Antígona contra Creonte se basa en la firme voluntad de la heroína de enterrar a su hermano, a quien el tirano ha dejado sin sepultura. En ´La llanura´, de Martín Recuerda, una familia prolonga su interminable desconsuelo por no saber dónde los falangistas enterraron al padre, después de darle ´el paseo´. Precisamente en Granada. Muchos más casos se podrían citar. El elemento común es el mismo: una buena sepultura significa honor a los muertos y satisfacción a los vivos. Y lo contrario. Por eso todos los tiranos (Creonte, Hitler, Franco, Pinochet, Videla...), han practicado, conscientemente, el mal enterramiento a sus víctimas, como un último oprobio. Estamos tocando el fondo.

Y por todo eso no se entiende la actitud, por demás respetable, de la familia García Lorca, de no querer buscar y enterrar dignamente los restos del poeta. Y a la vista de los argumentos que esgrimen, un poco menos. No tiene mucha lógica decir que “exhumar los cadáveres de las personas identificadas ya [...] podría llegar a falsear la historia” ¿Por qué y cómo? En cuanto a que “no va a aportar nada a la verdad histórica”, está por ver. Escasa justificación tiene el temor a que ese acto reparador pueda “abrir una puerta al olvido definitivo”, o que puedan construir chalés en ese territorio azotado por la tragedia. No resulta verosímil y para impedirlo están las leyes. Desde ningún punto de vista, pues, resulta imaginable que la importancia simbólica y literaria de García Lorca, y de lo ocurrido en el Barranco de Víznar, vaya a ser menoscabada porque él esté bien enterrado. La debilidad de

esos argumentos causa extrañeza y puede acabar dando pábulo a las varias leyendas que circulan sobre la verdadera muerte de Federico, tras haber sobrevivido, supuesta y milagrosamente, a su fusilamiento.

Por el contrario, es de todo punto coherente y digna de elogio la decisión de la Junta de Andalucía de aprobar un plan para "la identificación de todos los cadáveres", al objeto principal de "rendir homenaje a los que entregaron su vida por la libertad y la democracia". Sin excepciones.

17.09.2003

SUBCONTRATAR LA VIDA

No estaba en el guión que los obreros se mataran tontamente. En una sociedad que valora por encima de todo el disimulo, la máscara, el espectáculo, no es políticamente correcto que los albañiles se empiecen a caer de los andamios, dejando al desnudo la miseria escondida, el pacto multilateral secreto que se ha ido amarrando: dinero negro en las transacciones de las viviendas; notarios que abandonan un momento el despacho, mientras sus clientes aprovechan para transferirse algo; alcaldes apremiados por la nómina que recalifican todo lo que haya que recalificar, dejando el futuro sin escuelas, parques y hospitales. Bancos que mediatizan nuestra existencia con hipotecas engañosas. Y especuladores desalmados que subcontratan la vida de los albañiles. Te presto cinco, te cedo siete, sin papeles ni nada, estupendos, trabajadores, calladitos... Cuatro cuerdas podridas sostienen esos andamios: la precariedad, el destajo, el rendimiento, el beneficio. Lo demás son músicas celestiales.

Hasta tres iniciativas de la oposición para regular las subcontratas ha vetado el PP en los últimos dos años, con la ayuda de CIU y el sagrado pretexto: no hay que intervenir en la libertad de mercado, aunque parte de la mercancía sean personas. Que se cuiden, que se protejan, que no jodan. ¿Por qué no se agarran bien?, dirá el pequeño empresario, asomado a su cuenta de resultados. Qué insensatez, pensará el columnista que practica el izquierdismo de salón. Ah, ¿pero todavía existe la clase obrera?, ironizará en su fuero interno el productor de telebasura, que sabe cuál es su verdadero oficio: atontar a las mujeres de los albañiles con las peripecias de los ricos, las transacciones de las putillas, los enredos de los mariquitas. Así estarán bien sujetas y no pensarán en nada. Hasta que un día suena el teléfono.

El desclasamiento del proletariado es tal vez el signo más inquietante de nuestra época. Los obreros ya no tienen clara conciencia de lo que son, pues todo les induce a creer en quimeras: televisiones purpurina, loterías inalcanzables, meretrices acrobáticas, equipos de fútbol maravillosos, y hasta romerías y procesiones. Poco a poco les han disuelto la conciencia de clase, ese espeso terrón que ha dejado de incordiar. Ni la literatura ni el cine se ocupan ya de ellos. Desde que Visconti hizo ´Rocco y sus hermanos´ ningún cineasta solvente les ha puesto un espejo donde mirarse. Vittorio de Sica se tuvo que entregar a la comedia rosa después de ´Ladrón de biciletas´. Nuestra mejor novela de albañiles, ´La zanja´, la escribió un sevillano, Alfonso Grosso. Pero fue en 1961, mucho antes de que Andalucía, con Sevilla en primer término, batiera un triste récord: 41 accidentes laborales con resultado de muerte en lo que va de año. Nadie sabe bien adónde vamos, pero se parece mucho a lo que un albañil ve desde lo alto de un andamio cuando el cuerpo se le va, estúpidamente, al abismo y a la nada. Ya que la vida se originó en un azar extremadamente improbable dentro del caos, era de esperar que al menos la muerte pusiera un poco de orden. Ese es el sentido de la tragedia. Pero una tragedia sin héroes, sin grandeza, es peor que el caos. Por eso hay que evitarla.

08.10.2003

EL CARDENAL

Sorprende que nadie parezca sorprendido. Cuando ya la diócesis de Sevilla había abandonado toda esperanza, la de recuperar la púrpura cardenalicia con este arzobispo, de pronto monseñor Amigo es elevado a tan excelsa condición. ¿Qué ha podido ocurrir? Veamos, repasemos.

Por ser, dicen, "el último taranconiano", fray Carlos no ha estado nunca en la cuerda que ahora hay que estar, dentro de la Conferencia Episcopal española, marcadamente reaccionaria. Allí fue siempre gallo esbelto, pero ajeno. Sus opiniones a lo divino se mantienen en estricto respeto a la doctrina oficial. Si algún pensamiento propio le asiste sobre los conflictos más graves (divorcio, homosexualidad, celibato, condón, parejas de hecho...), mejor se lo guarda. Él no es un Setién, un Rouco, un Braulio Rodríguez, famosos por sus arriesgadas posiciones acerca de esto o aquello, terrorismo, pena de muerte, beatificación de Isabel la Católica... Ni siquiera se ha alineado con algún que otro obispo andaluz en criticar la presencia militar en las procesiones.

En doctrina, pues, es un teólogo opaco. Y en humanas materias, navega. Acoge en su templo a los desheredados más diversos, como se enfrenta al poder de las cofradías sevillanas por el control de sus dineros (inútilmente, por cierto); apoya a los sindicatos en la huelga general y hace méritos, aunque no sabemos cuáles, para ser Hijo Predilecto de Andalucía. (¿Será por haber privado a los sevillanos del libre goce del Patio de los Naranjos, además de la catedral y la Giralda?) Pero a continuación respalda sin recato al cura Castillejo y sus millones, dejando con las vergüenzas al aire a su colega de Córdoba, a un par de canónigos suyos despistados y a las comunidades cristianas de base, subrayando con esplendor y bodas de oro pantagruélicas la severa derrota que el Presidente de Cajasur ha infligido al buque insignia de Chaves. Y en Sevilla. Más todavía: en junio del 98, en visita de los obispos del Sur al Papa, recibió de éste una cariñosa amonestación por los excesos de la religiosidad popular en Andalucía, sin duda a instancias de los pastores norteños, que siempre han visto con sorna la tolerancia que aquí se tiene para con esa mezcla abominable de fiesta, neopaganismo y cristianismo. (Recuerden la guasa aquella del "polvo del camino" que le hicieron decir al polaco cuando visitó el Rocío).

¿A qué se deberá entonces este brusco cambio de opinión en la curia romana? (Demos por sentado que Woytila poco pinta ya en esto, como en nada, convertido en pobre fetiche de espectáculos rentables). Es difícil no relacionarlo con el asunto Castillejo. Es imposible no recordar los rápidos movimientos de este cura "de talento" (palabras del nuevo cardenal), en los días más críticos del conflicto Cajasur: visita al nuncio del Vaticano un 12 de diciembre de 2002, puenteando a la Conferencia Episcopal; viaje relámpago previsto ese mismo día a Roma, del que nada se supo; visita al gabinete de Javier Arenas seis fechas después. Y cese del obispo de Córdoba, enemigo frontal, por patada hacia arriba, a la sede granadina, evacuada ´providencialmente´ por traslado de su anterior inquilino, el integrista Cañizares, seriamente implicado en la manipulación de una herencia destinada a los pobres. Magistral carambola. ´Chapeau´, cardenal.

23.10.2003

PICASSO, LOGRAR LO IMPOSIBLE

Tal vez los genios no deberían casarse, tener hijos, nietos, nueras. Ni la serpiente de la necesidad debería enredarse en la fronda de una niñez azul. Ni el hacha de la guerra partir los sueños por la mitad. Tal vez los genios no deberían producir tanto ni querer abarcarlo todo con la mirada de un siglo. Ni amar desesperadamente, repartiendo brochazos y mandobles

alrededor. Pero entonces Picasso no sería lo que es. No habría producido más de 20.000 obras (se dice pronto) ni anegado una era con la sangre de sus heridas. Sería un modesto pintor provinciano, como lo fue su padre. Sin duda es de eso de lo que huyó siempre.

Hoy ya lo tenemos instalado en Málaga, como él quería. Como no quisieron las ´autoridades´ franquistas, temerosas de que "el gran mirón" (que le llamaba Alberti) les taladrara con sus ojos hasta el fondo de la ignominia. No era fácil enfrentarse a los ojos de Picasso. Es fama que dos fotógrafos de la categoría de Cartier-Bresson y Man Ray fracasaron. Las pupilas de sus cámaras como que fueron derretidas por las del pintor. Sólo André Villers, después de ´con-geniar´con él muchos días, de descubrir el lado humano de aquel toro turbión, pudo.

El lado humano de Picasso. Este quizás sea el gran sentido del museo que se acaba de abrir. Refrescar las raíces del artista, alumbrar los rincones de su infancia. Intentar averiguar cuál fue la herida definitiva. Si el terremoto de 1884, justo al nacer su hermana Lola. Si las palomas hambrientas de la Plaza de la Merced (entonces de Riego, atención). Si la muerte de la hermana Conchita a los ocho años. O la debilidad por las mujeres, que le llevaría a cometer tantos delirios, forjada en la convivencia infantil con el fru-fru de siete faldas malagueñas. O las ausencias del padre, con un doble trabajo mal pagado. O si el amor a la libertad que confieren el aire y la luz de la ´Ciudad del Paraíso´.

Y el lado humano, demasiado humano, de la política. Hoy la gobiernan otros que tampoco han hecho gran cosa por este museo, aunque ahora se apretujan en la foto. Hasta 14 meses ha tardado el señor alcalde en conceder una triste licencia de derribo. (En lenguaje llano de una responsable de izquierda: "Ha emputecido el proyecto todo lo que ha podido"). La señora Ministra de Educación y Cultura, muy decidora ella, amagaba hace unos días en Sevilla con dar un mordisco a la tarta, alegando que había tomado un par de cafés con Christine Picasso. Les duele que la generosidad ilimitada de esta mujer haya tenido siempre un destinatario inequívoco: la Junta de Andalucía. No otros. Y que este museo, en la obra civil, sea un reto personal de otra mujer, Carmen Calvo, que al fin ha confesado: "Lo hemos hecho porque no sabíamos que era imposible". Adaptar un palacio decrépito, comprar quince casas paredañas, buscar a sus dueños hasta con la policía, vencer herencias enmarañadas. Y toparse hasta con las ruinas fenicias de la ciudad. Cualquier cosa.

Pero si tanto mueve a los del PP a apuntarse algo, lo tienen muy fácil. Devuélvanle a la Plaza de la Merced el nombre que tenía cuando en ella nació y jugó el pintor. El nombre

del general Riego, que es una de las maneras de decir libertad en Andalucía. A ver si tienen cojones.
29.10.2003

¿UN PRÍNCIPE DE IZQUIERDA?

Ya le venía yo notando algo raro a este Príncipe. Era como una impresión difusa, a veces una excitante sospecha. Sus actitudes, sus actos, sus andanzas... Como si quisiera decirnos algo que no podía decirnos. Pero su nave, a veces, escoraba a babor, ligeramente. El rumbo inicial tal vez fuera otro, pero la derrota de la vida imponía un sesgo, una arriesgada tendencia a meterse por los archipiélagos del infortunio, los derechos humanos, los niños hambrientos. Ahora está más claro. Su último mensaje es casi un SOS, pero inequívoco: elijo a Letizia Ortiz, del mundanal ruido, de los naufragios del divorcio y otras frutas amargas, para que me acompañe en las singladuras de la realidad. ¿Cuando un heredero de tanto linaje se rindió finalmente, por los imperios del sentir, a una muchacha impregnada en chapapote, en las tormentas del 11-S, en la ciénaga de Irak?

He repasado con atención los avatares de este Borbón impredecible. Mayoría abultada en los ángulos difíciles de la existencia. Pero resulta que en Andalucía es quizá donde ha dejado las señales más claras. Eligió nuestra dilatada región para su primera visita oficial a una comunidad autónoma. Y se la pateó entera. Mas no sobrevolando, sino atracando en los bajos, fondeando en fango algunas veces. Departió con asociaciones vecinales, con representantes de ONGs, con empresarios que no temen al futuro. Y sentenció: “Andalucía tiene un gran potencial, pero nadie ignora los problemas y atrasos”. Realismo real. Hace un par de semanas estuvo en ´Las Tres Mil´, un barrio azotado por todas las carencias. (“A ver si se da cuenta y nos echa una manita”, “¡guapo!”, coreaban las criaturas). Curioso, en febrero del 2000 recorrió otro barrio análogo, sólo que en Manchester. Y de Andalucía, a Oviedo, con desvío por Nueva York, cena privada con Woody Allen. Pero la tarde anterior a la entrega de sus premios todavía tuvo tiempo para un gesto inolvidable, una charla sincera con republicanos asturianos represaliados por Franco. Increíble, pero cierto. Y por fin los premios Príncipe de Asturias. Este año la cosecha ha sido desbordante: un referente moral para el mundo (Jürgen Habermas), un constructor de utopías (Lula da Silva), mujeres contra el

fanatismo (Fatema Mernisi, Susang Sontag), un teólogo peruano, Gustavo Gutiérrez, al que Wojtila nunca hará cardenal. Etcétera.

Pero la perla andaluza la puso en su discurso: “La infinita llanura de la ingratitud y del olvido, como dijo el poeta”. El poeta era Cernuda, pero se me antoja que hubo un guiño más, pues el sevillano no emplea exactamente esa expresión en el poema ´Donde habite el olvido´. En cambio, el dramaturgo granadido Martín Recuerda, en su obra ´La llanura´, sí que establece la necesidad de luchar contra el olvido mayor, el de la Guerra Civil. Yo mismo me ocupé del estreno de esa función en esta columna, a la que llamé, qué casualidad, ´La llanura infinita´ (28.10.99).

No quiero hacerme ilusiones. Sin duda son coincidencias en el espacio, y mejor que así sean. Porque eso denotaría un grado excelente de sintonías en torno a la verdad, a la libertad. En torno a un Príncipe que, quién lo diría, nos ha salido como de izquierda, o a ratos lo parece. Que no es poco.

05.11.2003

ANDALUCÍA FEDERALISTA

Ahora se ve un poco más claro que no ha sido baladí apuntarse a la reforma del Estatuto. Pese a que todavía carece de un contenido más o menos creíble, es bueno haber cogido número para la ´fiesta´ que se avecina. Para tener voz en el nuevo proceso constituyente que por ahí asoma, como el humo por las cuatro esquinas de aquel juego de niños. No será ocioso, en fin, recordarles a las comunidades históricas que todavía existimos. Y mejor: que si antes la argamasa del estado-autonómico-café-para-todos fue la solidaridad, la compensación, ahora tendría que ser una sustancia lo más parecida posible al estado federal. Esa cosa innombrable, nadie sabe por qué, pese a lo bien que queda en las resoluciones de los congresos del PSOE y hasta en el nombre de sus órganos. Para no molestar, llamémosle Estado Autonómico Bien Construido. Y a lo demás, Intentos Rabiosamente Neocentralistas del PP, por un lado, y Soberanistas (vulgo independentistas), por otro. En ese borrascoso horizonte, Andalucía tendrá mucho que decir –si le dejan-, como en 1980, o nos quedaremos definitivamente mirando la Luna.

Menuda responsabilidad le ha caído a Carod-Rovira y, de rebote, a Manuel Chaves. Al primero, por tener que decidirse entre los tres lobos de su formación, la izquierda, la

república y el catalanismo, y no morir en el intento. No me gustaría estar en su pellejo, pero él se lo ha buscado. Si no acierta, hasta es posible que lo dejen fuera del festín. Pero es más cierto, por ahora, que nos tiene a todos con el alma en vilo, pues de su decisión va a depender no poco el rumbo que tome definitivamente el nuevo marco re-constituyente, incluida una metáfora alimenticia para la democracia. En el sistema de vasos comunicantes que España es –todavía-, si ERC opta por el nacionalismo, malo. Le dará alas a los vascos separatistas y enfurecerá a la derecha españolísima. Si por la izquierda, en cambio, esperanzas a todos los huérfanos del sistema que creemos que la anunciada reforma de todo lo reformable tiene que pasar, de nuevo, por la solidaridad social, sólo que ahora bien articulada. Por ejemplo, con un Senado de las Comunidades (y no un cementerio de elefantes), un sistema de participación en las instituciones europeas (y no una empresa de mensajería), un mecanismo reglado de compensaciones económicas (y no una cola de mendigos a las puertas de Moncloa). Y alguna otra cosilla, como una reforma electoral que impida que en muchos sitios voten más las hectáreas despobladas que las personas activas. En cuanto al republicanismo, Rovira sabe que es una cuestión prematura y por algo manifestó en plena campaña que antes iría a Madrid a cenar con el Rey que con Aznar. Bien dicho.

Y en cuanto a Chaves, la carambola catalana le ha puesto la tesitura al rojo vivo. Ya deberá saber, a estas alturas, que la reforma de muchos estatutos acabará implicando la de la Constitución. Que ahí Andalucía, y el PSOE en general, tendrán que poner el contrapeso, el equilibrio que va a faltar por las alturas del mapa, cada cual tirando del traje hasta ver de desgarrarlo. Pero antes hay que ganar las elecciones. Las andaluzas no están complicadas, salvo la fecha. Las otras, ¡ay las otras!

19.11.2003

SEVILLA Y LOS MACHADO

Entre las innumerables deudas que Sevilla tiene para con sus poetas, la que se refiere al autor de ´Campos de Castilla´ es sin duda la más sangrante de todas. Desde comienzos de los 80 existe a trancas y barrancas una “Fundación Machado”, que en realidad debería llamarse “Fundación Demófilo”, porque es a la figura del padre a la que debe su teórica misión, la cultura popular andaluza. (Con ese objetivo nació, y bien que lo sé porque yo mismo redacté sus primeros estatutos, aunque una jugada política de la peor estofa me forzó a

abandonar el proyecto. Otro día que esté de humor les contaré los entresijos de esta historieta). En su seno no están ni los poetas, ni la mayoría de los estudiosos machadianos ni de los etnógrafos y antropólogos andaluces. Y si lo refiero hoy es por que se vea con la claridad del ejemplo hasta qué punto los postulados de esta ciudad cainita dificultan el desarrollo de sus propósitos más nobles.

El hecho es que, todavía hoy, carecemos de algo que pueda abordar mínimamente la ingente tarea de estudiar, proteger y difundir el legado, no ya sólo de los dos hermanos, sino de toda una saga familiar y una estirpe intelectual como no ha habido otra en Sevilla. Me refiero, además de Antonio y Manuel, al padre, Antonio Machado y Álvarez, primer folclorista y flamencólogo; al abuelo, Antonio Machado y Núñez, catedrático, gran teórico de la singularidad andaluza, alcalde interino y gobernador civil, borrado de las piedras públicas con la ignominiosa Restauración, por librepensador, republicano y anticlerical –o sea, como Dios manda -. A doña Cipriana Alvarez de Machado, abuela de Antonio, posiblemente la primera recopiladora fiable de cuentos populares. Al tío abuelo Agustín Durán, artífice de un excelente ´Romancero General´, donde aprendieron a leer, y a escuchar, los dos poetas, como nos ha revelado Pineda Novo en su imprescindible biografía de ´Demófilo´. (De allí, sin duda, la pasión machadiana por la cultura popular). Al abuelo materno, José Álvarez Guerra, filósofo rural de Zafra, luchador contra Napoleón. A los otros dos hermanos de Antonio: José, el pintor, y Francisco, poeta también, casi desconocido como tal.

Pero el entorno intelectual de los Machado es, si cabe, todavía más importante. Pues en ese mismo clima, el del kraussismo y el positivismo en el que se cocieron la ideas del 98 y de la Institución Libre de Enseñanza, se movieron la mayoría de los colaboradores y continuadores del padre de los Machado, algunos de ellos asiduos visitantes del domicilio familiar en el Palacio de las Dueñas. (Por cierto, ¿no debería hacer algo significativo la casa de Alba?) La nómina es impresionante: Federico de Castro, Alejandro y Joaquín Guichot, Luis Montoto, Juan Antonio de Torres y Salvador, Manuel Díaz Martín, Sergio Hernández de Soto, Rodríguez Marín, Cansinos-Assens...

¿Podrá alguna vez Sevilla saldar esa deuda? Me atrevo a creer que ya es demasiado grande y que estamos condenados a no poder. Lo que acaba de ocurrirnos con los manuscritos es todo un símbolo de esa impotencia, casi maleficio. Y la adquisición por Unicaja, una entidad con sede principal en Málaga, una lección magistral.

26.11.2003

Cuentos de campaña

MARIANÍN NO SABE

El Padre Aznar se ocupaba cada vez menos de la clase y cada vez más de sus relaciones internacionales. Hoy desayunaba con el Prefecto General de la Orden del Bombazo Preventivo, mañana presentaba sus respetos al Papa de Roma (Muchas Gracias, España). Eran ya largas ausencias, que Marianín aprovechaba para seguir tomando posiciones. Con ayuda de sus propincuos, Arenín, Rodriguito, Montorito, y otros cuantos de la primera fila, apuntaba en la pizarra todas las travesuras de aquellos bergantes de la última. Pronto se quedarían sin encerado, pues bien lejos estaban los insoportables sureños de apaciguarse con rutinarias amenazas de menos postre y más oratorio. Por el contrario, arreciaban en sus protestas con los más variados proyectiles. Cada vez que alguno de los pelotas mayores se daba la vuelta para poner otro palote en el capítulo "Demandas Descabelladas", un trozo de tiza viajaba certero hasta su nuca, o un avioncito de papel, hecho con las páginas del libro de religión, sembraba la zozobra en todos los rincones del aula. La zozobra venía mayormente de los mensajes que aquellos bigardos escribían en las alas, con sus rudas maneras: "¡Joder, devolvednos ya las 5.000 chuchas que nos debéis!" "¡Más embriones y menos procesiones!" "¡Mujeres sin maltrato y putas al contrato!", y ordinarieces por el estilo.

De las últimas no había que preocuparse mucho, pues quedaban neutralizadas en el Cielo con unas cuantas jaculatorias, musitadas a lo íntimo, conforme aconsejaba el santo Escrivá. Lo malo era la primera. Pues cierto es que un enjuague con el dinero de las matrículas, más otros cuantos tejemanejes con las limosnas que se enviaban al Vaticano, habían ido acumulando aquella soberbia cantidad, en débito a los malditos moriscos. En las más altas esferas de la primera fila cundía la inquietud. A ver qué hacemos, murmuraban Arenín y Montorito en el camino de la pizarra, entre palote y palote. El segundo, en su calidad de tesorero de la clase, aceptó por fin una sugerencia del primero: "Les ofrecemos 2.500 y no se hable más, y como lo suyo es dar por saco, verás cómo no aceptan." Consultado que fue Marianín, dijo que prefería no saber nada del asunto, pero que mientras él salía un momento de la clase a fumarse un puro, podían realizar la oferta. Casi no le dio tiempo a

prender el veguero. Una turbamulta del copón de la baraja, estruendos y banquetazos, abucheos y risotadas, le alertaron sobremanera. Así también al resto del colegio, que en tromba se precipitó hacia aquella clase, incluido el padre Aznar. “Nada, que estos nos han ofrecido 2.500, les hemos dicho que bueno, y ahora dicen que nones”, protestó el cabecilla de los sureños, un tal Chaves. “¿Es eso cierto, Marianín?”, quiso saber el líder galáctico. Con el mayor desparpajo de un sordo de solemnidad, el gallego contestó: “Yo no sé nada, no he oído nada, no sé de qué me están hablando.”

El padre Aznar, lejos de enfadarse, esbozó una mueca, a guisa de sonrisa. Nada dijo tampoco, pero pensó: verdaderamente este Marianín se tiene bien ganado el apodo de “Ambiguo”. Menudo jefazo se está haciendo.

28.01.2004

DOÑANA

Este invierno la marisma es un espejo interminable. Las láminas de agua se suceden sin solución de continuidad, preludiando la eclosión de Doñana. Hasta la garza real parece cansada de mirarse y va de un lado para otro, como buscando posaderos más secos, menos narcisistas. Las avefrías lucen al sol su capa levemente irisada, que de lejos parece gris. Comparten territorio con los gamos, echados ya a media mañana, tras un primer hartazgo de alta hierba. Los ánsares rebuscan castañuelas con su andar de cine cómico. Los flamencos llenan el horizonte de preguntas. El otoño, en fin, fue tan pródigo en lluvias, y el invierno tan suave, que ya rebosan de amarillo silvestre las cunetas y aquí y allá unas alfombras de florecillas blancas semejan los residuos neverizos de un belén remoto. Por todas partes la vida, las gráciles criaturas del aire en su profusa algarabía, la nostalgia implacable del Paraíso.

Imagino a los primeros hombres queriendo nombrar seres tan bellos, sin causarles demérito verbal. Esos pájaros que afilan en el aire su negrura, cormoranes; suena a piratas voladores. Esa turba de anátidas, según costumbres, alcurnias, siluetas: zampullín, patos reales, porrones colorados. Las que menudean por el limo: andarríos incansables, cigüeñuelas de milagrosas patas de alambre. Y las águilas, según su oficio: culebreras, ratoneras, laguneras, pescadoras...

Por el lucio de Marilópez los calamones se descubren a cientos (mediados los setenta, cuando andábamos por aquí preparando el primer borrador de Ley de Doñana, podíamos contarlos con los dedos de una mano). Las fochas, por miles, chillan sin parar. Las abocetas todo el santo día con el trasero al aire, medio sumergidas, ignorando olímpicamente, como las demás aves, al aguilucho lagunero, que planea desorientado. Pues hay tantas, que no podrá elegir. Lo mismo le sucede al aguilucho pálido, al milano real, al cernícalo, uno adjudicado a cada poste del tendido eléctrico. Parecen comisarios del Gobierno.

Mucho merodea esta temporada la señora Ministra, especie verdaderamente exótica. Cada día un pretexto. (¿Estará pescando votos?) Hoy pinta nuevos refuerzos a la protección del parque, simples manchas en un mapa. Ya se verá. La codicia del automóvil, las muchedumbres playeras, amagan otra vez con meterse por las lindes del Paraíso. Mañana promete nueva fórmula milagrosa para salvar al lince. Pero hasta ahora nadie supo evitar que este elástico guerrero, en su último salto, a punto esté de alzanzar su exterminio. La presión ambiental, dicen. Errores graves, murmuran. Lástima de tantos dineros, de artilugios inservibles. Campaña tras campaña, muerte tras muerte. Ahora meten en jaula a un ejemplar galán con cuatro damas. Qué triste conclusión. Para ese viaje... Más parece atinar la Consejería de Medio Ambiente: criemos muchos conejos de campo, ya vacunados, y devolvámoslos al campo, donde las águilas imperiales y los linces tengan que comer.

Bruselas acaba de reñirle a la señora Ministra. Y la va a llevar a los tribunales por permitir cepos contra el zorro que también revientan linces. Ya verán cómo nadie se entera. Estamos en campaña. Contra la luz nacarada del atardecer, un bando de moritos busca dónde echarse. Por la radio, un partido de fútbol encrespa a multitudes.

04.02.2004

MACHADO VUELVE

El sonido de la verdad, si es que lo tiene, debe ser como el rasgueo incesante de la pluma de un gran poeta sobre un sinfín de cuartillas amarillentas. Rumor de fondo de la palabra en el tiempo. Y el arrugarse los papeles desechados, como pisadas que se alejan por la alfombra de hojas secas en el interior del bosque de símbolos. Cosas así llegué a pensar, influido sin duda por la imagen de un Machado, según lo describen sus propias sobrinas, horas y horas emborronando hojas sueltas, la mayoría de las cuales iban a parar al cesto que

el poeta se ponía al lado; combatiendo con cigarrillos compulsivos y con tazas de café – hasta diez al día-, la irreparable fuga. Y convencido, como todo buen poeta, de que en aquella pesquisa pocas veces lograría arrancarle algún destello al enigma del mundo.

De ese naufragio de papeles, la familia Machado fue salvando lo que pudo, en medio de otro naufragio mucho mayor, el de la época más terrible de España. Unas veces son cuadernos con una engañosa apariencia de rigor, meticulosamente escritos al derecho y luego al revés. Caligrafía inglesa, de aspecto comunicativo, pero que de pronto se vuelve ilegible, como afectada por una vibración repentina, acuciada se diría por el vislumbre de algo que era preciso atrapar. Y a continuación una fiebre de tachaduras, que acusan la decepción por no haberlo conseguido, o el borrón de una gota de rabia, la del jacobino que llevaba dentro el bueno de Machado. Muchas cuartillas sueltas hay también, milagrosamente recuperadas. Y entre todas ellas, cantares y poemas repetidos obsesivamente, con el cambio de una sola palabra, una simple coma, versos titubeantes, como en agraz, coplas fallidas, disquisiciones de alta metafísica, notas y cartas de las dos caras de la realidad: la cotidiana (afectos, quejas), y la otra: pensamientos, dudas, cavilaciones.

Encerrado con el maravilloso rompecabezas de los manuscritos que ha comprado Unicaja (en buena hora y antes de que nos los arrebatara la inhibición incomprensible de otras instituciones), he procurado no olvidarme de aquella idea del maestro, en carta a Unamuno: “la belleza no está en el misterio, sino en el deseo de penetrarlo.” Claro que mi cometido era mucho más modesto: empezar a poner un poco de orden, si fuera capaz, en las 770 páginas, imagen viva de la “esencial heterogeneidad del ser”, que la diosa fortuna había colocado en mis manos. No ha sido más que un primer abordaje, como para saber qué había. Otras mucho más expertas ya se han unido a la tarea, y otras más que vendrán. Y no para el elogio fúnebre, aunque el impulso esta vez haya sido el 65 aniversario de la tragedia de Collioure. Sino para hacerle “un duelo de labores y esperanzas”, como el poeta quería con ocasión de la muerte de Giner de los Ríos.

Lo importante es que Machado ha vuelto al paraíso de su infancia, que le dejó aquella herida de luz incurable en la memoria. A Andalucía, contrapunto esencial de sus amores castellanos. Y que se queda en España, en esta hora borrosa, ¿otra vez?, como para avisarnos de que también vuelven a oírse las campanas más que los yunques, las embestidas de los necios más que el fluir discreto y hondo de la verdad.

25.02.2004

VOTAR CON LA CABEZA

Mi amiga Marta -clase media urbana, ilustrada, progresista- se explayó el otro día en una reunión de colegas: “Lo que más me jode de votar al PSOE es que se crean que lo están haciendo muy bien, y no el miedo que me da el PP”. Dudaba mi amiga Marta entre abstenerse en Andalucía o votar a IU, creyendo que a Chaves le convendría un contrapeso de izquierda, o simplemente se consideraba incapaz de votar otra vez a los socialistas. A escala nacional lo tenía más claro. Votaría a Zapatero. Entre los presentes había vacilaciones varias, incluso posiciones más radicales, de abstencionistas puros, y algún que otro anarco-esteta, de esos que temen mancharse las manos con una papeleta cualquiera. Lo único que parecía unirles a todos, en expresión de otro de los contertulios, era: “Al PP, ni muerto”.

Me atrevo a creer que estas actitudes representan a un número considerable de votantes de ese espectro social que puede tener la llave del día 14. Y hay que comprenderlos. Tras 22 años de PSOE en Andalucía -con remiendos del PA y con la inolvidable pinza PP-IU-, raro será el andaluz a quien los sucesivos gobiernos no le hayan pisado un callo, o alguna parte más delicada. Casi sería inhumano que tal cosa no hubiera ocurrido. Pero en estas elecciones la cuestión estriba en si todo eso justifica una posición ante las urnas que, con la aritmética en la mano, pueda perjudicar al primer objetivo, que a su vez es un objetivo doble: sacar de La Moncloa a los neofranquistas, a los cachorros de Fraga, a los que nos han metido en una guerra canalla, a los ultracatólicos del Opus, de los legionarios de Cristo o de los neocatecumenales –parece de risa, pero eso es lo que se cuece entre ellos -, y volver a tener gobiernos armónicos entre Madrid y Sevilla, aunque sólo sea para que dejen de llamarnos vagos. Creo que es el momento de dejar a un lado las pasiones y emplear lo más granado de la condición humana: el cerebro.

Hay que tener muy presente que la ley D´Hont castiga sin piedad las divisiones. Y en este momento, la derecha aparece como un bloque monolítico, y la izquierda, como de costumbre, fragilizada por dos opciones distintas: PSOE e IU; muy respetables ambas, pero aportando en las urnas contabilidades de resta. Lo de la suma sólo está en la fantasía posterior. La primera parte del silogismo es un mérito que no hay que regatearle a Aznar, aunque haya sido a expensas de liquidar a la derecha civilizada. Ahí tienen a Pimentel, mendigando votos por la esquinas del sistema. Lo segundo es consecuencia inevitable de

aquello que decía Sartre: “El espíritu está a la izquierda”. Desde luego que sí, y ojalá dure, pero hay que saber lo que eso significa, en términos electorales, y en estas circunstancias. Y lo que puede significar es algo muy parecido a lo que ya ocurrió en Francia, o peor todavía, en Italia, con la irresistible ascensión de Berlusconi.

En cuanto a los abstencionistas, lo de siempre: no os preocupéis, la derecha votará por vosotros, porque ellos siempre votan. O lo que decía la pancarta de una joven actriz francesa, el verano pasado, recordando a Bertold Brecht: “Si no participas en la lucha, participarás en la derrota.” Yo añado algo un poco más castizo: luego, no te quejes.

10.03.2004

UN SUEÑO ATROZ

No tiene más remedio que haber sido un sueño atroz, se dijo el hombre, cuando medio pudo pensar. Había abierto los ojos súbitamente. Había mirado el reloj: las tres y media. Qué cosa tan rara. Seguramente no se despertaba a esa hora desde que su madre lo acunaba para que siguiera durmiendo. Bebió unos sorbos de agua. La agitación del pecho, el sudor, la oscuridad del silencio urbano, todo apuntaba en aquella dirección, la del torbellino interior. Pues no de otra forma podía haber estallado la realidad, según iba recordando. Unos fanáticos religiosos habían producido una carnicería humana en las venas ferroviarias de Madrid, alrededor de las ocho, un día laborable cargado de inocentes. El gobierno, incapaz de asumir lo ocurrido, dio por hecho que se trataba de una acción de los desalmados habituales, los de ETA. En realidad, le convenía creerlo. Cuatro días después se celebraban elecciones, unas importantísimas elecciones que era preciso no perder, por el bien de la patria. Y como la oposición había coqueteado, a través de un catalán separatista, con otros vascos separatistas, los doscientos muertos rotos encajaban perfectamente en el rompecabezas de la doctrina oficial. Cualquier otra cosa no sería tolerada. Ni que se hubiera encontrado, en las inmediaciones de la matanza, una furgoneta con versos del Corán y detonadores no habituales de ETA. Ni que un testigo hubiera observado, en torno al vehículo, a tres individuos con los rostros sospechosamente cubiertos, como si hiciera un frío que no hacía. Ni que la Casa de España en Casablanca , tras la hazaña de Perejil, no hubiera sido volada meses antes. Bah, tonterías, dijo el presidente. Imposible, secundó su dócil candidato. Así que

manos a la obra: el ministro de interior se dedicó a retorcer públicamente los datos de la evidencia inmediatos. Eso sí, con una cara de niño bueno que daba lástima. La ministra de exteriores cursó a sus embajadas un doctrinario de obligado esparcimiento: la culpa es de los malos del PSOE, amigos de un amigo de un amigo de ETA. El portavoz televisivo intoxicó a la opinión mundial. El emperador Bush se puso extrañamente triste, como si en el fondo estuviera contento. En realidad él ya sabía que habían sido los secuaces de Sadam Husein. Pero no iba a darle ese disgusto a su amigo Aznar.

El PSOE ganó aquellas elecciones, en Madrid y en Sevilla. Al parecer la gente, que ya había ido atando otras mentiras de destrucción masiva, no había mordido el anzuelo del gobierno, salvo sus fervorosos seguidores. Éstos, por descontado, atribuyeron el vuelco electoral a las maniobras habituales de la cadena SER. La patria estaba decididamente en peligro.

Al hombre le hubiera gustado saborear un poco más aquella victoria de la izquierda, también contenida en la disparatada secuencia. Pero no pudo. Una congoja se le había agarrado al esternón, como un grumo de sangre, y no había manera de sacársela. Trató de disolverla en lo que quedaba del vaso de agua, pero nada. Con el último sorbo, se tragó medio orfidal, que le ayudó a dormirse como en los lejanos brazos de su madre. Todavía medio pensó: tengo que contarle este sueño a mi psiquiatra. Lo malo es que no se lo va a creer. Sobre todo cuando le diga que todo eso ocurrió en cuatro días de marzo.

17.03.2004

“LO QUE HA PASADO”

Críptico y apocalíptico, Javier Arenas dijo la semana pasada, entre los suyos de Sevilla, que los españoles “saben lo que ha pasado y cómo ha pasado”. No necesitó explicarlo. Los suyos, como un solo hombre, quizás a la voz interior de *¡fir-més!*, se pusieron en pie y aplaudieron. Así que nos quedamos con las ganas de saber, de primera mano, qué es lo que ha pasado, según ellos, por ejemplo en Andalucía. Cómo se explica, entre otras cosas, que donde más ha perdido el PP haya sido precisamente en Cádiz (14 puntos), bastión de la presidenta y candidata Martínez. Es difícil imaginar cómo pudieron los terroristas afinar tanto. Lástima de ocasión para haber podido contemplar, por nuestra parte, un acabado ejemplo de ideología, en el antiguo sentido marxiano del término, esto es, una mutualidad de

intereses y grandes palabras, en recíproca algarabía, al margen de la realidad y de la lógica. Algo así como las vidrieras de las catedrales –y les aseguro que la comparación no es gratuita-, que filtran trabajosamente la luz, pero creando, eso sí, hermosas figuras en el aire.

Me preocupa esa abigarrada ofuscación de los conservadores españoles (créanme que lo digo sin sorna). Contra toda evidencia exterior, este PP sigue empeñado en que su derrota nada tiene que ver con que Aznar, Bush y Blair, nos hayan metido en una guerra necia, además de ilegal, contra el enemigo que no era. Ni con que Israel practique algo sumamente parecido al terrorismo de Estado contra los palestinos, sean o no terroristas.

Pero es que en Andalucía, ni eso. Aquí "lo que ha pasado" es sencillamente que el pueblo andaluz, una vez más, se ha rebelado contra la cacicada, el menosprecio y la mentira. Y que el PP ha cosechado sus peores resultados en diez años. Todos de la mano de Javier Arenas. Pero este hombre, lejos de advertirlo, parece sentirse tocado por un nuevo mandato de salvación, para seguir en la pelea, quiero decir, en el oficio. Aquello de unir su destino al del jefe –qué tremendas palabras-, ya nada vale, pues por lo visto ha de quedarse vigilando los cuarteles de invierno. Nadie parece que se lo vaya a impedir –¿dónde demonios se habrá metido aquella derecha civilizada andaluza de los Clavero, Añoveros, Becerril...? - y mucho menos Manuel Chaves, que habrá respirado tranquilo, también una vez más.

De todos modos, lo más curioso es que estas elecciones no las ha perdido el PP, sino que las ha ganado el PSOE. Parece lo mismo, pero no lo es. La derecha mantiene su bolsa principal de votos en toda España (no llega a 700.000 votos los que ha perdido) y en Andalucía (118.000, aunque con abultadas derrotas en ciudades como Cádiz y Huelva). De modo que si algún día vuelven a la abstención esos importantes sectores de las clases medias urbanas, normalmente desalentadas, más el cinturón rojo de las grandes ciudades, más los jóvenes airados, el PP volverá a ganar. Tal vez por eso Chaves, con lucidez que no parece retórica, ha dicho que piensa gobernar como si no tuviera mayoría absoluta. A ver si es verdad.

24.03.2004

RELIGIONES

En el verano de 1846, Gustave Flaubert había acumulado en su mesa de trabajo una ingente cantidad de libros piadosos. Tenía la intención de escribir una novela sobre el Diablo, que resultó ser ´La tentación de San Antonio´. Entre las anotaciones que hacía, años más tarde se

descubrió esta memorable observación, que con el tiempo se ha convertido en algo así como la Biblia de los agnósticos : “Cuando los dioses ya no existían y Cristo no había aparecido aún, hubo un momento único, desde Cicerón hasta Marco Aurelio, en que el hombre estuvo solo.” Si añadimos que Alá, el temible Dios de los desiertos, ni siquiera había nacido, podremos concluir que nunca ha estado el hombre tan cerca de ser lo que es: precisamente un hombre, sin más, ni menos.

Pero aquel admirable momento se perdió, y de nuevo estos días asistimos, atónitos, en Andalucía sobre todo, al esplendor de una fiesta promiscua. De nuevo, la contienda de fondo entre ritos paganos primaverales y ritos cristianos, pulsiones iniciáticas en los jóvenes, costumbres sociales y costumbres religiosas; algo que recuerda a las calles de aquella Roma decadente en la que, desde luego, había tantos dioses que bien podría decirse que ya no había ninguno. Pero sí que la algazara en torno a las innumerables divinidades, muchas de procedencia oriental, ponía una conmoción muy fuerte en las multitudes. De modo que apenas se notó que el Cristo fue tomando imperceptiblemente el lugar de Atis y Adonis, y María el de la Gran diosa Madre en sus múltiples formas. Y el hombre pasó a estar otra vez acompañado, demasiado acompañado. La recuperación de Jehová y la expansión de aquel otro de los desiertos, acabaron por configurar un panorama terrible. Hoy el lugar más peligroso del planeta es la ciudad santa de Jerusalén.

Pero no podemos darnos por vencidos. Precisamente porque se ha traspasado el umbral de la locura, la del monoteísmo combativo en su nueva época, hay que trazar el camino de regreso al grado cero de la condición humana. Ahora que los tres dioses únicos se están jugando nuestro pellejo en una partida demencial (el dios implacable de Bush, el dios justiciero de Sharon, y el dios carnicero de Ben Laden), es preciso decir ¡basta! Para empezar, llevando las religiones todas al sitio de donde nunca debieron salir: al ámbito de lo privado.

Entre las esperanzas surgidas del 14-M, no es menor la de reconducir las relaciones con la Iglesia Católica, de acuerdo con la Constitución, al punto cero del laicismo, que es la aconfesionalidad estricta del Estado, sin trampas de leguleyos. (Cuidado, que últimamente han empezado a proliferar expresiones engañosas: laicismo inclusivo, abierto, moderno, actual..., incluso entre corrientes internas del PSOE). Sin prisas, pero sin pausas, revisar o derogar los acuerdos de 1979 y la Ley de Libertad Religiosa de 1980, que concedieron, de facto, un sinnúmero de privilegios públicos a una determinada confesión. Y que el dinero de los impuestos no sirva para subvencionar actividades religiosas, por muy sonadas que sean.

En cuanto a los particulares -como Antonio Banderas, que ha costeado este año el trono más grande que cabía en una iglesia de Málaga-, que cada cual haga de su capa una túnica, si eso le divierte y no encuentra ocupación más benéfica para su dinero.
7.04.04

AZNARÍN EN GEORGETOWN

-Ve aquí, mi fiel escudero, cuán voluble es la plebe. Ayer me ensalzaba por las nubes, hoy te arrastra por el polvo.
-Esto...
-Calla, calla. No perturbes el hilo sutil de mi pesares. Pero dígote, y toma buena nota, que eres de memoria quebradiza: ha de llegar el día en que esa mesma chusma me reclame, cual caudillo que fui, a retomar el rumbo de la patria.
-Esto...
-¡Chist! Y por esa razón he de prepararme en lugar apartado del mundanal ruido, cual fizo antaño el imbatible emperador de la cristiandad, en su retiro de Yuste.
-Pero...
-¡Silencio! ¿No ves que ya me llama el monacato?... Bien sé lo que habrías de apostillar: que aquel invicto Carlos nunca regresó a la palestra. Mas fue porque tuvo un heredero ejemplar en quien se prolongó la fuerza de su brazo y la firmeza de sus inalterables principios. El cielo a mí, en cambio, no ha querido concederme esa gracia, por más empeño que puse en que las bodas de mi dilecta hija tuvieran el relumbre escurialense propio de las altas estirpes. Y no creas que no cavilo en cuál haya sido mi mayor pecado, para merecer aquesta soledad en que me abraso. No hallo en qué pude equivocarme, en cuál de mis muchas y valerosas batallas no empleé fiereza bastante a defender la sacrosanta unidad de España. ¿Querrás tú ayudarme a descubrillo?
-Desde luego, mi señor.
-Era pregunta retórica, hombre. También querrás saber dó pienso retirarme. Pues mira, te seré franco, como suelo. Apenas me hice esas cábalas pensé: en el Monasterio de Silos. Allí, como es bien sabido, tengo apetencias de rigurosa santidad. Pero héteme aquí que el Gran Emperador, mi amigo Jorge Bush, mandóme discreta misiva: si quería impartir mis caudalosos conocimientos sobre el gobierno del mundo, y en particular sobre los

innumerables éxitos de mi política internacional y pacífica, en una institución que llaman Universidad de *Jorgetaun*. (Él me ha autorizado la traducción de la palabreja a nuestro recio idioma, por el eco que tiene de su nombre). Sabe Dios que quise resistirme, pues no me van vanidades. Tampoco me apetecía perder el tiempo entre jesuitas, dueños de ese lugarcillo, si hoy valen en el gobierno de la Iglesia menos que una higa y que cualquiera de las sectas que he de seguir pastoreando en torno mío, y de mi señora. Mas luego que informéme, aceptélo. Mayormente, por no contrariar los desvelos que Pilarín del Castillo ha volcado en la susodicha Universidad, amén de cuantiosas subvenciones. Más aún: que entre los que allí han recibido altas enseñanzas figura un tal príncipe don Felipe, que agora mesmo no caigo de qué familia sea. Y entre sus maestros, mi querido escritor de Arequipa, el formidable Vargas Llosa. Y aquí viene la razón de haberte llamado, pese a todo cuanto ha ocurrido por allá abajo... Calla, hombre, calla... Que aunque la mentada Universidad de *Jorgetaun* me ha solicitado dirigirme a mis discípulos en la lengua de Cervantes, bien sé que por allí el castellano que se estila está muy contaminado de esa habla morisca y graciosilla que usáis por Al Andalus. Así que mándote me hagas somera relación de voces y modismos andalusíes con donaire, para que no se me burlen, como cuando quise imitar el acento texano. A ver si, finalmente, me haces algo a derechas, coño.
14.04.2004

1979

A veces se tiene la sensación de que la historia se autocorrige, tal vez compadecida de sí misma. Que toda ella es un trabajoso tejido de arrepentimientos. Cuando los primeros concejales de la democracia llegamos a los ayuntamientos, en el 79, muchos teníamos la impresión de estar repitiendo un capítulo emborronado. Como si una voz casi inaudible nos dijera: escríbanlo otra vez. Me refiero, claro está, a lo que había ocurrido cuarenta y ocho años antes, un 12 de abril, y enseguida un 14. Pues no se debe olvidar que la II República llegó tras el triunfo urbano de las coaliciones de izquierda en los comicios municipales del 31. (En Sevilla, los republicano-socialistas alcanzaron 32 concejalías, de las 50 en litigio). Hasta Antonio Machado salió al balcón del ayuntamiento de Segovia, enarbolando la bandera tricolor. Desde luego, el parentesco de aquellas fechas con las de abril del 79 contribuía no

poco a que experimentáramos esa extraña sensación. Éramos como concejales repetidos de una historia truncada.

También hace pocos días, los creyentes en la III República han vuelto al cementerio de San Fernando, en Sevilla, a homenajear a Martínez Barrio, un hombre bueno al que no hicieron caso, como tampoco a Besteiro, a Prieto, al propio Azaña. Hombres que sí hubieran podido salvar a aquella delicada criatura de los facinerosos que afilaban los sables desde el primer día, y de la desesperación revolucionaria del proletariado hambriento. (En Sevilla, agravada por la penuria que sucedió a la ruinosa Exposición del 29. Otra analogía, por cierto, que nos tocaría enmendar a los del 79, preparando el éxito de Expo-92).

Así que nada de posturas radicales. Los concejales de izquierda del 79 habíamos aprendido bien la lección, aunque sólo fuimos juntos a la escuela de la Historia. Y por eso acudimos a las procesiones como niños buenos cogidos de la mano, para demostrar que no éramos matacuras. Recuerdo a un señor que le susurró a su hijo, mientras nos miraban desfilar por la catedral de Sevilla: “Pero niegan la existencia de Dios”. Eso fue todo.

El acuerdo postelectoral que se firmó en Madrid entre PSOE y PCE fue ampliado, y corregido, en Andalucía, con la incorporación del PSA, los andalucistas de entonces, que todavía ignoraban que ellos no eran ni serían nunca de izquierda. Pero al menos sirvió para salvar la situación.(Rojas Marcos negociaba por otro teléfono con la UCD, pero hacíamos como si no lo supiéramos). Y así fue como la UCD se quedó mirando –y, de paso, la derecha andaluza diezmada para mucho tiempo-. Y el PSA se hizo con la alcaldía de la capital, pese a haber sido la tercera fuerza en votos. Pero la permuta de Sevilla por Granada no se la perdonarían nunca los electores de la parte oriental de la región. A la larga, también se irían desinflando en la otra mitad, por hacer siempre la política en corto.

Hoy se cumplen 25 años de todo aquello, y 48 más de lo anterior. De verdad que parece mentira. Por suerte, la segunda vez salió bien. La democracia está consolidada, tras superar una inquietante etapa de neocaudillismo. (Otra enmienda). Pero ahora que Zapatero ha puesto de moda la bondad, por favor no olviden que algo de eso ya pusimos los primeros concejales del 79. En cuanto a sacrificios personales, nada cuentan en la historia grande de los pueblos.

21.4.04

PRINCESA DE ROJO

Había una vez un príncipe cuyo destino era casarse con una plebeya. Claro que él no lo sabía. Su familia, mucho menos. Por el contrario, anhelaban la princesa más linda, aunque no fuera muy hacendosa, que total eso a las princesas no les hace mucha falta. Primero él se fijó en una muchacha de rancio abolengo y bella (no hay contradicción tampoco), pero la familia se sintió horrorizada cuando supo que los padres andaban con eso del divorcio. Luego, sería por contraste, el heredero puso sus ojos en una modelo escultural de un país remoto y frío, pese a lo cual la muchacha tenía la rara costumbre de pasear en paños menores. Ni hablar, le dijeron en la Corte. (Más adelante se sabría que no era aquel el único obstáculo insalvable, sino que, indagando, indagando, los padres de la escultural resultaron ser de clase obrera. Y claro.)

Así fue rebotando el Príncipe de una en otra, hasta que cansó a la familia. Por fin un día, viendo el telediario, le alcanzó el venablo definitivo del amor. Aquella muchacha de clase media que parecía hecha para el marco de la caja tonta, incluso cuando se mostraba embadurnada en chapapote, era. Sin duda. La llamó y le dijo: Mira, Alegría –que así se llamaba-, resulta que te quiero, Yo también, contestó ella, cuando acertó a decir algo, Pero no se lo diremos a nadie hasta el día menos pensado, porque como eres divorciada y de un matrimonio civil, ya comprendes que nos pueden hasta matar.

Tenía aquel Príncipe una rara inclinación por Turdetania, la región más al sur y de las más pobres del país. Se la había pateado de arriba abajo, mas no por conventos y cuarteles, como hacen príncipes tontorrones, sino por fábricas y calles y hasta por barrios donde la gente carecía de casi todo y lloraba cantando. ¿Su alteza se habrá vuelto loco o es que quiere parecer un príncipe de izquierdas?, le preguntó, alarmado y cáustico, el cuidador de imagen.

Pero la chica de la tele lo iba anotando todo, y cuando por fin se hizo público el compromiso, le regaló a su prometido una edición de ´El doncel de don Enrique el Doliente´, de Larra, en tapas rojas. Una historia medieval de amores turbulentos entre Elvira, dama de la corte del Marqués de Villena, y Macías, su enamorado trovador. Final trágico, cuando Macías, de vuelta de la Guerra de Granada, encuentra a Elvira casada con un noble, por mandato del marqués, como era entonces costumbre. Cárcel para el poeta en el Castillo de Arjonilla, Jaén (lugar donde ya regaban los olivos con sudor de jornaleros), canciones hermosamente desesperadas desde la ventana del encierro, y un venablo mortal que el marido celoso envía al trovador en pleno éxtasis.

Los analistas de la Corte no acertaban a comprender el significado de este obsequio. Pero cuando vieron a la bella plebeya lucir toda de rojo en su primer baile oficial, entraron en sospechas. ¿Era rojo pasión o qué clase de rojo era? ¿Acaso una vacuna simbólica contra la desdicha que incuba todo gran amor? ¿Y si quisiera recordarle al príncipe, entre tanto pastel y purpurinas, el lado izquierdo de las cosas, no fuera a írsele de la olla lo de Turdetania? “Cualquiera sabe”, dijo entre dientes el cuidador de imagen, al tiempo de estampar su firma en un escrito de dimisión, irrevocable.

19.5.04